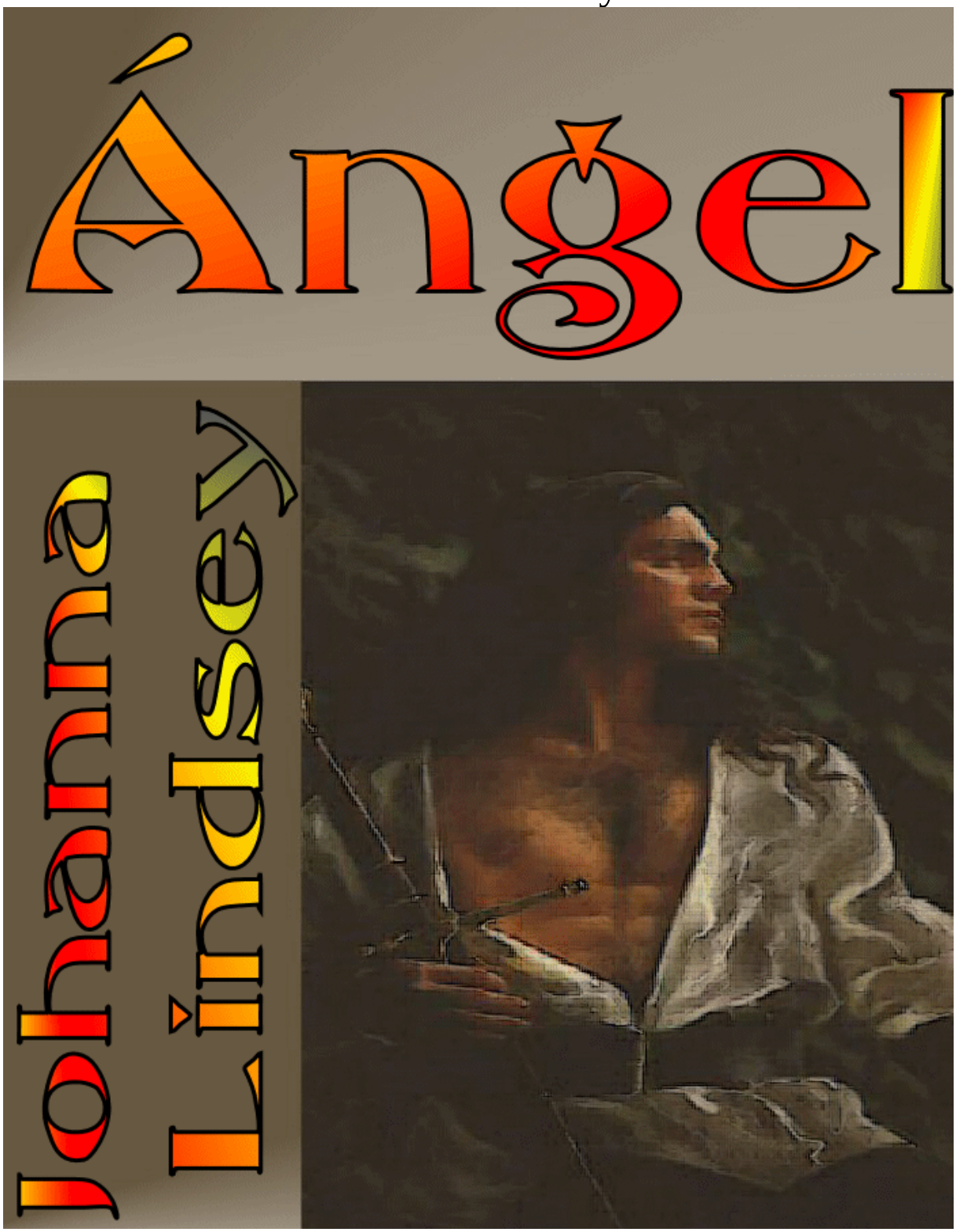
Ángel

Johanna Lindsey



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Texas, 1881

Pleno mediodía... hora que es sinónimo de muerte en muchas ciudades del Oeste. Esa población no era diferente. Bastaba la hora para que quienes no se habían enterado adivinaran qué iba a ocurrir al ver que otros corrían para despejar la calle. Sólo una cosa podía provocar semejante éxodo a esa hora del día.

Pleno mediodía... una hora sin ventajas, sin sombras que distrajeran, sin un sol bajo que cegara y pronosticara cuál sería el vencedor. Sería una pelea justa según las costumbres de la época. Nadie se detendría a preguntarse si el desafiado quería participar o no; nadie vería nada injusto en el hecho de que se le obligara. El hombre que se ganaba la vida gracias a su revólver no tenía muchas opciones.

La calle ya estaba casi desierta; en las ventanas se concentraban los vecinos que esperaban ver morir a alguien. Hasta el viento de otoño se detuvo un momento, dejando que el polvo se posara bajo los rayos intensos del sol de noviembre.

Desde el extremo norte de la calle venía Tom Prynne, el desafiante, aunque ahora se hacía llamar Pecos Tom. Llevaba esperando una hora desde que lanzara su desafío: tiempo suficiente para preguntarse si esta vez no se había precipitado un poco. No: eran sólo nervios tontos, que lo molestaban antes de cada pelea. Se preguntó cuántos duelos a pistola harían falta para sentirse tan sereno como se mostraba el otro.

A Tom no le molestaba matar. Le encantaban el triunfo y el poder que sentía después, la sensación de ser invencible. Y el miedo. ¡Por Dios, cómo le gustaba que la gente le tuviera miedo! ¿Qué importaba, pues, si debía soportar él mismo un poco de miedo antes de cada pelea? Lo de después valía la pena.

Había estado esperando una oportunidad como esa, la posibilidad de enfrentarse con alguien conocido. No lo satisfacía la celeridad con que circulaba su propio nombre (o el que había adoptado). Allí, tan al sur, nadie había oído hablar de Pecos Tom. Si lo olvidaban incluso donde había estado era porque todos sus duelos eran siempre con "don nadies" como él.

Pero su adversario de ese día, Angel... Su nombre le presentaba muy bien. Algunos lo llamaban *El Angel de la Muerte,* y con motivos.

Nadie sabía a cuántos hombres había matado. Algunos decían que el mismo Angel no podía contarlos. Tenía fama, no sólo de ser veloz, sino de tener una puntería infalible.

Tom no tenía tanta puntería, pero era más veloz sin duda. Y sabía con exactitud a cuántos hombres había matado: un fullero, dos granjeros y un subcomisario que lo había perseguido el año anterior pensando que merecía la horca por disparar contra un hombre desarmado. Del subcomisario nadie sabía nada, por suerte. El quería que su nombre fuera célebre, pero no por aparecer en los letreros de "Buscado".

Ese no sería el primer duelo de su breve carrera. En general tenía suerte, pues una de cada dos veces le bastaba desenfundar; su adversario quedaba tan espantado por su celeridad que dejaba caer el arma y se daba por vencido. Tom contaba con que ese día ocurriera lo mismo;

no imaginaba que Angel fuera a soltar el arma, pero confiaba sorprenderlo al punto de tener tiempo para afinar la puntería; de ese modo sería él quien quedaría de pie cuando el humo se diseminara.

Por su parte, hacía apenas dos días que estaba en esa población. Tenía planeado partir esa mañana, pero la noche anterior le llegaron rumores de que había llegado Angel. Estaba completamente seguro de que nadie, en cambio, había hecho circular la noticia de su propia llegada. A partir de ahora su presencia se comentaría.

Pero Angel no era exactamente como él lo había imaginado. Por alguna razón, al detenerlo a la salida del hotel, esa mañana, esperaba que fuera más alto, más maduro y no tan imperturbable ante un desafío: reaccionaba como si batirse o no batirse le diera igual. Pero Tom no dejó que eso lo preocupara. Bloqueándole el paso, pronunció en voz bien alta, para que todos los presentes pudieran oír:

-¿Angel? Dicen que eres rápido, pero he venido a decirte que yo lo soy más.

-Como gustes, hombre. No voy a discutir.

-Pero quiero demostrarlo. Justo a mediodía. No me falles.

Tom ya se había alejado cuando cayó en la cuenta de que los ojos de Angel eran fríos y faltos de emoción; ojos negros como el pecado; los ojos de un asesino implacable.

Exteriormente sereno, Angel esperaba enfrentarse a su desafiante. Había caminado hasta el centro de la calle, pero eso era todo lo que pensaba hacer. Esperó con paciencia a que el joven buscapleitos acudiera a él.

Quien lo observara no habría podido percibir su enojo. Lo que iba a hacer era insensato. No era como matar a alguien que lo mereciera. El no conocía a ese muchacho, no sabía qué pecados tenía en su haber, a cuántos hombres había matado por ganar fama, ni siquiera si había matado a alguien. Detestaba hacerlo sin saber.

De cualquier modo, saber no cambiaba las cosas; simplemente eliminaba el pesar de una muerte sin sentido. Pero la mayoría de esos jóvenes deseosos de fama no tenían el coraje de enfrentársele. En general, tenían unos cuantos duelos a sus espaldas antes de buscar el renombre; eso significaba que habían matado a unos cuantos (con toda probabilidad, a más de un inocente) para afirmar su carrera de pistoleros. Angel no lamentaba liquidar a hombres de ese tipo. En ese aspecto parecía un verdugo encargado de eliminar a esa basura antes de que lo hicieran las autoridades; tal vez de ese modo salvaba la vida a algunas personas decentes.

Tener renombre era una maldición y una bendición al mismo tiempo. Atraía a los buscadores de fama. Eso era inevitable. Pero a veces le facilitaba el trabajo porque algunos se echaban atrás, salvando así la vida, pues él detestaba verse obligado a matar a un hombre cuyo único delito era trabajar para quien no debía.

Era pistolero profesional. Dominaba el arma lo bastante bien como para ganarse la vida con ella. Se le podía contratar para casi cualquier trabajo, por el precio adecuado, aunque todos sabían que no se le podía encargar un asesinato puro y simple: quien lo intentara corría el riesgo de perder su propia vida... Angel no veía ninguna diferencia entre quien apretaba el gatillo contra una víctima desprevenida y quien contrataba a otro para que lo hiciera. A su modo de ver, ambos eran asesinos. Cuando no hallaba una excusa para liquidarlos personalmente, los entregaba a las autoridades.

No buscaba excusas para justificar su modo de vida. Aunque él hubiera deseado otra cosa, las circunstancias lo decidían así. Y aunque sus instintos se inclinaran hacia la misericordia, respetaba el credo del hombre que le había enseñado a defenderse con un revólver.

-La conciencia tiene su sitio, efectivamente, pero no en un enfrentamiento armado. Si vas a disparar, dispara a matar. De lo contrario volverán por ti... alguna noche oscura, en cualquier callejón. Te dispararán por la espalda, porque después de haberte puesto a prueba sabrán que eres demasiado rápido como para atacarte de frente. Eso es lo que resulta de dejar a un hombre herido. Y si no es así, pueden pensar que eres veloz, pero que tienes una puntería miserable. A esos tendrás que enfrentarlos de nuevo en la calle, lo cual es malgastar el tiempo y la suerte que te ha sido asignada. Sería una verdadera lástima que la bala destinada a matarte proviniera de un hombre al que tuvis-

te la oportunidad de matar y dejaste vivo.

Tres veces había estado a punto de morir a manos de forajidos antes de aprender ese credo. Tres veces se había salvado, no gracias a sus propios esfuerzos, sino a la ayuda de desconocidos. Y por eso cargaba con tres deudas, no siendo hombre que se sintiera cómodo endeudado. Dos ya estaban pagadas; la segunda, en los próximos días.

Había llegado a esa ciudad con la esperanza de pagar la tercera deuda. No sabía para qué se le mandaba llamar. Cuando salía en busca de Lewis Pickens para averiguarlo, ese joven pistolero se le había cruzado en el camino.

Sólo conocía su nombre, Pecos Tom, porque alguien se había tomado la molestia de buscarlo en el registro del hotel. Era tan forastero allí como el mismo Angel; por eso nadie podía decirle si se enfrentaba a un verdadero asesino o sólo a un joven tonto. Cuánto detestaba eso, cuánto detestaba no saber. El no había buscado el duelo, por el contrario; pero nadie podía pretender que él rehuyera un desafío. Pecos Tom tenía toda la intención de matarlo. Angel tenía que conformarse con esa sencilla verdad para calmar sus reparos.

Pecos se estaba tomando su tiempo para bajar por la calle. Estaba a seis metros de distancia, a cinco. Por fin se detuvo a los tres. Angel habría preferido un poco más de distancia, pero eso no lo decidía él. Decían que en el Este el desafiado podía elegir las armas y hasta desechar las armas para enfrentarse a golpes de puño. A Angel le habría gustado dar una buena tunda a ese chico para darle una lección en vez de matarlo. Pero en el Oeste uno no podía elegir. Cuando uno llevaba una pistola en la cadera, todo el mundo esperaba que la usara.

Pecos ya había apartado el chaleco de piel de oveja y tenía las manos a los costados, listas para actuar. Angel se echó lentamente el impermeable amarillo hacia atrás. No observaba las manos del muchacho, ni siquiera para ver si le temblaban. Sólo vigilaba los ojos.

Lo intentó por última vez.

-No tenemos por qué hacer esto. Aquí la gente no te conoce. Puedes montar e irte.

-Ni pensarlo -respondió el muchacho, más tranquilo. Suponía que Angel tenía miedo de enfrentársele, que era él quien deseaba abandonar la pelea. -Estoy listo.

No había nadie lo bastante cerca como para oír el suspiro de Angel.

-Entonces haz las paces con Dios, muchacho. Yo no disparo a herir.

Tom Prynne, con sus veinte años, tampoco disparaba a herir y desenfundó con más celeridad: dos segundos antes. Le habría bastado con ese tiempo, si hubiera tenido la paciencia de perfeccionar su puntería antes de salir en busca de renombre. La bala pasó junto al hombro de Angel y se perdió en el polvo, al fondo de la calle. Angel llevaba demasiado impulso como para detenerse, aun si lo hubiera querido, y su puntería fue mortíferamente exacta.

Tom Prynne se hizo célebre pese a todo aunque su renombre no viajaría muy lejos. Allí se hablaría de él por mucho tiempo. Su epitafio diría: "Aquí yace Pecos Tom, que desafió al *Angel de la Muerte* y perdió." El sepulturero de esa ciudad tenía un morboso sentido del humor.

2

Al pasar junto al hogar, Cassandra Stuart dejó caer distraídamente un trozo de leña. En el otro extremo de¡ cuarto, un gato levantó la cabeza siseando su protesta. La esbelta muchacha lo miró encogiéndose de hombros.

-Lo siento, Marabelle -dijo, reanudando sus agitados paseos-. Fue por costumbre.

Tanto Cassie como su mascota estaban habituadas al clima de Wyoming, mucho más frío, donde la muchacha se había criado. Allí, en el sur de Texas, donde estaba el rancho de su padre, la temperatura exterior debía de rondar los diez grados, aunque corría ya diciembre. Un trozo de leña habría bastado para aliviar el frío del dormitorio. Con dos... no pasó mucho tiempo antes de que se quitara todo, menos la camisola y las bragas.

El pequeño escritorio que evitaba desde hacía media hora aún seguía en su rincón, con el papel de membrete pulcramente apilado, el tintero abierto, la pluma afilada y la lámpara bien encendida. Su padre le había regalado ese anticuado equipo a su llegada en el otoño. Ella solía cumplir fielmente con su correspondencia, enviando a su madre una o dos cartas por semana... salvo en las seis últimas semanas.

Pero ya no podía seguir postergándolo. Esa tarde había llegado el telegrama. SI NO TENGO INMEDIATAS NOTICIAS TUYAS IRE CON UN EJERCITO.

La última parte era una exageración; al menos, eso suponía Cassie. Pero no dudaba de que su madre se presentaría, con lo cual empeoraría todo. El padre, por cierto, no se alegraría de encontrarla allí a su regreso. Pero tampoco se alegraría al descubrir que sus vecinos se habían convertido en enemigos gracias a la entrometida de su hija.

Cassie había enviado una respuesta en la que prometía despachar al día siguiente una carta explicándolo todo. Ya no podía seguir postergándolo, con la esperanza de que el *Pacificador* llegara primero. De ese modo, al contar a su madre lo que había hecho, por lo menos podría decirle que ya estaba todo solucionado, que no había ningún motivo para preocuparse.

Emitió algo parecido a una queja; el brillante felino negro, al oírla, la siguió hasta el escritorio para investigar el problema. Marabelle era muy sensible a los estados anímicos de Cassie. No pudo quedarse tranquila hasta que la muchacha la tranquilizó rascándola tras las orejas.

Por fin tomó la pluma.

Librodot

"Querida mamá:

Supongo que no te sorprenderás al enterarte de que he vuelto a entrometerme. No sé por qué, creí poder solucionar una guerra entre familias que se prolongaba desde hacía veinticinco años. Pero mira por dónde mi infernal optimismo volvió a fallar. A estas alturas habrás comprendido que me refiero a los vecinos de papá, las familias Catlin y MacKauley, de las que te hablé después de mi primera visita."

Esa era la segunda vez que Cassie visitaba el rancho texano de su padre. En la primera ocasión se había sorprendido al ver la casa construida por él diez años antes: era una réplica exacta de la que había dejado en Wyoming, incluyendo los muebles. Era como estar en casa... salvo cuando salía.

Hacía mucho que su padre quería recibirla allí, pero la madre no le permitía viajar sin ella antes de los dieciocho años. Y Catherine Stuart no pensaba pisar el rancho de Charles Stuart sino en caso de tremenda emergencia, referida a la única hija de ambos. No veía a su esposo desde que él abandonó Wyoming, diez años antes, y hacía veinte que no le hablaba, aunque durante la niñez de Cassie habían vivido en la misma casa. Si existía algo en lo que Cassie nunca había tratado de entrometerse, eso era la relación (o la falta de relación) de sus padres. Por mucho que ella lo lamentara, ellos se despreciaban mutuamente.

Pero al regresar al hogar, en la primavera del año anterior, Cassie había contado a su madre todo lo referido a los Catlin y a los MacKauley. También le habló de Jenny Catlin, su nueva amiga, dos años menor que ella. En esta nueva visita Cassie había encontrado a Jenny llena de melancolía porque había llegado a la edad en que las niñas deseaban casarse y, por desgracia, los únicos jóvenes apuestos de la zona resultaban ser los cuatro hijos de R.J. MacKauley, a quienes la mala suerte había hecho sus enemigos jurados.

Cassie lamentaba de verdad que Jenny hubiera mencionado a los MacKauley y al matrimonio en la misma frase. Eso la había llevado a pensar que su amiga quizá no los viera con los mismos ojos que su madre y su hermano mayor. Y le hizo reparar en las miradas que Clayton MacKauley, el hijo menor de R. J., echaba a Jenny en la iglesia y en los rubores de la joven cada vez que lo sorprendía.

"Es probable que esto tampoco te sorprenda, mamá, pero he logrado incluir en esa enemistad a los Stuart; cuanto menos, al que tengo conmigo. Papá aún no lo sabe, pero no creo que se alegre cuando lo descubra. Al fin y al cabo, yo me iré de aquí, mientras que él seguirá viviendo con esta gente.

Antes de que comiences a maldecirlo por permitir que yo me entremetiera, debo decirte que no estaba aquí para impedírmelo. En realidad, todo comenzó antes de que él se fuera, poco después de mi llegada, pero las cosas se hicieron en secreto, como una conspiración; luego papá recibió una carta de un hombre con quien estaba en negociaciones desde hacía dos años para comprar un toro premiado; el hombre, que vive en el norte de Texas, se había decidido por fin a venderlo. Tampoco puedes maldecir a papá por dejarme sola para ir en busca de su toro nuevo, porque el viaje debía durar menos de dos semanas y, después de todo, ya tengo veinte años y soy perfectamente capaz de administrar el rancho... cuando no estoy entremetiéndome en asuntos ajenos. Además, él quería llevarme consigo, pero le rogué que me dejara, pues ya había comenzado mi... bueno, no hay manera fácil de expresar esto. Lo

que hice fue probar nuevamente mi habilidad de casamentera. Y por desgracia, esta vez tuve éxito.

Logré convencer a Jenny Catlin y a Clayton MacKauley de que estaban mutuamente enamorados. Y en realidad parecía que era así, mamá. Mis invenciones los sorprendieron y alegraron mucho. Fue muy fácil reunirlos y, después de sólo tres semanas, ayudarlos a partir hacia Austin para casarse en secreto. Por desgracia, en la noche de bodas descubrieron que no se amaban, que el romance sólo existía en mi caprichosa imaginación.

Al parecer, me equivoqué por completo al interpretar la situación, pero eso no es novedad. Como bien sabes, tiendo a hacerlo con bastante frecuencia. Claro que he tratado de arreglar las cosas. Fui al rancho de Catlin para tratar de explicar que mis intenciones, si bien equivocadas, eran buenas. Dorothy Catlin se negó a hablar conmigo. Buck, su hijo, me aconsejó que me alejara de Texas y no regresara jamás."

Buck no lo había dicho con tanta amabilidad, pero no hacía falta que su madre supiera lo desagradable de su cólera ni las amenazas que ella había recibido de los MacKauley, quienes le habían dado un plazo para irse bajo la amenaza de incendiar el rancho de su padre. Tampoco había necesidad de mencionar que Richard McKauley retiraba su correspondencia y le decía luego que la había perdido, razón por la cual Cassie no había recibido ninguna carta de su madre en las seis últimas semanas. Ni que al salir del banco, en Caully, se había encontrado los asientos y el suelo del coche llenos de melaza; ni que tres de los peones de su padre habían sido obligados a renunciar por intimidación, incluido el capataz. Tampoco quiso mencionar la nota deslizada bajo la puerta principal, donde le decían que, si su gato volvía a salir a la pradera, ella sería invitada a la barbacoa.

Tampoco sabría su madre que Sam Hadley y Rafferty Siater, dos peones contratados por los Catlin, la habían arrinconado en la caballeriza de la ciudad para darle un buen susto con sus manoseos hasta que alguien pasé y puso fin a aquello. Ni que a partir de ese episodio ella no usaba su col¡ modificado sólo para salir a la pradera, sino también cuando iba a la ciudad, pese a la diversión que eso proporcionaba a las buenas gentes de Caully.

Y le ocultaría, muy especialmente, que la ausencia de su padre llevaba ya siete semanas y duraría otras tres, porque el nuevo toro premiado lo había tirado rompiéndole en la caída dos costillas y un pie. Bastaba con decirle:

'Son muy buenas familias, pero cuando alguien no les gusta se convierten en verdaderos incordios, y en este momento, ninguno de ellos me tiene mucho aprecio.'

Pensó en tachar lo de 'incordios', pero decidió que a su madre le vendría bien reír un poco. A Cassie sí, con seguridad, pero sólo le quedaban tres semanas para arreglar las cosas, pues sabía con certeza lo que haría su padre al regresar: simplemente se mudaría, abandonando todo lo que había construido allí en los diez últimos años. Después de todo, era ranchero sólo porque disfrutaba con eso, no porque necesitara ganarse la vida, considerando que pertenecía a una de las familias más ricas de Connecticut. Pero Cassie no se perdonaría jamás si la situación llegaba a eso.

'Puesto que no quieren siquiera escuchar mis disculpas, hice lo único que se me ocurrió: mandé llamar al gran amigo del abuelo Kimbal, ese hombre al que llaman Pacificador. No tengo la menor duda de que él podrá poner fin a las hostilidades en cuanto llegue, cosa que debe ocurrir en cualquier momento.'

En realidad habría debido llegar varias semanas atrás; esa demora comenzaba a preocuparía, pues él le había asegurado que acudiría. El era su única esperanza. Quizá le enviara otro telegrama al día siguiente, cuando fuera a la ciudad para despachar la carta a su madre.

'Ahora ya sabes por qué no te he escrito. En realidad, detestaba admitir que había vuelto a meter la pata y preferia no hacerlo antes de solucionar lo que había provocado. Volveré a escribirte en cuanto todo acabe y los vecinos de papá hayan vuelto a profesarse un simple odio."

Cassie se mordió el labio y miró la carta con el entrecejo fruncido. Había dejado lo peor para el final: ¿cómo convencer a su madre de que no acudiera corriendo a salvar a su "pequeña" de otra catástrofe creada por ella misma? Utilizando la astucia. La invitaría.

"Sé que exagerabas al decir que vendrías con un ejército, pero me gustaría que lo hicieras si no te molesta viajar en pleno invierno. Estoy segura de que a papá no le molestará que nos hagas una visita. Claro que este problema se solucionará antes de que puedas llegar, de modo que él bien podría extrañarse con tu venida. ¿Te parece que podría atribuirla a un interés tuyo por reconciliarte con él?'

Cassie decidió terminar la carta allí mismo. Conocía bien a su madre. Después de leer esa última pregunta lo más probable era que Catherine Stuart rompiera la carta en dos y la arrojara a la fogata más próxima. También imaginaba la respuesta verbal de su madre a la sugerencia: "¿Reconciliarme yo con ese putañero? ¡Cuando esté muerta y enterrada! ¡Y puedes decírselo!"

Cassie se había pasado la vida comunicando a cada uno de sus padres lo que el otro decía. Si no había nadie a mano para oficiar de intermediario, ¿se dignaban ellos a relajarse y dirigirse la palabra? No. Uno de los dos, el que estuviera más decidido a decir algo, buscaba a alguien que lo dijera en su nombre.

Cassie se apartó del escritorio, desperezándose, y miró a Marabelle.

-Por lo menos me he quitado una preocupación de encima... por el momento -dijo al felino-. Ahora sólo falta que aparezca el Pacificador para resolver este problema; entonces quizá podamos quedarnos hasta la primavera, como estaba planeado.

Tenía todas sus esperanzas puestas en el amigo de su abuelo, pero con buenos motivos. Cierta vez lo había visto decir unas pocas palabras a un hombre que estallaba de cólera asesina y, cinco minutos después, el hombre estaba riendo. Tenía un increíble talento para tranquilizar a la gente. Y ese talento le haría mucha falta para calmar la animosidad que ella había provocado.

3

El rancho Doble C no era difícil de localizar. Si uno iba hacia el norte de la ciudad siguiendo las indicaciones prácticamente tropezaba con él. Pero no era lo que Angel esperaba. En esa parte del sur casi todos los rancheros imitaban a sus vecinos, los mexicanos, y construían casas de adobe al estilo español para evitar el calor tan intenso del verano.

Lo que Angel tenía ante sí era una casa de madera de dos plantas, con un diseño más habitual en el Noroeste. Seis peldaños conducían a un porche que rodeaba la planta baja; era lo bastante amplio como para dar cabida a sillones, mecedoras y hasta a un columpio para dos en cada esquina. Circundaba la planta alta un balcón con puertas dobles, probablemente las de los dormitorios, que daba sombra al porche de abajo.

La casa le pareció vagamente familiar, como si la hubiera visto antes, aunque era la primera vez que llegaba tan al sur. Los galpones y cobertizos (o lo que de ellos había visto antes de acercarse tanto) estaban diseminados detrás de la casa principal, de modo tal que, a seis metros de la fachada, nadie habría podido decir que se trataba de un rancho en explotación. Hasta el carruaje detenido delante era parecido a los coches lujosos que se veían en las grandes ciudades, antes que a las pequeñas calesas utilizadas en el campo.

Antes de que Angel cruzara esos seis metros, se abrió la puerta principal y un gato negro, del tamaño de un puma, saltó bruscamente en su dirección. El no tuvo tiempo de preguntarse de dónde diablos había salido (resultaba inconcebible que proviniera del interior de la casa), obligado como estaba a dominar a su aterrorizada cabalgadura y echar mano de su arma, todo al mismo tiempo.

Aún no tenía el revólver en la mano cuando el sombrero le voló de la cabeza al compás de un disparo y oyó estas palabras:

-Que no se le ocurra siquiera, señor.

Angel tuvo apenas unos segundos para decidirse mientras sus ojos buscaban a quien había hablado. Se encontró con una mujer que le apuntaba con un revólver. Luego volvió la vista al gato; el disparo había aminorado un poco la velocidad de su ataque, pero aún se acercaba y su caballo, desesperado, sacudía la cabeza, desviándose hacia un lado; por fin alzó las manos.

Mientras luchaba por mantenerse en la silla (ni loco se enfrentaría en tierra con ese enorme animal) la mujer volvió a hablar; pronunció una sola palabra. Cuando su caballo tuvo nuevamente los cuatro cascos en tierra, Angel vio que el gato se había detenido; estaba sentado a un metro y medio escaso de distancia y lo miraba con grandes ojos amarillos.

'Marabelle", había dicho ella, con el tono de quien debe ser obedecido. No, él no había oído mal: Marabelle. Entonces hizo algo que nunca hacía, algo que en su oficio no se podía hacer: se puso furioso y lo demostró.

-Si no retira inmediatamente a ese animal de mi vista, señorita -chirrió con un tono muy moderado por la fuerza de la costumbre-, no seré responsable de lo que ocurra.

Ella pareció enojarse, probablemente porque era quien tenía el arma en la mano, siempre apuntada contra él.

-No está usted en situación de...

Todo ocurrió en pocos segundos: Angel desenfundó el revólver y disparó una sola bala que arrebató el arma a la mano de la muchacha. -¡Hijo de mala madre! -gritó ella, sacudiendo los dedos que le escocían. El gato lanzó un audible gruñido en respuesta a su grito y el caballo de Angel empezó a corcovear como reacción al gruñido del felino. Esa vez Angel acabó en el suelo, su caballo partió hacia el condado vecino y el gato, que ahora siseaba, sólo se detuvo a treinta centímetros de él, cuando la mujer volvió a pronunciar esa palabra que lo detenía inmediatamente: "Marabelle".

Casi estaba a punto de matarlo de cualquier modo. Y también a ella de paso. No recordaba haber estado nunca tan dominado por sus emociones. Cualquier idiota podía adivinar que el felino, fuera lo que fuese, pertenecía a esa mujer. Era su mascota. Tenía que ser una mascota domesticada para obedecerle así. Y ella lo había dejado salir para que aterrorizara a su caballo. Y a él también, sin duda.

Aún furioso como estaba y comprendiendo que el gato debía de estar domesticado, siquiera en parte, necesitó de considerable coraje para apartar los ojos de un animal de ese tamaño, sentado a escasos treinta centímetros de él, sobre todo considerando que él estaba sentado en el suelo, frente a frente con la bestia. Pero lo hizo; alzó la mirada hacia el porche y la miró con los ojos entornados.

Ella había recuperado su arma y la sostenía con la otra mano, apretando los dedos doloridos entre el brazo y el costado. Parecía difícil que ese revólver volviera a disparar sin una visita previa al armero, pero ella no parecía saberlo pues le estaba apuntando otra vez con esa porquería.

-Le advierto, señor, que tengo tanta puntería corno usted, pero no necesito disparar. Si mueve esa arma un solo centímetro hacia mí, Marabelle lo hará pedazos.

Que pudiera dar en el blanco deseado era algo dudoso. Si le había hecho volar el sombrero de un balazo, eso podía ser deliberado, sólo para llamarle la atención, o quizá había fallado al tratar de matarlo. En cambio, sobre la segunda amenaza no le cabía duda alguna. Pero la mujer debía de tenerle miedo para pronunciar una doble amenaza como esa. Bueno, ya sabía de qué era capaz su visitante. Angel la había desarmado de un disparo pese a que ella le estaba apuntando y él aún tenía la pistola enfundada. Ahora tenía buenos motivos para temerle, puesto que estaba furioso.

-Si cree usted que voy a enfundar mientras este animal me está lanzando el aliento a la cara, está loca. -En esa situación podía producirse un empate en el que ninguno de ellos estuviera dispuesto a ceder un centímetro. En realidad pasaron largos segundos en silencio hasta que Angel decidió que prefería deshacerse del gato. Por ende agregó a regañadientes:

-Llámelo, señorita, y tal vez podamos hablar.

Ella levantó un poco la barbilla.

- No tenemos nada de qué hablar. Usted se va. Y puede decirles que no tenían por qué, enviarme a un pistolero.

-¿Quiénes?

-Los que lo contrataron, sean los que fueren.

-Nadie me ha contratado, señorita. Me envía Lewis Pickens para...

-Bueno, por Dios -lo interrumpió ella, bajando el arma- ¿Porqué no lo dijo desde un principio? -Y luego:- Aquí, Marabelle, pequeña. El señor es inofensivo.

Debía de ser la primera vez que alguien llamaba "inofensivo" a Angel desde que llegara a la edad viril. No se ofendió. Esperó a ver si el animal obedecía. Y por cierto, la cabezota giró hacia la mujer; le siguió el cuerpo largo y brillante en tanto el gato cruzaba el patio para subir los peldaños. Angel dejó escapar un suspiro, pero no enfundó el revólver hasta que el felino estuvo nuevamente dentro de la casa.

-Puedes volver a la cocina, María -dijo la mujer a alguien que estaba tras la puerta. Y antes de cerrarla agregó-: ¿De veras sabes disparar ese rifle?

Angel hizo una mueca. Había tenido otra arma apuntada hacia él sin siquiera presentirlo. Empezaba a volverse descuidado. No, es que todos sus sentidos estaban atentos a ese monstruoso animal negro y esa idiota del porche. "Dios no permita que sea Cassandra Stuart", pensó.

Ella venía bajando los peldaños hacia él. Por primera vez Angel reparó en su lujoso atuendo: un abrigo negro, largo, con bordes de pieles y encaje azul claro en el cuello y cinco capas de volantes plisados azules en la falda, que sólo se veía desde las rodillas hacia abajo. Lucía un pequeño sombrero de castor, encasquetado en un ángulo atrevido sobre el pelo castaño oscuro. Ropas de ciudad sin duda; pero lo incongruente del conjunto era que la mujer llevaba una pistolera por fuera del abrigo.

En esa pistolera deslizó el arma antes de alargarle la mano.

-Soy Cassandra Stuart. El señor Pickens ¿llegará pronto?

Angel no le aceptó la mano, pues no sabía qué debía hacer con ella. Hasta venía acompañada por una sonrisa, como si ella no le hubiera disparado, enviándole a ese gato devorador de hombres y ahuyentando a su caballo. Tampoco aceptó la sonrisa. El hecho de que, al parecer, lo hubieran enviado para tratar con esa mujer le arrancó un juramento silencioso mientras se levantaba, sacudiéndose el impermeable. En ese momento lo último que deseaba era ayudarla. Pero para eso estaba allí. Una deuda era una deuda.

Antes de responderle fue en busca de su sombrero. Al ver el agujero que atravesaba el centro mismo de la copa de su sombrero volvió a jurar, esta vez en voz alta. ¡Diablos! ¡Ella habría podido matarlo!

Giró en redondo para clavarle una mirada sombría.

-Una vez que usted haya hecho arreglar ese revólver quiero ver pruebas de que sabe usarlo.

Ella se limitó a arrugar el entrecejo; luego desenfundó el arma para examinarla y exclamó:

-¡Caramba, me lo ha roto!

-Y usted me ha estropeado el sombrero.

Ella lo miró con los ojos entornados.

-Ocurre que esta era un arma hecha especialmente, señor... ¿Cuál es su nombre a fin de cuentas?

-Angel. Y ocurre que este es un sombrero de veinte dólares, señora.

-Ya le repondré ese maldito sombrero. -Ella se detuvo dando un paso atrás.- ¿Cómo que Angel? ¡No me diga que usted es ese an*gel*! El que llaman *Angel de la Muerte.*

El torció agriamente la boca. En general, la gente no se atrevía a llamarlo así de frente.

-No me gusta ese apodo.

-Se justifica -replicó ella.

Pero sus ojos gris plata habían tomado una expresión cautelosa que a Angel le resultó muy satisfactoria. Habría debido estar en ellos mucho antes. Aun quienes no lo conocían daban un amplio rodeo para evitarlo, como si su expresión anunciara: "¡Cuidado!"

-Bueno -dijo ella ante esa mirada fija con una risa nerviosa-, por suerte para usted, tengo otro de estos *colts* modificados. De lo contrario ahora estaría muy enojada.

-Rece usted para que no tarde mucho en hallar a mi caballo, señorita. De lo contrario verá lo que es enojo.

-Si se atreve usted a levantarme la mano...

-Antes bien pensaba dispararle.

No lo decía en serio, pero ella no podía saberlo. Angel se preguntó por qué diablos se encolerizaba así otra vez si ya se había dominado. No tenía por costumbre lanzar amenazas ociosas. Pero en esa mujer había algo que lo irritaba a mares, aunque ella no le apuntara con un revólver.

-Olvídese de lo que dije -corrigió secamente.

-Con gusto -replicó ella. Pero dio otro paso hacia atrás.

El estuvo a punto de sonreír. Ese nerviosismo de la mujer era lo mejor para aliviarle el mal genio.

-¿Siempre dispara perdigonadas a la gente que viene de visita?

Ella parpadeó ahuecando los labios (labios de forma apetitosa, según notó Angel) y enderezó la espalda. Diablos, ya se veía venir. Acababa de recobrar el coraje.

-Usted estaba a punto de matar a Marabelle. Y yo no iba a permitírselo, sólo porque el animal se me escapó por la puerta antes de que pudiera detenerlo.

Eso lo sorprendió.

-Entonces ¿usted no lo envió deliberadamente contra mí?

-Ciertamente no -exclamó ella en tono indignado, como si la pregunta le pareciera digna de un estúpido.

-Yo no vi nada de "ciertamente- en el asunto, señorita.

-El sentido común...

-Será mejor que lo dejemos así -advirtió él, antes de que los insultos empeoraran.

Ella captó su intención y se puso tiesa.

-También será mejor que usted diga a qué ha venido y se vaya. Si realmente pudiera... irse, sí.

-Pickens no puede venir -dijo secamente.

Ella lo miró sin expresión por un segundo. Luego exclamó:

-¡Pero tiene que venir! Yo contaba con él. ¿Por qué no viene? ¡Lo prometió!

Su auténtica aflicción hizo que Angel se sintiera incómodo con sus otros sentimientos. Esa joven no le gustaba... y con buenos motivos después de lo que le había hecho. Pero te costaba mantener su animosidad ante tal inquietud.

Angel se ablandó lo suficiente para tranquilizarla.

-Pensaba venir. Más aun, estaba en el banco, retirando dinero para viajar hasta aquí cuando un grupo de comancheros llegó desde el Llano Estacado con intenciones de hacer una extracción propia a punta de revólver. Naturalmente, Pickens no fue capaz de atender sus propios asuntos y dejar que ellos siguieran con los suyos. Se sintió obligado a detenerlos y acabó recibiendo un balazo.

Mientras escuchaba ese pequeño relato, ella había pasado de pálida a lívida; su aflicción cambiaba los motivos.

-Oh, Dios mío... No... no ha muerto, ¿verdad? Sería por mi culpa. El abuelo jamás me perdonará...

-Oiga, ¿cómo puede considerarse culpable si usted no estaba allí?

-Pero le pedí que viniera. De lo contrario no habría estado en ese banco. -Hizo una pausa al ver que él meneaba la cabeza. Tanto su tono como su expresión se tornaron tenazmente belicosos.- Si se me antoja asumiré la culpa. Me especializo en eso.

A esa altura Angel se encogió de hombros. ¿A qué esforzarse por convencer a una tonta de que estaba haciendo una tontería, si a él, le daba igual?

-Como guste.

Ella perdió inmediatamente las ganas de pelear y se mordió el labio inferior. Al ver que parecía estar a punto de llorar, a Angel le dio un vuelco el estómago. ¡Mierda! Nunca había tenido que enfrentarse al llanto de una mujer y no pensaba comenzar en ese momento. A la primera lágrima se iba.

-¿Pickens ... ? -La muchacha no se decidió a preguntar si había muerto.

-¡No! -respondió Angel, muy deprisa-. El médico dice que no corre peligro, pero no podrá viajar por un tiempo. Por eso hizo que su amiga me llamase.

Eso acabó con el aspecto lloroso de Cassie. Ahora estaba ceñuda.

-No comprendo. Esto ocurrió hace casi seis semanas. ¿Por qué no me avisó antes que no podía venir? Ahora casi no tengo tiempo.

Angel podía aceptar la culpa con tanta facilidad como ella.

-Eso fue culpa mía. Pickens me localizó muy pronto, pero yo perdí algunas semanas en Nueva México. Es que su mensaje no mencionaba ningún límite de tiempo.

-Comprendo. -En realidad, Cassie no comprendía. Estaba totalmente confundida.- Los portadores de malas noticias rara vez son bien recibidos, pero le agradezco que se tomara la molestia de venir cuando en realidad habría bastado con un telegrama. Y lamento lo de su caballo. Puedo prestarle uno de los nuestros para que lo busque. Puede dejarlo después en el establo. -Hundió la mano en uno de los anchos bolsillos de su abrigo y sacó una moneda de oro de veinte dólares.- Y con esto puede comprarse un sombrero nuevo.

Angel se limitó a mirar fijamente esa mano extendida obligándola a decir:

-Tómela.

Como él no se movía, la muchacha se encogió de hombros y cerró la mano.

-Como usted quiera. Pero ahora, si me disculpa, debo ir a la ciudad. Ya salía cuando usted llegó.

Y le volvió la espalda para alejarse. Angel se meció sobre los talones, dejando que se alejara hacia su carruaje antes de pronunciar:

-Creo que no me expresé con claridad, señorita. Lewis Pickens me pidió que ocupara su lugar. He venido a resolver su problema, cualquiera que sea. Convendría que me explicara de qué se trata antes de ir a la ciudad.

Ella giró en redondo ante las palabras 'ocupara su lugar' con expresión incrédula. Pero antes de que él terminara había recobrado su expresión belicosa.

-¿Qué dice usted?

-Me ha oído perfectamente, señorita.

-Claro que lo he oído -replicó ella con todas las señales de la mujer que está a punto de perder los estribos-. Es que no lo creo. ¿En qué estaba pensando el señor Pickens al enviarlo a usted? Necesito un pacificador, no un pistolero. Usted sólo podría empeorar la situación.

-¿Y cuál es esa situación?

Ella agitó una mano impaciente.

-No tiene sentido que se lo explique si usted no puede ayudar. Si la solución se resolviera con un revólver, usaría el mío.

El no pudo dejar de sonreír ante la imagen que esas palabras le traían a la mente: sombreros volando por el aire, pero volvió la cara antes de que la mujer se diera cuenta. A muy pocas personas les permitía la intimidad de captar su sentido del humor y ella no sería una de esas.

-¿Tiene usted alojamiento para peones?

-Sí, pero... ¡un momento! -protestó ella, al ver que el hombre echaba a andar hacia la parte trasera de la casa-. No puede quedarse aquí. ¿No me ha escuchado?

El se detuvo por el tiempo necesario para decir:

-Sí. Es usted la que no escuchó. He venido a solucionar su problema porque debo un favor a Pickens y no me iré sin pagar mi deuda.

Ella corrió a alcanzarlo en el momento en que giraba por un lateral de la casa.

-Si usted tiene alguna deuda, eso no tiene nada que ver conmigo, señor.

-Ahora sí.

-No puedo aceptar eso. Voy a repetirlo, usted no puede...

El rugido que salió de la casa los interrumpió a ambos. Angel se volvió; el enorme felino estaba sentado frente a una ventana mirándolos. Por suerte no estaba abierta, pero eso no bastó para calmarle los nervios con suficiente celeridad. Aunque el gato estuviera domesticado, no por eso parecía menos peligroso.

-¿Qué bicho es ese? -preguntó al fin.

-Una pantera negra.

-No sabía que hubiera animales así en Texas.

-No hay. Marabelle vino de Africa.

El no pensaba preguntar cómo.

-Manténgala lejos de mí mientras yo esté en la casa.

Ante eso ella se irritó visiblemente.

-Si usted se quedara, cosa que no ocurrirá, yo insistiría en que se llevara bien con Marabelle. Y tendría que familiarizaría con su caballo por motivos obvios. Pero usted no se quedará. El establo está por allí. -Señalaba un edificio largo junto a un granero.- Vaya a buscar su caballo y vuelva por donde ha venido.

Debía de suponer que con eso el asunto estaba liquidado. En cierto modo, así era. Así lo expresó la voz lenta de Angel en el momento en que ella le volvía la espalda por segunda vez.

-En ese caso, tendré que ocuparme del problema a mi manera.

Ella dilató los ojos al comprender.

-No se atreva. -El guardó silencio.- Bien. Puede quedarse, pero no mate a nadie. Nada de disparos ni de cadáveres. ¿Entendido?

No aguardó la respuesta. Se marchó con paso enérgico, sin dejar dudas de que cedía contra su voluntad. Mujer irritante. Angel habría preferido no volver a verla, pero necesitaba información de ella para solucionar el problema. De cualquier modo, manejaría las cosas a su modo. Pero al oír el carruaje que partía hacia la ciudad cayó en la cuenta de que ignoraba cuál era el problema. ¡Condenada mujer!

4

No daría resultado. En el trayecto hacia la ciudad Cassie había tenido tiempo para analizar las posibles repercusiones, incluida la peor: que los Catlin y los MacKauley supusieran que ella planeaba responder a los desafíos. Por otra parte, ¿qué podía hacer un pistolero, salvo proferir amenazas? Y si se ignoraban las amenazas se iniciarían los disparos. Justo lo que necesitaba encontrar su padre al llegar a su casa: una guerra.

Habría debido mostrarse más firme con ese hombre. Habría debido hacer oídos sordos a sus falsas decisiones y seguir respondiendo: "No, gracias.' Para su tipo de problema no hacía falta un pistolero a sueldo. Bueno, tal vez sí, pero esa no era la solución; por lo menos, no era una solución aceptable para ella. Tendría que decírselo en cuanto volviera al rancho.

No era una perspectiva agradable. Había adivinado que era un pistolero antes de que su nombre se lo confirmara. Pero además lo conocía; mejor dicho: había oído hablar de él desde niña, porque ambos provenían de la misma zona. Angel llevaba once años yendo y viniendo por los alrededores de Cheyenne, pero ella nunca lo había visto hasta, ese día, ni siquiera desde lejos. Como él vivía en Cheyenne entre un trabajo y otro, la gente de la zona se apresuraba a jactarse de que el hombre tenía su hogar allí. Si en verdad tenía su hogar en algún sitio, nadie estaba enterado.

No era como ella lo habría imaginado si se hubiera molestado en inventar un rostro a los muchos relatos que circulaban sobre él. No era tan alto como los MacKauley, que superaban el metro ochenta, pero una sólo se daba cuenta cuando se encontraba de pie a su lado. Siendo Cassie bastante baja, él le llevaba unos quince centímetros.

Desde lejos una veía a un hombre todo vestido de negro, exceptuando el impermeable amarillo que enmarcaba su cuerpo musculoso. Veía el revólver enfundado en su cadera, las espuelas de plata que centelleaban al sol, el sombrero de ala ancha bien encasquetado y su cómoda postura sobre el caballo, que disimulaba una actitud muy alerta, la celeridad de que él era capaz, la pasmosa velocidad que Cassie había visto personalmente.

Pero una vez cerca, lo primero que llamaba la atención eran los ojos. En ellos se percibía algo implacable, la violencia de la que el hombre era capaz. Todo lo que era estaba en esos

ojos, negros como la brea, sin alma, sin conciencia, sin miedo. Eran tan hipnóticos que una tardaba un rato en reparar en su cara reciamente masculina: mandíbula cuadrada, bien rasurada, nariz secamente cincelada y pómulos Prominentes. Tardaba aun más en notar que su cara era atractiva dentro de sus rasgos duros. Cassie sólo captó eso cuando iba a medio camino hacia la ciudad.

Pero el detalle no tenía importancia; lo que importaba era qué clase de hombre era: una clase con la que ella no deseaba entablar relaciones, ni para recibir ayuda ni por causa alguna. La simple verdad era que él le daba miedo. No podía olvidarse de que su trabajo consistía en matar gente y que lo hacía muy bien.

Sólo cabía esperar que sus vecinos no se enteraran de que *El Angel de la Muerte* le había hecho una visita. Existía la posibilidad de que su renombre no hubiera llegado tan al sur, pero eso no importaba; su solo aspecto revelaba qué era, si no quién, y eso era igualmente malo. Ojalá nadie se enterara de que él había pisado el Doble C. Ojalá se fuera antes de la noche.

Con ese fin enviaría otro telegrama a Lewis Pickens mientras estuviera en la ciudad. Le daría las gracias por su interés... y mentiría. Le diría que, como el problema ya estaba resuelto, su Angel de Misericordia no hacía falta allí. Luego explicaría a Angel lo que había hecho, agregando que ya no tenía motivos para quedarse allí. El se iría... y ella se encontraría exactamente como seis semanas atrás, pero con muy poco tiempo para decidir qué haría.

Cassie salió de la armería donde había dejado su revólver; era su última diligencia antes de encaminarse a la estación de diligencias desde donde enviaría su telegrama. Se había visto obligada a cargar con el rifle que se guardaba en el carruaje para casos de emergencia. Sabía usarlo tan bien como su *colt,* pero llevarlo consigo era incomodo y pesado. Habría sido preferible buscar el otro revólver igual al que tenía antes de abandonar el rancho, pero en su enojo ni siquiera se le había pasado por la mente.

Lo que estaba fuera de toda cuestión era salir sin armas. Aunque no hubiera ninguno de los MacKauley ni de los Catlin a la vista, ni tampoco empleados suyos, rara vez iba a la ciudad sin tropezar con uno de ellos al menos. Los que más la preocupaban eran Rafferty Slater y Sam Hadley, por quienes los que no se dejaría sorprender nuevamente desarmada.

Esos dos trabajaban para los Catlin desde hacía poco tiempo, pero su carácter pendenciero ya los había metido en problemas en la ciudad. No eran de¡ tipo que Dorothy Catlin solía contratar, sino vagabundos que nunca pasaban mucho tiempo en un mismo sitio; trabajaban sólo lo necesario para tener dinero con que alborotar la ciudad los sábados por la noche. Tarde o temprano serían despedidos, pero mientras tanto habían tomado partido y Cassie se encontraba en el otro bando.

La ponía nerviosa el solo recuerdo de¡ día en que la habían acorralado en las caballerizas impidiéndole la huida; Sam la empujó y Rafferty, al inmovilizarla, la tocó en sitios a los que no tenía ningún derecho. La expresión de sus ojos decía que, si volvían a encontrarla sola, recibiría más de lo mismo. Sam sólo trataba de asustarla, pero Rafferty había disfrutado con eso.

Hasta entonces no le había ocurrido nada similar, pero no volvería a ocurrir. Si se encontraba en la ciudad con Rafferty Siater y él hacía el menor ademán de acercársela, dispararía primero y luego le preguntaría qué deseaba. Ese hombre no tendría otra oportunidad de ponerle una mano encima.

Después de ese incidente ya no se atrevía a utilizar ninguna de las caballerizas que se alquilaban en la ciudad. Por eso había dejado su carruaje frente al almacén general de Caully desde donde envió la carta a su madre y cumplió con sus otros recados caminando de un sitio a otro. Cuando regresaba por allí para ir a la estación de diligencias, que también servía como oficina de telégrafos, vio que su carruaje estaba aún allí, pero con dos caballos atados a la parte trasera.

Al ver a los animales Cassie se detuvo inmediatamente y comenzó a buscar al pistolero con la mirada. No dudaba ni por un momento de que esos fueran el caballo de Angel y el que ella le había prestado, aunque estaba aún demasiado lejos para verlos bien. Lo halló con bastante facilidad. No era difícil detectar ese impermeable amarillo.

Estaba reclinado contra la pared de la taberna Segunda Oportunidad al otro lado de la calle. Como tenía el sombrero tan calado era imposible saber a quién vigilaba, pero Cassie tuvo la sensación de que era a ella.

Eso la inquietó. No comprendía por qué la había seguido a la ciudad. Y en vez de salir a su encuentro para explicárselo, él mantenía su relajada posición. Ahora todo el mundo sabía que él estaba allí. Después de todo, Caully era una población pequeña y Angel, un forastero. Era natural que la gente reparara en su presencia, aun cuando no hubiese tenido aspecto de pistolero.

Cassie apretó los dientes, frustrada. Adiós a sus intenciones de mantener su visita en secreto. Ahora no podría salir de la ciudad sin dirigirle la palabra, puesto que el hombre había atado su caballo al carruaje. Aun cuando esa mañana nadie lo hubiera visto ir hacia el rancho, esto no podía pasar desapercibido. Antes de que terminara el día todos se estarían preguntando qué hacía la chica Stuart con un pistolero. Pero los vecinos actualmente hostiles no se limitarían a preguntarse eso: antes de¡ anochecer irían al rancho a exigir una explicación. Y a menos que por entonces Angel ya hubiera partido, bien podía estallar el infierno.

Todo era culpa de ella. Había hecho mal en dejarse intimidar por ese hombre, en darle permiso, para quedarse; era como darle permiso para meter la nariz en sus asuntos. Y eso de seguirla a la ciudad para vigilarla desde cerca, como si hubiera tomado el papel de custodio personal, indicaba que haría las cosas a su propio modo, dijera ella lo que dijese.

Continuó caminando por la calle sin mirarlo. Pero apretó el paso, temiendo verse detenida antes de haber podido despachar su telegrama. Y se vio detenida, sí, sólo que no por Angel.

Morgan MacKauley salió de la talabartería de Wilson y se cruzó en su camino. Cassie estuvo a punto de chocar con él. Al ver de quién se trataba, intentó escabullirse antes de llamar la atención. No tuvo suerte.

Morgan se consideraba un gran seductor de mujeres. Fuera esto cierto o no, todo lo que llevara faldas le llamaba la atención. No tardó más de un segundo en ver a Cassie y girar hacia ella para bloquearle el paso. Ella trató de esquivarlo, pero pronto fue evidente que no la dejaría pasar. Por fin la muchacha dio un paso atrás para clavarle una mirada triste que no causó el menor efecto.

La irritaba que nadie en Texas la tomara en serio. Reían al verla con revólver. La ignoraban cuando se enojaba. Era como una mariquita a la que se aparta fácilmente con un papirotazo... a menos que estuviera con su pantera negra. Hasta los temerarios MacKauley miraban con desconfianza a Marabelle.

Pero Cassie nunca llevaba-su pantera a la ciudad. La mirada ceñuda que le clavó Morgan fue mucho más efectiva que la suya. Era simplemente intimidatoria.

De los cuatro hijos de R. J., Morgan era el tercero; tenía veintiún años. Pero los cuatro eran corpulentos y superaban el metro ochenta de estatura. Todos se parecían a su padre en el pelo castaño rojizo y los ojos verde oscuro. Cassie no los creía capaces de hacerle daño, pero eso no borraba el temor que le inspiraba la animosidad de esos hombres. Eran de genio vivo; un hombre de genio vivo, cuando se enfurece, es capaz de hacer estupideces que normalmente no haría.

-No esperaba verla esta semana en la ciudad, señorita Sltuart -dijo Morgan, con aplomo.

Apenas dos meses antes la tuteaba y hasta la había invitado al baile de Will Bates, un sábado por la noche, y a una excursión dominical a Willow Ridge una semana después. Sus intenciones eran evidentes: la cortejaba. Ella se había sentido muy halagada porque el muchacho despertaba su interés. Después de todo, los hermanos MacKauley eran excepcionalmente apuestos y, tal como Cassie había descubierto en los últimos años, no resultaba fácil hallar a un hombre dispuesto a casarse con ella y con Marabelle.

Morgan no le tenía mucho afecto a Marabelle, pero eso no le había impedido cortejar a Cassie... hasta el día en que ella se entremetió en la vida de su hermano de un modo que ninguno de ellos olvidaría ni perdonaría jamás. Cuando la muchacha se convirtió en el blanco de todos los enojos, él le hizo saber que sólo le interesaba el rancho de su padre.

Fuera esto cierto o sólo producto de su cólera, Cassie se sintió más dolorida de lo que hubiera pensado. Tratándose de hombres, no se tenía mucha confianza. Lo de Morgan MacKauley se la disminuyó aun más. Y la triste verdad era que él le gustaba. Por algunas semanas se había hecho grandes ilusiones. Ahora... no quedaba nada, ni siquiera el más leve placer de tenerlo tan cerca. Sólo experimentaba pesar... y una buena proporción de fastidio.

Le extrañó ese comentario despreocupado. A juzgar por sus últimas experiencias no debía de ser tan despreocupado.

-¿Por qué? -preguntó con cautela.

-La imaginaba muy ocupada en preparar el equipaje.

Cabía esperarlo: no se podía pasar junto a un MacKauley o a un Catlin sin algún desagradable recordatorio de sus apuros actuales. Eran los MacKauley quienes le habían puesto plazo para abandonar la zona bajo amenaza de recurrir a la destrucción masiva del rancho con antorchas encendidas.

-Pues imaginaba usted mal -respondió con voz tensa. Una vez más trató de pasar. Una vez más él se movió para impedírselo No sea odioso, Morgan. Déjeme pasar.

-Primero hablaremos de ese forastero que pasó rumbo a su casa esta mañana.

Cassie gruñó para sus adentros. No había tenido tiempo de inventar un motivo aceptable para la visita de Angel. Y necesitaba tiempo, porque tratándose de mentir y de evitar temas, Cassie era completamente inútil. A menos que lo pensara y ensayara bien, los que la conocían un poco detectaban inmediatamente sus mentiras.

Con Morgan aún no había hecho la prueba.

-Nadie importante. Era sólo... sólo un vagabundo que buscaba trabajo.

-En ese caso usted debería haberlo enviado a nuestra casa -replicó él, tranquilamente-. Antes de que termine la semana en la suya no habrá trabajo para nadie.

Cassie se puso rígida ante esa segunda alusión a la fecha límite fijada para su partida. Se había hecho ilusiones de que la amenaza de incendiar el rancho de su padre fuera algo dicho por enojo, sin verdadera base. Se trataba de personas con las que ella había entablado relaciones sociales y amistosas; uno de ellos había llegado a cortejaría. Pero todo eso, antes de haberse entrometido.

Esquivó el tema de Angel aprovechando que Morgan le había proporcionado otro.

-Necesito hablar con su padre, Morgan. Dígale que pasaré mañana.

-No la recibirá, señorita Stuart. Sucede que Clayton lo ha puesto más nervioso que nunca. ¿Y quiere usted saber por qué?

Ella comenzó a sacudir la cabeza mientras el tono del joven se hacía más áspero. En realidad no quería saber por qué; cualquiera fuese el motivo, estaba segura de que se le echaría la culpa, la tuviera o no. Pero Morgan estaba resuelto a decirlo y lo hizo hiriente.

-Ese tonto de mi hermano no está bien de la cabeza desde su viaje a Austin. No levanta una mano para hacer nada. Y ahora habla de no sé qué derechos que tiene sobre su "esposa". Hasta mencionó que quizá fuera a buscar a la chica Catlin porque al fin y al cabo todavía no se han divorciado. Claro que papá le quitó la idea a azotes.

Cassie, aunque incrédula, no pudo dominar su reacción. -¿Significa eso que desea seguir casado con Jenny?

Morgan se puso rojo ante la pregunta y negó hasta la más remota posibilidad.

-No, qué diablos -respondió, prácticamente gruñendo-. Es que la ha probado una vez, gracias a usted, y ahora quiere degustarla de nuevo. Eso es todo.

Mora fue Cassie quien se ruborizó, porque el tema era escandalosamente inadecuado para sus inocentes oídos. Morgan comprendió que acababa de franquear los límites del decoro, pero no le importó. Estaba furioso con la chica, que con su actitud había puesto fin a sus esperanzas de casarse con ella, y consigo mismo, por no tener el coraje de desafiar a su papá y defenderla siguiendo su impulso. Lo cierto era que aún la deseaba.

Morgan no había reparado mucho en ella durante la primera visita de Cassie. Por entonces la muchacha tenía dieciocho años y no era gran cosa; apenas se la podía considerar bonita, cuando Caully tenía su buena cantidad de mujeres bonitas y hasta hermosas. Además, era demasiado menuda e infantil para los gustos de Morgan. Nada en ella inspiraba pasión. Al menos, esa había sido su primera impresión.

Pero en la señorita Cassandra Stuart había algo muy extraño, algo que la hacía más interesante y atractiva cada vez que uno la veía. Se le iba metiendo a uno, al menos en cuanto a su aspecto. Uno comenzaba a ver que, si bien era de poca estatura, sus formas no tenían nada de infantil. Y cuanto más la veía uno, más bonita parecía.

Antes de que terminara su visita del año anterior, Morgan se descubrió pensando mucho en ella; pasó todo ese verano de un humor muy agresivo por no haberse dado cuenta antes de su partida de que la deseaba. Como en el invierno ella no vino, puso su interés en otra parte: nada serio, pero sirvió para enterrar lo que sentía por Cassie y para que se olvidara de ella... hasta que volvió a aparecer.

Lo extraño fue que, al verla de nuevo, su impresión fue la misma que la primera vez: la chica no tenía nada que llamara la atención de un hombre. Supuso que durante el año anterior había estado un poco chiflado para haber dejado que esa muchacha se le metiera en los pensamientos y hasta en las fantasías sexuales. Pero en esa oportunidad no hicieron falta seis meses para que sus sentimientos dieran un giro completo. A un mes de su llegada la deseaba otra vez, lo bastante en serio como para pedir a su padre permiso para casarse con ella.

Es revelador del dominio que R. J. MacKauley tenía sobre sus hijos el hecho de que, cuando deseaban algo, sólo consideraran necesaria la aprobación del padre. El hecho de que Charles Stuart aceptara o no el cortejo de su hija era cuestión secundaria. La aceptación de

Cassie ni siquiera se tenía en cuenta. Los MacKauley eran increíblemente arrogantes y daban ciertas cosas por aseguradas.

Esa era una de las cosas que ponían a R. J. contra Cassie: que se las hubiera compuesto para convencer a su hijo menor de que rompiera con la tradición e hiciera a su antojo, sin permiso de R. J. Y el hecho de que Clayton hiciera "su antojo" con un enemigo echaba sal sobre la herida abierta. Pero también la herida de Morgan estaba abierta y ulcerándose, porque aún deseaba a Cassie y ahora sabría que jamás sería suya.

No criticaba a su padre, que era demasiado rígido como para cambiar sus costumbres. No culpaba a la guerra entre familias cuya causa ni siquiera conocía pero que duraba desde que él tenía memoria. Culpaba a Cassie por haber metido la nariz donde no debía. Si hubiera sido su esposa, él ya se habría encargado de quitarle ese hábito. Ahora quizá nunca tuviera la oportunidad.

Pero Cassie no sabría jamás los sentimientos que aún le inspiraba. Ni con los gestos ni con sus hechos se los dejaría entrever. Al terminar la semana ella se habría ido y él continuaría con la tarea de olvidarla otra vez. Mientras la observaba se dijo que, cuanto antes ocurriera eso, mejor.

Cassie no prestaba atención a los ojos verdes de Morgan que recorrían su diminuta silueta. Pese a la bochornosa manera en que fuera dicho, se había arrojado sobre la posibilidad de que Clayton MacKauley pudiera estar arrepentido de haber devuelto a su novia. La idea era tan inesperada, aliviaba tanto sus remordimientos, que se aferró a ella y la apretó contra su seno. Significaba que, al fin y al cabo, su intuición no estaba tan descaminada. Significaba que su plan de unir las dos familias por un matrimonio quizá pudiera resultar... con el correr del tiempo. Claro que ella no estaría allí para ver si ocurría.

-¿Qué haces con eso, Cassie?

Volvió a centrar la mirada en Morgan y notó que fruncía el ceño al ver el rifle en sus manos. La sorpresa lo había hecho volver a tutearla. Claro que se encontraban por primera vez desde que ella había tomado la costumbre de salir armada.

-Tuve ciertos problemas con... en realidad... No importa qué hago con esto -concluyó, en tono de terquedad.

Pero estaba enfadada consigo misma por insistir en poner paz en las dos familias, cuando lo más probable era que Si Morgan se enteraba de lo que le habían hecho los peones de Catlin no se inquietara en absoluto. Posiblemente los aplaudiría por haberle dado semejante susto. Decidió no mencionarlo.

La arruga se acentuó en la frente de Morgan que la miró a los ojos.

-¿Qué problemas?

Ella no respondió. Una vez más, trató de seguir caminando. En esa oportunidad él no se movió para bloquearle el paso. Lo que hizo fue sujetarla por el brazo, lo cual resultó mucho más efectivo.

-Respóndeme -exigió.

Si no hubiera estado bien informada, Cassie habría pensado que el muchacho experimentaba un inesperado interés por su bienestar. Pero como su familia tenía intenciones de incendiar el rancho Doble C al terminar la semana, eso no podía ser. Tal vez lo enfadaba, simplemente, que los Catlin la preocuparan más que los MacKauley.

De cualquier modo no le debía ninguna respuesta, veraz o no.

-No tienes ningún derecho a interrogarme, Morgan MacKauley -dijo con tozudez, retorciendo el brazo para liberarlo-. Y ahora déjame...

La exigencia se le atascó en la garganta, pues al hacer ese movimiento había quedado casi de frente a la calle; por el rabillo del ojo había divisado un destello amarillo intenso. Acabó de girar la cabeza y comprobó que Angel estaba tras ella, tranquilamente recostado contra uno de los postes que sostenían el techo saledizo de la talabartería.

No daba la impresión de acompañarla. En realidad, parecía tan sólo un espectador casual de la interesante escena que ella y Morgan estaban representando. Pero quien observara con atención notaría que su postura indiferente era engañosa. Mantenía el pulgar de la mano izquierda enganchada en una presilla del cinturón, el impermeable abierto y echado hacia atrás y la mano derecha apoyada flojamente en la cadera... muy cerca de su *colt 45.*

Estaba a dos metros y medio de distancia, lo bastante cerca como para oírlo todo... y ayudar. Y Cassie, absolutamente horrorizada, imaginó lo que podía ocurrir en los segundos siguientes.

Apartó bruscamente la vista de él fingiendo no conocerlo con la esperanza de que Morgan no hubiera reparado en su presencia. No tuvo esa suerte. Morgan había seguido la dirección de sus dilatados ojos y estaba mirando directamente al forastero. Su entrecejo no se había aflojado en lo más mínimo.

-¿Busca algo, señor?

Cassie hizo una mueca al percibir el tono agresivo de Morgan. El problema de los MacKauley era que su enorme tamaño les daba la sensación de ser superiores además de invencibles. Pero una bala suele bajar los humos a cualquiera igualando las posibilidades con mucha celeridad. Angel debía de saberlo por experiencia; probablemente por eso no movió un músculo; no parecía impresionado en lo más mínimo por el físico del otro; ni siquiera parecía dispuesto a responder. Y la falta de respuesta sería aún peor. A nadie le gusta ser ignorado sin más; mucho menos a un MacKauley, puesto que a ellos nadie los ignoraba nunca.

Cassie se arrojó al prolongado silencio para distraer a Morgan diciendo lo primero que le vino a la cabeza:

-Dile a tu padre que no me iré hasta que acepte conversar conmigo.

Eso logró que los ojos del muchacho volvieran inmediatamente a ella.

-Ya te dije que no quiere...

-Bien sé lo que me dijiste -interrumpió ella nerviosa-, pero le darás mi mensaje de cualquier modo, o acabará por llegar el día que me habéis fijado, Morgan. ¿Serías tú capaz de prender fuego a la casa conmigo dentro?

-No seas... Pero escúchame... ¡Maldita mujer! -concluyó él, tan aturullado que no pudo pronunciar una palabra más.

Cassie también estaba aturullada además de horrorizada por su propio atrevimiento. No había sido su intención apuntar a lo falso de la amenaza de los MacKauley, si falsa era. De haberlo pensado un poco, nunca habría tenido el coraje de hacerlo. Pero no había pensado.

Sólo quería apartar de Angel la atención hostil de Morgan... cosa que no habría sido necesaria si Angel hubiera mantenido distancia.

Y por desgracia, su treta dio sólo resultados momentáneos. Si Angel hubiera aprovechado la distracción de Morgan para retirarse aún habría valido la pena. Pero seguía allí, observándolos con esos ojos negros como el pecado, provocando con su mera presencia. Y

Morgan, abochornado por su tartamudeo y sin saber cómo actuar ante la terquedad femenina, creyó tener una válvula de escape adecuada para su frustración bajo la forma de un forastero entrometido. Aún no la había relacionado a ese hombre con el desconocido por el que había interrogado a Cassie.

-Dígame qué busca aquí o lárguese, señor. Esta es una conversación privada.

Angel aún no había abandonado su descansada postura contra el poste, pero en esa oportunidad contestó:

-Esta es una acera pública... y quiero que la señorita aclare si se la está molestando o no.

Morgan se encocoró indignado por la mera idea.

-Yo no la estoy molestando.

-A mí me parece que sí –replicó Angel con su lenta entonación-. Que lo diga ella.

-¡Nadie me está molestando! -estalló Cassie, echando una mirada de advertencia a Angel para que no se entremetiera. Luego siseó por lo bajo a Morgan-: Ahora pruébalo soltándome. Ya me has demorado lo suficiente.

Morgan tuvo que apartar los ojos de Angel para mirar a Cassie. Exhibió sorpresa al descubrir que aún tenía la mano ceñida a su brazo y la soltó de inmediato.

-Disculpa -musitó.

Cassie se limitó a asentir rígidamente y siguió su camino. Alterada como estaba en ese momento, considerando que acababa de dar un paso incalculado que podía tener graves consecuencias al terminar la semana, poco le importó dejar solos a los dos hombres: uno, arbitrario; el otro, imprevisible. Por lo que a ella concernía, podían matarse mutuamente.

5

Librodot

Angel dividió su atención entre la mujer que se iba apresuradamente y el hombre a quien ella había llamado Morgan. La muchacha caminaba tan deprisa que iba casi corriendo. Morgan también la seguía con la mirada jurando por lo bajo. Angel no estaba seguro de lo que acababa de presenciar, pero sí de que no le gustaba. Era sobradamente hora de averiguar qué estaba pasando.

El alto texano se volvió hacia él recordando por fin su presencia. Iba a decir algo, pero Angel no tenía tiempo para darle gusto.

-Tendrá que disculparme, pero ella está a punto de partir con mi caballo.

Y era muy cierto, sí. Angel también juró por lo bajo al darse cuenta de que tendría que correr para alcanzar el carruaje, que ya estaba en movimiento.

Cuando la alcanzó Cassie ya estaba saliendo de la ciudad y él había perdido tanto el aliento como la compostura. Las primeras palabras que salieron de su boca no estaban destinadas a aliviar la alarma de la muchacha al verlo súbitamente en el asiento vecino.

-¡Eso se llama robo de caballo, señorita!

Ella se quedó boquiabierta; con ojos redondos como platillos, giró bruscamente y vio los caballos atados al coche.

-Oh, Dios, me olvidé... no me di cuenta, siquiera... No crea usted que era mi intención...

Concluyó abruptamente su inarticulado explicación y cerró la boca con energía. Tardó tanto en volverse que, cuando se enfrentó a él, lucía una expresión completamente distinta; él la reconoció inmediatamente por haberla visto en su encuentro anterior.

-No comience usted... Tenía intenciones de impedir la diatriba que anticipaba, pero ella interrumpió su propio intento.

-¿Qué demonios quería hacer? ¿No sabe tratar con un hombre sin herirlo en lo vivo de su orgullo?

-Supongo que no.

Cassie no esperaba esa respuesta; tampoco verlo reclinarse, cruzando los brazos contra el pecho, como si la desafiara a seguir regañándolo. Eso amainó un poco el acaloramiento de la muchacha, que se volvió hacia la ruta.

-Imagino que usted deja cadáveres por dondequiera pasa -dijo, con sereno desprecio.

-De vez en cuando, sí.

Para eso no había réplica. Era como si hubieran estado hablando de¡ clima y no de gente asesinada a juzgar por la emoción que él ponía en el tema. En verdad, Cassie no sabía cómo tratar a una persona así; tampoco tenía deseos de intentarlo.

Él tenía que irse, ese mismo día, al momento. Y con eso firmemente decidido, detuvo el carruaje para decírselo. Pero en cuanto ella tiró de las riendas, él se incorporó en el asiento y, al girar, Cassie lo encontró apenas a centímetros de distancia, tan cerca que se vio obligada a echar la cabeza atrás para verle la cara. Quedó entrampada en esos ojos de carbón, no tan asustada como curiosa, hipnotizada.

-¿Por qué se detuvo?

¿Por qué se había detenido? No tenía la menor idea. Y de pronto lo recordó. Ahogando una exclamación, se retiró en su asiento tanto como pudo. No estaba segura de lo que acababa de ocurrir. ¿Por qué súbitamente la cabeza le había quedado vacía de pensamientos? ¿Por qué se había sentido extraña y sin aliento como si hubiera estado corriendo sin sentido? Pero no era miedo. Y Angel ya no la atemorizaba con esa mirada de desconcierto.

Se vio obligada a apartar la vista sólo para concentrar sus pensamientos en el asunto que tenía entre manos y recordar su decisión. Mientras no lo mirara su desconcierto no le volvería con celeridad. Por eso decidió decir lo necesario mirando hacia la ruta, para estar segura de decirlo.

-No me gusta lo que ocurrió allí. Con Morgan podía entenderme. Con Morgan y con usted, no. Llegué a dar un paso que no habría dado sólo para distraer a Morgan antes de que usted iniciara un duelo.

-Yo no habría hecho eso -replicó Angel, con cierta frialdad en la voz-. No acostumbro provocar duelos porque no sería nada justo. Eso sí: fuera de los duelos me basta con desenfundar para que casi todo el mundo cierre la boca y se aleje.

-Los MacKauley no son casi todo el mundo. Y Morgan es un MacKauley, hombres pendencieros todos ellos. Estallan por nada y a veces se lanzan contra un hombre como toros furiosos. Si usted desenfundara, es probable que Morgan no lo viera y usted tuviera que matarlo para no acabar en la calle con la cara muy cambiada. Pero eso ya pasó y, por suerte, nadie ha muerto.

-Exactamente, y por eso...

-No he terminado -interrumpió ella secamente, siempre sin mirarlo e incómoda al notar que él no hacía lo mismo-. Estaba tan nerviosa por lo que habría podido ocurrir que salí de la ciudad sin haber terminado mis diligencias. La última era... Bueno, será mejor decírselo cuanto antes. Voy a enviar un telegrama a Lewis Pickens para informarle que mí problema está resuelto y que ya no necesito de su ayuda... ni de la de usted. Ahora mismo volveré a la ciudad para hacerlo.

-Como guste -fue cuanto él dijo.

El alivio encorvó visiblemente la espalda de Cassie. Esperaba una discusión, tener que mentir descaradamente para convencerlo de que no había ningún problema en el que él pudiera ser de utilidad, sobre todo después de haber presenciado Angel su enfrentamiento con Morgan. Tal vez se alegraba de verse libre del asunto. Al fin y al cabo, esa mañana no parecía muy alegre con la perspectiva de pagar su deuda ayudándola a ella en sus dificultades.

Por fin se volvió a mirarlo con una sonrisa vacilante que murió en cuanto le vio el gesto ceñudo. ¿Acaso ella había interpretado mal la respuesta? Quizá fueran necesarias algunas mentiras al fin y al cabo.

-En realidad, mi problema no es el mismo que hace seis semanas, cuando pedí ayuda. Si esta mañana no me hubiera desconcertado tanto ante su llegada, señor, se lo habría explicado. Con tanto tiempo como ha pasado, los ánimos han tenido tiempo de enfriarse y la situación es ahora menos dificultosa por lo que no vale la pena mencionarla.

El volvió a reclinarse, con su pose de brazos cruzados.

-Ahora sí que se me despierta la curiosidad. ¿Por qué no me explica usted de qué se trata, de todas maneras?

Ella no estaba dispuesta a darle el gusto por miedo a cometer inadvertidamente algún desliz que lo indujera a considerar necesaria su ayuda.

-Se trata sólo de algunas personas que están fastidiadas conmigo.

-¿Cuántas?

Ella esquivó la respuesta.

-Son dos familias por separado.

-¿Cuántas?

La insistencia del hombre hizo que Cassie entornara los ojos.

-No me he tomado el trabajo de contarlas -le espetó, impaciente.

-¿Tantos?

¿Había un dejo de humor en su voz? La muchacha no estaba segura, pero no veía nada risueño en ese asunto. Claro que, si él lo interpretaba así, no dejaba de ser conveniente.

Por eso hizo un gesto desdeñoso y le aseguró:

-No es nada grave. Yo habría recibido de buen grado la ayuda del señor Pickens porque preferiría que las cosas volvieran al estado que tenían antes de que todos... se irritaran contra mí. Tenía la esperanza de quedarme hasta la primavera pero ahora me iré, en cuanto vuelva mi padre y no habrá más dificultades.

El no replicó. Se limitaba a mirarla con paciencia, como esperando a que continuara... como si supiera que había algo más. Bueno, tendría que conformarse. Ella no pensaba decir una palabra más sobre el tema.

-Ha sido usted muy amable al ofrecerme ayuda, pero ya no es necesaria. No me encuentro en ningún... eh... peligro; nunca fue así, en realidad. El telegrama que envíe al señor Pickens lo librará de cualquier obligación que usted crea tener.

-¿De veras?

-Por cierto. Posiblemente dé la deuda por saldada, aunque usted no tuvo que hacer nada. Después de todo, usted se tomó la molestia de venir y se ha mostrado bien dispuesto a ayudar; endiabladamente dispuesto, en realidad -agregó en voz baja-. Usted hizo lo que él pedía. ¿Qué más se pue ... ?

-El no verá las cosas de ese modo -cortó Angel, seco-, como no las veo yo. Pero ya que no hay "ningún problema", a usted no le molestará que yo me quede algunos días y haga algunas preguntas, ¿verdad?

Cassie se puso tiesa e inquirió bruscamente:

-¿Por qué tiene usted que hacer eso?

-Porque usted no sabe mentir muy bien, señorita.

Ella lo miró un largo instante. En sus ojos, en su mirada vagamente desdeñosa, leyó que él no le creía una sola palabra. Entonces dejó escapar un suspiro y dijo, melancólicamente:

-Es cierto. Pero la gente, en general, no se da cuenta.

-Tal vez porque, con esa cara tan dulce e íntegra, nadie la supone capaz de decir algo que no sea la verdad.

¿Eso era un insulto o un cumplido? ¿Y cómo podía saber él sin dudas que le estaba mintiendo si sólo quienes la conocían muy bien solían darse cuenta?

Lo intentó por última vez.

-De cualquier modo usted no podrá ayudar. Lo que pasó con Morgan lo demuestra. Usted exacerba a la gente y yo necesito de alguien que la apacigüe.

El meneó lentamente la cabeza.

-Después del montón de mentiras que acaba de decirme, señorita, no puedo tomarla al pie de la letra. Yo mismo decidiré si puedo ayudar o no. Pero mientras no me entere de cuál es el problema, y esta vez quiero la verdad, la seguiré pisándole los talones. Y dudo que eso le guste.

No le gustaría, claro que no. Aunque el hombre no se mostrara amenazador, por el momento, sino sólo terco como una mula, aun así, la ponía muy nerviosa. Era demasiado consciente de su presencia, de su cruda virilidad, de la violencia de que era capaz. Nunca había tratado con alguien así, pero tendría que aprender muy rápido, porque al parecer no se desharía de él en poco tiempo.

-De acuerdo -dijo, con algo de amargura y algo de resignación-. Pero antes quiero asegurarle que, si estoy en dificultades, es por culpa mía. Soy una entrometida, ¿sabe usted? Soy la primera en admitirlo. Es algo que no puedo evitar. Y debo advertirle que, si usted se queda por aquí, probablemente trataré también de entrometerme en su vida.

-Estoy advertido -replicó él.

Pero se notaba que eso no lo había impresionado. Probablemente se creía demasiado intimidante como para que ella intentara ese tipo de cosas con él. Pensándolo bien, quizá tuviera razón.

-En este caso -prosiguió ella- lo que traté de hacer fue poner fin a una guerra familiar que se prolongaba desde hacía veinticinco años. Es entre dos familias, los MacKauley y los Catlin. En realidad no se trata sólo de las familias. Los que trabajan para ellos también toman partido. Cada vez que los peones de unos y otros se encuentran en la ciudad, estallan rencillas. Si los dos hatos se mezclan... la cuestión puede terminar en tiroteos antes de que se separen los animales. En estos diez años mi padre ha actuado como amortiguador, por lo menos en la pradera, pues se ha instalado justo entre las dos fincas. Por eso la guerra ha pasado la etapa violenta. Pero eso no significa que no haya mucho odio acumulado en ambos bandos.

-Sé bastante de guerras familiares, señorita Stuart. Yo mismo he estado en medio de varias.

Ella lo sabía;, al menos, había oído hablar de un caso en que a él se le había contratado como participante; pero no pensaba hacer comentarios.

-Esta gente no es tan testaruda. No obligan a los de fuera a tomar partido. Por eso yo era amiga de ambas familias, sobre todo de Jenny Catlin, que tiene casi mi edad, y de Morgan MacKauley.

-¿Ese belicoso joven con el que estaba hablando? ¿Eso es amistad para usted?

Ella se ruborizó ante lo burlón de su tono.

-Fuimos bastante amigos hasta que, por mi culpa, toda su familia se volvió contra mí.

-¿Y cómo logró usted eso?

-Por meterme a casamentera. Se me ocurrió que el modo más sencillo de poner fin a la guerra era reunir a las dos familias mediante un casamiento. Era una buena idea. ¿No le parece?

-Podría haber dado resultado, siempre que los cónyuges no acabaran matándose. ¿Fue eso lo que ocurrió? ¿Se mataron mutuamente?

Cassie frunció el entrecejo ante lo descarado de su tono.

-Nadie mató a nadie. Pero Jenny y Clayton se casaron con mi ayuda, creyéndose enamorados. Yo los convencí de eso, más o menos. Y en la noche de bodas descubrieron que ninguno de los dos había acabado aún de enamorarse. Clayton devolvió a la novia a su familia, pero las dos familias estaban enfurecidas y yo cargué con toda la culpa. Y con justicia, porque ellos dos, que eran los menores de ambas familias, jamás habrían hecho nada con su mutua atracción si yo no me hubiera entrometido.

-Conque usted se ha ganado el odio de media población. ¿Eso estodo?

Ella quedó boquiabierta.

-¿Que si eso es todo? Para mí es suficiente, gracias -replicó ella, indignada-. No estoy habituada a que me odien. Y eso no es todo. Ambas familias me han pedido... mejor dicho, me han ordenado que abandone Texas. Pero los MacKauley también me pusieron una fecha tope; si por entonces sigo aquí, incendiarán el Doble C. En realidad, se mostraron generosos, considerando que eso fue hace seis semanas. Me dieron tiempo de sobra para esperar el regreso de mi padre. Pero papá se demoró por una herida. El plazo acaba el sábado, pero como los Catlin ahuyentaron al capataz, no puedo irme aunque quiera. Y como ni Dorothy

Librodot

Catlin ni R. J. MacKauley, los jefes de familia, quieren hablar conmigo, tampoco puedo disculparme ni suplicarles que me perdonen. Dígame, señor: ¿en qué puede ayudar usted? Se necesitaba el talento del señor Pickens para hacer entrar en razones a la gente. Por lo que he sabido, usted no es muy ducho con las palabras.

-¿Por lo que ha sabido? No es la primera vez que usted da a entender que me conoce, aunque yo no recuerdo haberle sido presentado. ¿Nos conocemos?

La suposición de que pudieran conocerse y él no la recordara resultaba muy poco halagadora, pero Cassie no se ofendió. Sabía perfectamente que no era de esas mujeres que los hombres se vuelven a mirar. Tampoco pasaba de¡ todo desapercibida desde que había llegado a la edad de merecer. Desde luego, en eso tenía mucho que ver el hecho de que el Lazy S fuera un rancho muy grande; además, los Stuart tenían otros bienes. Pero los dos hombres que habían demostrado algún interés por ella le habían preguntado, desde el primer momento, si estaba dispuesta a deshacerse de Marabelle, y ambos cambiaron de intención en cuanto ella se negó.

-No nos conocemos -dijo a Angel-, pero he oído hablar mucho de usted, de lo que es, de lo que hace. Me criaron con relatos de sus hazañas.

El le echó una mirada dubitativa.

-Mi nombre es conocido en el Norte, señorita, pero aquí, sólo en muy pocos lugares.

-Sí, pero yo estoy en Texas sólo de visita -explicó ella-. Vivo en Wyoming.

El la miró con atención un momento. Luego lanzó una blasfemia:

-Me cago en... Conque usted es una de los excéntricos Stuart, los del Lacy S de Cheyenne, ¿no? Los que tienen un e-le-fan-te pastando en la pradera con el ganado. ¡Cómo diablos no me di cuenta!

Lo dijo con tanto disgusto que ella se ruborizó intensamente.

-Usted no tiene por qué diablos darse cuenta de nada -dijo, saliendo en defensa de su familia. A mi abuelo le gusta hacer regalos originales, ¿y qué? Viaja por todo el mundo y va a muchos sitios que nadie ha oído siquiera nombrar. Y le gusta compartir un poco de sus experiencias de un modo tangible. Yo no veo nada malo en eso.

-¿Nada malo? Dicen que una vez el elefante le derribó la mitad del granero.

El rubor de la muchacha se hizo más intenso.

-El elefante pertenece a mi madre. Generalmente está en la pradera, pero de vez en cuando viene a casa. Y es algo torpe, sí. Pero no pasa nada grave y mi -madre le tiene mucho afecto.

-Su madre...

Angel se mordió la lengua para no hablar, pero Cassie imaginó el resto. En los alrededores de Cheyenne no era secreto que Catherine Stuart había vivido diez años bajo el mismo techo que su esposo sin decirle una sola palabra... salvo por intermedio de terceros. A muchos eso le parecía cosa de locos. Y la colección de animales extraños no hacía más que acentuar esa opinión.

-¿Conque de allí viene la pantera negra? ¿Es un regalo de su abuelo?

Era visible que al hombre le costaba hacerse a la idea. Probablemente pensaba que el abuelo estaba un poco chiflado... o chiflado del todo. Pero Cassie estaba acostumbrada a esa reacción. Y a dar explicaciones.

-No fue del todo así. El abuelo quería quedarse con Marabelle. La encontró el día en que partía de Africa. Los nativos habían matado a la madre e iban a matarla también a ella, pero mi abuelo intervino y la trajo en su barco. Después de zarpar descubrió que él y Marabelle eran incompatibles. A ella no le gustaba en absoluto navegar y se pasó el viaje descompuesta.

El, por su parte, no estaba dispuesto a abandonar los mares. Y cada vez que se acercaba ella empezaba a estornudar, no se sabe por qué.

Cuando llegó al rancho la pobrecita estaba medio muerta, reducida a piel y huesos por lo que le había costado retener la comida a bordo. El ya había decidido enviarla a un zoológico del Este, pero antes me la entregó para que la engordara. Temo que me aficioné a ella en un periquete, pequeña y adorable como era entonces. Me costó un poco persuadirlo para que me la dejara, pero conmigo es muy blando. Y nunca me arrepentí de habérmela quedado.

-Aunque Marabelle ahuyentara a sus escasos pretendientes.

-Pero creo que me estoy desviando del tema, ¿verdad? -continuó en tono más severo-. Le he preguntado qué ayuda podría prestarme un pistolero en mi situación actual. ¿Le importaría ahora responderme?

Él la miró con los ojos entornados. Lo había puesto en su lugar. -¿No dijo usted que los MacKauley eran pendencieros y acalorados?

-Sí, pero...

-Si usted no quiere que yo les hable en su nombre, cosa que haría con gusto...

-¡No!

-En ese caso estaré aquí para protegerla en caso necesario hasta que usted se vaya o ellos decidan dejarla vivir aquí en paz. Supongo que tendré, que pisarle los talones después de todo.

No parecía nada feliz de que así fuera. Por su parte, Cassie estaba horrorizada.

6

El estaría allí para protegerla. Parecía bonito, parecía seguro. Sólo que quien lo decía era *El Angel de la Muerte.* El problema era que Cassie no lo creía capaz de limitarse a protegerla. Querría pagarle el favor al señor Pickens lo antes posible. No se conformaría con sentarse a

dejar que las cosas siguieran su curso natural. Pero Cassie no quería pensar en lo que él podía hacer si se le metía en la cabeza que podía hacer algo para acelerar las cosas.

En el trayecto de regreso al rancho insistió en la necesidad de que no hubiera ningún muerto. No estaba segura de que él la escuchara. De cualquier modo, era dudoso que le prestara mucha atención. Al fin y al cabo, no era ella quien lo había contratado; Angel no se sentiría obligado a recibir sus órdenes.

El viaje le puso los nervios de punta. Cassie había abrigado la esperanza de que, al terminar la conversación, Angel se apeara del carruaje para montar a caballo, pero no fue así. Y no era muy conversador, por cierto. Si ella no le dirigía la palabra, él no decía absolutamente nada. A veces no lo hacía tampoco cuando ella le dirigía la palabra.

Además, su proximidad la ponía inquieta, haciendo que prestara poca atención al camino. La mirada se le desviaba hacia esas piernas, enfundadas en negro y estiradas a su lado. Las botas eran de buena calidad y estaban obviamente bien cuidadas; las espuelas relucían como si nunca tocaran el polvo. Las botas y el pañuelo eran tan negros como el resto de su atuendo. Todo era negro, salvo el revólver, las espuelas y ese impermeable amarillo que lo hacía visible desde muy lejos.

No había nada normal en su manera de vestir. Estaba ideada para llamar la atención. Cassie habría querido saber por qué, pero no estaba dispuesta a formularle preguntas personales. Por desgracia, tendría tiempo de sobra para hacerlo, si alguna vez reunía coraje; lo tendría cerca... pegado a sus talones. Por Dios, era de esperar que no tomara la frase al pie de la letra.

Durante el trayecto Angel se descubrió observando a Cassandra Stuart más de una vez. No podía apartar la vista de su cara. El perfil era más bonito de lo que le había parecido a primera vista. Mostraba una naricita respingona, el ángulo suave de los pómulos, un mentón dulcemente redondeado y la plenitud de esos labios apetitosos. Los labios eran francamente hermosos e infinitamente dignos de ser besados. Ya anteriormente se había sorprendido mirándolos; ahora se preguntaba a qué sabrían; el pensamiento lo confundió, pues esa mujer irritante no lo atraía en absoluto.

No era difícil comprender que su presencia la ponía nerviosa, pero eso no le pareció raro. Angel ponía nerviosas a casi todas las mujeres, sobre todo a las bien nacidas. La espalda tiesa, la tensión de cuello y hombros, la palidez de los nudillos cuando ella apretaba demasiado las riendas: todo lo expresaba con mucha elocuencia. Hasta había recogido el rifle para ponerlo en el asiento, entre ambos. Eso lo divirtió tanto que estuvo a punto de soltar una carcajada. Pero no lo hizo; tampoco tenía intenciones de tranquilizarla. En general, intentarlo era perder el tiempo; aunque en este caso tampoco tenía ganas de hacerlo.

Sabiendo quién era la muchacha, él la miraba de otro modo, desde una luz más favorable, después de haber agregado la mentira a la lista de cosas que le disgustaban de ella. Claro que la joven era de Cheyenne y eso cambiaba las cosas; a su pesar, lo inducía a mirarla de un modo más personal.

Pero Cheyenne era lo más parecido a un hogar que él conocía, pues era allí donde había pasado más tiempo desde que abandonara las montañas, a la edad de quince años... aproximadamente. No estaba seguro de su edad; rondaba los veintiséis años. No sabía cuándo ni dónde había nacido. Ignoraba quiénes eran sus padres y dónde buscarlos, si aún estaban con vida. Oso Viejo lo había robado en San Luis, pero él recordaba haber llegado allí en tren, de modo que San Luis no era su ciudad de origen. Cierta vez había vuelto allí, pero nadie recordaba que en la ciudad hubiera desaparecido ningún pequeño después de tantos años. Y la búsqueda del pasado no tenía mucho interés para un muchacho que había pasado la niñez virtualmente prisionero de un viejo montañés loco. Demasiado tenía con aprender todo lo que le había sido negado por nueve años... y con adaptarse a vivir otra vez entre la gente.

Librodot

No le gustaba la sensación de conocer a Cassandra Stuart, pero seguía en pie el hecho de que ella era una de los Stuart, esa gente loca y rica. Y él conocía a la madre. Una vez había ido a su rancho con Jessie Summers, en el breve período en que había probado dedicarse a la ganadería para decidir muy pronto que no estaba hecho para eso. Pero recordaba ese día con claridad cristalina por varios motivos.

Era la primera y única vez que había visto a Catherine Stuart y, por lo que había oído hablar de ella, no se encontró con lo que esperaba. Se trataba de una mujer agradable, de carácter fuerte y actitud franca, que lo miraba a uno a los ojos para evaluarlo, tal como lo,haría un hombre. No había en ella nada blando ni tímido, nada de lo que se estila en una dama; al menos, eso le pareció aquel día, pues la había visto venir de la pradera, vestida con pantalones y chaparreras, calzando revólver; ahora comprendía que la señorita Stuart tuviera el coraje de salir armada. Debía de ser algo hereditario.

No conocía a Charles Stuart, el marido. Este había abandonado Wyoming antes de que Angel hubiera oído mencionar a los locos Stuart. Pero entre quienes conocían la historia de las rencillas familiares (o creían conocerla) no había alma que lo criticara por haber abandonado a la esposa y a la hija.

Algunos decían que Catherine lo había sorprendido en la cama con otra mujer, pero diez años era mucho tiempo para que un hombre pagara una única indiscreción. Otros decían que él la había golpeado una vez, sin que ella se lo perdonara jamás. Y existía otra versión: que Catherine había sufrido tantas dificultades para dar a luz a esa única hija que jamás le permitió compartir su cama.

Cualquiera que fuese la causa de esos diez años de silencio, a la partida de su esposo ella se hizo cargo de la administración de Lazy S; manejaba ese gran rancho con mano de hierro. Los hombres que trabajaban para ella la obedecían a ciegas y al conocerla Angel comprendió por qué: esa mujer tenía algo de intimidatorio, decididamente.

Pero lo que hizo de esa mañana algo tan memorable para Angel fueron los dos papagayos color fuego encaramados en la barandilla del porche delantero en una casa idéntica a la que había visto esa mañana, ahora que lo pensaba. Los papagayos eran lo más raro y cómico que hubiera visto nunca. Avanzaban y retrocedían a lo largo de la barandilla con tal simetría que parecían una sola ave y un espejo que la siguiera. ¡Y qué vocabulario sucio! Jessie reía estruendosamente. Catherine Stuart no parpadeaba siquiera. Angel se ruborizó en tres tonos de rojo ante las dos mujeres, sobre todo por la sorpresa, porque no sabía que esas aves existieran, mucho menos que supieran hablar.

Pero ese era sólo el primero de los motivos que mantenían ese día en su mente con tanta claridad. El otro era que esa tarde había estado a punto de morir al tropezar con los ladrones de ganado que llevaban varias semanas diezmando el hato de Rocky Valley. Angel recibió una bala en el costado; cuando estaba a punto de recibir otra entre los ojos, a quemarropa, apareció Colt, el medio hermano de Jessie. Lo hizo muy a tiempo, pues faltaban apenas segundos para su último aliento. El herido llegó a ver que el gatillo empezaba a moverse.

Esa era su segunda deuda; por devolver el favor a Colt Thunder había demorado su viaje a Texas recientemente. Colt era, además, el único hombre a quien Angel consideraba su verdadero amigo. Existían quienes se decían amigos suyos, hombres que deseaban compartir la gloria de su reputación; Angel los toleraba sólo hasta cierto punto. Con Colt la cosa era distinta. Ambos eran solitarios y rápidos con el revólver; ambos se enfrentaban a la extrañeza con que la gente los miraba, aunque por motivos diferentes. Colt había dicho que eran espíritus afines. Angel no estaba en desacuerdo.

Cassandra Stuart y su madre eran vecinas de Colt. Él debía de conocerlas muy bien. Ese era un motivo más por el que estaba obligado a mirar de otro modo a la mujer ahora que lo sabía. Era amiga de un amigo. Caramba, habría preferido no saberlo.

Librodot

7

Cassie estaba tan deseosa de separarse del pistolero que no se molestó en llevar el carruaje al granero, como lo hacía habitualmente al volver de la ciudad, sino que lo detuvo frente a la casa. De cualquier modo, Emanuel, el hijo de María, acudía siempre para guardarlo dondequiera lo dejara, de modo que no se detuvo a pensar en el cansado caballo de tiro. Sólo quería perder de vista a ese hombre cuanto antes.

Ese había resultado el viaje más largo de su vida pese a ser una de las distancias más cortas. Bastaba ya con que la sola presencia de Angel la perturbara, pero además se había sentido observada por él varias veces y eso era peor: no saber qué pensaba él, por qué la miraba así, qué podía hacer un hombre como ése en cualquier momento.

Tenía la inteligencia suficiente para saber que era ridículo dejarse destrozar los nervios de ese modo. El estaba allí para ayudarla, no para hacerle daño. Pero a sus emociones poco les importaba ser lógicas o realistas.

Saltó por su lado de¡ coche en cuanto lo detuvo y dio la vuelta casi corriendo para subir al porche. Pero Angel hizo lo mismo y le impidió el paso.

Por segunda vez en ese día Cassie apenas pudo evitar el choque; en esa oportunidad fue sólo porque la voz del hombre la detuvo con un respingo.

-¿Por qué diantre lleva tanta prisa, señorita?

Cassie se horrorizó al notar que esa conducta injustificada lo había irritado. Y no podía darle ninguna respuesta que no empeorara las cosas. Retrocedió, vacilante, lo suficiente como para ver que él tenía el rifle en sus manos.

En cuanto su mirada descendió al arma, el pistolero se la tendió.

-Ha olvidado esto, ¿no?

Librodot

Lo dijo en un tono tan burlón que, obviamente, debía de saber que ella lo había considerado necesario para defenderse de él. Se ruborizó de inmediato. Por Dios, ¿cuándo antes había hecho el ridículo de ese modo?

-Lo siento -quiso disculparse. Era lo menos que podía hacer, tras haber insinuado con su conducta que lo tenía por un monstruo depravado... o algo peor.

Pero él la interrumpió diciendo:

-Tómelo. Tal vez le haga falta... pues tiene visitas.

Hizo una pausa lo bastante larga como para hacerle pensar que no se había equivocado al fin de cuentas. Cassie palideció, sólo para que las mejillas volvieran a inundársele de color al darse cuenta de que él lo había hecho con deliberación. Pero ya no tenía tiempo para descargar su propio mal genio. Se vio obligada a mirar en la dirección que él le indicaba con la cabeza. Y con eso olvidó la cólera, porque hacia el rancho venían, a galope tendido, tres de los MacKauley.

-Oh, no -gimió-. Morgan debe de haber abierto un surco en el campo en su prisa por volver a casa y contar a su padre lo -que yo dije. El que viene delante es R. J. MacKauley con Morgan. Y quien cierra la marcha parece Frazer, el hijo mayor. Debería alegrarme de que él los acompañe.

-¿Por qué?

-De todos ellos es el de mejor carácter. Eso no significa que no estalle como los otros; sólo que no es tan malo. De toda la familia, sólo él me echó una mirada furiosa al comenzar todo para ignorarme desde entonces en adelante. Es que Frazer tiene un extraño sentido del humor que nadie comprende. En realidad, no me sorprendería que a estas horas todo el asunto le parezca muy gracioso.

-¿Puede calmar a los otros? -preguntó Angel, tomándola del brazo para conducirla al porche.

-De vez en cuando, sí. Pero ¿qué hace usted?

-La pongo en una buena posición. Si ellos desmontan, tendrán que mirarla desde abajo. Si permanecen a caballo, por lo menos usted podrá mirarlos cara a cara.

Estrategias mientras a ella se le revolvía el estómago de miedo. -Preferiría no tener que mirarlos.

Creía haberlo pensado solamente, sin decirlo en voz alta, pero él replicó.

-En ese caso, vaya dentro y deje que yo me encargue de ellos.

Cassie se puso pálida.

-¡No!

Angel suspiró.

-Decídase, señorita. ¿No quería una oportunidad de hablar con el viejo?

-Sí.

Pero nunca había creído tenerla, mucho menos tan pronto, sin tiempo de pensar y con la mente ocupada por Angel. Necesitaba tiempo para planear confrontaciones como esa, para estudiar la mejor forma de decir las cosas. Si no pensaba de antemano, Cassie tendía a confundirlo todo, cosa que ya había hecho varias veces.

Pero no tenía tiempo. Los MacKauley estaban prácticamente allí. Y Angel se puso delante de ella para enfrentarlos, provocándole más alarma que los visitantes.

Se cruzó delante de él para implorarle:

-No diga una palabra, por favor. Y no se quede así, como si tuviera la esperanza de verlos desenfundar. Le digo que los MacKauley son susceptibles. No hace falta mucho para que estallen. Y esto es más que suficiente.

"Esto" era el rifle que Angel aún tenía en la mano. Cassie lo tomó para apoyarlo contra la pared cuando se volvió hacia el camino; hasta el porche subía el polvo levantado por los tres caballos que se detenían bruscamente.

-Señor MacKauley -saludó Cassie respetuosamente avanzando hacia el borde de la escalera... para ponerse delante de Angel.

R. J. era más corpulento que sus hijos o, cuanto menos, de estructura más ancha. Cierta vez Morgan había mencionado que sólo tenía cuarenta y cinco años. Su pelo rojo aún no tenía toques grises ni había empezado a desteñirse. Había tenido a sus cuatro hijos a partir de los veintidós años de edad, a uno por año; según se decía, era eso lo que había matado a su mujer.

R. J. apenas echó un vistazo a Cassie. Morgan y Frazer lo imitaron. En esos momentos Angel les interesaba más, de modo que Cassie se apresuró a decir lo necesario antes de perder la oportunidad.

-Sé que mi permanencia aquí es una irritación, señor MacKauley, pero mi padre ha demorado su regreso debido a una herida y tardará tres semanas más. Mientras tanto, los Catlin han ahuyentado a su capataz y a otros dos peones. Nos quedan unos cuantos hombres, pero ninguno que pueda tomar el puesto de capataz. Comprenderá usted que no puedo irme, por lo menos hasta que mi padre regrese.

Cassie aspiró hondo, agradablemente sorprendida por haber podido expresar la mayor de sus inquietudes sin ser interrumpida, ni siquiera ante la mención de los odiados Catlin. Pero aún debía decir su segundo problema y, a juzgar por el modo en que los tres hombres seguían mirando a Angel, difícilmente tuviera mucho tiempo para hacerlo.

-Usted no me ha dado ninguna oportunidad de expresarle cuánto lamento...

Había acertado. R. J. la interrumpió, sin apartar la vista de Angel.

-¿Quién es este, niña? Y no me venga con esas tonterías que dijo a mi muchacho. Este no es un vagabundo.

-¿Por qué no me lo pregunta a mí? -dijo Angel, en un tono tan amenazador -al menos para los oídos de Cassie- que la joven se aterrorizó.

-Es mi prometido. -Había dicho lo primero que le vino a la mente.

Eso concentró la atención de todos, incluida la de Angel. Pero al ver la expresión de Morgan, que pasaba de la incredulidad a la furia, comprendió que había cometido una terrible patochada al inventar esa inofensiva explicación de la presencia del pistolero. Ahora tendría que ampliar la mentira, justificando el hecho de haber permitido que Morgan la cortejara cuando ya estaba comprometida. Por eso se apresuró a agregar:

-Lo creía muerto, pero ha venido a demostrarme que no lo estaba.

R. J. no se lo tragó.

-Miente, niña -dijo, sin la menor duda-. No sé de dónde lo ha sacado, pero ese hombre no tiene nada que ver con usted.

Cassie se quedó sin saber cómo apoyar su ridícula afirmación... hasta que Frazer comentó:

-Papá tiene razón. Si acabarais de reencontraros estaríais restregándoos como gatos. Me parece...

La muchacha no esperó a que terminara. Volviéndose hacia Angel, le echó los brazos al cuello como para salvar la vida y le aplastó los labios contra la boca.

Nadie se sorprendió tanto como Angel, pero no arruinó ese intento de "reencuentro" apartándola de sí. En cambio, le rodeó la cintura con un brazo para echarla a un lado apartándola de su revólver porque no quería quedar sin defensa cualquiera que fuese la demostración que la muchacha intentara. Por lo tanto le aceptó el beso y hasta lo devolvió, distraídamente, aunque sin apartar los ojos de los tres hombres que observaban la representación, dividiendo su atención entre ellos y la mujer apretada a su flanco.

Con el correr de los segundos R. J. se fue poniendo rojo; por fin volvió grupas y se alejó. Morgan hizo lo mismo después de arrojar hacia Angel una mirada asesina. Frazer no hacía ademán alguno de seguirlos. Allí estaba, muy sonriente, hasta que su diversión se convirtió en una explosiva carcajada.

Al oírla, Cassie dejó el cuello de Angel y puso fin al beso. Pero él le ciñó la cintura con el brazo para mantenerla apretada a su costado. Ella tuvo que apoyarle una mano contra el pecho para no perder el equilibrio en tanto se volvía para ver quién se divertía tanto... como si no lo hubiera adivinado.

-No la creía capaz de esto, señorita Cassie. -La voz de Frazer le llegó todavía cargada de humor.- Con esto papá se pasará toda una semana rabiando y maldiciendo. Será un placer observarlo.

El sentido del humor de ese hombre nunca dejaba de asombrarla, aunque en ese momento no lo apreciara.

-Pero ¿aun así vendrá al terminar la semana?

-No. -Frazer le sonreía. Supuestamente usted debería haber huido aterrorizada en busca de su mamá. Lo cierto es que papá se estaba inquietando mucho al ver que se acercaba el día y usted seguía aquí. Para él debe de ser un alivio que usted le haya proporcionado una excusa para echarse atrás. A no ser por ese hombre. ¿Quién es usted en verdad, caballero?

-Me llamo...

-John Brown intervino Cassie apresuradamente, interrumpiendo a Angel.

Eso sólo sirvió para que Frazer riera entre dientes.

-Podría ocurrírsele algo mejor, señorita Cassie.

Ella se ruborizó, pero palideció enseguida al ver que Angel volvía a intentarlo.

-Me llamo...

En esa oportunidad lo interrumpió aplicando el tacón de su zapato contra la puntera de la bota de Angel, que la soltó. Al oírlo jurar por lo bajo perdió otro poco de color, aunque por entonces Frazer tenía ya un ataque de risa.

-Supongo que no importa tanto -logró decir, al recobrar el aliento. Pero agregó con una chispa traviesa en los ojos verdes:- Podríamos tener otra boda antes de que usted vuelva al norte. A papá podría excitarle mucho ese premio tan justo.

Cassie pasó por alto esa muestra de humor a toda marcha.

-Pero ¿puedo contar ahora con que me dejen en paz?

-¿Papá? Puede ser. En cuanto a Morgan, no sé; él sí se creyó lo de su amigo aquí presente. No lo había visto tan furioso desde que Clay vino a decirnos lo que había hecho... y la parte que desempeñó usted en el asunto. Claro que los Catlin son otro cantar, ¿cierto?

Con una última risita irritante, Frazer dio un papirotazo a su sombrero y partió. Cassie quedó con la horrible noción de que estaba nuevamente a solas con Angel. ¡Después de lo que acababa de hacerle! ¡Oh, Dios, qué, atrocidad, qué escándalo! ¿No convendría correr al interior de la casa y cerrarle la puerta en las narices? No, antes debía disculparse. Después correría dentro y le cerraría la puerta.

Giró en redondo, sólo para encontrarlo justo tras su hombro derecho; demasiado cerca dadas las circunstancias. Comenzó a retroceder a lo largo del porche, alejándose de la puerta. No podía evitarlo, porque él, en vez de estarse quieto, la seguía lentamente. No parecía furioso, pero había una decisión amenazante en su modo de acecharla que le puso el corazón al galope, como le había ocurrido al iniciar ese beso imprudente.

-Lo siento -comenzó, con voz chillona. Luego continuó deprisa: -Perdóneme el pisotón. No quise... bueno, sí... pero no, actué mal. Claro que si ellos descubrían quién es usted... temí que las cosas empeoraran. Y...

Ahogó una exclamación al sentir que su trasero tocaba la barandilla lateral poniendo fin a su retirada. El siguió avanzando hasta apretar su cuerpo contra el de ella; al menos, contra la mitad inferior, porque Cassie se inclinó hacia atrás estirándose todo lo posible sobre la barandilla para mantener cierta distancia entre ambos, aunque fuera poca.

Las manos de Angel se plantaron en la barandilla, a cada lado de su cuerpo.

-Ya le he dicho que aquí no se me conoce.

-Usted... no puede estar seguro. No imagina cómo circula una reputación como la suya. No tiene sentido jugarlo todo a que ellos no hayan oído hablar de usted. No serviría para nada.

-¿Y usted cree que su pequeña mentira y su demostración sirvieron para algo? Sólo para demostrarme lo dulce de su boca, querida. Un día de estos tendremos que volver a intentarlo, pero sin público.

Volvió el rubor en fuertes llamaradas sobre sus mejillas.

-Está más enojado de lo que demuestra, ¿verdad? -adivinó, angustiada.

-Aún me duele la punta del pie, señorita. Creo que me debe una.

Cassie gimió.

-Soy muy poca cosa para una venganza. Ha visto usted lo insatisfechos que se fueron los MacKauley. Y si hubiera tenido tiempo para pensar, nunca le habría dado ese pisotón... ni lo otro. Pero me asusté. Mis ideas no estaban claras.

-Todavía está asustada y eso comienza a fastidiarme. Usted tuvo coraje suficiente para enfrentarse a tres corpulentos texanos, dos de ellos enfurecidos. Yo soy sólo uno.

-Pero usted es un asesino.

De inmediato se arrepintió de lo dicho. Resonó como un toque de difuntos, por ella, y el silencio siguiente fue insoportable. Cassie tuvo la sensación de haberlo golpeado, aunque sólo había indicado un hecho. Pero la emoción que asomaba a los ojos del hombre...

-¿Me cree capaz de hacerle daño?

Había llegado el momento de la verdad. No se conformaba con oír la respuesta, quería que ella misma la escuchara; que la aceptara de una vez por todas y dejara de actuar como una tonta cada vez que lo tenía cerca. Muy en el fondo, ella conocía la respuesta desde el principio, si escuchaba a su intuición.

-No, usted no es capaz de hacerme daño. Así que retírese, por favor.

Al decir eso lo empujó y pasó junto a él rumbo a la puerta principal. La irritaba cada vez más pensar en lo que ese hombre acababa de hacerle, aprovecharse de sus miedos para ajustar cuentas y, además, obligarla a tomar conciencia de ello. Si tenía que decirle una palabra más...

-Señorita Stuart.

Giró en redondo dispuesta a hacerlo estallar con su enojo que ahora ardía a fuego lento, pero se lo impidió la expresión del hombre, muy intensa, con los ojos fijos en su boca.

-Esperaré un tiempo para cobrarme esa deuda.

Ella quedó sin aliento.

-Yo... ¿No acaba usted de cobrársela?

El meneó la cabeza; en sus labios se estaba formando una sonrisa lenta e inquietante, la primera muestra de humor que ella le veía; en este caso habría preferido no verla. El no dijo nada más. Se limitó a recorrer tranquilamente el porche lateral hasta perderse de vista.

Cassie entró en la casa y cerró silenciosamente la puerta, en vez de golpearla como pensaba. Lo que estaba golpeando era su corazón.

8

-Nunca provoco peleas, pero tampoco las rehuyo.

Cassie habría querido que la presencia de Angel dejara de ponerla nerviosa. El día anterior había quedado establecido que él no iba a hacerle daño; por ende, la intranquilidad que sentía cada vez que lo tenía cerca no tenía mucho sentido. No temía por su vida. Ni siquiera temía por su virtud. Tras haberlo pensado con tiempo, comprendía que la última amenaza del día anterior no tenía mucha sustancia. Al fin y al cabo ella conocía sus atributos, y entre ellos no se contaba el resultar atractiva a los hombres apuestos; por lo menos, a los que no se interesaban por la explotación ganadera. Y eso de insinuar que volvería a besarla para ajustar cuentas... bueno, era obvio que las cuentas quedaban saldadas con la mera amenaza. El no llegaría a hacerlo.

Pero esa mañana, cuando Angel insistió en salir a caballo con ella para inspeccionar el ganado, Cassie se puso muy nerviosa. En esa oportunidad lo expresó con un parloteo que pronto se volvió serio; fue al preguntar a cuántos hombres había desafiado en su vida. La respuesta de Angel no era la que ella esperaba. Pero el tema estaba abierto y la curiosidad le impedía abandonarlo.

-Dicen que usted ha matado a más de cien hombres -apuntó tan sosegadamente como pudo.

-De mí se dicen muchas cosas que no son ciertas -replicó él.

Cabalgaban el uno junto al otro. Ella le echó una mirada, pero la expresión del hombre no la asustó. En realidad, parecía indifererente.

-¿Lleva la cuenta?

El le sostuvo la mirada por un momento; Cassie habría jurado que en sus ojos había una chispa de humor.

-Lamento desilusionaría, pero la cifra no es tan alta que yo no pueda registrarla.

Obviamente, no pensaba compartir ese dato con ella.

-¿Fue siempre en duelos limpios?

-Depende de lo que usted considere limpio. He matado a algunos que no la vieron venir. Es que no tengo escrúpulos en matar a un hombre cuando sé que en alguna parte lo espera la horca. Le doy la misma oportunidad que el verdugo: ninguna.

-¿Y eso no le parece asesinato?

-Me parece justicia indirecta. ¿Cree usted que esos mal nacidos dan alguna posibilidad a sus víctimas cuando violan, roban y matan?

El tema ya no le era indiferente. Por el contrario, puso tanto calor en esa pregunta que Cassie lamentó haber tocado el tema. Por eso se horrorizó al oírse preguntar:

-¿Cuántos son algunos?

-Tres.

-¿Y los motivos?

-Uno trató de pagarme para que matara a su socio por la espalda. Suponía que si pagaba para que otro lo hiciera, él no tendría que responder por el hecho. Yo no pienso así. Creo que su socio tampoco. Pensaba entregarlo al comisario, pero él cometió el error de decirme que el de ese distrito respondía a sus órdenes.

No era la primera vez que Cassie oía decir algo así. Sin ir muy lejos, Dorothy Catlin tenía al comisario de Caully más o menos en su bolsillo porque casualmente era sobrino suyo. Claro que el anterior había sido primo de los MacKauley.

-Y el hombre no habría sufrido ningún castigo -adivinó Cassie. -Ninguno en absoluto. En cambio el socio, que era un hombre decente y honrado, habría sido asesinado una noche cualquiera, sólo hacer negocios con quien no debía. No pude permitir que ocurriese.

Cassie se preguntó si ella habría tomado la misma decisión. Gracias a Dios, nunca había tenido que hacerlo.

-¿Y los otros dos?

Súbitamente él se detuvo. La muchacha, al darse cuenta, tiró de las riendas y tuvo que girar el torso para mirarlo. Angel estaba inclinado hacia el pomo de la silla, mirándola directamente; a esa distancia su cara estaba en sombras.

La miró varios segundos tensos antes de preguntar:

-¿Está segura de querer saberlo?

Dicho así, en ese tono, ella comprendió que debía decir que no. Pero tenía la rara idea de que, cuanto más supiera sobre Angel, menos la asustaría. Aunque hasta ese momento no daba resultado, su instinto de entrometida no le permitía cejar en su empeño. De cualquier modo no pudo pronunciar palabra; respondió con un gesto afirmativo.

El puso a su caballo en movimiento hasta alcanzarla. Habló sin mirarla.

-Hace un par de años sorprendí casualmente a un hombre que estaba forzando a una campesina. Tuve la impresión de que la había sacado a rastras de¡ sembrado en el que ella estaba trabajando. Se veía la granja a distancia, con sembrados que llegaban hasta el río por cuya orilla viajaba yo, rumbo a la ciudad vecina. El la tenía en la orilla opuesta, entre los árboles. Yo no los habría visto a no ser por los gritos de la mujer.

-Cuando acabé de cruzar el río y aparecí detrás de ellos, el hombre casi había terminado. Ella estaba herida, tal vez por haberse resistido. Aun así, yo no sabía si no eran una pareja casada, aunque no soporto a los que tratan a sus esposas de esa manera. Sugerí al hombre que la dejara en paz. El me sugirió que me largara aunque en términos más pintorescos. Entonces reparé en un jovencito tan parecido a la muchacha que debían de ser parientes. Al parecer había tratado de auxiliarla, porque yacía a poca distancia, con un puñal clavado en el vientre. Ya estaba muerto.

Cassie tragó con dificultad.

-Y usted mató al hombre. -No era una pregunta.

-Lo maté.

-Bien hecho -dijo ella, en voz tan baja que él no la oyó.

-Pero a la mujer ya nada le importaba. No dejaba de gritar. Y en cuanto le quité de encima a ese cabrón, ella se levantó de un brinco y se arrojó al río. Corrí tras ella, pero aguas abajo la corriente se hacía más profunda y la muchacha se hundió. Cuando logré sacarla ya había muerto. Entonces tuve ganas de volver y matar otra vez a ese cabrón.

Cassie trató de apartar el relato de su mente. Se trataba de una tragedia ocurrida un par de años atrás que ella acababa de obligarlo a revivir. Se requería algún comentario liviano para quebrar el humor lúgubre dejado por la narración, pero ella no era muy apta para alegrar el ánimo a los demás. Su fuerte consistía en fastidiarlos.

Le debía cuanto menos el intento, de modo que dijo:

-Espero que no haya reservado el peor para el final.

El rió.

-Supuse que con este le cerraría la boca. Ella lo miró con aire suspicaz.

-Lo que acaba de contarme ¿es verdad?

-En versión resumida. ¿O quiere usted saber cuál fue la reacción de los padres? No tenían más hijos que esos dos. Me acusaron de no haber salvado a la muchacha.

-¡Pero si usted lo intentó!

-No quisieron saber de eso.

No, era comprensible; el dolor es una emoción extraña que afecta a cada uno de manera diferente. Y Angel no lo decía con amargura. Probablemente había visto muchos sufrimientos en su carrera; algunos, sin duda, provocados por él mismo.

De pronto agregó:

-Nunca conté a nadie lo de esa muchacha y su hermano.

Cassie quedó sorprendida, pero esa confesión le causaba también un sentimiento cálido, parecido al placer; se consideró privilegiada por compartir esa historia.

-¿Y no quiere compartir contarme el último caso?

Se exponía a una negativa rotunda, pero él comentó:

-Sí que le gusta entrometerse, ¿eh?

Ella se ruborizó, pero el hombre no aguardó su respuesta.

-No me molesta, eso. La tercera vez fue apenas el mes pasado. Se decía que un fulano llamado Díyden se casaba con viudas ricas para quedarse con su dinero; después las mataba. Estaba haciendo carrera en eso.

-¿Y usted mató a un hombre sólo por algo que "se decía"?

El pasó por alto su expresión horrorizada y continuó en el mismo tono coloquial.

-Eran muchos los que estaban enterados, pero no había modo de probar los hechos. ¿Me cree usted capaz de matar a alguien sólo por un rumor?

El rubor volvió, peor que nunca. Era otra vez la hora de la verdad.

-No.

-Claro que no, aunque apretar ese gatillo fue más fácil sabiendo que tantas viudas habían muerto antes de tiempo. Si maté a Dryden fue porque acababa de entregar a una mujer, una duquesa inglesa, a una banda de forajidos sabiendo muy bien que iban a matarla. Por casualidad, ella era amiga de Colt Thunder; él me pidió que me uniera a esa banda de forajidos que la perseguían a fin de que pudiera ayudarla si llegaba a hacer falta. E hizo falta. Si yo no lo hubiera matado, Dryden habría escapado de allí con su sangriento dinero. No quise correr el riesgo de no volver a hallarlo.

-¿Salvó usted a la inglesa?

-Aún estaba con vida la última vez que la vi. Mantenerla así es ahora cuestión de Colt.

-Ahora recuerdo que usted lo conoce, y también a Jessie y a Chase Summers. Son vecinos míos, ¿sabe?

-Lo sé.

El tono de Angel era levemente resignado, como si lamentara que así fuera. Ella lo miró con curiosidad, pero él contemplaba la planicie sembrada de salvia. Decidió que era mejor no insistir en ese tema.

-Me sorprende que Colt haya entablado amistad con una mujer blanca. Si yo no lo conociera desde antes de... bueno, antes de] incidente con los Callan, no me dirigiría siquiera la palabra.

Quienes conocían a Colt Thunder sabían de lo ocurrido en cierta ocasión, varios años antes, en que había sido azotado casi hasta la muerte por atreverse a cortejar a una mujer blanca. El padre de la muchacha se enfureció al descubrir que Cott era, en parte, Cheyenne. A partir de entonces él nunca había vuelto a mirar a las mujeres blancas de la misma manera, salvo a aquellas con quienes ya hubiera entablado relación. A las demás las trataba como a una plaga.

-Hablar de amistad tal vez sea demasiado -reconoció Angel-. Esa duquesa había acorralado de algún modo a Colt obligándolo a escoltarla hasta Wyoming; por eso la acompañaba. No he dicho que le gustara. Lo cierto es que no le gustaba en absoluto.

Eso se ajustaba más a lo que ella sabía de Colt Thunder. Sus pensamientos volvieron a lo que Angel había confesado sobre su tercera muerte "no limpia".

-Usted sabía que iba a salvar a esa inglesa o, cuanto menos, a intentarlo. ¿Cómo justifica, entonces, el haber matado a Dryden?

Ante eso Angel volvió a detenerse. Una vez más la muchacha tuvo que girar para mirarlo.

-El no sabía que yo no formaba parte de esa banda, señorita. Los forajidos le habían prometido cinco mil dólares a cambio de que la entregara. Por lo que él sabía, nos la entregaba para que muriera. Y permítame decirle algo, lo que tenían planeado para ella no incluía una muerte limpia y rápida. Además, yo no me ando con vueltas. Cuando un hombre hace algo que se castiga con la horca, no me molesta ahorrar trabajo al verdugo. Si usted cree que me arrepiento de haber matado a ese cabrón, está muy equivocada. Fue un verdadero placer. Pero ¡qué diablos pretendo, si ella misma dijo que era asesinato a sangre fría, aun sabiendo que habría muerto a no ser por mí! ¿Qué puede importarme lo que piense usted?

Cassie no supo qué decir. Lo había puesto furioso que ella lo juzgara, y con justicia. Puesta en su lugar, quizás ella habría opinado como él, aunque sin el coraje de dar a Dryden el castigo que merecía.

Volvió la mirada hacia adelante y aguardó a que él la alcanzara. En la baja planicie, pardos y grises comenzaban a ceder paso al verde de las colinas y el río donde pastaba el ganado. La dehesa atendida por los otros dos peones de su padre estaba más allá de la siguiente loma, pero la distancia le parecía de muchos kilómetros porque estaba sentada sobre las brasas del azoramiento.

-Tiene usted razón -dijo, a modo de disculpa-. Ese hombre era tan culpable como si la hubiera matado con sus propias manos, porque la intención equivale al hecho.

-No siempre.

Angel lo dijo mirándola; aún tenía huellas de enojo, de modo que debía de estar pensando en algún horrendo castigo contra ella. Cosa extraña, la idea le pareció divertida en vez de alarmarla. Le dedicó una gran sonrisa.

-Mientras se limite a pensar en eso...

-¿En qué?

-En retorcerme el cuello.

El se echó el sombrero atrás dejando que el sol le tocara media cara, y replicó con su lenta y perezosa entonación:

-¿Y si no era eso lo que yo estaba pensando?

Los ojos de la mujer se dilataron con fingida sorpresa.

-¿Algo peor?

Entonces él rió siguiéndole el juego.

-Supongo que bastaría con retorcerle el cuello.

-Pero el mío es muy endeble y se rompería enseguida. No parece muy satisfactorio.

-En ese caso, tendré que pensar en otra cosa. Uno no puede vengarse sin...

No pudo terminar. Dos disparos sucesivos y rápidos concentraron toda su atención. Su actitud se tornó tensa y alerta aunque los disparos habían sonado lejos. Sin embargo, el grave rumor que se oyó pocos segundos después no requería explicación. Ambos lo conocían.

Cassie gimió para sus adentros. Angel fue más expresivo. -Larguémonos -dijo.

Los primeros novillos en estampida aparecieron por la lejana loma; iban directamente hacia ellos.

Cassie no pensó siquiera en seguir el consejo.

-Es el rebaño de mi padre -fue cuanto dijo, antes de poner su caballo al galope para interceptar el ganado.

Angel apenas podía creer lo que veía. -¡Hacia allí no, señorita! -le gritó. Pero ella no se detenía.

Por dos segundos el hombre pensó: "¡Que se vaya al diablo!". La zona era amplia; había espacio de sobra para apartarse de la estampida. Luego dejó escapar un grueso epíteto y clavó espuelas para seguirla.

9

Casi no sentía miedo al galopar hacia el ganado; por lo menos, no demasiado. Pero sabía lo que estaba haciendo. Había visto actuar así. La estampida había sido iniciada por un disparo. Otro disparo la desviaría hacia atrás. Pero como los animales estaban muy asustados, era preciso esperar hasta encontrarse bien cerca antes de disparar a fin de que el ruido los obligara a volverse.

Solo sacó su rifle cuando estuvo casi junto a ellos. Disparó dos veces, pero el efecto no fue el esperado. El hato, en vez de girar en círculo, se dividió en dos dejando a Cassie en el centro exacto. Y esas dos mitades no tardaron en cerrarse sobre ella.

Los aterrorizados animales que pasaban a toda velocidad impidieron que Angel la alcanzara. Él también disparó su arma para abrirse paso hacia ella; con eso logró tan sólo desviar a unos pocos novillos. Eran demasiados e iban demasiado aprisa como para que él pudiera filtrarse. Y la muchacha, apenas visible, estaba atrapada en el centro de esa masa. Por lo que Angel podía ver, el caballo estaba fuera de control. No tenía espacio suficiente para girar en redondo a fin de acompañar la marcha del ganado. Y enseguida vaciló; las patas traseras cedieron y la mujer desapareció con él.

De pronto Angel fue presa de un miedo como no lo había experimentado en su primer roce con la muerte. Ahora aceptaba la posibilidad de morir. Era parte del oficio. Pero esto era diferente. Esto lo obligó a describir un circulo alrededor del hato para poder introducirse desde atrás. Vació su rifle contra la masa sin fijarse que blanco hacía y chilló a todo pulmón. No tardó en encontrarse tan atrapado como Cassie entre los animales que pujaban a su alrededor mugiendo. Pero al menos avanzaba con ellos en dirección a la muchacha, aunque ya no podía verla.

Oyó otro disparo, pero no sabia si lo había lanzado ella o si por fin haba aparecido alguno de los dos vaqueros y galopaba junto a la masa tratando de detenerla. Un momento después reapareció el caballo de Cassie algo mas adelante. La muchacha no estaba a la vista.

Se estiró sobre el caballo para tirar de ella a través de la silla. Su propósito era seguir tirando hasta tenerla sana y salva en su propia montura, pero ella levantó la pierna para sentarse. Al parecer no estaba muy herida. Angel tomó las bridas de la muchacha y logró que el caballo volviera grupas para avanzar con el hato; poco a poco fueron desviándose hacia un lado.

Por suerte la mayor parte de la estampida había quedado atrás y no tardaron mucho e llegar a terreno despejado. Pero Angel solo se detuvo al llegar a un árbol solitario que crecía al pie de la colina por donde había aparecido el ganado. Allí desmontó y tomó cuidadosamente a Cassie para llevarla hasta el árbol. Allí la sentó contra el tronco.

Bajo la capa de polvo que los cubría a ambos estaba palida como la muerte. Por eso la voz del hombre sonó tan áspera al interpelar:

¿Dónde se hirió?

Librodot

- Estoy bien – logró decir ella antes de un ataque de tos que duró varios segundos-. Me pisaron un pie, pero no creo tener nada roto. Eso sí, me vendría bien un poco de agua. Es como si hubiera tragado la mitad del polvo de Texas.

No era eso lo que él esperaba oir. En cuclillas a su lado, se quedó inmóvil durante un largo instante observándola. Ese tiempo le llevó comprender que la mujer no estaba herida en absoluto, solo asustada. Su enojo creción en proporción directa con su alivio. Pero lo contuvo. Tenía ganas de estrangularla por el miedo que le había hecho pasar, pero supuso que ella ya había tenido bastante. No necesitaba.....

¡Condenada Estupida! ¿no tiene un poco de sentido común?

Se levantó mientras gritaba eso y, sin esperar respuesta, se acercó a su caballo en busca de una cantimplora. Al regresar la dejó caer descuidadamente en el regazo de la mujer. Ella tardó en recogerla. Desconfiaba demasiado de esa expresión tan colérica.

¿Y bien?

Supongo que no tengo – dijo ella apaciguadora.

Ya lo creo que no! Eso era una estampida, señorita. Nadie se pone deliberadamente al paso de algo así.

Creí poder desviarlos. Iban directamente hacia los pastos de los MacKauley. Y últimamente, cuando encuentran algún novillo de mi padre no lo devuelven. Ya nos faltan unas treinta cabezas. Por eso he tratado de mantener al hato contenido.

Posiblemente por eso fue tan fácil provocar la estampida- dijo él con disgusto-. ¿Y a cuál de los bandos supone usted que debemos esto?

Ella se relajó visiblemente al ver que Angel ya no le gritaba. Hasta se enjuagó la boca; luego tomó un largo trago de la cantimplora antes de responder

Esto lleva la marca de los Catlin. Y los disparos vinieron de sus tierras.,

El otro bando podría haber dado la vuelta para dar esa impresión- señaló Angel.

Cierto, pero los MacKauley se han limitado a amenazarme, mientras que los Catlin no dejan pasar semana sin hacer algo para que me vaya. Además, ninguno de los bandos trata de disimular lo que hace ni de echar las culpas al otro. Les conviene hacerme saber que han sido ellos.

Él se quedó pensando mientras contemplaba los esfuerzos de la mujer por desatar el nudo de su pañuelo con dedos trémulos. Por fin se puso en cuclillas a su lado para desatárselo. Ella se echó hacia atrás al ver su mano cerca, pero después lo dejó aflojar el nudo y quitarle el pañuelo del cuello.

Debiera haberse cubierto con esto- dijo gruñón mientras mojaba la tela roja y se la entregaba.

Lo se, pero no tuve tiempo para pensar en cosas como esa. Pese a lo que usted pueda creer, no me surgen naturalmente. Aunque me haya criado en un rancho, nunca trabajé con ganado como mi madre.

Él no dijo nada. La mujer tardó un momento en quitarse el polvo de la cara con el pañuelo húmedo. Cuando hubo terminado, él lo tomó para frotarle algunos sitios que ella había pasado por alto. Entonces la muchacha lo miró con asombro.

- ¿Por qué se muestra tan gentil?

Los ojos negros la miraron ceñudos.

Para que no tenga un aspecto tan lamentable cuando la golpee.

Cassie se quedó boquiabierta. Él la subió el mentón para cerrarle la boca. Luego volvió a mojar el pañuelo rojo y lo usó en su propia cara. Como habia tenido el buen tino de cubrirse el rostro antes de lanzarse a la nube de polvo levantada por el hato, no tenía tanto que limpiar.

Cuando él terminó, Casi estaba probando el pie.

¿Le echo un vistazo?- ofreció él.

La mujer lo miró con aspereza dado su último comentario, pero él parecia sincero. De cualquier modo, dejar que le tocara el pie descalzo.. La idea la estremeció.

No gracias. Puedo mover todos los dedos, así que es solo una magulladura.

El ceño del hombre se acentuó al mirarle el pie.

Hasta eso es demasiado. Iré a hacer una visita a esa gente, si usted me indica el rumbo.

“Esa gente” debían de ser los Catllin.

OH no.- Ella sacudió enfáticamente la cabeza. – Me niego absolutamente.

Él se levantó para gruñirle:

Eso que pasó aquí era una estampida, señorita. Alguien podría haberse herido, incluido yo. Y especialmente usted.

Ellos no tenian esa intención

Me importa un cuerno qué intención tenían!.- habia vuelto a gritar.- Usted deberia haber puesto fin a esto desde un principio. Que yo sepa, no ha faltado a ninguna leyl No tienen derecho a intimidarla.

Cassie suspiró; acababa de ocurrírsele que ahora él estaba enojado por ella, no contra ella. Eso era mucho mas facil de soportar.

En casa, cuando la gente se enoja conmigo, mi madre siempre se hace cargo – admitió melancólicamente. Me protege con ferocidad, supongo que porque soy su única hija. Pero como ella siempre me resuelve los problemas, no tengo mucha experiencia en solucionarlos por mi cuenta. Parece que no me estoy desempeñando muy bien con el primer intento.

Eso parace, sí

Ella se erizó ante ese tranquilo reproche.

No crea que no podría amenazar tambien con buenos fundamentos. Si llevo revolver no es sólo para defenderme de las serpientes. Lo uso muy bien, probablemente tanto como usted. – Pasó por alto el bufido del hombre. – Pero no es mi modo de actuar.

Quiza no. En cambio es el mio. Y para cosas como ésa me contratan. Así que permítame hacer lo mío.

Lo suyo es matar gente. Y no quiero que se mate a nadie por algo que yo comencé. ¿No le he explicado con claridad?

Cuando el asunto se refiera solo a usted, obedeceré. Cuando me involucre a mí, no me quedaré cruzado de brazos. ¿me estoy explicando con claridad, señorita?

Un momento, caramba –protestó ella, levantándose con furia. – Aquí nadie le ha hecho nada. Que no se le ocurra hacer de esto un asunto personal.

Pasó a ser un asunto personal cuando supe quien es usted. Es vecina de Colt. Y Colt es el único hombre al que le considero mi amigo. Eso lo convierte en en algo personal.

Para eso Cassie no tuvo respuesta; no se le había ocurrido que él pudiera ver las cosas de ese modo. Además, no parecía qu él estuviese dispuesto a esperar más información, iba ya hacia su caballo.

De cualquier modo habia que intentarlo.

¿Qué piensa hacer?

Él montó antes de responder:

Primero iré a hablar con el comisario. Si las autoridades se encargan de esto yo me retiro.

Eso, que habría debido encantar a la mujer, le arrancó un gemido.

No se moleste. Este año el comisario es pariente de los Catlin. Si la denuncia fuera contra los MacKayley la tendría en cuenta, pero contra sus propios familiares no hará nada.

- En ese caso tendré que hablar con los Catlin al fin y al cabo.

En ese momento ella solo pudo pensar en su relato sobre el socio que tenían un comisario a sueldo, por lo cual él habia tomado la ley en sus manos.

Por esta vez ¿no podría actuar de un modo algo diferente?

¿Cómo?

Las armas no son la solución de todo. Si usted no disparara contra nadie en esta zona, yo lo consideraría un favor personal.

Él tardó un momento en contestar. Esos pecaminosos ojos negros lograron enervarla antes de que lo hicieran sus palabras.

Usted ya está en deuda conmigo, señorita. Dudo que quiera aumentarla..... pero lo tendré en cuenta.

El color volvio a sus mejillas, violento, pero él ya no estaba allí para verlo. Cassie rezó por que no pudiera hallar el rancho de los Catlin. Y porque, si lo hallaba, Buck Catlin no estuviera allí. Aunque Buck no tuviera el genio vivo de los Mackauley, era dos veces más arrogante. ¿Y cómo se atrevia Angel a tomar a la ligera su petición recordándole esa deuda ridícula, si ambos sabían que él no la toma en serio? Era solo una broma..... de inquietantes posibilidades.

10

El rancho de los Catlin era una hacienda al estilo español, grande e impresionante. Los altos muros de adobe que rodeaban la casa y las dependencias exteriores la convertían en una verdadera fortaleza, con portones de hierro en el arco de entrada. Como los portones no estaban cerrados, nada impidió que Angel entrara sin desmontar.

Detrás de los muros había mucha actividad. Tres hombres en un corral estaban domando un potro. Una criada salía del depósito con el delantal lleno de manzanas pasas. Unos niños mexicanos fingían rechazar una masacre india, levantando polvo cerca de un pequeño cementerio en el que se veían tres cruces. Alguien cortaba leña. Una mujer cantaba desafinando; luego rió y volvió a intentarlo.

Cuando Angel entró en el patio frontal de la casa, las cabezas se volvieron hacia él, cesó el ajetreo, calló el ruido en el cementerio y el canturreo desafinado se hizo más audible.

Un joven salió a la galería con una taza de café en las manos. El pelo rubio le colgaba hasta los hombros; tenía ojos pardos y era de estatura mediana; no parecía tener más de veintidós años. Vestía chaparreras de cuero crudo y un revólver muy bajo sobre la cadera para que estuviera más a la mano. Su postura, de exagerada arrogancia, indicó a Angel que estaba a punto de conocer al primero de los Catlin.

-¿Qué puedo hacer por usted, señor? -preguntó el joven en tono neutro.

Sin desmontar Angel apoyó las manos inofensivamente en el pomo de su silla.

-Vengo a hablar con el propietario.

-Es mi madre. Yo soy Buck Catlin. Contratar el personal es tarea mía.

-No busco trabajo. Tengo un mensaje para su madre. Le agradecería que fuera a buscarla.

Buck Catlin sólo se movió para tomar un sorbo de café.

-Mamá está ocupada. Puede dejarme su mensaje. Yo me encargaré de dárselo.

-No tengo inconveniente en que usted lo escuche al mismo tiempo que su madre, pero antes no.

Ante esa réplica Buck entornó los ojos, ceñudo. No estaba habituado a que le dijeran que no. Desde los trece años daba órdenes a hombres mayores que él. Algún día el rancho sería suyo. Ya lo manejaba. Nadie le decía que no... salvo su madre.

-¿Quién demonios es usted, señor?

-Me llamo Angel.

-¿Y de quién es su mensaje?

-Mío -respondió Angel. Luego explicó-: En realidad, es más bien una advertencia. ¿Quiere ir en busca de su madre o debo buscarla yo mismo?

-Usted no hará nada, salvo salir de aquí.

Buck había comenzado a desenfundar el arma antes de terminar la frase. Angel tuvo el revólver en la mano, amartillado y apuntando al vientre del muchacho aun antes de que él pudiera tocar el suyo.

-No le conviene hacer eso -dijo con su cadencia lenta-. La señorita Cassie no quiere que mate a nadie, así que quite la mano. Así, usted sigue con vida y yo no altero a la dama. Los dos ganamos.

Buck retorció los dedos y los cerró en el aire vacío; luego bajó lentamente la mano.

-¿Quién dijo usted que era? -preguntó con voz ahogada.

-Angel.

-¿Angel qué más?

-Angel, nada más.

-¿Nos conocemos?

-No, no creo.

-Pero usted conoce a la Stuart. Acaba de decirlo. ¿Ella lo contrató para que viniera?

-No -respondió Angel-. Por el contrario, me pidió que no viniera. Se le ha metido en la cabeza que yo podría matar a alguien. Pero no será necesario, ¿verdad?

Buck Catlin palideció un poco ante ese revólver, en todo momento apuntando hacia él, y la expresión de Angel, ominosamente decidida. A esa altura sólo pudo sacudir la cabeza.

-Bien -dijo Angel-. Ahora, como ya le he permitido más preguntas de las que acostumbro a responder, ¿por qué no me devuelve el favor y trae a su madre?

-La madre ya está aquí, señor -dijo súbitamente Dorothy Catlin, detrás de Angel-. Y le estoy apuntando a la cabeza con una escopeta. Si quiere salir vivo de aquí deje caer ese revólver.

Los músculos de Angel se tensaron ligeramente. Pero su expresión, inalterada, continuó fija en Buck.

-Temo no poder darle el gusto, señora -dijo cortésmente sin volverse-. Me quedo con el revólver hasta que me vaya.

-¿No me cree capaz de disparar? -preguntó Dorothy incrédula.

-No me importa mucho que dispare o no, señora. Claro que su muchacho morirá conmigo. Si eso es lo que desea, dispare.

Siguió un largo silencio en el que Buck se cubrió de sudor. Fue él quien lo quebró al ver que su madre no hacía ademán de bajar la escopeta.

-Si no te molesta, mamá, preferiría no morir hoy.

-Hijo de puta -maldijo ella acercándose para mirar a Angel de frente. Ahora tenía la escopeta apuntando al suelo-. ¿Qué? ¿Está loco, usted?

-Simplemente, he vivido tanto tiempo con la muerte que ya no le doy mucha importancia. -La saludó con un papirotazo en el sombrero prestándole atención sólo a medias. Su revólver seguía apuntando hacia Buck.

Para ser mujer, era alta; medía apenas unos cinco centímetros menos que su hijo. Tenía el mismo pelo rubio, los mismos ojos pardos. Angel calculó que aún no había cumplido los cuarenta años. Francamente, Dorothy Catlin era todavía una mujer hermosa; en plena juventud debía de haber sido deslumbrante. Así, con su falda ancha y su blusa Con bordes de encaje, parecía suave y blanda.

La escopeta no le sentaba bien. Imaginarla disparando parecía absurdo. Pero si Angel había sobrevivido hasta entonces era porque no se descuidaba ante la gente de aspecto inofensivo. Bien sabía que todo el mundo era capaz de matar dada la necesaria provocación.

-Le oí mencionar a la Stuart -dijo Dorothy bastante malhumorada-. Si ha venido a pedir disculpas en nombre de ella, pierde el tiempo.

-Nada de eso. Si no pido disculpas por mí mismo, menos lo hago por otros.

-Me alegro, porque lo que esa mujer ha hecho no tiene perdón.

Buck alzó la voz para apoyar esa opinión.

-Ultimamente no se puede mirar a mi hermana sin que empiece a gimotear. Ya no hace otra cosa que llorar. Y la culpable es Cassie Stuart con su entrometimiento.

Angel se preguntó si era así o si la muchacha lloraba por encontrarse de nuevo en su casa en vez de estar viviendo con su flamante esposo. Pero se limitó a comentar:

-Así dicen.

-Bueno, diga usted lo que quiera y salga de mi propiedad -dijo Dorothy.

-Esta mañana alguien provocó una estampida entre el ganado de los Stuart espantándolo hacia la dehesa de los MacKauley. Los disparos que la provocaron venían de aquí.

La cara de Dorothy enrojeció de indignación.

-¿Me está acusando de provocar una estampida?

-Soy ganadero, señor -agregó Buck, furioso-. Por ningún motivo provocaría una estampida.

-Y lo último que se nos ocurriría es aumentar la manada de los MacKauley -agregó Dorothy-, ni siquiera para deshacernos de esa norteña entrometida.

-Pero yo estoy convencido de que algunos de sus empleados no han tenido eso en cuenta -dijo Angel-. Y una estampida no es cosa que se pueda tomar a broma. Hay quienes han muerto por cosas así. Por eso, si averiguo quién inició esta, bien puedo matarlo.

-Ya está claro -chirrió Dorothy con una buena exhibición de ira para acompañar su supuesta inocencia.

-No del todo -replicó Angel. Su voz tomó un filo de frío acero. -Casualmente, Cassie Stuart estaba en la dehesa y quedó en medio de la estampida. Si no hubo intención por parte de ustedes, dejaré pasar esto como accidente. Si ocurre algo más, volveré para hacer responsable a este. -Señaló a Buck con la cabeza para que la mujer interpretara bien la referencia.- A usted no le gustará que nos enfrentemos, señora. Como nunca disparo a herir, lo más probable es que él no sobreviva.

Buck tragó saliva con dificultad. Ya había visto cómo desenfundaba ese hombre. También Dorothy al acercarse por atrás. Pero ella no tocó el tema.

-¿La muchacha está herida?

Angel reservó su opinión ante la preocupación que expresaba Dorothy al hacer esa pregunta.

Librodot

-Se salvó de milagro considerando que la muy idiota galopó hacia la estampida para detenerla.

-Se diría que usted no le tiene mucho aprecio. -Buck había reunido coraje para ese comentario.

-Aún no estoy seguro de eso -admitió Angel-. Pero voy a protegerla, la aprecie o no, hasta que se vaya de aquí. Y no se irá hasta que vuelva su padre. Por eso les aconsejo, amigos, que desde ahora en adelante la dejen en paz... a menos que estén dispuestos a vérselas conmigo.

-No quiero que ella muera, señor. Sólo que se vaya -indicó Dorothy. La belicosidad había vuelto a su voz-. Así, mi hija podrá olvidarse de lo ocurrido.

-¿Con el marido viviendo a pocos kilómetros de aquí?

-Ex marido, en cuanto vuelva el juez de Santa Fe.

Angel meneó la cabeza ante ese razonamiento. Un documento de divorcio no haría que Jenny Catlin MacKauley se olvidara del casamiento, el lecho nupcial y el rechazo.

-Eso es asunto suyo -replicó-. Yo me ocupo de Cassie Stuart.

-Hay que tener coraje para venir a amenazarme, lo reconozco -dijo Dorothy Catlin-. Sería bastante fácil deshacerse de usted, por muy rápido que sea con las armas.

-Puede intentarlo cuando guste si quiere agregar el derramamiento de sangre a este asunto. Pero le aclaro, señora, que rara vez amenazo. Apunto los hechos tal como son. Lo que usted haga con ellos es cosa suya.

Dorothy había vuelto a enrojecer de cólera.

-Muy bien. Ya ha apuntado sus hechos. Aquí tiene uno de mi parte: si vuelve a presentarse aquí, se le disparará en cuanto sea visto. Angel sonrió abiertamente.

-Me parece justo, pero debo advertirle que eso no sirve para detenerme. Buenos días, señora Catlin.

Volvió a levantarse el sombrero a medias, enfundó el revólver y les volvió la espalda. Ya se había alejado varios metros cuando ella le gritó:

-Si la Stuart no lo contrató, ¿qué es ella para usted?

-Un favor.

Dorothy, sin decir nada más, lo vio alejarse sin preocuparse en absoluto por la posibilidad de recibir un disparo en la espalda. ¡Qué detestables eran esos pistoleros! No se podía tratar con un hombre que nunca tenía miedo.

-Averigua quién es, Buck -ordenó aún encrespada-. Cuando un hombre habla así es porque tiene motivos. Y averigua también cuál de los muchachos está llevando las cosas más allá de lo que ordenamos. Quienquiera que sea, que se vaya antes del anochecer.

11

Librodot

Cassie caminaba de un extremo a otro del porche con los brazos cruzados con fuerza bajo los pechos; sus ojos escrutaban en ambas direcciones el lejano horizonte. Al regresar al rancho se había lavado. Ahora lucía una falda muy elegante con tres frunces profundos de satén color crema con salpicaduras de flores diminutas. La blusa de seda blanca tenía suave encaje de Sicilia en el cuello y en los puños que asomaban bajo un grueso chal blanco. Y con la ayuda de María había logrado hacerse un peinado sencillo pero favorecedor.

El efecto general no pecaba de llamativo ni de discreto en demasía; era "armado", como habría dicho su mamá, aunque Cassie, a diferencia de la madre, siempre escogía lo sutil antes que lo llamativo cuando se vestía con un propósito determinado. En ese momento, su propósito era presentar un aspecto sereno y sosegado cuando distaba mucho de sentirse así.

Esperaba el regreso de Angel desde hacía ya varias horas. Y las cosas que podían haber ocurrido en el rancho de los Catlin la hacían pasearse por el porche delantero.

Marabelle caminaba a su lado. De vez en cuando la pantera se acercaba y Cassie dejaba caer una mano para acariciar distraídamente el lustroso pelaje. Había hecho un intento de hacerla entrar, pero Marabelle se limitó a sentarse sobre las patas traseras negándose con rugidos, y ella no volvió a intentarlo. Claro que el felino siempre sabía cuándo a Cassie le ocurría algo; en esas ocasiones se negaba a separarse de ella y nunca se dejaba engañar por las apariencias.

Ya avanzada la tarde, Cassie oyó el galope de un caballo que se acercaba, pero no pudo saber si era el de Angel pues el ruido venía desde detrás de la casa. Sin esperar a que llegara, corrió por el lateral y llegó al establo al mismo tiempo que el pistolero.

-¿Qué pasó? -preguntó sin darle tiempo siquiera a desmontar.

Se estaba retorciendo las manos. ¡Adiós a sus esfuerzos de parecer sosegada! Y ese hombre endurecedor no respondió de inmediato. Bueno, posiblemente se demoró porque estaba teniendo dificultades con su caballo, puesto que Marabelle había seguido a la muchacha al establo.

Angel le clavó una mirada fulminante desde el lomo del caballo que alzaba las dos patas delanteras.

-Creo haberle dicho que mantuviera a ese gato lejos de mí.

-No le hará daño... Bueno, no importa. No se vaya -agregó antes de volver corriendo a la casa.

Entró por la cocina, esperó a que Marabelle la siguiera y luego volvió a salir, cerrando la puerta con firmeza. A su espalda sonó un rugido de disgusto, pero Cassie volvió corriendo al establo sin prestarle atención. Angel estaba desmontando, aunque su caballo seguía inquieto.

-¿Y bien? -inquirió, algo sofocada.

El tomó a su caballo de la brida para llevarlo al establo; su voz tenía un dejo irritado.

-No tuve que matar a nadie, si eso es lo que se muere por oír.

Cassie sintió que se derrumbaba en un charco de alivio, pero lo siguió al interior del establo pese al malhumor que exhibía.

Como se sentía tan aligerada quiso tranquilizarlo.

-Marabelle no puede hacerle daño... bueno, al menos mientras usted tenga las botas puestas en su presencia.

Eso detuvo al hombre.

-¿Por qué?

-Tiene predilección por los pies; por los míos, en especial, pero cuando está de humor cualquiera le viene bien. Le encanta frotar la cara contra los pies y, de vez en cuando, se limpia los dientes con ellos.

-¿Que se limpia los ... ? ¿Cómo diablos lo hace?

Cassie sonrió de oreja a oreja.

-Masticando no, quédese tranquilo. Sólo raspa la superficie de los dientes contra el pie, pero eso puede ser algo doloroso cuando uno está descalzo.

El no parecía tranquilizarse. Por el contrario, parecía aun más disgustado.

-No tengo intenciones de averiguarlo -dijo con decisión. Y condujo su caballo hasta el establo vacío más próximo.

A sus espaldas, Cassie se encogió de hombros. Sabía por experiencia que a los desconocidos les costaba habituarse a Marabelle; mucho más difícil era relajarse en su presencia. En ese aspecto Angel no estaba resultando muy diferente, aunque existía una diferencia importante: si se sentía amenazado, lo más probable era que disparara contra el

animal, mientras que casi todo el mundo se limitaría a huir corriendo. Por eso Cassie insistía en tratar de convencerlo de que Marabelle era inofensiva, pero decidió cambiar de tema por algo que la preocupaba más.

-¿Conque halló a los Catlin?

El siguió desensillando a su animal.

-Los hallé, sí.

-¿Y ... ?

-Y no aceptaron de muy buen grado el consejo que les di.

-¿Cuál fue?

-Que la dejaran a usted en paz o se las verían conmigo. Les expliqué por qué no les convenía.

Ella lo imaginó perfectamente.

-Pero no los amenazó, ¿verdad?

-Sólo les dije cuáles serían las consecuencias de continuar como hasta ahora.

Eso no revelaba nada. Por fin ella se irritó lo suficiente como para decir:

-Caramba, sacar de usted información es más difícil que hacerse obedecer por una mula. ¿No puede dármelo todo en una sola dosis?

El le clavó una mirada larga.

-Si algo más le ocurre a usted, haré otra visita a Buck Catlin. El lo sabe. Su mamá lo sabe. ¿Es eso lo que deseaba saber?

-¿Para dispararle?

-Probablemente sí.

Cassie gimió.

-Ojalá lo dijera con un poquito más de renuencia.

El la miró frunciendo el entrecejo.

-¿Acaso piensa que me gusta matar?

-¿No le gusta?

-No.

-¿Y por qué no cambia de vida?

-Dígame para qué otra cosa sirvo. Probé criar ganado, pero no resultó. No sé nada de cultivos. Probablemente podría instalar una taberna en alguna parte, pero dudo tener la paciencia de aprender el lado comercial del asunto. Sé cazar con trampas, pero preferiría morir antes que vivir otra vez solo en las montañas.

Para Cassie fue una sorpresa que él hablara tanto y que hubiera analizado otros medios de ganarse la vida.

-Sería un buen comisario -sugirió, vacilante-. ¿No le ofrecieron el puesto en Cheyenne?

El continuó atendiendo a su caballo.

-Con el sueldo de comisario tardaría un par de años en ganar lo que gano ahora con un solo trabajo. No creo que valiera la pena porque de cualquier modo estaría arriesgando la vida.

El argumento era válido y Cassie no tenía idea de que contratarlo fuera tan costoso.

El comentario le despertó la curiosidad al punto de hacerle preguntar:

-Usted trabaja en esto desde hace unos cuantos años. Deberá de ser rico. ¿O gasta todo lo que gana?

El salió para cerrar el establo. Luego volvió hacia la joven toda su atención. Su labio inferior mostraba una ligera curva al responder:

-¿En qué podría gastar tanto dinero?

Ella sabía en qué, gastaban su dinero casi todos los hombres jóvenes; todo ello se podía conseguir en una taberna. Si él no las frecuentaba, a esas alturas debería de tener una considerable cuenta bancaria.

-¿Y no ha pensado en retirarse? -preguntó para añadir de ínmediato: -¿Para no tener que matar nunca más?

-Lo he pensado, pero aunque me retirara los buscapleitos seguirían desafiándome. Tendría que cambiarme el nombre.

-¿Y por qué no lo hace?

-¿Qué?

-Cambiar de nombre.

El guardó silencio tanto rato que Cassie empezó a removerse bajo su mirada. Por fin dijo:

-A la última mujer que me acosó con tanto parloteo le propuse casamiento... para tener derecho a golpearla.

Ella dilató los ojos por un momento. Luego contestó segura de sí:

-No sería capaz. Me ha dicho que le disgustan los hombres que tratan a sus esposas de ese modo.

-No se trata de que no sea capaz, sino de que no querría -replicó él, con su entonación perezosa-. Con una mujer se pueden hacer cosas mejores... siempre que no sea una plaga. -Luego inquirió, con una gran sonrisa:- ¿Se ruboriza, querida?

Cassie comprendió que debía de estar roja como una remolacha para que él lo hubiera notado en la penumbra del establo. Entonces insistió con aire pacato:

-Voy a pedirle que no vuelva a decirme ese tipo de cosas.

El se encogió de hombros.

-Pida no más -replicó, marchando hacia la puerta del establo.

-¡Un momento!

Cassie corrió tras él; luego giró en redondo para bloquearle el camino a la entrada del establo. Por desgracia llevaba consigo el rubor, mucho más visible a la luz helada de la tarde. Pero no pensó en eso ni en lo indecoroso del comentario anterior. Probablemente Angel había dicho eso tan sólo para hacerla callar. Peor para él. Si no soportaba que le hicieran preguntas habría debido ser más informativo.

-¿Por qué tardó tanto en regresar? -quiso saber ella-. Estuvo fuera más de cuatro horas.

El se levantó el sombrero con un suspiro.

-Debería haberme advertido que, además de entrometida, era preguntona.

Ella se erizó.

-Si usted no fuera tan reservado...

-Está bien -cedió él-. Di un paseo por la tierra de sus vecinos contando cabezas.

Eso la sorprendió.

-¿De ganado?

-De peones -corrigió él-. Conviene saber a qué nos enfrentamos- Conté doce empleados en las tierras de los Catlin.

Cassie, aceptando su razonamiento, decidió colaborar.

-Tienen más. Algunos estarían en la ciudad.

-Y unos catorce en la finca de los MacKauley.

-No sé cuántos son, pero es seguro que ambas familias tienen el mismo número. Cada vez que los Catlin contratan a un hombre, los MacKauley hacen lo mismo y viceversa. Es como si quisieran tener la certeza de que las posibilidades serán parejas si llegan a la guerra total.

-¿Alguna vez llegaron a eso?

-No. Pero cada vez que voy a la iglesia, con los MacKauley a un lado y los Catlin al otro, tengo la impresión de que va a estallar en cualquier momento por las miradas cargadas de odio que cruzan el pasillo. Fue por experimentar esa desagradable tensión domingo tras domingo que se me ocurrió la idea de aliviarla. Sobre todo, al notar que las miradas intercambiadas entre Jenny y Clayton no eran odiosas en absoluto.

-A mi modo de ver, usted no hizo sino acelerar un poco las cosas.

_¿Por qué lo dice?

-Ya sabemos que Clayton se está arrepintiendo. Al parecer, Jenny también porque según su hermano se pasa los días llorando.

-¡Pero eso es terrible!

Angel se encogió de hombros.

-Depende de por qué llore. Podría ser que esos dos jóvenes volvieran a unirse sin ayuda de nadie con el correr del tiempo. Si los parientes los dejan en paz, bien puede ocurrir. -Eso provocó en la frente de Cassie una arruga cavilosa muy fácil de interpretar.- No se le ocurra siquiera, señorita. Su mamá debería haberle quitado esa costumbre de entrometerse.

Ella le clavó una mirada agria.

-No es justo que Clayton y Jenny estén envueltos en esa pelea que los mantiene separados. Ni siquiera saben por qué, las familias se odian.

-Pero eso no es asunto suyo. No tiene nada que ver con ellos. No volverá a intervenir, ¿verdad?

Su expresión era tan intimidatoria que Cassie dijo:

-Bueno, visto de ese modo, creo que no. Pero dígame, después de conocer a Dorothy Catlin, ¿cree usted que estaría dispuesta a hablar ahora conmigo?

-Ni por casualidad. Pero le dije que usted sólo se iría al regreso de su padre. No creo que vuelva a causar problemas.

Cassie sonrió levemente

-Parece que esa visita suya no hizo mal a nadie a fin de cuentas. Gracias.

-De nada.

-Bueno, lo dejo ir.

La muchacha dio unos pasos hacia la casa, pero se volvió para agregar:

-Como los otros dos peones se quedan últimamente en la dehesa, usted podría cenar en la casa.

La noche anterior, Emanuel le había llevado la comida al alojamiento colectivo.

-¿Eso es una invitación?

El tono de sorpresa confundió a la muchacha.

-No. Es decir... sí, pero no en el sentido que usted da a entender. -¿Eso significa que aún no le gusto, querida? -preguntó él con una sonrisa.

Una pregunta tan provocativa no merecía respuesta, pero obtuvo de ella otro enrojecimiento. Cassie giró en redondo para desaparecer de la vista. Comenzaba a preguntarse si Angel no tendría un sentido del humor tan extraño como Frazer MacKauley.

12

Esa noche Cassie no se cambió para cenar, como habría hecho de estar su padre en casa, puesto que tanto él como su madre respetaban las costumbres más formales de la costa este, aunque habían pasado más de media vida en el oeste. Temía que, si se ponía otra ropa, Angel no lo interpretara como simple formalidad, sino como un intento de impresionarlo. Y eso era lo último que debía pensar.

Pero en realidad se arrepentía de haber abierto la boca. María, al notar su nerviosismo, le recordó que Angel podía comer en la cocina con ella y su hijo. En realidad, esa había sido la idea de Cassie al hacerte el ofrecimiento. Pero tras la errónea interpretación de Angel, real o fingida, no podía negarse a comer con él sin hacerle pensar que aún le tenía miedo. Aunque

fuera cierto, era mejor que él no lo pensara. Y después de todo, el hombre no era un peón a sueldo, sino un invitado... aunque no mediara invitación.

Por añadidura, llegaba tarde. Cuando por fin apareció en la puerta principal, hacía ya quince minutos que María tenía la cena lista. Cassie no demoró el retraso, aunque había mandado a Emanuel para que le dijera a qué hora se servía la cena. En el primer momento, su aspecto la sorprendió tanto que no pudo decir gran cosa.

El no se había puesto el impermeable. Llevaba en cambio una chaqueta negra que destacaba una musculatura fibrosa, hasta entonces oculta por esa prenda amarilla sin forma. La limpia camisa negra estaba abotonada hasta el cuello con una corbata de cinta en vez del pañuelo. De inmediato se quitó el sombrero. Su pelo negro aún estaba húmedo por el baño; le llegaba casi hasta los hombros, aunque mantenía una pulcritud perfecta. Como casi todos los hombres que pasaban mucho tiempo al aire libre, era obvio que lo estaba dejando crecer para que, durante el invierno, le protegiera del frío el cuello y las orejas.

En esta ocasión no se podía pasar por alto su hermosura. Estaba allí, de forma evidente, inquietando a Cassie tanto como su peligrosa reputación. La muchacha se sorprendió mirándolo con fijeza. Por suerte, él no se dio cuenta. Estaba muy ocupado en mirar a su alrededor.

-¿La tiene encerrada? -preguntó, cuando ella hubo cerrado la puerta.

-¿A quién? Ah, ¿se refiere a Marabelle? Está en la cocina. No se preocupe: he pedido a María que la mantenga allí hasta que usted se vaya.

-Muy agradecido -replicó él.

La desconfianza que le causaba su enorme mascota habría debido divertir a la muchacha, pero teniendo en cuenta que el hombre estaba armado, Marabelle no estaría segura en su presencia, aunque no fuera agresiva.

Previendo una velada desastrosa, Cassie lo condujo por el vestíbulo hasta las puertas dobles de la derecha. La mesa, larga y formal, tenía dos cubiertos frente a frente. Al verlos Cassie lamentó no haber indicado a María que los pusiera en ambas cabeceras de la mesa y no juntos en un extremo, tal como era la costumbre cuando ella cenaba con su padre. Dadas las circunstancias, parecía una disposición demasiado íntima. Pero cambiarlos de sitio en ese momento era insultar a Angel.

Dio un paso hacia una de las sillas y se llevó la sorpresa de que él se la acomodara. No esperaba esos modales refinados.

-Gracias -dijo. La puso aun más nerviosa ver que él, sin responder, ocupaba el asiento opuesto.

Al oír la voz de Cassie, María asomó la cabeza por la puerta lateral y, momentos después, comenzó a servir la comida. Angel hizo algún comentario sobre los finos muebles de la habitación; para Cassie fue un alivio tener un tema neutro de¡ que conversar. Explicó que todos los muebles eran iguales a los de la casa de Wyoming, pues su padre había ido a la misma tienda donde se compraron los originales en Chicago. Como algunos ya no estaban a la venta, él había encargado que los hicieran iguales.

-¿Por qué? -preguntó Angel, cuando el tema estuvo casi agotado.

-Nunca pregunté -admitió la joven-. Hay ciertas cosas de lasque no hablo con mi padre. Todo lo que se refiera a mi madre y hasta lo que posiblemente guarde alguna relación con ella, queda a un lado.

-¿Por qué? El hecho de que estén divorciados...

-No lo están.

-Como él bajó el tenedor y se quedó mirándola, Cassie agregó:- Todo el mundo piensa que sí, pero ninguno de los dos se decidió a divorciarse. Al parecer, ambos se conforman con vivir con todo el país por medio.

-¿Y si alguno de los dos quisiera volver a casarse?

Cassie se encogió de hombros.

-Probablemente el interesado haría algo para poner fin al primer matrimonio.

-Y usted, ¿lo tomaría a mal?

-En toda mi vida no he visto que mis padres se dijeran directamente dos palabras. ¿Cómo puedo tomar a mal que cualquiera de ellos desee llevar una vida conyugal normal?

Angel meneó la cabeza antes de continuar con su comida.

-Nunca acabé de creer que, en todos estos años, no se hubieran dicho una palabra. Para usted debe de haber sido difícil.

Ella sonrió.

-En realidad yo tenía siete años cuando descubrí que no todos los padres se comportaban de ese modo. A mí me parecía lo normal. Ahora, ¿por qué no me cuenta algo de usted, Angel?

Se ruborizó en cuanto hubo pronunciado el nombre. Era la primera vez que lo hacía. No esperaba que sonara tan íntimo, sobre todo en labios de una mujer.

El se dio cuenta.

-¿Qué pasa?

-¿No tiene... eh... otro nombre por el que pueda llamarlo?

El no llegó a sonreír, pero era obvio que la incomodidad de la muchacha lo divertía.

-Se las estaba arreglando muy bien con lo de "señor" -le dijo.

Pero a esa altura no parecía apropiado. Tampoco servía decirle "señor Angel", pues ése no era su apellido. La visible indiferencia del hombre hacia su problema la fastidió al punto de preguntar:

-¿Por qué eligió el nombre de Angel?

Una ceja negra ascendió en arco.

-¿Le parece que yo pude elegir ese nombre?

-¿No fue así?

-Claro que no. Pero yo no recuerdo que mi madre me llamara de otro modo; fue el único nombre que pude dar al viejo montañés que me crió cuando él quiso saber cómo me llamaba. A él también le pareció gracioso por lo que recuerdo.

Cassie tardó sólo diez segundos en estudiar el asunto y comentar:

-Pero ese debía de ser sólo un apelativo cariñoso, algo así como "tesoro" o "querido".

-Con el correr del tiempo me di cuenta de eso, pero a esas alturas el nombre se me había pegado. Y no me importaba mucho. Si uno pasa tanto tiempo pensando que se llama así, acaba por acostumbrarse. Ahora me sentiría raro con otro nombre.

-¿Y la gente que no está acostumbrada?, -quiso preguntar Cassie. Pero sentía curiosidad por lo que él había revelado inadvertidamente.

-¿Su madre murió? ¿Por eso lo crió un montañés?

-El me robó.

Entonces,fue Cassie quien bajó el tenedor.

-¿Cómo ha dicho?

-Me robó en San Luis -continuó él, como si no la viera sentada allí, boquiabierta-. Por entonces yo tenía cinco o seis años. No recuerdo bien.

-¿No? ¿Eso significa que no sabe qué edad tiene ahora?

-No, no sé.

Eso le pareció tan triste que estuvo a punto de darle unas palmaditas solidarias en la mano. Retiró los dedos a tiempo, pero él se dio cuenta. Eso la puso tan nerviosa que se llenó la boca con el pollo sazonado que había preparado María para no poder decir otra palabra.

Pero después de haber tragado volvió a hablar.

-¿Cómo se puede robar a un niño en una ciudad tan grande?

¿Nadie hizo nada por buscarlo?

-Como no me hallaron, no lo sé. Pasé los nueve anos siguientes en las Rocosas, en un sitio tan alto que nunca veíamos a un indio, mucho menos a otros blancos.

-¿Nunca trató de escapar?

-Pocos meses después de llegar a esa cabaña de las montañas, un día me alejé demasiado. Oso Viejo, al encontrarme, me encadenó en su patio tres semanas.

A Cassie le costaba aceptar lo que estaba oyendo. Eso último la horrorizó.

-¿Lo dejó a la intemperie?

-Tuve la suerte de que fuera en verano -dijo Angel, despreocupado, como si el tema no le trajera recuerdos terribles-. A partir de entonces no volví a alejarme. Y pasaron casi cinco años antes de que él me permitiera acompañarlo a la población donde vendía sus pieles. Se demoraba una semana sólo en llegar hasta allí.

-Y estando allí ¿no dijo nada a nadie?

-El me había ordenado que no abriera la boca. Por entonces yo estaba habituado a obedecerle. Además, esas gentes conocían a Oso Viejo. Allí no había nadie capaz de enfrentársele para ayudarme a volver a San Luis.

Cassie se arrepentía de haberlo interrogado sobre su nombre, pero no podía abandonar el tema.

-¿Sabe usted por qué lo secuestró? ¿Querría un hijo?

-NO, sólo compañía. Dijo que se había cansado de hablar solo.

Sólo compañía. Un niñito había sido arrebatado a su familia a fin de hacer compañía a un viejo. Ella nunca había sabido de algo tan Patético... y escandaloso.

-¿Dónde está él ahora?

-Murió.

-¿Usted lo ... ?

-No -replicó él-. Debía su apodo a que siempre había una o dos pieles de oso entre las que vendía. Le encantaba medir sus fuerzas contra los osos; cuanto más grandes, mejor. Pero fue envejeciendo demasiado para seguir cazándolos. El último sobrevivió; él no.

-¿Y usted se fue?

-En cuanto lo hube enterrado -dijo Angel-. Tenía quince años, poco más o menos.

-¿No volvió a San Luis para buscar a sus padres? –preguntó Cassie.

-Fue lo primero que hice. Pero nadie se acordaba de mi madre ni de que hubiera desaparecido algún niñito. Claro que San Luis no era mi verdadero hogar. Recuerdo que llegamos allí en tren. Y Oso Viejo me secuestró poco después.

-No habla usted de su padre.

-Casi no recuerdo haberío tenido. Había un hombre que decía ser mi padre, pero lo vi sólo una o dos veces. No sé cuál era su oficio, pero lo mantenía fuera de casa largos períodos.

-¿Y usted nunca los buscó?

-No sabía dónde buscar.

Lo dijo con tanta indiferencia como si ya no importara. A Cassie le costaba tanto entender su actitud como su relato.

-Chase Summers tampoco conocía a su padre -dijo-. Pero sabía su nombre. Por eso pudo hallarlo con facilidad en España. De cualquier modo, hay hombres que se especializan en buscar a las personas desaparecidas; saben descubrir pistas sepultadas por mucho tiempo y datos olvidados. Si usted quisiera, podríamos contratar a uno de esos para buscar a sus padres.

-¿Podríamos?

Ella, ruborizado, tomó la botella de vino para volver a llenar las copas. La de Angel estaba casi intacta. Cassie se reprochó no haber indicado a María que buscara una botella de whisky para él, en el caso de que hubiera alguna en la casa, porque su padre no bebía. Sin embargo, la idea de que Angel pudiera embriagarse resultaba demasiado temible.

-Supongo que está asomando mi impulso de entrometida -admitió, con la esperanza de no haber enrojecido. No creía haberse ruborizado tanto en la vida como desde la aparición de Angel-. Debe usted perdonarme. No puedo evitarlo, me gusta ayudar.

-¿También a los que no quieren ayuda?

Eso debería haberla callado, pero Cassie no habia terminado de disculparse por su irritante costumbre.

-Algunos necesitan un poco de ayuda para descubrir lo que realmente quieren.

Angel no contestó, como si aceptara el argumento. Habría querido hallar a sus padres. Nadie lo había amado nunca y ellos eran los únicos que quizá pudieran hacerlo. El amor era algo que faltaba en su vida, y no sólo el paterna¡. Desde el día en que viera juntos a Jessie y Chase Summers, el modo en que se tocaban y se miraban con frecuencia, el modo en que ardía el amor entre ellos, sabía que él también necesitaba algo así: esa proximidad con otra persona, la ternura, la atención, cosas que nunca había tenido o que había olvidado a fuerza de *no* experimentarlas.

Pero había renunciado a buscarlas. Las mujeres buenas lo rechazaban por su reputación. Las malas gustaban de su reputación y lo recabían de buen grado en su cama, pero se asustaban a la primera señal de que él deseaba algo más serio que pasar un buen rato.

Ahora bien, ¿qué tenía Cassandra Stuart para hacerle pensar en eso? No, no era ella, sino el hecho de que hubiera escarbado en todos sus años de soledad.

Disculpe -dijo ella atrayendo de nuevo su mirada-. Creo que usted... Bueno, me sorprendió con sus revelaciones. Creía saber mucho de usted, pero no había oído una palabra sobre sus primeros años.

El había contado a Colt lo de Oso Viejo, pero a nadie más... hasta ahora. Y por nada de¡ mundo lograba imaginar por qué se lo había contado a ella. Tal vez porque lo desconcertaba con esa pose tan decorosa y gazmoña; tal vez porque estaba más bonita que antes. Y eso no tenía sentido, porque no había en ella nada diferente. Hasta llevaba la misma ropa que por la tarde.

Sin embargo, esa era la primera vez que la veía sin abrigo, sin una chaqueta o un chal que le cubriera la silueta; le sorprendió un poco descubrir que tenía buenas formas, pechos redondeados que llenarían la mano y cintura esbelta. A la luz de las velas lucia suave y cremosa; SUS ojo s grises parecían plata líquida. Y esos labios apetitosos...

No llevaba la cuenta de cuántas veces se le había desviado la mirada a esa boca mientras ella conversaba, comía y ahuecaba los labios para sorber el vino. En la ocasión de¡ beso que ella le plantó, apenas tuvo tiempo de probarlos, pero le parecieron increíblemente dulces.

De nada servía negarlo. Quería probarlos otra vez. Y cuando bajó los ojos hasta el pecho y volvió a elevarlos hasta la boca suave, el cuerpo comenzó a decirle que deseaba algo más.

Esa reacción inesperada lo sobresaltó tanto que alargó la mano hacia la copa y bebió todo el vino. Cuando dejó la copa vio que Cassie le estaba mirando la cicatriz de la mandíbula. Estaba seguro de que ella la había visto, aunque no hubiera hecho preguntas. Le cruzaba la línea de la mandíbula por abajo, de modo que sólo se veía desde cierto ángu1o. O cuando él echaba la cabeza hacia atrás. Por el modo en que ella bajó la vista hacia el plato comprendió que tampoco en esa oportunidad iba a hacer preguntas.

Angel se extrañó de que no lo interrogara considerando que cualquier otro tema le parecía adecuado. Tal vez la intimidaba ver el resultado de la verdadera violencia. Pero por algún motivo esos remilgos lo fastidiaron. No, si estaba fastidiado era porque de pronto la deseaba, porque habría querido sentarla en su regazo para degustarla más a fondo.

Por eso le ofreció una explicación:

-Esto me lo hizo un hombre que quiso acercarse subrepticiamente por detrás para degollarme. Le falló la puntería.

Cassie alzó los ojos para fijarlos en los de él. -¿Aún vive?

-No.

Al decirlo, Angel dejó caer la servilleta en la mesa y se levantó bruscamente. Necesitaba salir de allí, alejarse de esas velas, de¡ vino y de esa mujer que le parecía más y más bonita a cada segundo.

-Gracias por la cena, señorita, pero no se sienta obligada a repetir la invitación. A decir verdad, me es más cómodo comer solo. Estoy muy acostumbrado.

De inmediato se arrepintió de haber agregado eso. La lástima que vio de pronto en sus ojos le retorció en las entrañas. Salió antes de sentirse tentado a aceptar lo que ella ofrecía. Fuera lo que fuese, no lo necesitaba. No necesitaba de nadie.

13

Esa noche Cassie no podía conciliar el sueño. Daba vueltas y vueltas en la cama. Se levantó para caminar tratando de agotarse. El agotamiento no llegó, pero sirvió para agitar tanto a Marabelle que al fin tuvo que sacarla del cuarto; esperaba que sus vagabundeas por la casa no despertaran a María, que dormía en la planta baja.

Su dormitorio estaba arriba, en una esquina trasera. Una de las ventanas daba al alojamiento colectivo; cada vez que pasaba por allí veía una luz aún encendida. Se preguntó si Angel tendría el mismo problema que ella. Se extrañó al desear que así fuera, porque su problema se debía a él.

No, eso no era justo. Por su propia culpa sabía ahora lo que sabía de él. Había hurgado e insistido obligándolo a admitir cosas que más le hubiera convenido ignorar. Habría preferido seguir conociéndolo tan sólo como *El Angel de la Muerte.* Ahora era también Angel, el pequeño, y Angel, el hombre que se sentía más a gusto comiendo solo.

Más de una vez, esa noche, había sentido el impulso de darle un abrazo compasivo. Cabía agradecer que ella no fuera de esas personas espontáneas que actúan por impulso; de lo contrario a esas horas habría estado mortificada por haberío hecho. Sin duda, desde luego, él la habría rechazado abruptamente. No era de los que buscan consuelo cualquiera que fuese el motivo.

Era absurdo tratar de consolar a un hombre como él, un pistolero implacable, asesino... No, otra vez era injusta. Angel no era un asesino vulgar. Con lo que hacía ayudaba a la gente. Además, poseía un profundo sentido de la justicia. Aunque estuviera ligeramente dentro de lo legal, él creía estar del lado del bien. Y tal vez lo estaba. ¿Quién era ella para juzgarlo?

Por fin, cuando vio que la luz del alojamiento se apagaba, trató

nuevamente de acostarse y, en esa ocasión, se durmió de inmediato. Tuvo la sensación de que había dormido pocos segundos cuando la despertó una mano apretada con firmeza a su boca.

El terror de esos primeros instantes cedió un poco cuando Cassie comprendió que debía de ser Angel. ¿Por qué no había tocado a la puerta para despertarla en vez de asustarla apareciendo así? Estaba demasiado oscuro para verle la cara; el pequeño fuego encendido algo antes se había consumido casi por completo. Por eso él no podía ver tampoco que ella tenía los ojos abiertos. Tal vez por eso continuaba tapándole la boca.

-¿Está despierta ya, damisela?

Esa voz no era la de Angel, sino la de Rafferty Slater. El terror volvió a Cassie debilitándola.

-Si estás despierta dime que sí con la cabeza.

Ella no podía. No podía moverse en absoluto; parecía como si tuviera los miembros sujetos a la cama. Había jurado no dejarse tocar por él otra vez, pero no dormía con su revólver. No tenía manera de detenerlo.

Gimió al sentir que la otra mano del hombre le buscaba un pecho bajo las mantas.

-Así me gusta más -dijo estrujándoselo con una risa grave-. Conque te hacías la marmota, ¿eh? ¿O estabas agotada por haber perseguido la manada que ahuyenté? Pero con esto no voy a dejarte dormir.

Fue la risa lo que devolvió súbitamente la vida a Cassie. Agitó los brazos y dio patadas para quitarse las mantas. Uno de sus puños tuvo suerte y se le estrelló contra la cara.

-¡Basta! -gruñó él.

Ella siguió.' A Rafferty no le estaba resultando fácil sujetarle los brazos con una sola mano. La que le cubría la boca se desvió lo suficiente como para que ella iniciara un grito. El lo interrumpió muy pronto aplastándole los labios contra los dientes.

-No eres inteligente, muchachita. Deberías portarte bien conmigo para que no te haga daño.

Para hacerle esa advertencia le acercó la cara. Su aliento, agrio de licor, daba náuseas, pero Cassie no podía apartar la cara. Debía de estar borracho; sólo el alcohol podía darle el coraje para entrar en la casa y atacarla. Pero el miedo le impidió pensar en un modo de aprovecharse de eso.

-Debería haber venido antes a visitarte ya que tu única protección era tan fácil de sobornar.

Eso le pareció tan divertido que volvió a reír mientras Cassie buscaba sentido a ese comentario. ¿Que Angel era fácil de sobornar? Ella habría apostado su vida a que no era cierto. Pero Angel estaba durmiendo y ella no había podido gritar lo suficiente para despertarlo. Aunque sus ventanas estuvieran entreabiertas, si no lograba dar un buen alarido...

De pronto Rafferty remplazó la mano por la boca; tan pronto que Cassie apenas pudo tomar aliento. Al tener ambas manos libres le sujetó las muñecas con una y usó la otra para tirar del cuello de su camisón. Los pequeños botones de perlas se desprendieron uno a uno. El frío aire de diciembre le tocó los pechos. Luego fue él.

-¡Caray!, debería haber traído una lámpara. Pero tanto vale tocar como ver.

Cassie comenzó a gimotear. El hedor de su aliento la sofocaba; sus manos le hacían daño. El le había cruzado una pierna sobre las suyas para que no pudiera moverlas. De pronto se oyó el rugido de Marabelle, el sonido más dulce de cuantos había escuchado en su vida... Pero sonaba fuera.

-Maldito gato. Debería haberío matado en vez de...

Rafferty olvidó tapar la boca a Cassie. Eso le dio tiempo para emitir un solo grito penetrante:

-¡Angel!

-¡Cállate, condenada! -La mano del hombre volvió a cubrirle la boca- Si ese Angel es el hombre nuevo del que hablan en la ciudad, te conviene que no te haya oído.

Cassie ansiaba justamente lo contrario. Cuando en la planta baja se golpeó una puerta, rezó pidiendo que no fueran María ni Emanuel. Rafferty debió de pensar que no eran ellos, pues corrió hacia la Puerta para echar el cerrojo.

Librodot

-Eso no detendrá a Angel -le retó ella, ya libre. De cualquier modo, tuvo la precaución de poner la cama por medio antes de agregar-: Si estás aquí cuando él entre por esa puerta, te matará.

Llegó a ver que Rafferty miraba frenéticamente a su alrededor.

Si tenía intenciones de esconderse, estaba muy equivocado. Pero lo que el hombre buscaba era otra salida. La halló en las puertas dobles que daban al balcón. corrió hacia ellas y trató de abrir, pero no hizo sino sacudirlas.

Cassie había cerrado las puertas con llave, como todas las noches, pero como no quería ver un cadáver en su cuarto, dijo:

-Haz girar la llave, estúpido.

El lo hizo. En cuanto la puerta de¡ balcón estuvo abierta, la muchacha corrió hacia la que daba al corredor para quitar el cerrojo. A su espalda oyó que el vaquero murmuraba:

-La zorra ni siquiera me da un poco de ventaja.

¿Estaría bromeando? Bien podía dar gracias porque ella no corriera en busca de su revólver en vez de esperar la ayuda de Angel, ya que habría podido matarlo antes de que pudiera bajar del balcón, mientras que Angel probablemente no tendría tiempo. Por la escalera cuando cierto, el forastero acababa de llegar al tope de

ella abrió su puerta y tropezó con Marabelle que iba a la vanguardia.

-¿Qué pasa? -preguntó él ayudándola a levantarse. -Era uno de los peones de Catlin.

En la voz del hombre se notó la sorpresa-

-¿Después de la advertencia que les hice?

-Rafferty Siater actúa por cuenta propia, pero creo que aun no está enterado de esa visita. Dudo que haya vuelto al rancho después de provocar la estampida de esta mañana, cosa que se atribuyó. Mencionó que en la ciudad había oído hablar del "hombre nuevo". Ni siquiera conocía su nombre, Angel. Y por el olor, diría que pasó casi todo el día en la ciudad bebiendo. Angel se dirigió hacia las puertas del balcón antes de que ella acabara de hablar. Cassie no trató de detenerlo puesto que a esa hora Rafferty ya estaría montando a caballo. En cambio se acercó a una lámpara para encenderla. Los dedos le temblaban tanto que le costó hacerlo. La amenaza física había sido demasiado grande. Aunque todo hubiera terminado, el alivio tardaba en llegar.

Marabelle serpenteaba alrededor de sus piernas, pero sin ronronear; emitía leves gruñidos.

-Todo está bien, pequeña -dijo Cassie-. Pero tienes razón. Hice mal en sacarte de mi cuarto. La próxima vez...

-No habrá una próxima vez -dijo Angel, tras ella-. Voy a buscarlo.

Ella no giró porque estaba colocando el tubo de cristal al quinqué.

-En la oscuridad no podrá hallarlo. -Lo hallaré.

Pero en la oscuridad él corría tanto peligro como Rafferty de recibir un disparo. Esa idea hizo que Cassie observara:

-Por la mañana el hombre aún estará por aquí. Pero no hay por qué matar, Angel. No tuvo oportunidad de hacerme daño.

Librodot

-Ya sabe lo que opino de las intenciones, señorita. Y si usted sufre algún daño mi deuda no queda cancelada.

Ella hubiera preferido que la preocupación fuera por ella y no por la deuda, pero no quería que Angel corriera peligros innecesarios. Y Rafferty era un factor desconocido. No tenía reputación, pero eso no era garantía considerando que llevaba un arma como sí supiera usarla.

Oyó que Angel daba un paso hacia la salida y se volvió para detenerlo olvidando por completo el estado de su camisón. Pero con la luz encendida al hombre no podía pasársela por alto. Sus ojos fueron directamente al largo desgarrón central, que descubría la mitad de un pecho y parte del vientre. Ella ahogó una exclamación y tiró de la tela para cubrirse. Angel se puso tan rojo como ella.

-Ese hijo de puta -gruñó en voz baja, teñida de furia-. ¿Está usted bien?

-No. Las manos no dejan de temblarme.

-Ni cesarían si no cambiaba de tema cuanto antes.

- ¿Cómo... cómo salió Marabelle?

Al oír mencionar al felino, Angel se fijó en él. Marabelle eligió ese momento para acercársela a paso lento. Angel, comprensiblemente, no respondió a la pregunta de Cassie. No movió siquiera un músculo. Pero Marabelle se limitó a frotarle el cuerpo contra las piernas al pasar junto a él rumbo al balcón, zona a la que tenía libre acceso antes de que se iniciaran los problemas.

Angel se apresuró a cerrar detrás de la pantera. Cassie lo oyó suspirar antes de girar hacia ella. Obviamente, seguía reaccionando mal ante su mascota, pese a lo que ella dijera sobre la docilidad de Marabelle. Era de esperar que el tiempo y la familíaridad se encargaran de eso.

Por fin Angel respondió a su pregunta.

-En el porche trasero había un trozo de carne cruda con un saco vacío al lado. Slater debe de haberla utilizado como cebo para que Marabelle saliera de la casa.

-Ella desdeña esas cosas. Probablemente tuvo que sacarla a empujones.

Angel quedó impresionado o, antes bien, incrédulo.

-Para eso hace falta coraje.

-No mucho. Cuando llegué tuve que anunciar a todos que Marabelle era inofensiva. La gente tiende a enojarse cuando se asusta y descubre después que no tenía motivos.

-Ahora que usted lo menciona, no parece haber tocado la carne. Lo que hizo fue venir a rascar mi puerta. Me dio un susto de muerte al abrir porque me espetó un rugido y salió corriendo hacia la casa. No me habría dado cuenta de lo que pasaba a no ser porque la vi pasar junto a un caballo atado al porche trasero que no estaba allí cuando me acosté.

-Me alegro de que usted lo haya visto.

El asintió molesto. No tenía experiencia en ese tipo de situaciones. -Si está tan borracho como usted dice, será fácil alcanzarlo -dijo.

-Tan borracho no estaba, pero preferiría que no me dejara sola. Si usted no está cerca no podré volver a dormir.

-Claro que podrá. Basta con que... -Por favor, Angel.

Había empezado a llorar antes de pronunciar su nombre y no fingía. En verdad comenzaba a sentir pánico ante la idea de que él pudiera irse.

-No haga eso, mujer.

Ella no escuchaba. El pelo suelto le cayó hacia adelante ocultando esa parte de su cara que las manos levantadas no cubrían. Había vuelto a olvidarse del camisón, pero los bordes se mantuvieron cerrados porque estaban superpuestos.

-Bueno, bueno, basta. -Ella no hizo sino llorar más.- ¡Ah, diablos!

Cassie se sorprendió al sentir que súbitamente la rodeaba con sus brazos. No era eso lo que buscaba, pero debía reconocer que resultaba agradable.

Angel no dijo más; se limitó a abrazarla con torpeza. Pero así estaba bien. Por lo menos no saldría a derramar sangre... o a que alguien derramara la de él. Después de un rato ella le apoyó las manos en los costados y la mejilla húmeda contra el pecho.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de que la camisa de Angel no estaba abotonada ni metida dentro de los pantalones; estaba demasiado alterada para reparar en eso. Pero tenía la cara apoyada contra piel desnuda.

Habría debido apartarse inmediatamente. Eso era lo correcto. Pero no pensaba hacerlo porque se sentía perfectamente satisfecha tal como estaba. Y eso era asombroso, considerando lo nerviosa que se ponía siempre cerca de Angel.

Sin embargo, no podía quedarse así sin una excusa que ya no existía, sus lágrimas se habían secado y sólo sorbía a causa de esas lágrimas. Se estuvo quieta algunos segundos más; luego levantó la vista con un suspiro.

-Lo siento -dijo con suavidad-. No había llorado desde que comenzó todo esto. Supongo que llevaba retraso.

Sus miradas se cruzaron largos instantes; los ojos de él, tan oscuros e inescrutables; los de ella, como plata brillante. De súbito la tensión llenó el ambiente; Cassie contuvo el aliento mientras él bajaba la vista lenta, muy lentamente, para fijarla en sus labios entreabiertos.

-Te disculpas demasiado -replicó arrastrando las palabras. Y acercó la boca a la de Cassie.

Fue algo completamente inesperado. No se parecía en nada al beso que ella misma había instigado la tarde anterior. En aquel momento ella estaba llena de pánico y temía ser rechazada. Ahora estaba tranquila, abierta a una riqueza de descubrimientos.

El comenzó sin mucha confianza, como si a él le tocara en este caso temer el rechazo. Cassie no pensaba en eso; estaba demasiado atenta a saborear tanta belleza. Como no emitía siquiera un gemido de protesta, él se apresuró a profundizar el beso, entreabriéndole los labios para deslizar dentro la lengua en una provocativa exploración. Surgieron nuevas sensaciones, casi temibles por lo extraño de su intensidad. Sensaciones profundas, arremolinadas. Y la cosa ya no se limitaba al beso. Era también la fuerza de aquellos brazos que la estrechaban, la arrastraban con él, y el camisón demasiado fino para resistir a los detalles de ese cuerpo.

Se esparció una languidez contradictoria con el palpitar del corazón. Se sentía débil de pies a cabeza; de haberío querido, no habría podido poner fin al beso. Y no lo quería. El tampoco. Ese fue el descubrimiento más asombroso de todos.

Durante la cena Cassie había notado que él le miraba los labios, pero no le dio mayor importancia. En ningún momento pensó que él pudiera desearla. Ella no era una de esas mujeres deseables. Pero Angel la estaba besando como si no quisiera hacer ninguna otra cosa. Y ella, además de sentirse halagada, estaba disfrutando mucho con eso.

Cuando la boca del hombre tomó una nueva dirección, para Cassie fue una sorpresa que, en vez de dar el beso por terminado, degustara su piel en otras zonas. Su lengua se movía lentamente por el cuello hacia arriba, hasta tocar el lóbulo de la oreja.

-Miel por todas partes -le susurró al oído-. A eso sabes.

Corrieron escalofríos en todas direcciones. La muchacha estaba casi temblando y se, debilitaba más y más. De pronto él echó la cabeza hacia atrás para mirarla en tanto deslizaba una mano entre los bordes desgarrados del camisón y la movía lenta, cuidadosamente, sobre la piel desnuda y sensibilizada.

Fue la experiencia más pecaminosamente erótica de su vida, la mano de Angel en sus pechos, los ojos que le sostenían la mirada con ardiente intensidad. Era demasiado, todo al mismo tiempo; las sensaciones que él provocaba estaban mucho más allá de su experiencia. Cassie, asustada, dio un paso atrás y escapó de entre sus brazos rehuyendo ese contacto excitante.

-Esto... no está bien.

No reconoció su propia voz. Tampoco pudo decir más. Pero él se limitó a mirarla tanto tiempo que Cassie temió desmayarse por lo insoportable de la tensión.

Por fin, Angel dejó escapar un suspiro y dijo:

-Lo sé. Creo que me ha llegado el turno de disculparme. No volverá a ocurrir.

Cassie lo vio salir frustrada por el impulso de llamarlo y por la recobrada noción de lo correcto. Besar a Angel no era correcto; mucho menos, que le gustara tanto. Pero ¿por qué le dolía tanto pensar que jamás volvería a ocurrir?

14

Para Angel no fue una sorpresa que hubieran puesto vigilancia a los altos muros que rodeaban el rancho de los Catlin. Alguien debía de haberlo visto desde lejos, puesto que Buck-Catlin y dos vaqueros le salieron al encuentro antes de que se hubiera acercado. Y no querían riesgos, los dos peones tenían los rifles apuntando y el dedo en el gatillo.

Angel se preguntó si habría más armas apuntándole desde esas murallas. No se molestó en mirar pues el hecho de ser delgado tenía sus grandes ventajas. Presentaba un blanco más pequeño, lo cual le permitía moverse con celeridad para quedar fuera de¡ alcance de las balas. Desde luego, cabía una posibilidad en dos de encontrarse en el camino de una bala mal apuntada que no daría en el blanco si él se quedara quieto. Pero él juzgaba a la gente según sus propias normas, que eran altas, y atribuía a casi todos una puntería bastante decente.

Se detuvo a aguardar que los tres jinetes llegaran hasta él. Si era preciso, podía liquidarlos. Así de rápido era y nunca fallaba a corta distancia. A cambio podía recibir un balazo, considerando que dos de ellos estaban preparados, pero ¡qué diablos! Esa mañana su estado de ánimo era peligroso, pues incluía una buena dosis de odio contra sí mismo; además, tenía la sensación de que su estupidez de la noche anterior merecía algún castigo. Habría debido tomar precauciones para que Siater no pudiera entrar en la casa con tanta facilidad. Habría debido seguirlo inmediatamente después. Y habría debido mantener distancia con Cassandra Stuart.

En eso consistía lo peor de su angustia y su confusión: esa mujer. Esa mujer irritante, entrometida, que rara vez cerraba la boca y su mascota comehombres. ¿Qué podía gustarle de ella? Ni siquiera era bonita. En realidad, la noche anterior le había parecido endiabladamente bonita; claro que ese vino de la noche anterior no le había caído muy bien. De otro modo, ¿de dónde había surgido ese increíble anhelo de volver a probarla?

Los vaqueros se detuvieron delante de él con Buck algo más adelante. El ranchero se quitó el sombrero y se golpeó el muslo con él; Angel supuso que era un gesto nervioso, porque el joven parecía algo acosado.

Pero Buck Catlin tenía la arrogancia bien arraigada, de modo que su tono lindaba estrechamente con lo ofensivo al decir:

-¿No le dijo mi madre lo que pasaría si usted volvía por aquí?

Angel no respondió de inmediato. En momentos como ése lamentaba no tener costumbre de fumar. En esos momentos, liar un cigarrillo habría sido un buen modo de ignorar al joven ranchero y averiguar si estaba dispuesto a llevar a cabo esa amenaza o si era pura bravata.

-Según recuerdo, yo le dije que eso no me detendría... si tenía buenos motivos para regresar.

Buck rió entre dientes.

-Usted debe de ser el hombre más loco o el más valiente de cuantos conozco, caballero. ¿No se da cuenta de que a una palabra mía usted es hombre muerto?

-Muerto no, Catlin. Herido, tal vez. Pero le doy tres oportunidades de adivinar quién será el muerto y cualquiera de las tres será acertada.

-No creo que sea tan certero.

-No le conviene averiguarlo.

Buck echó un vistazo a cada lado para asegurarse de que sus dos hombres seguían listos para actuar. Comprobar que así era no lo tranquilizó tanto como esperaba.

-Vea, Angel, usted no tiene ningún motivo para volver por aquí. Aquí nos deshacemos de las manzanas podridas sin ayuda de nadie.

-Vengo por Slater.

-Como acabo de decirle, llega usted demasiado tarde -dijo Buck-. Cuando interrogué a los hombres, Sam confesó que su amigo Rafferty había planeado la estampida. Y como no estuvo ayer aquí, doy por verificada la declaración de Sam. No sé a qué hora se acostó Rafferty anoche, pero esta mañana lo levanté a puntapiés y lo despedí. Se fue antes del amanecer.

-¿Dónde?

-No lo dijo y yo no pregunté.

-En ese caso quiero hablar con Sam, su amigo.

-Hoy está en la dehesa del sur. Si quiere ir a buscarlo, vaya. Pero es una dehesa de ochocientas hectáreas. En las tierras de los Catlin es fácil perderse.

Allí estaba otra vez la arrogancia. Angel no estaba de humor para soportarla.

-En ese caso vaya usted a buscarlo y envíemelo. Ahora no se trata sólo de la estampida. Anoche Siater entró en la casa de la señorita Cassie y la asustó a muerte. Quiero a ese hombre.

Había tanta amenaza en esa declaración que los tres hombres se alegraron de no llamarse Slater. Pero Angel no esperó respuesta. Volvio grupas y se dirigió hacia el rancho de los Stuart.

Buck soltó un suspiro silencioso y giró hacia la izquierda.

-Yancy, convendría que fueras hacia el sur y trataras de localizar a Sam. No quiero que ese hombre tenga excusas para hacernos otra visita. No se lo deseo ni a los MacKauley.

-Pero entonces recordó los ojos enrojecidos de su hermana y agregó:- Pensándolo bien, quizás a Clayton MacKauley sí.

Librodot

Ese día Cassie buscó una excusa tras otra para no salir de la casa- Organizó una limpieza de primavera en pleno diciembre que promurmullos y chasquidos de lengua por parte de María. Hizo inVentario de las provisiones. Escribió a su madre otra larga carta para ntarle lo de Angel, pero luego la rompió. No convenía informar a su que un notorio pistolero vivía a pasos de su hija. Nada la habría hecho acudir más deprisa. Y aunque tal vez Cassie necesitaba el modo severo y práctico con que su madre afrontaba los problemas, la muchacha estaba decidida a solucionar ese desastre por cuenta propia.

Sin embargo al desastre se agregaba el nuevo aprieto en que se había dejado poner la noche anterior: su propia conducta. Su caprichosa conducta. A la luz del día la mortificaba haber permitido que Angel se tomara semejantes libertades. La había halagado que él la deseara, sí; la había halagado muchísimo, en realidad, tras haberle oído decir francamente que la explotación ganadera no le interesaba. Por una vez, el Lazy S no tenía nada que ver con el hecho de que un hombre la cortejara.

Pero eso no era excusa. Tampoco lo era el placer obtenido de la experiencia. Ella sabía perfectamente qué, conducta era aceptable y cuál no. Además, era absurdo pensar siquiera en un futuro con Angel. Era imprevisible y peligroso; un solitario. Si la deseaba era sólo por el momento. Y Cassie sabía cómo terminaba ese tipo de cosas. Las tabernas del sur y el oeste estaban llenas de mujeres que habían cedido a la pasión del momento.

No lograba imaginar qué pensaría Angel de ella tras haberla visto actuar como una solterona hambrienta de cualquier migaja de afecto. Probablemente, lo mejor que podía hacer era actuar como si nada hubiera ocurrido. Y él había dicho que no volvería a ocurrir. Tal vez deseaba tanto como ella olvidarse del asunto. Pero ella no lo olvidaría jamás. Cuando estuviera vieja y canosa, rodeada de nietos, con suerte, aún recordaría la mano de Angel contra su pecho.

Quedarse en casa sirvió para evitar a Angel, aunque él se presentó en la puerta, ya avanzada la tarde, con las alforjas al hombro.

-Lo he estado pensando -fueron sus primeras palabras al pasar a su lado para entrar en el vestíbulo-. Me instalo aquí

Ella lo miró con incredulidad.

-¿Qué?

Angel siguió caminando; sólo se detuvo al llegar al pie de la escalera para volverse a mirarla. Y como si no le estuviera dando un susto de muerte, dijo:

-Póngame en el cuarto que esté más cerca del suyo.

Cassie no se apartó de la puerta. Esperaba que ese primer encuentro con él fuera incómodo, pero él había logrado hacerle olvidar por completo lo de la noche anterior.

-Ni pensarlo -replicó, enfática-. Usted no puede.

-Hágarne caso -la interrumpió él con el mismo énfasis. Pero cedió lo suficiente para explicar-: Siater ha salido de la ciudad. Mientras no sepa que está fuera de Texas o muerto, no quiero correr peligros. Quiero estar donde la oiga roncar.

-¿Qué?

El torció un poco los labios al verle los ojos tan redondos.

-Es un modo de hablar, señorita, pero usted me entiende. Si me necesita a cualquier hora de la noche, quiero estar bien cerca para enterarme.

A ella se le encendió la cara ante el doble significado que captaba en esas palabras, aunque estaba segura de que no era intencional... cosa que lo hacía mucho más bochornoso.

-Eso es muy indecoroso -se sintió obligada a señalar.

-Cuando se requiere protección, el decoro no viene al caso. Me instalaría directamente en su cuarto, señorita, si no supiera que usted se desmayaría con sólo pensarlo. Así que no vuelva a mencionarme el decoro, ¿eh?

El bochorno se convirtió en enojo. Cassie asintió secamente y se encaminó hacia la escalera.

-Sígame -dijo al pasar junto a él, con la voz tan rígida como la espalda; sus manos crispadas levantaron la falda el mínimo necesario para poder subir los peldaños.

Lo condujo al cuarto vecino al suyo que estaba desocupado. Ella lo había estado usando como cuarto de costura.

-Como María es un ama de casa excelente, las sábanas deben de estar limpias. Si necesita algo, ella suele estar en la cocina. Voy a informarle que usted está aquí.

-No se tome esto tan a pecho, señorita -recomendó él en tono agradable, ahora que se había salido con la suya-. Ni siquiera se dará cuenta de que estoy aquí.

Eso sí que era difícil.

15

Cassie no quería hacer otro viaje en carruaje con Angel como el anterior. Para que le entregaran a domicilio las provisiones necesarias tendría que pagar un poco más, pero esa era una irritación sin importancia comparada con la de soportar nuevamente la proximidad de Angel. Decirle que no necesitaba compañía para ir a la ciudad había sido una pérdida de tiempo. El hombre se tomaba muy en serio el papel de protector que se había asignado.

Para viajar a caballo tuvo que ponerse la resistente falda pantalón que usaba en la pradera, junto con la chaqueta de piel de venado, corta y sin forma, que la acompañaba. Sus elegantes

ropas de ciudad no casaban bien con la silla de montar del Oeste; tampoco las horquillas para el pelo. Pero sí su pistolera. Por una vez no quedaba tan ridícula contra su cadera.

Cassie no dio importancia a lo deportivo de su atuendo salvo al notar que la gente de Caully la miraba como si no la reconociera. La compañía de Angel llamaba aun más la atención. Eso le permitió apreciar personalmente las reacciones que él provocaba. La gente daba un amplio rodeo para evitarlo. Las tiendas en las que entraba quedaban desiertas muy pronto. Los propietarios y los empleados no lo miraban a los ojos con la esperanza de que se retirara si ellos lo ignoraban.

Eso no habría debido tomar a Cassie por sorpresa. Pese a lo ocurrido la noche anterior, Angel seguía haciéndola sentir incómoda, sobre todo cuando guardaba silencio, como ocurría esa mañana desde que salieron del rancho. Justamente por eso Cassie había dejado el coche en casa. Aun así se descubrió abochornada por el modo en que la gente de la ciudad trataba a Angel.

Al salir del almacén general reunió coraje para abordar el tema.

-¿No le molesta que la gente se ponga nerviosa al verle, Angel? -Comenzaba a resultarle más fácil pronunciar su nombre sin ruborizarse.

El no la miró porque estaba estudiando la calle en ambas direcciones.

-No. ¿Por qué?

-De ese modo debe de serie más difícil intimar con los demás. El la miró de soslayo; sus ojos negros no revelaban nada. -¿Y quién quiere intimar?

Ella se encogió de hombros y no insistió. Pero la respuesta dejó a Cassie inexplicablemente triste y fastidiada consigo misma por haber intentado, una vez más, desentrañar los sentimientos de ese hombre. Probablemente no los tuviera. Probablemente estaba tan muerto por dentro como lo sugerían sus ojos. ¿Y qué le importaba a ella que así

fuera?

El la estaba estudiando otra vez, costumbre que Cassie asociaba con su oficio. Pero notó que esa mirada se detenía con frecuencia en la taberna Ultimo Tonel, calle abajo. Probablemente quería beber algo, pero no se decidía a dejarla sola. 0 quizá deseaba otra cosa. Casi todas las tabernas de Caully contaban con varias mujeres que tanto trabajaban en la planta baja como en la alta.

La idea puso en los labios de la muchacha una expresión agria y dio a su voz un tono excesivamente gazmoño.

-Por hoy he terminado. Estoy segura de poder volver a casa sin caer en una emboscada ni nada de eso si usted tiene algo que hacer en la ciudad.

-En verdad, quería preguntar por Siater. Sam, su amigo, no supo decirme dónde había ido. Pero lo haré cuando esté, solo.

Al decirlo la miraba otra vez; por eso no vio al hombre que giraba en la esquina a caballo, justo detrás de ellos. La muchacha sí lo *vio* y quedó boquiabierta. Hablando de Roma... allí estaba, encaminándose, directamente hacia ellos.

-Ahora que recuerdo... olvidé algo... dentro del almacén -dijo Cassie, apresuradamente-. Tenemos que entrar.

-Vaya usted. Iré a buscar los caballos.

-¡No! -Ella lo aferró por un brazo y trató de arrastrarlo al interior del almacén.- Necesito que usted me ayude a retirar...

Esa vez la interrumpió un grito a sus espaldas:

-¡Eh, tú!

Angel se volvió tan deprisa que arrastró a Cassie consigo. Ya no era posible impedir que viera a Rafferty Slater, quien estaba sofrenando a su caballo a pocos metros.

-¿Tú eres Angel? -Preguntó Rafferty, tras desmontar y subir a la acera. El pistolero se limitó a asentir con la cabeza.- Me dijeron que me estabas buscando.

-¿Y quién eres tú?

-Rafferty Slater.

¡Y Cassie pensaba que los ojos de Angel nunca revelaban emoción! En ese momento se encendieron con tal satisfacción que la joven se llenó de miedo adivinando el porqué. Pero inesperadamente se unió a ese miedo una poderosa necesidad de prevenir y proteger. Nunca había experimentado nada parecido; era completamente ridículo. No había persona menos necesitada de protección que Angel. Pero sus emociones no tuvieron eso en cuenta.

Aunque no era del tipo impulsivo, Cassie dejó que sus emociones la guiaran directamente al fuego.

-Te desafío a un duelo a pistola, Rafferty -dijo, adelantándose-. Creo que ya sabes por qué.

Angel dejó escapar un epíteto. Rafferty la miró inexpresivamente por un instante; luego se echó a reír. Cassie habría deseado que la gente los tomara un poco más en serio, a ella y a su *colt.*

-Tiene usted un segundo para desaparecer -le dijo Angel.

Ella le echó una brevísima mirada, sólo para ver si su expresión era tan furiosa como su tono. Así era, de modo que volvió la vista hacia Rafferty mientras intentaba discutir con Angel.

Lo sorprendente fue que, bajo esas circunstancias, lo hiciera con calma y lógica.

-Debería dejar que lo matara yo, Angel. Juré hacerlo si él volvía

a tocarme.

-Jure otra cosa. Este es mío.

-Pero fue a mí a quien atacó la otra noche -le recordó ella. Angel se limitó a ordenar:

-Vuelva al almacén, Cassie.

-No me está escuchando.

-Muy cierto. ¡Salga de aquí!

Con una orden como ésa y el brazo que la empujaba hacia atrás para ponerla en camino, Cassie habría debido irse, pero no lo hizo. Se retorcía las manos buscando mentalmente un modo de evitar el enfrentamiento que se aproximaba. Pero Angel no iba a darle tiempo suficiente para idear algo.

-No acostumbro hacer esto, Slater -aclaró, apartando el impermeable-, pero en tu caso voy a hacer una excepción. ¿Dónde quieres que sea? ¿En la calle o allí mismo, donde estás?

Rafferty no parecía impresionado ni intimidado en absoluto.

Sonrió abiertamente y escupió la astilla de madera que estaba mascando.

-La otra noche, si no hubiera tenido la panza llena de cerveza, me habría quedado a esperarte. Pero ahora estoy sobrio. Y no me gusta que me sigas el rastro. Por mí, que sea en la calle, amigo. Pero si quieres mi opinión, por esa damisela no vale la pena que te dejes matar.

-¿Y quién te pidió opinión?

Rafferty se limitó a reír entre dientes y alargó un brazo señalando la calle para que Angel bajara primero. A Cassie esa confianza le resultó horrorosa. Estaba en lo cierto al preocuparse por él, lo comprobó en cuanto Angel bajó de la acera. Rafferty no tenía intenciones de enfrentarse a Angel en una lucha limpia. En cuanto el otro le volvió la espalda echó mano de su revólver.

Cassie desenfundó el suyo, pero por si acaso gritó:

-¡Cuidado!

Disparó. Angel hizo lo mismo. La bala de Rafferty dio en el polvo, a sus pies, mientras él caía de bruces.

A tan poca distancia, el humo de las tres descargas irritó los ojos de la muchacha. Y al ver que Angel daba la vuelta al hombre caído con un pie comprendió que habría podido dejar su arma en la funda ya que Angel había disparado al girar, aun antes de que ella acabara su advertencia.

Se acercó al pistolero para contemplar las dos heridas de bala: una, en el hombro, destinada a inmovilizar; la otra, directamente al corazón, para matar. Las dos habían cumplido su objetivo y los resultados eran horribles.

-Debiste dejar que yo lo enfrentara -dijo ella, con voz débil-. yo me habría limitado a herirlo. Tú lo mataste.

Angel le echó una mirada fría.

¿Vas a decirme que no se lo buscó?

-Bueno... no, pero... pero se podría haber evitado esta muerte si hubieras dejado que lo enfrentara yo.

-No te engañes. Así el resultado habría sido el mismo... siempre que él hubiera podido dejar de reírse por el tiempo suficiente.

Ese aire despectivo la irritó.

-No le veo la gracia.

-El sí se la vio. Pero eso no viene al caso. Usted no va a participar en ningún tiroteo mientras esté conmigo, señorita. Por muy rápida que crea ser...

-Que sea -corrigió ella.

El suavizó un poco el tono, quizá por condescendencia.

-Practicar no es lo mismo que enfrentarse a un hombre decidido a matar, Cassie. No le conviene descubrir la diferencia.

-Puede ser -concedió ella-. Pero no comprende lo que quiero decirle. No hacía falta matar a Rafferty. Habría bastado con herirlo...

-Esto es el resultado de disparar a herir -interrumpió él, señalando con el pulgar la herida de su mandíbula-. El tipo se curó Y-' volvió por mí. Me quería muerto, pero tuvo miedo de enfrentarme en otra pelea limpia, de modo que me atacó por la espalda. Si estoy aquí fue sólo porque tenía tan mala puntería con el puñal como con el revólver... y porque ya nunca disparé a herir.

-Tiene razón.

-¿Qué ha dicho?

Cassie se retorció interiormente.

-No ponga esa cara de sorpresa. Lo que dice me recuerda a muchos duelos de los que he oído hablar en que uno queda herido y, pocos días después, el otro aparece en algún callejón con una bala en la espalda. No creo que sea siempre así, pero ocurre con bastante frecuencia; por eso su costumbre tiene sentido, al menos en su caso.

-Bueno, ¿qué pasó aquí?

Cassie, al volverse, vio que el comisario se abría paso entre las diez o doce personas que se acercaban, todos tratando de ver mejor al muerto sin aproximarse demasiado al que le había dado muerte.

Frank Henley era más bien bajo, no mucho más alto que Cassie. Usaba botas con tacones de ocho centímetros, lo cual no cambiaba mucho las cosas, pero tenía una personalidad muy potente, y eso sí las cambiaba. Se sabía que era capaz de intimidar a hombres mucho más corpulentos; por eso era buen comisario, al menos cuando no mezclaba los asuntos familiares con los oficiales.

En cuanto echó un vistazo a Siater, Cassie comprendió que sería una de esas ocasiones en que las cosas se mezclaban.

-Caramba, conozco a este hombre. Trabaja para... -Frank hizo una pausa y centró la mirada en Angel.- Tendré que llevarlo detenido, señor.

Cassie apenas se contuvo para no espetarle: "¡Ni pensarlo!". Lo que hizo fue interponerse entre los dos hombres para decir con serenidad:

-No hace falta, comisario. Averigüe usted. Uno o dos testigos deben de haber visto que Siater trató de disparar a este hombre por la espalda. Yo misma lo vi; por eso tiene también una bala mía en el cuerpo. Y para sus registros, Siater ya no es empleado de su tía. Su primo Buck lo despidió ayer por la mañana.

A juzgar por su expresión, ese último dato fue lo que cambió el modo de pensar de Frank. Cassie no dudaba de que Angel habría sido arrestado sin motivos si Siater hubiera sido aún empleado de los Catlin. Las cosas habrían podido terminar en una parodia de proceso y un ahorcamiento, si así lo hubiera decretado Dorothy Catlin, tanto era el dominio de esa unida familia. Pero Cassie no creía tan cruel a la viuda Catlin; además, ella no habría permitido que arrestaran a Angel por matar en defensa propia. En caso necesario, era capaz de apuntar con su arma al mismo comisario.

Por eso fue con gran alivio que oyó decir a Frank:

-Confío en su palabra, señorita Stuart. ¿Este hombre viene con usted?

En esa ocasión la mentira surgió con facilidad. -Es mi prometido,

El comisario se sorprendió.

-Yo creía que usted y Morgan... Bueno, no importa. Pero no deje que este venga a la ciudad. No nos hacen falta estos duelos. Y no sabe usted cómo detesto el papeleo que provocan.

Cassie hizo un gesto afirmativo y pasó su brazo por el de Angel para llevárselo antes de que Frank volviera a cambiar de idea. El silencio de su compañero se prolongó hasta que llegaron a los caballos. Después de ayudarla a montar, dijo:

-No sé por qué, pero tengo la sensación de que si ese comisario no se hubiera echado atrás, se habría enfrentado a él.

Cassie se ruborizó apenas ante el esclarecido comentario. Como él no parecía muy complacido por la idea, protestó:

-No sé a qué se refiere.

El se limitó a gruñir antes de montar.

-Estás aprendiendo a mentir... un poco mejor.

16

Angel pidió otro whisky y se volvió para estudiar el salón. La taberna Ultimo Tonel estaba tranquila pese a ser la noche del sábado; claro que no era la única de la ciudad y, por cuestión de hábito, Angel había evitado las más animadas.

En un par de mesas se jugaba a los naipes, pero él no tenía ganas de incorporarse a una partida. Antes bien, tenía ganas de emborracharse y pasar la noche arriba, con una de las tres muchachas que trabajaban en el salón. Una era más o menos bonita y él no podía negar que necesitaba una mujer, sobre todo después de pasar las tres últimas noches pared por medio con una muchacha que le resultaba cada vez más deseable.

Pero no podía emborracharse, cuanto menos en un sitio público. Eso sería un descuido y Angel rara vez se mostraba descuidado. En cuanto a pasar la noche con una mujer, aún no estaba decidido. La necesidad existía, pero el interés que le despertaba la mercancía disponible no le duró mucho tiempo.

Eso, por sí solo, le llamó la atención. No solía ser exigente en cuanto a mujeres. Siempre le había bastado con un cuerpo tibio, suave y bien dispuesto. Ahora estaba pensando demasiado

en una mujer en especial, cosa que nunca había hecho, y eso comenzaba a irritarlo a mares. Eso, entre otras cosas.

No le gustaba lo que sentía últimamente. Un buen ejemplo era lo que había experimentado después de matar a Slater, días antes: demasiada satisfacción. Era la primera vez que sentía un verdadero placer matando a un hombre y no estaba seguro de¡ porqué. Era algo primitivo. No le había gustado que el hombre tratara de poseer a Cassie. No le había gustado ni un poquito. Pero sólo podía imaginar un motivo que justificara su satisfacción: el hecho de que la joven estaba bajo su custodia. Lo demás no tenía sentido.

Cuando Angel iba por la tercera y última copa entró Morgan MacKauley. En realidad, entró a trompicones. Obviamente, él también se había aferrado a la botella con muchas ganas. Y no venía solo. Lo acompañaba uno de sus hermanos, que parecía el segundo. Angel no pudo recordar cómo lo había llamado Cassie, pero no le costaría averiguarlo, pues los dos se encaminaron hacia él en cuanto Morgan lo vio ante el mostrador.

-Caramba, pero si es el prometido de la señorita Stuart -se burló Morgan-. Brown, si no me equivoco.

Angel dejó su copa para tener las dos manos libres. Los hermanos lo tenían cercado y la expresión de Morgan se parecía al desagrado puro.

-Me llamo Angel.

-Sí, eso me han dicho. Angel Brown. -Sólo Angel.

Morgan se balanceó sobre la punta de los pies. El gesto no parecia intencional. Ese hombre habría debido estar en la cama durmiendo la mona en vez de andar por ahí buscando pleitos.

-¿Insinúas que Cassie mintió?

-No, sólo que me llaman Angel y nada más.

-Ah, diablos -dijo Richard MacKauley, a esa altura-. Deja, hermanito.

-No te me...

Morgan fue abruptamente interrumpido por el hermano, que se lo llevó aparte para susurrarle furiosamente al oído. Hubo un leve forcejeo; Morgan prefirió ignorar lo que el otro le decía.

En realidad, su hermano mayor lo estaba reteniendo en un abrazo de oso cuando miró hacia Angel bramando:

-¿Es cierto eso? ¿Te llaman *ElAngel de la Muerte?*

Ya no había nadie en el salón que no tuviera la vista fija en ellos. Angel no movió un músculo.

-Hay gente estúpida que me llama así.

Al parecer, Morgan estaba demasiado ebrio y enfadado para comprender la indirecta.

-¿Cómo diablos puede ser que un asesino como tú le proponga casamiento a una señorita?

Excelente pregunta. No era cosa que Angel hiciera bajo ninguna circunstancia. La misma idea parecía ridícula. No lo habría aceptado ninguna dama en su sano juicio y él era demasiado orgulloso para exponerse a ese tipo de rechazo humillante. Pero como la dama en cuestión era una entrometida capaz de decir mentiras absurdas que algunos idiotas llegaban a creer, se encontraba obligado a responder a esa pregunta... o no. Optó por no hacerlo para ahorrarse el bochorno y ahorrárselo a Cassie.

-¿Qué te interesa a tí eso, MacKauley?

En el salón había alguien lo bastante alcoholizado como para gritar:

-¡Es que él quería casarse con la muchacha!

Morgan giró en redondo arrastrando consigo a Richard que aún lo tenía sujeto. Pero no pudo localizar al culpable que lo había hecho enrojecer con esa información. De cualquier modo, con quien deseaba pelear era con Angel, de modo que volvió a girar mientras aplicaba un serio esfuerzo para desprenderse de su hermano.

Angel se preparó. Podía desenfundar y poner fin a la inminente pelea antes de que comenzara. Pero aún perduraba la sensación que había experimentado a principios de esa semana, que merecía algún tipo de castigo. Por eso sacó su arma y la entregó al tabernero.

-¿Puede usted encargarse de que esto sea limpio?

No hizo falta decirle qué era 'esto'.

-Si usted se enfrenta con Morgan no puede ser limpio -dijo con un gesto de complacencia-. Pero le agradecería que se lo llevara fuera.

-Yo estoy dispuesto, pero no creo que él acepte la sugerencia.

En ese momento Morgan estaba diciendo a su hermano: -Suéltame, Richard, maldita sea. No le voy a disparar. Sólo quiero romperle unos cuantos huesos.

Concluyó con un poderoso empellón que lo puso en libertad y lo lanzó hacia adelante a tropezones. Por lo que había oído, Angel decidió que no le convenía esperar a que Morgan lanzara el primer golpe y levantó la rodilla hacia él. Mientras el hombre más robusto se doblaba, aplicó un derechazo desde arriba.

Eso habría debido acabar con Morgan en el suelo. Tratándose de cualquier otro, las cosas habrían terminado allí. Pero Morgan media más de un metro ochenta y tenía montañas de músculo para acompañar la estatura. Estaba apenas aturdido. Por otra parte, la embriaguez le impedía percibir el dolor. Angel lamentó no poder decir Otro tanto cuando Morgan se levantó para el ataque.

Diez minutos después volvió a lamentarlo, aunque era una suerte que Morgan hubiera bebido demasiado. De otro modo no habría podido derrotarlo; en realidad, le sorprendía un poco haber podido hacerlo. Pura suerte con el último golpe. Por cierto, si aún estaba de pie era por pura fuerza de voluntad.

Angel alargó la mano hacia el tabernero para recuperar su revólver. El hombre se lo entregó junto con una botella de whisky y una gran sonrisa.

-Por cuenta de la casa, caballero. Fue un verdadero placer ver a Morgan derrotado por primera vez. Y no se preocupe por los daños. Se los cobraré al padre.

Angel se limitó a asentir con la cabeza. Detrás de él, Richard MacKauley tomó un vaso de cerveza de una de las mesas que aún estaban en pie para vaciarlo contra la cara de Morgan. Angel recogió su botella y salió.

Pese a todos sus dolores, en realidad se sentía mejor. Hasta era capaz de pedir a la señorita Cassie que lo curara.

17

Fue el silbido lo que despertó a Cassie. Tardó un momento en caer en la cuenta de que se trataba de un silbido estridente, desafinado, que sonaba como si proviniera de¡ otro lado de su puerta o muy cerca de ella. No se molestó en preguntarse quién estaría haciendo ese horrendo ruido, pero sí a qué se debía.

No le hizo falta mirar el reloj de su escritorio para saber que era pasada la medianoche. Se había quedado levantada hasta tarde esperando el regreso de Angel, preocupada porque sabía dónde había ido: a la ciudad en una noche de sábado, la que los vaqueros de la zona reservaban para armar escándalo, la que casi garantizaba algún tipo de disturbios. ¿Qué había en los hombres que los incitaba a buscar el desastre?

Imaginaba el peor supuesto: un tiroteo, otra muerte... Y todo sería culpa de ella, porque Angel no habría estado allí si ella no hubiera escrito a Lewis Pickens para pedirle ayuda. Imaginó que lo arrojaban al calabozo; que ella discutía con Frank para hacerlo liberar y, fracasando en eso, lo rescataba de la cárcel para que huyera, libre, pero convertido en un asesino buscado. Y todo sería culpa de ella por no haber sido capaz de tratar por sí sola con unos cuantos texanos tercos.

Si parecía increíble que hubiera podido conciliar el sueño, ahora estaba bien despierta. Pero no abandonó la cama abrigada. Se quedó escuchando, alerta a cualquier silencio indicativo de que Angel había hallado su propia cama. Por la mañana le preguntaría por ese silbido. En los cuatro días transcurridos desde que se instalara en la casa era la primera vez que se mostraba tan descortés. Generalmente Cassie debía esforzarse para percibir el menor ruido en su cuarto.

Pero el siguiente sonido fue un golpe sordo, como si el pistolero hubiera caído al suelo; en un segundo estuvo fuera de la cama y abriendo la puerta de par en par. Pero se detuvo en seco al verlo aún de pie, aunque a duras penas. La luz que había dejado encendida en el pasillo lo mostraba con la espalda apoyada contra su puerta, en un ángulo tan inclinado que en cualquier momento los pies se le deslizarían bajo el cuerpo. Y seguía silbando.

Comprensiblemente, Cassie se irritó.

-¿Quieres decirme qué problema tienes, hombre?

El apartó la cabeza de la puerta, sólo para dejarla caer otra vez inmediatamente, en vez de girarla hacia ella.

-No puedo abrir mi puerta.

Librodot

-¿Perdiste la llave?

-No está con llave.

Ella arrugó el entrecejo.

-¿Y por qué no la abres?

-Tengo la mano demasiado hinchada para girar el picaporte.

-¿Las dos?

-No.

-¿Y por qué no usaste la otra? -No se me ocurrió. Gracias.

En ese momento Cassie cayó en la cuenta de que él estaba ebrio, muy ebrio, y sonaron las campanas de alarma. No quería tratar con Angel en estado de ebriedad. Le convenía volver directamente a su cuarto y dejar que él se las compusiera para llegar a la cama... o no. Pero en ese momento él giró y la muchacha le vio la cara.

Entonces ahogó un grito.

-¿Qué te pasó?

Tenía un ojo tan lívido e hinchado que no se abría. En la mejilla se veía una parte despellejado, rodeada de otros raspones. Desde la nariz descendían dos surcos gemelos de sangre que en un punto habían

sido desviados para manchar la otra mejilla. Cassie vio entonces la botella de whisky abierta que tenía en la mano y los cuatro dedos ensangrentados. Parecía tenerlos hinchados. Y esa era la mano con que operaba el revólver.

Su único ojo sano no se centró del todo en ella; se limitó a dirigirse hacia el sonido de su voz.

-Tuve un pequeño enfrentamiento con tu pretendiente.

-¿Qué pretendiente?

-Morgan.

Por algún motivo inexplicable, la mujer se ruborizó. No sabía con certeza por qué, pero habría preferido que él no se enterara de que Morgan la cortejaba. Por suerte, Angel no prestó atención a su reacción. Giró un poco más para probar el pomo de la puerta con la otra mano. Esa vez la puerta se abrió, pero como Angel seguía inclinado contra ella, cayó de bruces hacía adentro.

Cassie puso los ojos en blanco al ver las piernas que asomaban hacia el pasillo. Ya no la inquietaba la posibilidad de que en ese estado pudiera ser peligroso. Por lo visto, era inofensivo y necesitaba ayuda decididamente.

Al mirar hacia dentro de la habitación vio que tenía la cabeza apoyada en ambos brazos. Como por milagro, la botella de whisky no se había volcado y él la protegía en el hueco de un brazo, aunque estaba inconsciente.

Por un momento Cassie pensó en dejarlo donde estaba después de quitarle las botas y cubrirlo con una manta. Pero no pudo. Estaba demasiado herido y pasar la noche en el duro suelo no le haría bien. Tirando y empujando entre una buena cantidad de acicales vocales logró meterlo en cama. El apenas despertó. Aprovechando su inconsciencia, ella fue en busca de agua y paños para limpiarle la cara.

Era un desastre, sin duda. La muchacha se preguntó quién habría iniciado la pelea y en qué estado se encontraría Morgan. Sobre todo se preguntó por qué Angel se había dejado enredar en una riña de ésas si iba armado. No parecía costumbre suya.

-Tienes una mano suave, tesoro.

Cassie dio un respingo apartando el paño mojado de su mentón. El había dicho eso sin abrir los ojos. Con toda probabilidad, no estaba de¡ todo despierto y no sabía siquiera con quién hablaba. Aun así, le provocó una extraña sensación oírse llamar 'tesoro', algo cálido y blando.

-No puedo decir lo mismo de otras mujeres que me han puesto parches sobre las heridas -continuó Angel, siempre sin mirarla.

Ella lo habría dejado divagar pero sintió curiosidad.

-¿Qué otras mujeres te han curado? -Jessie Summers, para comenzar. Eso le avivó la memoria.

-Cierto. Recuerdo haber oído que unos ladrones de ganado te hirieron en tierras de ella. ¿Fue grave?

-Bastante.

-En ese caso deben de ser las heridas las que recuerdas, no la curación.

-Puede ser... no, podría contar con dos dedos a las mujeres que han sido tan suaves como tú. Un dedo, digamos.

Ella sonrió.

-¿Tratas de halagarme, Angel?

Por fin él abrió una rendija en un ojo.

-¿Da resultado?

sí.

-No.

-Lástima grande.

-¿Dónde querías llegar?

-A que te acostaras a mi lado. En este momento me hacen falta algunos mimos.

Ella quedó con la boca abierta. Luego la cerró con brusquedad.

-Lo que te hace falta es un médico -dijo ásperamente asombrada de que él se atreviera a hacerle semejante proposición. Debía de ser por la bebida. Caramba, probablemente estaba tan ebrio que no sabía con quién estaba hablando.

Siguió pensando así, aunque él respondió:

-Ningún médico puede curar lo que me ocurre... a menos que

sea una médica.

-No conozco a ninguna. Como segunda opción, te sugiero que duermas.

-¿No vas a darme gusto con la primera?

-De ningún modo.

-Quizá te gustara, Cassie.

Ella aspiró bruscamente. Conque sabía quién era ella al fin y al cabo. Ese simple dato tuvo un efecto asombroso en ella: lo pensó mejor. ¿Qué tenía de malo acostarse junto a él? Por cierto, el hombre no estaba en condiciones de hacer otra cosa que buscar mimos pese a lo indecoroso de sus comentarios y... Pero ¿acaso estaba loca?

Cassie se levantó de un salto y corrió al balcón donde había puesto un paño mojado a enfriar para ponerle en el ojo. Detrás de ella, Angel dejó escapar un suspiro. Ni siquiera borracho podía quitársela de la mente.

Ella tenía puesto un camisón de algodón blanco parecido al de ¡a otra noche, con mangas largas y volantes en los puños, cuello alto con más volantes y un adorno de encaje, totalmente sin forma... y ese no estaba desgarrado en la pechera. Por cierto, no tenía nada que pudiera tentar a un hombre, exceptuando el hecho de estar en ropas de dormir, cosa que no podía afectarlo en su estado actual.

Por Dios, cómo le gustaba verla así, con el pelo suelto. Flotaba a su alrededor como una rica caoba; parecía tan suave que él se moría por sepultar las manos en él. Probablemente ella no se lo permitiría. Esa noche era la muy educada señorita Cassandra, aunque por un segundo lo había mirado como para devorarlo. Seguramente el whisky le hacía ver lo que deseaba y no la realidad.

Ella volvió con los labios apretados. -Esto aliviará la hinchazón.

Pese a su rigidez fue muy suave al depositar el paño frío sobre el ojo.

El le sujetó la mano antes de que pudiera retirarla.

-Un beso para que me duerma.

-No estoy segura de que estés despierto. Probablemente estás soñando algo que por la mañana no recordarás.

-Bueno, haz que sea un sueño agradable, tesoro.

Por un momento creyó haberla convencido, pues ella le miró los labios. Pero de inmediato la muchacha retiró la mano y él se hundió en el colchón. De pronto sentía todos y cada uno de sus dolores.

-Te estás portando muy mal -reprochó ella dirigiéndose hacia la puerta.

-Tengo derecho. Tu ex pretendiente trató de matarme con sus propias manos. Y todo porque me cree comprometido contigo.

-Buenas noches, Angel.

-Esta podría haber sido muy buena -gruñó él.

Librodot

18

Durante todo ese domingo hubo tormenta lo bastante fuerte como para retener a Cassie dentro de la casa. De cualquier modo, en esas últimas semanas ir a la iglesia había sido una experiencia difícil puesto que sus antiguos amigos ya no le dirigían la palabra. Y desde la fuga Jenny no se había presentado a un solo oficio. Después de lo que dijera Buck a Angel sobre su hermana, probablemente era porque la muchacha no podía detener el llanto el tiempo necesario para ir a la iglesia.

Ese alivio emocional la alegró, pero no le gustó que Angel le informara que, de cualquier modo, no habría podido ir, pues él no estaba en condiciones de acompañarla. Agregó descaradamente que no le tenía confianza como para perderla de vista. Eso tampoco le gustó. Pero como el hombre estaba de malhumor, ella prefirió no discutir.

En realidad, Angel no se levantó de la cama ni ese día ni al siguiente. La única vez que Cassie pasó para ver cómo estaba resultó demasiado desagradable; decidida a no repetir la experiencia, lo dejó a solas con su resaca y le envió las comidas con Emanuel.

Sin embargo, como al tercer día Angel no bajó a desayunar, Cassie comenzó a preocuparse; quizá tuviera alguna herida grave que no hubiera mencionado y no estaba a la vista. Pero cuando llamó a su puerta pidiendo permiso para entrar, lo encontró levantado y vestido... practicando desenfundar el arma. Como no interrumpió el ejercicio al verla allí, Cassie aguardó con paciencia a que le prestara atención. El dejó caer dos veces el revólver entre sucios juramentos antes de preguntar:

-¿Qué pasa?

Ante ese tono colérico, la muchacha habría debido girar en redondo sin decir palabra. En cambio preguntó:

-¿Tienes fracturas?

-¿Dónde?

-En tu mano.

-No, sólo un par de nudillos reventados. MacKauley tiene una mandíbula de piedra.

Ella no hizo comentarios al respecto.

-¿No te convendría esperar a que cicatrizara antes de usarla? -¿Con vecinos como los tuyos?

Esa pregunta despectiva demostraba que aún estaba de muy mal

humor decididamente.

-Han estado tranquilos desde que tú hablaste con una familia y yo pude conversar con R. J. Por lo menos a mí me dejan en paz. -Eso último mereció una mirada sombría que ella le devolvió al agregar: Creía haberte pedido expresamente que no mataras a ninguno de ellos.

-No quiero matarlos, pero aún necesitas protección. Y sin mi revólver no puedo dártela.

-Oh, no sé. Ayer vino Mabel Koch, que es una de las grandes chismosas de Caully y mencionó que habías derrotado a Morgan en esa riña por si yo no estaba enterada. Me parece que te las arreglas muy bien sin revólver.

Su tono presumido, obviamente en favor de Angel, provocó una mirada aun más sombría.

-No pienso enfrentarme a otro de los MacKauley sin un arma.

Con una vez basta. Y no creo que los otros estén muy contentos con el resultado de esa pelea, así que espero más disturbios desde ese franco. Sólo falta saber cuándo y cómo se producirán.

Cassie frunció el entrecejo.

-Ahora que lo mencionas, creo que tienes razón. R. J. siempre se ha enorgullecido mucho de que en esta zona nadie ha podido derrotar a ninguno de sus muchachos. Me sorprende que Frazer no haya venido a contarme que su padre tuvo otro ataque de ira. R. J. es estupendo para eso, ¿sabes? La primera vez que presencié uno de esos arrebatos creí que mataría a alguien. Pero es pura bulla. Tal como Frazer dio a entender, disfruta soltando vapor.

-De cualquier modo, preferiría que no salieras del rancho por un tiempo.

-¿Esta vez lo pides?

-Cassie...

Ella interrumpió su advertencia.

-No importa. Supongo que no tienes mucha puntería con la mano izquierda, ¿verdad?

-Puedo dar en él blanco pero desenfundo con lentitud.

-En ese caso no hay problema porque no participarás en ningún otro duelo que requiera velocidad.

-Tratándose de duelos generalmente no se puede elegir -replicó él-. Pero ¿cuándo vas a entender que no quiero correr ningún riesgo tratándose de ti? Quédate en casa. Sí, demonios, te lo ordeno.

Ella se puso rígida de inmediato.

-No sé por qué me molesto en hablar contigo. No sólo eres irritante sino... sino...

El la interrumpió antes de verse obligado a escuchar una regañina muy de señorita gazmoña.

-¿Has venido para algo en especial o sólo porque tenías ganas de fastidiarme?

Las mejillas enrojecidas chocaban con la blusa azafranado.

-Estaba preoc... Deja. Ya no tiene importancia.

Se volvió para salir, pero él la detuvo a la puerta. Había algo diferente en su tono, una clara vacilación.

-¿Te... te debo otra disculpa?

La espalda de la muchacha se puso aun más tiesa, si eso era posible.

-En este momento, con toda seguridad, sí.

-Al diablo con este momento. ¿Qué pasó la otra noche?

Ella le devolvió la mirada dubitativo.

-¿No te acuerdas?

-Si me acordara no te preguntaría.

Las posibilidades que incluía una respuesta a esa pregunta eran numerosas; todas le pasaron fugazmente por la cara haciendo que Angel gruñera por lo bajo.

-En realidad... -Cassie se interrumpió, cambiando obviamente de idea. -No.

Ahora se volvería loco preguntándose qué le habría hecho la otra noche porque en realidad no recordaba gran cosa, aparte de haber abierto la botella de whisky para aliviar el dolor, en el trayecto de regreso. Y prefería no obligarla a decir la verdad. De cualquier modo no le gustaba disculparse, mucho menos por algo que no podía evitar y que era culpa de ella por ponerse más bonita cada vez que él la miraba.

Se moría por saber cómo hacía eso. Aun en ese momento, irritado como estaba con ella y con ese toro de pretendiente, habría querido tomarla en sus brazos para besarla. Pero eidstían buenos motivos para no ceder a esos impulsos. Eso sí, cada vez le costaba más recordar cuáles eran; en ese momento le habría gustado olvidarlos por completo. Y se dio el gusto.

-Realmente, deberías dejar de hacer esto, Cassie -dijo con su entonación arrastrada mientras reducía lentamente la distancia entre ambos.

Ella retrocedió inmediatamente hasta que la puerta no le permitió continuar.

-¿Qué cosa?

-Buscarme sin motivos.

Eso borró la expresión cautelosa de Cassie remplazándola por indignación.

-Tenía un motivo. Como una verdadera tonta, pensé que podías estar más herido de lo que yo pensaba.

El la alcanzó arrinconándola deliberadamente contra la puerta. Ella tenía la sorpresa grabada en la cara; ahogó una exclamación cuando Angel le encerró las mejillas para inclinarle la cara hacia arriba. No resistió la tentación de pasarle los pulgares por el labio inferior, era tan suave, tan elástico... Habría querido chuparlo y hacer lo mismo con su lengua, con sus pezones, si ella se lo hubiera permitido. Caramba, le habría gustado lamería centímetro a centímetro. Lástima grande que no se lo permitiera.

Pero aprovechó la confusión de la muchacha para continuar: -¿Preocupada, Cassie? ¿Por un asesino curtido como yo? Me conmueves.

Cassie no comprendía lo que estaba ocurriendo. Un momento antes estaban riñendo; ahora él usaba esos tonos sensuales para hipnotizarla. En los aturdidos rincones de su mente se le ocurrió que él no parecía conmovido, sino hambriento. Y al parecer, el menú era ella.

Tenía que detenerlo. Pero mientras la boca de Angel se acercaba lentamente a la suya, dándole tiempo de sobra, no se le ocurrió una sola palabra que sirviera para interrumpir aquello. A decir verdad, la necesidad no era prioritaria; ocupaba el segundo término después de la expectativa. La mera perspectiva de probar otra vez esa boca resultaba increíblemente excitante.

Pero eso no fue nada comparado con la realidad, que le robó el aliento y pareció fundirle los huesos. Apoyó las manos contra la puerta para sostenerse, pero como eso no le dio resultado, buscó en cambio los hombros de Angel. Así estaba mejor, pero aún temía caer de bruces si él la dejaba sola, sobre todo cuando su labio inferior desapareció suavemente dentro de la boca de Angel.

Su garganta emitió un ronroneo; clavó los dedos en los músculos del hombre. El debió de percibir su dificultad, porque presionó con la cadera hacia adelante, apretándola contra la

puerta para ofrecerle apoyo. Un apoyo que fue muy necesario cuando él le abrió la boca con los pulgares. Ahora le buscaba la lengua para provocarla e importunarla hasta que ella se la entregó inocente.

Lo que recibió entonces fue calor, un calor que se extendía rápidamente junto con muchas otras sensaciones y anhelos que no comprendía. También había miedo porque no podía dominar lo que estaba ocurriendo ni lo que sentía. Entonces él emitió un gruñido v ella se encontró alzada en vilo, con los pies en el aire y los pechos aplastados contra el torso de Angel. El beso cobró una intensidad salvaje; Cassie no tenía experiencia suficiente para enfrentara.

Se impuso el miedo obligándola a empujarlo. El fa soltó inmediatamente. La muchacha cayó de nuevo contra la puerta respirando con fuerza. Angel la miró un rato muy largo; ella comprendió que se debatía contra algo poderoso, hasta primitivo. Contuvo el aliento y esperó; no estaba segura de desear que él ganara la pelea.

Por fin el pistolero dijo:

-Esta vez no voy a disculparme. Si vuelves a entrar aquí, supondré que quieres seguir adelante con esto y te daré el gusto.

Ella no fingió comprender mal. Hubo un momento de forcejeo para abrir la puerta con dedos trémulos, pero enseguida desapareció.

Angel permaneció un momento mirando la puerta cerrada. Luego cedió al impulso y descargó el puño contra ella. Agregó una fuerte palabrota, pues la mano ya hinchada había empezado a palpitarle. Pero no era eso lo único que le palpitaba.

¿Por qué permitía que ella lo excitara así? ¡Permitir! ¡Pero si no podía hacer nada por impedirlo! Por fin lo admitió, le habría gustado enseñar a la señorita Cassandra Stuart a ser un poco menos decorosa. Si se quedaba allí unos cuantos días más, quizá lo hiciera.

19

Librodot

Cassie pasó una semana preocupada por aquello, pero al fin llegó a la conclusión de que Angel había vuelto a besarla porque estaba enojado con ella. Por la frustración de no poder usar el revólver. Probablemente la consideraba culpable de su pelea con Morgan.

En realidad tenía sentido; concordaba con la amenaza que él le había hecho después de recibir su pisotón. Aunque ella no lo tomaba en serio, él había dado a entender que se cobraría la deuda besándola. Al enojarse otra vez con ella, probablemente había recordado aquella otra oportunidad y decidido ajustar las cuentas. Al fin y al cabo, ¿de qué otro modo podía vengarse de ella? No podía desafiarla a duelo. Tampoco podía irse, porque no estaba allí por ella, sino por Lewis Pickens.

Tenía sentido, sí. Lo que no se explicaba era que él la deseara. No era algo que ella provocara en los hombres. Aun esos dos que la habían cortejado a medias, en su casa, no se molestaron nunca en actuar como si la desearan. Lo que les interesaba era el rancho y las cabezas de ganado de la dehesa. Morgan se había mostrado diferente, pero ella no tardó en descubrir que sus sentimientos también eran fingidos, buscaba su fortuna, como los otros.

Pero en el caso de Angel... bueno, estaban en desacuerdo desde un principio. Eso era innegable. Y como él no estaba interesado en la explotación ganadera, tampoco existía eso para tentarlo. Pensándolo mejor, era preciso descontar la noche en que Slater había entrado en la casa. Ella estaba entonces vergonzosamente desaliñada. Además' se apretó contra Angel. Probablemente él supuso que la muchacha lo estaba buscando y tuvo la gentileza de darle gusto. ¿Acaso ella misma no consideraba caprichosa su conducta de esa noche? También había que descontar las tonterías que él habia dicho cuando estaba ebrio. Simplemente, en ese momento estaba mal de la cabeza.

Para apoyar esa conclusión, desde que la besara por última vez Angel no había dicho una palabra al respecto; actuaba como si eso no hubiera ocurrido. Se mostraba cortante y agrio cada vez que se encontraban, cosa que no ocurría con frecuencia, pues ella se esmeraba en evitarlo. Había llegado a cambiar las horas de sus comidas para no cruzarse con él en el vestíbulo cuando él se dirigía hacia la cocina y ella al comedor.

El problema es que Cassie se sorprendía, más de una vez, deseando estar equivocada. Tontería pura, pero no podía evitarlo. Tampoco podía dejar de pensar en ese último beso; lástima que se hubiera asustado al final. Si no lo hubiera empujado...

Estaba enredada en una confusión de sentimientos ambivalentes. Lo que necesitaba era alguien con quien hablar, alguien que pudiera ayudarla a ordenar sus pensamientos. En Wyoming habría ido a visitar a Jessie Summers. Allí, su única amiga íntima era Jenny, pero aun sí hubiera podido hablar con la muchacha, era demasiado joven para ofrecerle un consejo maduro. Caramba, pero si Jenny estaba más necesitada de ayuda que la misma Cassie.

Lástima que las cosas fueran así. Porque, para sorpresa de Cassie, esa tarde apareció Jenny Catlin. Para mayor sorpresa, su joven amiga entró hecha un verdadero desastre, el pelo rubio enredado, como si hubiera llegado a toda carrera, y las ropas arrugadas como si no se hubiera cambiado en toda una semana. Y Buck no exageraba, los ojos azules de su hermana estaban hinchados y enrojecidos.

Cassie la hizo pasar a la sala y le ofreció asiento, pero inútilmente. A los pocos segundos la muchacha se levantó de un salto para pasearse como un animal acorralado.

Francamente, Cassie no sabía qué decirle tras los problemas que había causado. 'Lo siento' era una frase demasiado trillada. De cualquier modo lo intentó. Jenny se limitó a descartar el

Librodot

tema con la mano en tanto se detenía junto a la ventana para echar una mirada nerviosa al exterior.

Cassie adivinó:

-Tu madre no sabe que has venido, ¿verdad?

Jenny sacudió la cabeza e inició otra vuelta a la habitación.

-Esperé a que ella y Buck fueran a la ciudad.

-¿Te trata mal?

-¿Aparte de mirarme como si le hubiera dado una puñalada en la espalda?

Cassie hizo un gesto de dolor.

-Ya sabías que esa parte no sería fácil.

-Claro.

-¿De qué se trata, pues?

Jenny se puso una mano en el vientre y estalló en lágrimas. Cassie no era muy hábil para ese tipo dé adivinanzas.

-Explícame, Jenny.

La muchacha se apretó el vientre gimiendo:

-¡Pasó! ¡Voy a tener un bebé de él!

Cassie quedó boquiabierta. Tardó algunos segundos en poder decir:

-¿Estás segura?

-Hace más de un mes que lo comprobé. ¿Qué voy a hacer? No puedo decírselo a mamá. Ya es demasiado que me haya casado MacKauley a sus espaldas, pero esto... Es probable que me eche de casa.

-No sería capaz...

-¡Claro que sí!

-No, nada de eso. Pero si lo hace, puedes venir a vivir conmigo.

Eso no acabó con las lágrimas de Jenny. Por el contrario, su llanto se hizo más potente.

-No quiero vivir contigo. Quiero vivir con Clay, pero él no me acepta.

Cassie suspiró para sus adentros. Por lo menos no se había equivocado en lo relacionado a los sentimientos de Jenny. Y a juzgar por lo que decía Morgan, probablemente había acertado también con los de Clayton. Era endeble consuelo, si a los padres no les importaba lo que sintieran sus hijos, pero aliviaba en parte los remordimientos de Cassie, aunque con eso no se resolviera nada. Aunque la muchacha quisiera de verdad a su esposo, la situación era desesperada, pues el marido era demasiado inmaduro para enfrentarse a su padre.

Cassie volvió a suspirar, esta vez con más fuerza.

-¿Por qué salió todo mal, Jenny? Cuando partisteis hacia Austin, tú y Clayton estabais muy felices y entusiasmados.

Por fin Jenny se dejó caer en una silla para admitir:

-No sé cómo empezamos a discutir quién se había enamorado

primero. El dijo que ni siquiera habría reparado en Mí si tú no le hubieras dicho que yo lo amaba. Eso me puso furiosa y le dije la verdad, que yo no pensaba en él hasta que tú me dijiste que él me amaba. Entonces estalló. Dijo que todo era una trampa. Creo que ya tenía miedo de lo que dijera su padre cuando llegáramos a casa.

Cassie no se habría extrañado de que ése fuera exactamente el motivo. Se preguntó si convenía revelar a Jenny que Clayton podía estar arrepentido de haberla abandonado. Ya nada podía empeorar.

-Si te sirve de consuelo, creo que Clayton es tan desdichado como tú.

De inmediato Jenny se incorporó, con los ojos dilatados y llenos de esperanza.

-¿Cómo lo sabes?

-Hace un par de semanas tuve un desagradable enfrentamiento con Morgan. Dijo que su hermano no trabaja y que no está bien de la cabeza desde que volvió de Austin. También dijo que Clayton hablaba de sus derechos y que pensaba ir a buscarte, pero que R. J. le quitó la idea a latigazos.

Jenny volvió a levantarse de un salto, pero esta vez con un estallido de enojo.

-¡Cómo odio a ese viejo!

Cassie no podía reprocharle eso, pero observó: -Tu madre es lo mismo y no la odias.

-¿Quién dijo que no?

-Vamos, Jenny. Todo esto comenzo por culpa del odio. Se suponía que el amor le pondría fin.

Jenny se detuvo para mirarla fijamente.

-Si eso pensabas, estabas soñando. Pero no te critico por jugar de casamentera. Antes de que riñéramos en la noche de bodas todo fue maravilloso. Tampoco lamento tener un bebé de él. Sólo que no sé qué hacer. -Las lágrimas volvieron a acumularse.- No quiero ser una madre divorciada.

-No lo seas. Tu madre no puede firmar los documentos de divorcio por ti, Jenny. No los firmes.

-Ella me obligará.

-Tal vez no. ¿No se te ha ocurrido pensar que por el bebé todos podrían cambiar de opinión? Después de todo, será el primer nieto de tu madre. Y también el primero de R. J.

Jenny suspiró.

-Sigues sin comprender, Cassie. El odio que se tienen está demasiado arraigado. Cada uno de ellos está dispuesto a sepultar el hacha de combate, pero sólo en el pecho del otro.

El optimismo de Cassie no podía resistir tanto.

-No he servido de mucho, ¿verdad?

-Sé que no puedes hacer nada más por mí, Cassie. Y debo regresar antes de que noten mi ausencia y Buck mande a todos los peones a buscarme. Pero necesitaba hablar con alguien. Gracias.

Cassie asintió, pues comprendía demasiado bien. Sus propios problemas parecían ahora cosa de nada. Por lo menos, no estaba embarazada ni amaba desesperadamente a un hombre que su madre no aprobaría jamás. Pero no soportaba pensar que, una o dos semanas después, ella estaría lejos de ese desastre mientras que Jenny quedaría allí cargando con el problema causado por ella.

Mientras acompañaba a su amiga a la puerta principal, dijo: -Me gustaría sentar a tu madre y a R. J. en la misma habitación y convencerlos de que pensaran un poco.

-Jamás se quedarían en una misma habitación. -En ese caso los encerraría.

Jenny tuvo que reír.

Librodot

-Eso sí que sería grandioso... No, se matarían sin dudarlo. -0 tendrían que solucionar esto entre los dos.

-La idea es agradable, Cassie, pero haría falta un milagro.

A Cassie se le habían acabado los milagros, pero bajo su techo albergaba a un *Angel* medio deslucido. Al cerrar la puerta detrás de su amiga se preguntaba...

-Ni siquiera lo pienses.

Cassie se sobresaltó ante esa voz grave y giró en redondo. Localizó a Angel sentado al pie de la escalera con el sombrero puesto y calado. También llevaba puesto su impermeable amarillo y el pañuelo negro atado a un lado del cuello. Obviamente estaba a punto de salir o acababa de entrar. ¿Cuánto habría oído?

Ella enarcó una ceja haciéndose la tonta. -¿Que no piense qué?

La mirada que le fue devuelta le dijo que su pretensión de inocencia no era apreciada.

-Entrometerte. Si te pesco otra vez en esas, voy a hacer lo que debió haber hecho tu padre hace años: azotarte el trasero. Y que no se te ocurra enfurruñarse o lo haré ahora mismo. ¿No sabes salir del juego cuando vas ganando, mujer?

-¿De dónde sacas que voy ganando?

-Los dos estaremos fuera de aquí dentro de algunos días; el rancho sigue en pie; tú aún estás entera y yo sólo he tenido que matar a un hombre. A mi modo de ver, eso es ganar. Haz el favor, para volver a entrometerte espera a estar en tu casa donde tu madre pueda arreglar los problemas que causes. Qué diablos, apuesto a que está habituada a eso.

Cassie se dirigió hacia él; le escocían los dedos por abofetearlo, pero se limitó a detenerse cerca de sus pies para fulminarlo con la mirada.

-Yo no te pedí que vinieras, como recordarás. Más aun, recuerdo haberte pedido que te fueras. Si mis vecinos están tranquilos, no entiendo para qué, te quedas. Es obvio que van a permitirme esperar el regreso de mi padre.

-¿0 sea ... ?

-Yo diría que ya has hecho lo que viniste a hacer. Ahora deberías pensar en partir... preferiblemente hoy.

-¿Y quién te pidió opinión?

Angel gruñó eso mientras se levantaba, con lo cual la obligaba a retroceder si quería seguir mirándolo a los ojos. Por el momento no lo hizo, pues no cabía duda de que lo había irritado sobrepasando el mero fastidio. Y él no había terminado.

-Me quedo, Cassie, no sólo hasta que vuelva tu padre, sino hasta que te vea con el equipaje listo y fuera de este condado. Cuanto antes ocurra eso, mejor, pero hasta entonces... ¡basta de entrometerse! ¿Has entendido?

A ella la sorprendió poder hacer algo más que un gesto afirmativo:

-Sí, perfectamente. Debería haber sabido que no serías capaz de comprender mi posición ni de sentir la menor compasión hacia esos dos jóvenes que se aman. Para eso hay que tener corazón.

Y lo dejó, desapareciendo por el vestíbulo. El la siguió con la vista, divertido por sus agallas. El coraje de la muchacha no dejaba de asomar cuando él menos lo esperaba. ¡Y cómo le gustaba eso!

-Oh, yo tengo uno, tesoro -dijo en voz baja-. Por suerte, está envuelto en un cuero crudo tan fuerte que no podrás romperlo.

CAPITULO 20

Cassie postergó cuanto pudo la siguiente visita a la ciudad con Angel, pero lo cierto era que su padre no gustaba de las sorpresas y, a esas alturas, debía de haberle informado ya con exactitud cuándo llegaría. Un telegrama suyo le habría sido llevado al rancho, pero las cartas esperaban en la ciudad hasta que ella pasara a retirarlas. Para eso tenía que ir a la ciudad. Y Angel insistía en no dejarla sola.

Como apenas faltaba una semana para Navidad, también tenía algunas compras que hacer. La idea no la alegraba. Ella siempre esperaba con ansias esas fiestas, pero ese año sería la excepción, si no había más demoras y su padre volvía en los días siguientes, ella no podría arriesgarse a prolongar su visita ni siquiera hasta después de los días festivos. Sería la primera Navidad que pasaría sin ninguno de sus padres, a solas en un tren o una diligencia, rumbo al norte.

Sin embargo, no pensaba en eso aquella tarde camino a Caully. Tras haber intercambiado esas desagradables palabras con él tres días antes, tras la vista de Jenny, había caído en la cuenta de que él debía salir muy pronto de su vida; probablemente jamás volviera a verlo.

Aunque vivieran en la misma zona de Wyoming, él llevaba muchos años yendo a Cheyenne sin que sus caminos se hubieran cruzado nunca; no había motivos para pensar que ahora las cosas serían diferentes.

Y AUNQUE LO VIERA EN Cheyenne algún día por casualidad, lo más probable era que Angel cruzara la calle para evitarla. ¿Por qué no, en verdad? No se podía decir que en ese período se hubieran hecho amigos. Por el contrario, él no veía la hora de irse y ella.. estaba al borde del llanto desde hacía tres días.

Lo asombroso era que esta vez no le molestaba hacer el viaje con Angel. En realidad, al elegir el carruaje lo había desafiado, en cierto modo, a soportar su compañía y su conversación. El no parecía sentirse a la altura del desafío porque la acompañaba a caballo y se mantenía delante a distancia suficiente para que no pudieran conversar. Ni siquiera se había dado cuenta de que, bajo el abrigo ribeteado de piel, Cassie lucía un vestido a la última moda de Chicago, de encaje blanco y azul como el espliego. ¿Para eso se había tomado tanto trabajo con su arreglo personal?

En la ciudad la esperaba, sí, una carta de su padre. No daba la fecha exacta de su llegada pero prometía estar de regreso antes de Navidad.

Angel, al enterarse, recibió la noticia con su habitual inescrutabilidad, sin revelarle en absoluto sus sentimientos. Pero ella podía adivinarlos, debía de estar encantado de que aquello estuviera a punto de terminar.

Por lo menos esa vez no tuvieron problemas en Caully. Allí estaba Richard con un par de vaqueros de los MacKauley, pero no hizo más que mirarlos un poco al salir de la ciudad. Cassie no se demoró más de lo necesario, pero ya comenzaba a anochecer cuando llevó el carruaje al establo. Angel la siguió al interior y se dedicó a desenganchar el caballo aun antes de que ella se hubiera apeado.

Librodot

Emanuel se encargará de eso –le informó ella con el ánimo por los suelos.

Él respondió sin interrumpir su tarea:

-No lo veo por aquí ¿Y tú?

Cassie giró bruscamente la cabeza ante ese tono agrio. Era ella quien estaba de pésimo humor. ¿Qué motivos tenía él para mostrarse irritado?

-A estas horas debe de estar cenando –replicó, ya tensa-. Pero yo puedo encargarme de este caballo. Tú tienes que ocuparte del tuyo.

-No insistas, Cassie –la interrumpió él-. Vete a la casa.

-Esa sí que es una buena idea –intervino una tercera voz-. ¿Por qué no vamos todos?

Resonaron simúltaneamente los percusores de tres revólveres. Cassie, con ojos dilatados, vio que Richard MacKauley salió de entre las sombras en la parte trasera del establo. Desde los lados se adelantaron Frazer y Morgan. Cada uno de ellos tenía un arma apuntando contra Angel.

¿Una trampa? Richard debía de haber volado a su casa para traer a su padre tal como lo habría hecho Morgan anteriormente. Sólo que esa vez no era sólo para enfrentarse con Cassie.

-No te muevas, Angel, si no quieres que tu nombre cobre otro significado –dijo Richard, acercándose desde atrás para sacarle cautelosamente su colt de la pistolera.

Angel se lo permitió. No tenía mucha alternativa, pensó Cassie, aunque la sorprendió que no dijera ni hiciera algo antes de perder la oportunidad. Dado su oficio, debía de estar familiarizado con ese tipo de situaciones; sin duda conocía algunas triquiñuelas que habría podido usar para invertir posiciones con los MacKauley. Claro que ella no había visto el cuarto revólver apuntado contra ella.

Tampoco le prestó mucha atención al girar hacia el hombre que había hablado en un principio. R.J., de pie en la amplia entrada del establo, sonreía de oreja a oreja. Esa sonrisa habría debido advertir a Cassie que no le gustaría lo que iba a oír. Aun así tuvo que preguntar:

¿A qué viene ahora, señor MacKauley?

-Sólo a hacerle un favor, señorita Stuart, para demostrarle mi agradecimiento por todo lo que usted ha hecho por mi familia. No puedo permitir que se vaya sin el debido gesto de...gratitud.

Cassie miró a su alrededor. Frazer tenía un ataque de risa ante las palabras de su padre. Richard, en cambio, no se divertía en absoluto; en cuanto a Morgan, parecía estar allí muy contra su voluntad, clayton brillaba por su ausencia. Y Angel permanecía tan inescrutable como siempre.

Por la mente de Cassie cruzó un pensamiento, justo esa tarde había decidido no ir armada a la ciudad. ¿Y por qué? Por una estúpida vanidad, trataba de lucir su mejor aspecto ante un hombre que ni siquiera lo había notado. Pero R. J. no podía estar planeando nada muy grave. De lo contrario no habría estado allí con esa gran sonrisa.

-Preferiría que no me hiciera ningún favor, señor MacKauley –comenzó ella, cauta. Luego sugirió-: ¿Por qué no imagina, sencillamente, que ya me he ido? Lo haré dentro de pocos días.

-Lo sé. Y para eso he venido, para ayudarla antes de que sea demasiado tarde.

Cassie frunció el entrecejo.

-¿Para ayudarme?¿De qué modo?

-La vamos a casar como Dios manda antes de que ese novio suyo vuelva a desaparecer.

¿A casar? Era tan increíble que Cassie tardó en comprender, pero al fin se echó a reir.

-Es una broma.

-No, señorita. –R. J. sacudió la cabeza.- Tengo al predicador esperando en la sala para oficiar la ceremonia. Vino con mucho gusto cuando se enteró de que usted y este hombre vivían bajo el mismo techo sin la debido vigilancia.

Ante la insinuación, las mejillas de la joven se inundaron de un color subido, pero lo perdió por completo al comprender la consecuencia peor, obligarían a Angel a casarse con ella. Pero nadie podía hacer eso con un hombre como él. Se pondría tan furioso que los mataría a todos sin reparos en cuanto recobrara su revólver.

Maldito Frazer. Probablemente se había encargado de que a su padre se le ocurriera esa idea. Cassie le clavó una mirada digna de un relámpago. Él le sonrió sin ningún remordimiento.

-Surgió de su propia boca, señorita Cassie.-dijo, echando sal a la herida-. Y las parejas comprometidas tienen que casarse, ¿no?

Era su propia mentira que volvía para acosarla de una manera monstruosa. Frazer sabía que era una mentira. R. J. también, probablemente. Sólo la aprovechaban para vengarse. Pero ella no podía permitir que se salieran con la suya. Por el bien de ellos mismos, no podía.

Tuvo miedo de mirar a Angel para ver cómo estaba tomando ese nuevo dilema, pero comprendió que él no diría nada. No era su estilo. Más adelante les ajustaría las cuentas y se sentiría justificado, pues lo que ellos estaban haciendo no era exactamente legal.

Aun así, Cassie no podía permitir que llegara a tanto. Habría que mentir un poco más. Y si eso no daba resultado, tendría que negarse rotundamente a cooperar.

Se volvió hacia R. J.

-Le agradezco su preocupación, señor MacKauley, pero mamá ya está planeando una gran fiesta de bodas para fines de enero con cientos de invitados. No me perdonaría tener que cancelarla.

El viejo rió entre dientes.

-No hay por qué desilusionar a su mamá. Ninguna ley prohibe casarse dos veces, al menos con el mismo hombre.

Cassie apretó los dientes.

-Prefiero esperar a que llegue mi padre para que sea mi padrino.

-Cuando llegue Charley se puede organizar otra boda más. Pero ahora no podemos despedir al predicador que viene desde tan lejos para hacer lo correcto. Yo seré su padrino, niñita. Será un honor.

En ese momento Cassie se enfadó.

-¡Qué honor ni honor¡ No pienso casarme para satisfacer su equivocado afán de venganza, R. J. MacKauley. Si se dignara a abrir los ojos se daría cuenta de que Clayton y Jenny quieren vivir juntos. El único obstáculo es su mal genio, hombre, lo mismo que lo trae por aquí. ¿Qué piensa hacer ahora?¿Matarme?

-Bueno, eso no puedo hacerlo –respondió él caviloso. Luego señaló con la cabeza hacia detrás de ella-. Pero bien puedo matarlo a él.

“El” era Angel. La mera idea congeló la sangre a Cassie. El pistolero seguía sin decir nada. Sin poder contenerse más, giró para mirarlo. Pero fue un error, pues eso le provocó el miedo que los MacKauley no habían podido inspirarle. Angel estaba furioso, sí, pero toda su cólera, por algún motivo, se encaminaba hacia ella. ¿Algún motivo? Eso también era culpa de ella; el hombre no se equivocaba.

Cassie se volvió hacia R. J., tan asustada que estaba dispuesta a suplicarle, si era necesario. Angel no le dio oportunidad. Se adelantó para bajarla bruscamente del carruaje sin que nadie tratara de impedírselo.

Librodot

-Terminemos con esto, Cassie. A estas alturas, una boda o tres no cambian nada.

Su tono era tan suave como su expresión, pero ella no se dejó engañar. Había visto su furia. Cuando él comenzó a arrastrarla hacia la casa clavó los talones en el suelo. De cualquier modo llegaron allí, seguidos de cerca por los MacKauley. Y era cierto que el predicador los esperaba.

Su última esperanza. Bastaba con decir que se les estaba obligando a casarse.

-No digas otra cosa que "Sí, quiero" – le susurró Angel al oído-. ¿Entendiste?

Cassie lo miró con extrañeza, sin comprender por qué cedía. Posiblemente para terminar cuanto antes y recobrar su revólver.

Entonces estallaría el infierno. Ojalá esperara a que el predicador se fuera. En cuanto a los MacKauley, por el momento no le inspiraban ninguna simpatía. A la pobre María le daría un ataque cuando viera tanta sangre...

-¿Entendiste? –repitió Angel.

Ella asintió. ¿Qué importaba si había un baño de sangre en su sala? Primero se casaría.

Y eso se efectuó sin ningún dolor en realidad. Hasta había en ella una partecita loca que lamentaba no hacerlo de verdad. Loca, sí. Cuando su madre se enterara de esa boda a punta de pistola...claro que, para contárselo, tenía que estar viva. Y no estaba en absoluto segura de sobrevivir a la noche.

R. J., riendo, acompañó al predicador fuera. Morgan no había entrado en la sala para presenciar la ceremonia, aunque Cassie oyó su voz malhumorada en el vestíbulo cuando salí con su padre. Richard parecía tan poco divertido ahora como antes. En realidad, parecía casi inquieto. Hombre sagaz. Más sagaz sería si se llevaba el revólver de Angel. Pero al salir de la habitación lo sacó de su cinturón, obviamente para dejarlo en la mesa del vestíbulo. Cassie rogó que cambiara de idea antes de irse.

Pero Frazer, ese extraño sinvergüenza, continuaba allí, sonriendo a la pareja de recién casados como si ellos debieran compartir su placer. Por suerte, Angel lo ignoraba. Se había acercado a la ventana para ver la partida de los otros. Cassie no pudo imitarlo. Los dientes relumbrantes de ese hombre la irritaban a mares.

Por eso marchó hacia Frazer y lo sacó de la sala a empujones, rumbo a la puerta principal, diciendo en un susurro furioso:

-¿Ya estás contento? Si no te mata Angel, creo que lo haré yo.

-¿Qué problema hay, Cassie? –tuvo la audacia de replicar-. Ahora papá está satisfecho y tú puedes anular esto. ¿Dónde está el daño?

-El daño es que Angel puede no opinar lo mismo, pedazo de idiota. Y ahora sal de mi casa.

Fue muy satisfactorio golpear la puerta contra la espalda de Frazer, pero bastó una mirada a la mesa del vestíbulo para comprobar que Richard no era tan avispado como ella creía, había dejado allí el revólver de Angel. Ella lo recogió buscando un sitio donde esconderlo; como en el vestíbulo no había ninguno, lo deslizó bajo su abrigo acomodándolo contra la ajustada cintura. De pronto cayó en la cuenta de que no se le había ocurrido siquiera quitarse el abrigo para la ceremonia.

La risa le burbujeó en la garganta. La tragó con un gruñido silencioso.

-¿Cassie?

Volvió bruscamente la cabeza al oír la voz de Angel que surgía de la sala. No estaba preparada para eso. Podían discutir lo de la anulación al día siguiente. Por esta noche no era sólo el revólver lo que debía ocultar.

Sin responder, corrió por la escalera a encerrarse bajo llave en su habitación.

CAPITULO 21

Esa noche, como Cassie no bajó a cenar, Emanuel subió con una bandeja. María se había esmerado preparando los platos favoritos de la joven. Claro, había tenido tiempo de sobra porque aún no había sangre que limpiar. Y el ama de llaves debía de haber escuchado o adivinado lo ocurrido. Pero Cassie apenas probó los platos.

LO QUE HIZÓ FUE PASEARSE MUCHO, CON Marabelle caminando a su lado; cinco o seis veces estuvo a punto de hacerla caer. Como de costumbre, la pantera percibía su nerviosismo y no se tranquilizaría hasta que ella lo hiciera. Pero Cassie, hecha un manojo de nervios, se preguntaba si Angel habría abandonado la casa, qué iba a hacer...y a quién se lo haría. Le resultaba imposible sentarse; ni hablar de ir a la cama.

Cuando llamaron a su puerta estaba tan sumida en sus pensamientos que abrió, sin pensarlo dos veces, suponiendo que Emanuel venía a retirar la bandeja. No era él.

-Pensé que no me abrirías –dijo Angel.

No lo habría hecho sin duda si hubiera sabido que se trataba de Angel. Y habría vuelto a cerrar de inmediato a no ser porque él dio un paso hacia dentro. No podía cerrar sin golpearlo. Y no lo hizo. En cambio empezó a retroceder. Al parecer, siempre retrocedía cuando él estaba cerca.

Debía de querer su revólver. No, porque no sabía que estaba en su poder. Probablemente quería el de ella. Tendría que disuadirlo de lo planeaba hacer...de algún modo.

-Parece que tenías hambre.

Ella siguió la dirección de su mirada que estaba puesta en la bandeja vacía.

-La que tenía hambre era Marabelle –corrigió, sin confiar ni por un segundo en ese tono manso-. Oye, ¿podemos hablar de este asunto?

-Sí...cuando hayas sacado a ese gato.

Marabelle estaba sentada junto a Cassie. Sabiendo que Angel desconfiaba de la pantera, lo último que Cassie deseaba hacer era sacarla del cuarto. Pero supuso que eso serviría como ofrenda de paz, de modo que condujo al gran felino hacia la puerta y lo hizo salir. Angel había dado unos pasos más hacia dentro para no cruzarse con Marabelle.

Cassie cerró la puerta pero sin apartarse de ella. Angel sólo había estado en su cuarto una vez. Al recordar esa noche sentía aleteos en el estómago. Y él estaba mirando la cama. ¿por qué miraba la cama?

Tomó aliento y comenzó a hablar en tono coloquial con la esperanza de establecer un plano racional.

-En realidad, no hace falta que mates a nadie por esto, ¿sabes?. Pediré la anulación y será como si no hubiera pasado nada.

Él la miró brevemente a los ojos; luego, a la boca.

-Antes que eso tendrás que pedir el divorcio.

-No, no has comprendido. Será mucho más fácil obtener la anulación.

Ahora la miraba de frente. Cassie quedó algo sofocada ante la intensidad de sus ojos.

-No, con lo de esta noche no será tan fácil –dijo él, con su voz lente e hipnótica.

-¿por qué? –Ella apenas pudo pronunciar la pregunta.

-Porque tengo ganas de jugar a marido y mujer.

-¿qué?

Lo vió acercarse. Estaba demasiado aturdida para moverse, de modo que lo tuvo allí antes de haber pensado en correr.

-Esta va a ser nuestra noche de bodas –respondió Angel levantándola en vilo.

-¡Espera¡

-Esta vez no, tesoro. Yo no te pedí que te casaras conmigo. De lo contrario te habrías negado. Pero estamos casados. Y en este momento te deseo tanto que voy a aprovecharme de eso.

Cassie no tuvo oportunidad de volver a protestar, al menos por un rato. Angel la dejó en la cama y la inmovilizó allí con su cuerpo. Su beso capturó toda la atención de la muchacha; tomaba con fiereza, daba con ternura. El placer se presentó con celeridad, ayudado por el peso del hombre contra sus lugares íntimos. No podía resistirse. Ni quería.

Era una palabra mágica: ”casados”. Daba permiso para disfrutar, retiraba la culpa y casi todo el miedo. También borraba las inhibiciones; por eso pudo abrazarlo y responder al beso. Y entonces se regodeó con el quejido grave de Angel al comprender que es vez no habría rechazo.

La deseaba; poco importaba que fuera por venganza. Nada importaba, salvo la necesidad que compartían. Era como fuego, la sensación que crecía dentro de ella. La consumía hasta tal punto que, cuando Angel comenzó a desvestirla, apenas se dio cuenta hasta que sus manos le llegaron a la carne desnuda. Eso no pudo dejar de notarlo. Fue una tremenda impresión sensual. Pero habría más, porque muy pronto él la tocaba en todas partes. Luego el calor de la piel contra la piel, y los labios que se cerraban súbitamente sobre un pezón turgente para succionarlo hasta el fondo de la boca.

Qué calor increíble en contraste con la frescura sedosa del pelo que rozaba su piel. Arqueó la espalda separándola de la cama. Respiraba a jadeos. Tenía la cabeza de Angel entre las manos, su cintura entre las piernas; ante la intensidad de lo que sentía habría querido gritar. No lo hizo, por el momento. Pero algo continuaba acumulándose en el fondo de su ingle. Algo caliente, doloroso, fuera de control.

De pronto él escapó del abrazo y moldeó los pechos con las manos, trazando con la lengua un sendero por su vientre hasta...Oh, no podía hacer eso. Oh, Dios, lo hacía. La protesta nació y murió en un mismo aliento porque un momento después se producía una explosión de placer palpitante que la hacía corcovear en la cama atrapándola en un reino de sensación pura. Eso estaba más allá de la realidad, más allá de la comprensión; no pudo hacer otra cosa que acompañarlo hasta el último y bienaventurado latido.

Por entonces estaba envuelta en los brazos de Angel, con la fuerte musculatura modelada a su cuerpo; supuso era un asombroso consuelo. pero en su languidez intervino una sensación nueva, una invasión que la puso tensa. El miedo no tuvo tiempo de aferrarse. Estaba caliente y mojada; la penetración fue tan suave que la ruptura del himen fue apenas una pequeña presión; enseguida él la colmó profundamente.

Luego se echó atrás enderezando los brazos a cada lado de ella para hundirse aun más adentro. Pero cuando Cassie abrió los ojos lo descubrió mirándola, mirándola con ojos muy oscuros, muy apasionados.

-No imaginas cuánto deseaba esto...cuánto te deseaba.

No, no podía. Apenas podía creerlo. Y tampoco pudo replicar. Contuvo el aliento mientras él la miraba a su gusto sin mover sino los ojos. A los pechos de Cassie volvió el cosquilleo al notar que él los observaba y el estómago volvió a agitarse cuando los ojos de Angel se posaron allí. Y allí, donde estaban unidos, el calor volvió a torrentes.

-¡Oh, Dios¡ -Exclamó.

Él, sonriendo, inició un movimiento lento y sensual. Luego bajó la cabeza para besarla. Los labios de Cassie se pegaron a los de él; los brazos se envolvieron a su cuello con más fuerza aun al crecer la tensión. Luego volvió el palpitar que estalló en los sentidos de Cassie y rodeó a Angel. El jugó más, apretándose a ella, acentuándolo todo, con la cabeza echada hacia atrás para emitir un grave sonido animal de puro placer.

CAPITULO 22

Despertar con un hombre en su cama era una experiencia nueva; a Cassie no le habría molestado tanto, a no ser por las circunstancias. Tal como estaban las cosas, no sabía si levantarse o volver a dormirse para darle tiempo a que se fuera. Desde luego, la realidad, al interponerse, le impidió volver a conciliar el sueño. Esa mañana, “realidad” era una palabra muy fea. La noche anterior, por un rato, había pendido en suspenso; ahora volvía redoblada.

Casados. Y no por propia decisión. Aunque si ella hubiera podido decidir...No, sus deseos no contaban. Pero había tenido su noche de bodas. Y Jenny tenía razón: era maravilloso, sin duda; en realidad, esa era una palabra muy leve para describir lo experimentado con Angel. Pero no habría debido ocurrir. Con Angel, no. Y mucho menos por esos motivos.

En realidad, era risible. Mientras ella temía tanto que el pistolero se lanzara contra los MacKauley para cobrarse con sangre, él no los creía culpables. No, había puesto la culpa donde correspondía, reservando su venganza sólo para ella. Muy de él, esa forma de hacer justicia. Cassie se extrañaba de no haber previsto su reacción. Después de todo, si se cobraba con besos algunas cosas sin importancia, era lógico que llegara hasta el final por causas tan graves como un casamiento forzado.

Se preguntó si él esperaba que ella lo disfrutara tanto. Probablemente no. O tal vez no le importaba pues la verdadera venganza estaba en el divorcio al que ahora la obligaba. En la

actualidad, cada vez eran más los matrimonios que acababan de ese modo, pero divorciarse era todavía algo escandaloso, hasta tal punto que, si Cassie tenía alguna esperanza de encontrar esposo, ya podía sepultarlas. Ningún hombre decente pensaría en casarse con una divorciada.

Lo que Angel le había hecho era una porquería, en verdad, ahora que lo pensaba bien. ¿Merecía ella tanto sólo por haberle causado alguna molestia? Al fin y al cabo, una anulación habría acabado con el problema y, al mismo tiempo, salvado su reputación. Ese hombre tenía mucha suerte de que ella no fuera vengativa a su vez. De lo contrario bien habría podido negarle el divorcio. Sería buen castigo obligarlo a cargar con ella. Pero no podía hacerle eso; Angel no tenía culpa de nada.

En ese momento él se movió. Dormía boca abajo, con la cara vuelta hacia el otro lado. Sólo se le veían un brazo cruzado sobre la almohada y los hombros desnudos, porque en algún momento de la noche os dos se habían metido entre las sábanas. Pero aún estaba desnudo bajo los cobertores. Y ella también.

Después de lo ocurrido no cabía ruborizarse al pensarlo, pero así fue. Y la curiosidad aumentó el calor. La noche anterior no había podido echar una buena mirada al cuerpo de Angel y no podía negar sus ganas de hacerlo. Pero no se atrevía a apartar las mantas. Además, no quería discutir con él estando todavía en la cama. Eso la pondría muy en desventaja. En realidad, no se le ocurría modo alguno de llevar ventaja. Pero al menos si se vestía antes de hacerle frente se sentiría más cómoda.

Decidido eso se incorporó con cautela. De inmediato vio la cola de Marabelle que barría las tablas del suelo a los pies de la cama. Recordó vagamente que la pantera había rascado la puerta en medio de la noche. Cassie debía de haberse levantado para dejarla entrar sin despertar del todo. Obviamente Angel no se había dado cuenta puesto que aún estaba allí.

Era preciso sacar a Marabelle antes de que él despertara. Si la veía allí comenzaría la mañana de muy mal humor. Pero Cassie no se apresuró a hacerlo. Y de pronto sonrió para su coleto.

Quizás ejecutara una pequeña venganza, sólo por esa vez. Al fin y al cabo, Marabelle tenía más derecho a estar en el dormitorio que un inminente ex esposo. ¿Y por qué preocuparse por el malhumor de ese hombre? Era él quien debía preocuparse por el humor de ella después de haberle hecho el amor por venganza. Cassie nunca lo habría creído tan cruel. Eso venía a demostrar que no se podía confiar en quien se ganaba la vida matando gente.

No echaría a su mascota. Antes bien habría querido echar a su esposo. Por el momento bastaba con vestirse, de modo que salió poco a poco de entre las sabanas y caminó de puntillas hasta su ropero. Llegó haciendo gestos de horror, nunca había notado que hubiera tantas tablas que crujían. Y por dios, ¿cómo no se había dado cuenta de que los goznes del ropero necesitaban lubricación? Con tanto ruido habría despertado hasta a los muertos. Bastó una mirada sobre el hombro para comprobar que Angel no entraba en esa categoría. Había abierto los ojos al primer chirrido del suelo y ahora los tenía fijos en su trasero desnudo.

Escandalizada en su pudor, Cassie logró exclamar:

-¡Cierra los ojos¡

-No, qué diablos –replicó él, con una gran sonrisa-. Es muy bonito despertarse con un espectáculo como tú, tesoro. ¿Por qué no te vuelves, para que pueda verte mejor?

-¿Por qué no te vas al diablo? – contestó ella, asiendo lo primero que encontró a mano, una voluminosa enagua, para pasársela por la cabeza.

-¿No debes ponerte primero las bragas?

Había risa en su voz. Cassie lo habría jurado.

-Calla, Angel.

-Tienes que bajar esa prenda, ¿no?

Ella había dejado la enagua a la altura de las axilas, para que le cubriera cuanto menos el torso.

-Por nada del mundo.

Lo oyó suspirar. Con los dientes apretados, sacó una camisa, pero al tratar de ponérsela descubrió que no podía cerrarla sobre la gruesa enagua.

-No exageres el pudor, Cassie. Estás de espaldas a mí. Anda, bájala.

Se refería a la enagua. Ella comprendió que estaba haciendo el ridículo. No había nada que Angel pudiera ver; hasta la espalda estaba cubierta por su cabellera. Por ende, tiró de la enagua hacia abajo, ciñó la camisa de encaje a sus pechos y se apresuró a atar el lazo. Pero cuando alargó la mano hacia un vestido captó el reflejo de Angel en el espejo de su tocador que formaba ángulo con el guardarropa. Él tenía la vista clavada en el cristal. Y si ella podía verlo con tanta claridad, él también tenía una vista frontal de...

Giró bruscamente para enfrentarlo.

-¡Grandísimo mirón, hijo de..¡

-¿Por qué te enojas tanto? – la interrumpió él, en tono absurdamente razonable-. Por el momento tengo derecho a mirar.

-¡Qué derecho ni derecho¡ Nos vamos a divorciar. Y cuanto antes mejor.

Él estaba incorporado sobre un codo, pero ante esa última declaración se dejo caer en la cama con la vista clavada en el techo.

Cassie lo interpretó como señal d e que había ganado la discusión; él ya no la provocaría.

Dejando las cosas así se introdujo rápidamente en un vestido, pero aún ardía por dentro. ¡Derechos¡ Él se atrevía a hablar de sus derechos “por el momento”, sabiendo perfectamente que el casamiento no era legal...o que no lo habría sido si él no se le hubiera metido en la cama.

Entonces cayó en la cuenta de que Angel tenía razón. Al acostarse con ella había dado legalidad al casamiento. Y legal seguiría siendo hasta que firmaran los papeles del divorcio. Conque, legalmente, él tenía ciertos derechos.

Al diablo con las legalidades. Nadie le había pedido que complicara las cosas con su venganza. Ya había violado los límites de la decencia. Por lo que a ella concernía, Angel no tenía ningún derecho. Y estaba dispuesta a defender su opinión con un revólver en caso necesario.

-¿Cassie?

La nota de pánico en la voz de Angel hizo que se volviera instantáneamente olvidando de inmediato lo que estaba pensando. A la primera mirada descubrió el problema.

Un movimiento de las mantas que cubrían los pies de Angel había atraído la atención de Marabelle, que estaba medio subida a la cama para investigar y frotaba la cara contra la saliente que formaban esos pies cruzados. Cien veces había despertado a Cassie de ese modo. Pero los pies que tenían extasiado a su mascota no eran los suyos, sino los de Angel, y Marabelle no había notado la diferencia.

-¿Cómo entró aquí?

Su voz era un susurro; no se arriesgaba a moverse un centímetro. Pero Cassie había olvidado su preocupación al ver que no había ningún peligro, con lo que perdió su inclinación a compadecerse de Angel.

-Recuerdo vagamente haberla dejado entrar cuando rascó la puerta en plena noche –respondió, con descarada negligencia-. Después de todo, ella tiene permiso para dormir conmigo.

El no iba a objetar ese comentario.

-Sácala de aquí.

-No pienso sacarla. Anoche me pasaste de novia a esposa. La novia estaba dispuesta a darte el gusto. La esposa no.

-Cassie –empezó él, con un claro tono de advertencia, para terminar con sobresalto-: Me está mordiendo los pies.

-No. Se está limpiando los dientes. Te dije que le gusta hacer eso.

-Que no lo haga

Cassie con un suspiro se acercó a los pies de la cama para deslizar una mano por el lomo de Marabelle.

-Francamente, Angel, con el tiempo que llevas aquí debería haber comprendido que es inofensiva.

Él seguía sin apartar los ojos de la pantera sin moverse.

-Eso no lo sé. Una cosa son las balas. Con las balas puedo entenderme. Pero no quiero ser la cena de ese gato.

-A Marabelle no le gusta siquiera la carne cruda. La prefiere cocida, pero en realidad se desvive por los bizcochos y las tortillas.

-¿Bizcochos¿ -balbuceó él?

-YT tortillas.

Angel le echó una breve mirada, como si la creyera loca, y volvió a vigilar a la pantera. Después de pensarlo por un instante más- ¡bizcochos¡-, apartó bruscamente los pies de la ronroneante adoración de Marabelle. Y como el animal lo miró sin moverse, reunió un poco más de coraje y salto de la cama.

Cassie, que no esperaba eso, dilató los ojos y retuvo la respiración. Pero no se le ocurrió siquiera apartar la vista. Cielos, qué hermosos cuerpo tenía ese hombre. Todo elegancia impecable y fuerza sutil...como su pantera. Vio antiguas heridas de balas: tres, cuatro. Pero era toda es piel viril lo que la fascinaba. Hombros anchos, vientre plano, piernas largas...que estaba metiendo en unos pantalones. Angel estaba enojado. Se le notaba en todas las líneas del cuerpo. Y la causa era ella.

ËL se lo confirmó

-Eso fue muy sucio

Cassie comprendió n perfectamente que se refería a su falta de ayuda con Marabelle.

-Somos tal para cual, ¿verdad?

-Cuando me cobro una cuenta, señora, es con resultados duraderos.

La joven se sentó en la cama apartando la vista. Su voz sonó excepcionalmente suave:

-Ya lo sé

De pronto lo tuvo frente a ella pese a que Marabelle estaba a su lado. Aún no se había puesto la camisa y tenía los pantalones desabrochados. No había nada sino piel a pocos centímetros de su cara...y ese loco impulso de inclinarse hacia delante para oprimir los labios contra ella.

-.Lo de anoche no fue para cobrarme, Cassie. Fue una tentación demasiado grande. Lamento por ti lo que ocurrió. Por mí...no lo lamento en absoluto.

Ella no esperaba ese intento de explicación. pero Angel habría podido ahorrar saliva porque ella no le creía una palabra, salvo eso de que no lo lamentaba por sí mismo. ¿Qué podía lamentar si no perdía nada con el hecho y eso no perjudicaba su reputación claramente?

No respondió; tampoco quiso mirarlo. Pero dio un respingo cuando él le acercó una mano a la mejilla. Sin llegar a tocarla la mano quedó vacilando allí y se alejó. ¿por qué sentía de pronto ganas de llorar¿

No lloraría. Se levantó de la cama rozándolo.

-Ponte las botas y vete –le dijo, camino hacia su escritorio. Abrió un cajón para sacar el revólver-. Aquí tienes esto –agregó arrojándoselo-. Nunca se sabe cuándo hay que matar a alguien.

Él cogió el arma pero no hizo otro movimiento. Por un largo instante se limitó a mirarla. Ella casi pudo percibir cómo se producía el cambio, la dureza surgía a la superficie y se hacía cargo del mando.

-Sí, nunca se sabe.

Cassie disimuló un gesto de horror. De pie ante ella tenía al hombre que había visto llegar tres semanas antes: un hombre violento, impacable cuando era necesario, sin conciencia, sin corazón. Ella lo había hecho volver a su frialdad. Pero era mejor así. Ese era el hombre al que estaba más habituada, no al que temía tocarle la mejilla.

CAPITULO 23

Angel se sentó en la sala con la botella de tequila que María le había dado de su propia reserva. Como Charles Stuart no bebía licores fuertes, en la casa no había una sola botella de whisky. Y Angel no tenía ánimos de ir a la ciudad para comprar una. En su estado de ánimo era seguro que, si lo hacía, se metería en problemas.

No vio a su esposa desde que salió de su cuarto por segunda vez en esa mañana. En la primera oportunidad el enojo hizo que saliera sin sus botas. Ya iba camino al establo cuando cayó en la cuenta de que estaba descalzo. Tuvo que volver porque sólo tenía ese par, pero esperó hasta enfriarse un poco antes de llamar nuevamente a la puerta de Cassie.

Por entonces ella también estaba más tranquila. Por lo menos pudo hablarle civilizadamente al comprobar que las botas no estaban a la vista.

-Si Marabelle estaba en el cuarto, debes buscar bajo la cama –sugirió-. Allí suele guardar las cosas que quiere para sí.

-¿Qué quiere para sí? –La escena que imaginó le hizo fruncir el entrecejo.- No pienso pelear con tu Marabelle por mis botas.

-No hará falta. Por si no te has dado cuenta, no está aquí.

El no se había dado cuenta. ¿Cómo podía ver nada si apenas podía apartar los ojos de Cassie? Aún con la cabellera bien recogida y el vestido correctamente abrochado –sin duda se

había puesto también un par de bragas – seguía viéndola como la noche anterior, tendido bajo él, con el largo pelo castaño esparcido en la almohada y los pechos plenos...sin bragas.

Estaba ocurriendo otra vez. Ya había perdido la cuenta de las veces que se había excitado recordando lo de la noche anterior. Estiró las piernas y bebió otro poco de tequila, pero eso no lo ayudó a olvidar.

Había tenido que ponerse de rodillas para buscar debajo de la cama. Ella hizo lo mismo por el lado opuesto. Las botas estaban allí junto con un montón de cosas irreconocibles...y el vestido de encaje blanco y color espliego. Fue lo primero que él sacó para mostrarlo en alto.

-Un bonito vestido de novia, Cassie. Lástima que no te quitaste el abrigo.

Ella se limitó a mirarlo con ojos muy grandes sin responder. Angel, sin saber por qué había dicho eso agregó incómodo:

-Parece que el gato no lo ha estropeado.

-Por supuesto. Sabe que no debe mascar mi ropa.

-¿Y las botas sí?

-Ese es otro caso. A Marabelle la vuelven loca.

-¿Por el olor a cuero?

-A sudor, antes bien.

Él sintió deseos de reír al oírselo decir de ese modo, como si fuera obligatorio saberlo. Ella le hacía reír en los momentos más extraños y, generalmente, por cosas que no eran divertidas. Pero no rió. Sacó las botas y salió del cuarto antes de ceder al impulso de hacerle nuevamente el amor.

Había hacho mal en subir a su cuarto la noche anterior. Lo sabía. Era una gran estupidez. Empero, sin culpa por su parte se encontraba con el derecho legal de hacer el amor a la mujer que lo volvía loco de lascivia.

NO HABÍA MODO DE PASAR ESO POR alto una vez que la idea tomaba asidero. No podía luchar contra una tentación tan potente. Esa mañana había dicho la verdad. Pero a ella no le interesaban los motivos; le importaba poco haberse convertido en su debilidad. Aún estaba muy alterada por el hecho de que el casamiento forzado hubiera cobrado momentánea vigencia.

R. J. MacKauley era un tipo de mal genio, pero lo que había hecho no era nada grave. Todos lo sabían...salvo Cassie. Ella había querido impedirlo a toda costa. Angel aún se enfurecía al recordar como había luchado por evitarlo. Y eso también era una estupidez; tomarse el rechazo tan a pecho sabiendo que no tenía ninguna posibilidad de ser aceptado por una mujer como ella.

Nunca antes había sentido tal maraña de emociones. Y no sabía cómo calmarlas...salvo alejándose. Dentro de pocos días podría hacerlo. Eso era todo lo que hacía falta, alejarse de la tentación. La distancia se encargaría de ordenarle las ideas, ponerlo otra vez en su senda solitaria y acabar con esos tontos anhelos de algo distinto.

Y partiría con la página en blanco. Ya no debía nada a nadie...

¿Qué no? Al subir al cuarto de Cassie la noche anterior, sabía que iba a crearse una deuda con ella. Cassie no le habría entregado su virginidad si hubiera tenido alternativa. Hasta entonces siempre le había impedido jugar con eso. ¿Y cómo se saldaba una deuda como esa?

La respuesta surgió con bastante celeridad pues el tequila aún no le había ensordecido los pensamientos. Él sabía lo que Cassie deseaba. Su habito de entrometerse había empeorado una mala situación; como resultado, ella dejaría tras de sí a algunas personas muy desdichadas. Nada quería tanto como resolver eso para poder volver a su casa con la

Librodot

conciencia tranquila. No era la especialidad de Angel, pero tal vez pudiera hacerlo por ella. A Cassie no le gustarían sus métodos –al fin y al cabo, a nadie le gustaban-, pero se podía hacer.

Iba a echarse otro trago, pero la oyó llegar y se puso tenso. Caramba, esos ronroneos atravesaban las paredes. Observó las puertas abiertas apretando el vaso entre los dedos. Generalmente no lo molestaba. No era la primera vez que se cruzaba con ella dentro de la casa; siempre se limitaba a mirarlo con esos enormes ojos dorados.

Lo mismo hizo al aparecer en el vano de la puerta. Como se sentó sin hacer ademán de entrar en la sala, él se relajó un poco.

-Muchacha inteligente –dijo saludándola con la cabeza-. Después de haber encontrado en mis botas esas marcas de dientes, soy tu peor enemigo. Así que mantén dis...

En un par de saltos Marabelle estuvo a sus pies. Los olfateó un poco y se dejó caer al suelo para enroscarse junto a sus tobillos, literalmente, plantándole una zarpa para impedir que se movieran. El no iba a ceder.

-Si empiezas a limpiarte los dientes conmigo, te mato –le advirtió.

Sin levantar la vista, la pantera empezó a frotar la cara contra el borde de una bota. Angel no acercó la mano a su revólver.

-Demonios, eres tan mala como ella. No sabes cuándo ceder.

La pantera seguía ronroneando. Angel la vigilaba con atención. ¡Y cómo raspaban sus dientes contra el borde de su bota¡ Meneando la cabeza, decidió que el tequila debía de ser más potente de lo que pensaba. De otro modo no se habría quedado sentado allí con una pantera adulta royéndole los pies.

CAPITULO 24

Al abrir los ojos Cassie descubrió que no había sido un sueño después de todo. La noche anterior Angel había estado en su cuarto, pero muy tarde, cuando ella dormía. No por mucho tiempo, claro.

Despertó con un beso suyo, cubierta a medias por su cuerpo y estas palabras:

-Todavía no estamos divorciados, tesoro.

Era muy cierto. Se divorciarían, pero aún estaban casados. Y a ella no le había interesado recordar su decisión de no permitirle ejercer mas derechos conyugales temporales. Por lo menos, la noche anterior no había querido, pero la luz intensa de la mañana solía poner las cosas en su debida perspectiva mientras que el resplandor difuso de una fogata moribunda no se prestaba a las ideas claras.

No lamentaba que le hubiera hecho el amor aunque no pudiera decirlo. Pero no podía permitirle que siguiera haciéndolo. Claro que él estaría allí por pocos días más y, a no ser por otras posibles consecuencias a tener en cuenta, ella habría dado cualquier cosa por pasar en sus brazos cada minuto del tiempo restante.

Pero Jenny fue la primera en decirle que no hacía falta mucho para quedar embarazada. Y aunque Cassie deseaba tener hijos algún día, no quería quedar prisionera en el mismo aprieto que Jenny: el de ser una mujer divorciada con un bebé a cuestas.

En realidad, llegado el caso seguiría su propio consejo: “No firmar ningún papel para el divorcio”. Desde luego, con eso no ganaría un esposo, al menos uno que viviera con ella. Angel quería su libertad y esperaba recobrarla. No se quedaría con ella sólo por un papelucho que los declarar legalmente casados.

Al girar la cabeza se encontró con esos ojos negros. Lo creía aún dormido; por eso no había tratado siquiera de escapar del brazo estirado sobre su torso. Ese brazo se movió en tanto él levantaba la mano para tocarle la arruga del entrecejo.

-Puedo darte algo más agradable en qué pensar – dijo, levantándose para inclinarse hacia ella.

Cassie estuvo a punto de dejarse besar. Estaba muy provocativo con ese pelo revuelto, los ojos soñolientos y esa expresión tan sensual. Angel, inclinado para hacer el amor, era devastador para sus sentidos recién alertados. Sólo una vez más. ¿Qué podía...?

En el último instante levantó la mano para rechazarlo. Para sus adentros gruñía por lo que iba a perderse. Por fuera impuso a sus facciones una expresión decidida.

-Que yo sepa así se hacen los bebés – dijo, tratando de no parecer demasiado acusadora-. ¿Tienes intenciones de dejarme uno antes de irte?

Durante cinco segundos él no dijo nada. Luego se dejó caer nuevamente en la cama con la vista clavada en el techo.

-No te andas con rodeos, ¿eh?

-La pregunta es razonable.

-Lo sé.-El suspiró.- Y no, no es esa mi intención. A decir verdad, nunca he tenido que tener eso en cuenta dado el tipo de mujeres que suelo...

Dejó la frase abierta, pero ella captó fácilmente la intención. Estaba habituado a pagar por sus placeres; los hombres daban por sentado que sus mancilladas palomas sabían impedir esas cosas. Lo más probable era que lo supieran porque de lo contrario se quedaban sin trabajo.

De pronto él rodó hacia ella, aunque con cuidado de no tocarla. Su expresión era de intenso interés.

-¿Quieres tener un bebé?

Los ojos de Cassie se dilataron.

-¿Qué pregunta es esa?

-Una pregunta razonable.

-Ni por asomo –rezongó ella incorporándose para fulminarlo con la vista mientras se ceñía la sabana a los pechos-. Para tener hijos necesito un esposo, pero un esposo de verdad, que esté conmigo para ayudar a criarlos. Así me gustaría tenerlos amontones...pero de otro modo no.

El resentimiento era audible con claridad. Se le había deslizado porque ya no creía poder hallar ese esposo. El lo interpretó como otro rechazo, como que ella no lo aceptaba ni lo aceptaría nunca para ese papel.

El también se incorporó, pero fue para abandonar la cama y vestirse. En esa oportunidad Cassie no lo observó. Con los brazos rodeando las rodillas flexionadas apartó la cara para no sentir tentaciones. Estaba irritado consigo misma, pero ¿qué otra cosa habría podido decirle? Que no le molestaría tener un bebé de él. ¿Y por qué preguntaba al fin y al cabo?

-Debí haber matado a ese viejo vengativo de MacKauley cuando tuve la oportunidad. Cassie se volvió rápidamente ante ese grave murmullo. Angel ya estaba vestido y se ceñía la pistola.

-Eso no tiene gracia –dijo,seca.

-¿Acaso me estoy riendo? –le espetó él con la misma sequedad.

-No sé que demonios estás haciendo o pensando, pero no puedes matar a R. J. El no te empujó a mi cama, Angel.

No, pero adivinó mi única debilidad. ¿Por qué demonios crees que se divertía tanto?

-¿Qué debilidad?

Angel no tuvo tiempo de responder. El pestillo emitió un chasquido y la puerta comenzó a abrirse. El se volvió desenfundando el revólver en el mismo instante. Y el saludo que Charles Stuart estaba a punto de pronunciar quedó sin decir.

Cassie ahogó una exclamación.

-¡Papá¡

Angel echó un vistazo a su expresión horrorizada y dijo:

-Supongo que a él tampoco puedo matarlo, ¿verdad?

Lo había dicho en voz muy baja, pero Cassie, temiendo que su padre lo hubiera oído se apresuró a asegurar:

-Está bromeando, papá. No lo interpretes mal.

Angel calló lo que iba a decir:"¡Cómo que no¡", y enfundó el arma. No sabía por qué, pero las conversaciones con su "esposa" le dejaban con frecuencia ganas de matar a alguien, a cualquiera, a quien fuera. Lástima grande que no hubiera sido MacKauley el que entraba por esa puerta. Charles Stuart era otra cuestión.

Era más joven de lo que Angel suponía; parecía tener unos cuarenta y dos años. Su pelo era tan oscuro y lustroso como el de Cassie; los ojos, pardos como el chocolate. La nariz, levemente torcida, atestiguaba haber sido fracturada en algún momento. Se apoyaba en un bastón por cojear del pie herido. Eso lo reducía a la altura de Angel, de lo contrario habría medido tres o cuatro centímetros más.

El padre.

Era la primera vez que Angel debía vérselas con un padre enfurecido. Y como era el padre de Cassie, no podía dispararle, desafiarlo a duelo ni pelear con él. Desde luego, eso iba a ser interesante.

Charles estaba cansado y le dolí el pie; aunque tenía un genio formidable, nunca perdía los estribos cuando se trataba de su hija. Además, aún estaba demasiado incrédulo como para demostrar su enojo.

-¿Qué hace este hombre en tu cuarto, Cassie?

La muchacha se había distraído ante el comentario de Angel, pero en ese momento comprendió lo que debía de pensar su `padre, ella en la cama, sin nada bajo las sábanas y el camisón, en el suelo, a los pies de Angel. Él estaba vestido, pero no mucho, con la camisa negra desabotonada, aunque metida en los pantalones, y sin botas. No era así como había imaginado las explicaciones. Las mejillas se le enrojecieron tanto que llegaron a arderle.

-Las cosas no son lo que parecen, papá. Bueno, sí, pero...estamos casados, al menos por el momento...Oh, caramba, han pasado muchas cosas desde que te fuiste.

- Eso es obvio . replicó Charles. Yen el mismo aliento-: ¿Qué estáis casados? Por el amor de Dios, no hace tanto que me fui. ¿No podías esperar a que yo regresara?

-Traté de hacérselo entender a R. J., pero no quiso ser razonable.

Charles miró a Angel.

-¿Usted también se llama R. J.?

-No señor. Me llamo Angel.

-¿Angel qué más?

-Angel nada más.

-¿Por lo tanto, eres la señora Angel, Cassie?

-Creo que si o...-Súbitamente se volvió hacia Angel pálida- Podrían haber puesto “Brown”. ¿Te fijaste qué nombre pusieron en el acta de casamiento?

-Con tantos testigo, no importa qué nombre hayan puesto. La cosa es legal, la mires como la mires.

Charles paseaba la vista entre los dos. Por fin la fijó en Cassie.

-Si él es Angel, ¿qué papel juega R. J. En todo esto?

-Fue idea de él –explicó Cassie-. Lo cierto es que él insistió a punta de pistola.-Luego suspiró audiblemente.- Hará falta tiempo para aclararte todo, papá. ¿Por qué no me esperas abajo? Iré en cuanto me vista.

Por un momento Charles no se movió. Por fin miró significativamente a Angel.

-¿Viene usted?

Hubo otro largo momento de silencio mientras Angel se preguntaba qué pasaría si se negaba. Apostó a que, por esa vez, el padre cedería ante el “esposo”.

-Dentro de un minuto –dijo.

Pasaron algunos segundos más antes de que Charles con un gesto de asentimiento abandonara la habitación. De inmediato Angel miró a Cassie. Acabaron mirándose con fijeza un minuto entero, ambos patéticamente conscientes de que se les acababa el tiempo.

Por fin ella apartó la vista para decir:

-Esto no va a gustarle, pero a estas alturas no hay nada que pueda hacer. No es un hombre violento. Mamá, si se enterara, querría cortar en pedacitos a R. J., pero papá no actúa así.

Angel se dio por conforme. Ella conocía mejor a sus padres.

-No pidas el divorcio hasta que estés segura, Cassie.

Era como si el padre no hubiera intervenido. Aún estaban atentos al último tema.

-No haré nada hasta llegar a casa –le aseguró ella.

-¿Me avisarás?

-Lo sabrás cuando recibas los papeles del divorcio –fue cuanto ella dijo.

-Está bien.

Ella volvió a mirarlo con ojos grandes casi vidriosos.

-¿Me..me dejas ya?

El no reparó en lo quebrado de su voz. Ya se había vuelto hacia la puerta.

-Tengo algo más que hacer antes de irme. Nos veremos esta noche.

La puerta se cerró tras él, pero Cassie tenía una tregua. Algunas horas más. Tiempo suficiente para pensar seriamente en sepultar el orgullo y pedirle que se quedara.

CAPITULO 25

Se acercaba la hora de acostarse, pero Cassie no mostraba intenciones de abandonar la sala. En todo ese día no había vuelto a ver a Angel y no pensaba acostarse sin haberlo visto.

El padre la acompañaba en amistoso silencio. Las explicaciones habían ocupado casi toda la mañana. El se mostró alternativamente horrorizado y sorprendido; acabó por ponerse furioso al saber que R. J. se había ensañado tanto con ella. Le dijo que no tenía por qué irse del rancho; él se encargaría de los MacKauley y también de los Catlin si hacía falta. Naturalmente, ella no podía permitirlo. Ya había causado demasiados problemas.

Por suerte, él no volvió a preguntar qué estaba haciendo Angel esa mañana en su dormitorio una vez enterado de que el matrimonio era sólo temporal. Pero Cassie sabía qué estaba haciendo allí, sentado con ella. Aunque no dijera nada al respecto, no tenía intenciones de dejarla otra vez sola con Angel por mucho que ella deseara otra cosa. Por la mañana había llegado lleno de cansancio tras haberse adelantado a sus hombres que no llegarían con el toro nuevo sino al día siguiente. Pero como pasó la tarde durmiendo, no habría agotamiento que permitiera a Cassie algunos minutos de intimidad con Angel.

La muchacha se puso tensa al oír que la puerta principal se abría y volvía a cerrarse. Tendría que pedir a su padre que le diera algunos minutos de intimidad. Probablemente él se negaría, pero de cualquier modo había que pedirlo.

Sólo que no era Angel quien se acercaba a las luces y el calor de la sala. Con un aspecto aún más exhausto y desaliñado que el de Charles por la mañana, Catherine Stuart apareció en el vano de la puerta.

-¿Estoy en Texas o esa tormenta por la que pasé me llevó de nuevo a Wyoming?

Catherine se refería a la casa, que veía por primera vez, con su estrecho parecido a la casa del Lazy S. Pero no obtuvo respuesta. Cassie estaba momentáneamente muda. Charles no habría contestado en cualquier caso, pero en es momento sólo podía mirarla con fijeza.

Catherine también se dedicó a eso en cuanto posó los ojos en él. Ambos tenía diez años de cambios físicos que observar y lo hicieron con descarada curiosidad.

Todavía se estaban mirando con atención cuando Cassie recuperó la voz.

-¿Qué haces aquí, mamá?

-¿Estás bromeando? –replicó su madre acercándose para darle un abrazo-. ¡Prácticamente me desafiaste a venir¡

-Yo no hice eso –protestó Cassie tratando de recordar qué había escrito en esa última carta a su madre-. Te invité, ¿no?

-De una manera pensada para que yo no aceptara. Pero olvidaste que te conozco como nadie, pequeña. No iba a esperar hasta tenerte en casa para averiguar por qué no me querías aquí.

Cassie hizo una mueca. De eso le servía intentar una astucia que no estaba en su carácter. Habría debido adivinar que pasaría eso puesto que su madre no había vuelto a escribirle ni a telegrafiarle. Entonces recordó también la amenaza de su madre.

-No me digas que...¿viniste con un ejército? –preguntó Cassie.

-Solo con unos pocos peones.

-¿Cuántos son unos cuantos?

-Quince – dijo Catherine mientras se acercaba al fuego. Se quitó el sombrero y echó una breve mirada a Charles antes de golpearlo contra su falda de montar, con lo que provocó una pequeña nube de polvo que fue a asentarse en la alfombra oriental-. Por el momento los dejé en la ciudad.

Mientras observaba a su madre, Cassie gruñó para sus adentros. Ya comenzaban esas pequeñas cosas que sus padres hacían para irritarse mutuamente. Ni siquiera trataban de

Librodot

hacerlas con sutileza porque sabían que ni el uno ni la otra dirían nada...al menos, mutuamente. Tras diez años de separación, cualquiera habría pensado que podían haber olvidado ese aspecto de la discordia. Pero no, era como si no se hubieran separado nunca.

-Lamento que hayas hecho semejante viaje para nada, mamá. Iba a partir mañana.

¿Eso significa que tu problema se solucionó?

-Con una pequeña ayuda de mi Angel guardián.

Bueno, lamento no haber llegado a tiempo. Pero al menos tuviste la ayuda del señor Pickens. Y me encanta que vuelvas a casa. Pero ¿por qué vas a abreviar tu visita?

-Se podría decir que he abusado de la hospitalidad de esta zona –replicó Cassie tratando de no mostrarse horrorizada. Podía dejar para más adelante las explicaciones sobre el sustituto de Lewis Pickens.

-Si quieres quedarte, pequeña, yo me encargaré de eso – fue la respuesta de Catherine.

Cassie se apresuró a menear la cabeza.

-Papá ya melo ofreció, pero no quiero causar más problemas. Todo estará mejor si vuelvo a casa.

-¿Tu papá se ofreció a hacer algo?¿De veras?

Había demasiado desprecio en esa pregunta, por no mencionar la fingida incredulidad, y Charles no pudo guardar silencio.

-Puedes decir a tu mamá, Cassie, que yo puedo resolver los problemas de mi hija tanto como ella.

-Puedes responder a tu papá que he dicho: “¡Ja¡” – contraatacó Catherine.

Cassie los miró con exasperación. A los diez años de edad, esa forma de hablar por intermedio de ella le había parecido un juego. Ahora le parecía muy ridícula. ¿Por qué no había tratado nunca de hacer algo?

-Diablos, ya veo que no bromeabas, tesoro –dijo otra voz.

Al volverse, Cassie vio a Angel en el vano de la puerta, reclinado contra el marco, de brazos cruzados y con el sombrero echado hacia a tras. Llevaba puesto su impermeable amarillo. Ella se moría por saber dónde había estado, pero...

-No es buen momento – se vio obligada a decir.

-Es el único momento –replicó él-. Lo cierto es que el reencuentro tendrá que esperar.

-Me parece que lo conozco, joven –observó Catherine.

Angel asintió.

-Sí, señora. Nos conocimos hace algunos años. Me llamo Angel.

La sorpresa de Catherine era evidente.

-Es cierto. Usted trabajó por un tiempo en la zona de Rocky Valley, ¿no? Pero ¿qué le trae tan al sur?

Los ojos de Angel se cruzaron brevemente con los de Cassie. Luego él respondió.

- Vine a cuidar a su hija para hacer un favor a Lewis Piclens.

Catherine echó un vistazo a Cassie.

-Pero yo creía que...

-El señor Pickens no pudo venir, mamá. Por eso me envió a Angel. ¿Y que es lo que no puede esperar?

La pregunta era para Angel, que abandonó su postura indiferente para replicar:

-Tienes que venir conmigo.

-¿Donde?

-Al granero.

Eso no era exactamente lo que Cassie esperaba oír.

-¿Qué hay en el granero?

-Algunos amigos tuyos dispuestos a dejar que te entrometas una vez más.

Los ojos de la muchacha se dilataron al comprender.

-¡Qué hiciste¡ ¿Los dos?

-Y algunos más.

-¿Podríais hablar de modo que todo el mundo os entienda? – intervino Catherine en ese momento.

-Angel se las ha arreglado para reunir a algunos de los MacKauley y de los Catlin bajo un mismo techo para que yo pueda hablarles- explicó Cassie. Y agregó dirigiéndose a él-: Por eso lo hiciste, ¿verdad?

-Creo que te lo debía –fue cuanto él dijo.

Cassie se ruborizó y sonrió al mismo tiempo...hasta que se le ocurrió otra pregunta.

-¿Vinieron por propia voluntad?

-No perdí el tiempo en preguntárselo.

-Un momento –exigió Catherine-. ¿Dice usted que trajo a esa gente hasta aquí a punta de pistola?

Angel se encogió de hombros.- Con un grupo como ese no hay otro medio, señora. Ustedes pueden acompañarme o no, pero Cassie tiene que venir. Y como creo que esto va a llevar algún tiempo, no se preocupen si tarda.

Por fin Charles alzó la voz.

-Usted está loco si cree que voy a permitirle salir a solas con mi hija cualquiera que sea el motivo. Además, yo también tengo un par de cosas que decir a R. J. Cassie, di a tu mamá que no tiene por qué esperarnos levantada. Que se ponga cómoda.

-Cassie, di a tu papá que el loco es él si cree que voy a quedarme aquí – replicó Catherine.

La joven no cumplió ninguna de esas órdenes, pero Angel hizo una advertencia.

-Si entran en ese granero, señores, jugarán según mis reglas. Nadie saldrá hasta que yo lo diga. Y usted, señora Stuart, tendrá que entregarme su revólver. Esta noche sólo hará falta el mío.

Catherine cedió en ese punto y entregó su arme, pero susurró aparte a Cassie:

-¿Qué deuda cree tener contigo para estar dispuesto a desobedecer la ley?

-Es algo personal, mamá.

En ese momento, los ojos de plata, del mismo color que los de la hija, se entornaron.

-¿Tendré que dispararle antes de que nos vayamos, pequeña?

Cassie habría querido que su madre no hablara en serio, pero sabía que así era.

-Por favor, no saques conclusiones precipitadas –le dijo-. Cuando esto termine te explicaré todo.

-Espero que la explicación sea buena porque no creo que ese joven me guste.

Cassie habría preferido seguir pensando lo mismo.

26

En cuanto entraron en el granero Angel entregó un puñal a Cassie. Como había varias lámparas encendidas, ella vio a primera vista para qué, iba a necesitarlo. La mirada que echó hacia Angel estaba llena de reproche decididamente.

El se limitó a encogerse de hombros indiferente y dijo:

-¿Creías que iban a estarse sentados tranquilamente esperándote?

-Supongo que no, pero así no estarán muy bien dispuestos a mostrarse comprensivos.

-De otro modo no saldrán de aquí.

-¿Quieres que les meta el sentido común por la fuerza? El le sonrió abiertamente.

-Por lo menos quiero que lo intentes.

Ella le devolvió la sonrisa porque pensaba hacerlo. Pero antes debía liberar a algunos vecinos. Su madre la ayudó puesto que el arma entregada a Angel no era la única, atado a la bota llevaba un cuchillo de caza con el que liberó a los MacKauley. Cassie se dirigió de inmediato a Jenny.

-Lamento mucho esto -dijo a su amiga mientras cortaba la soga que le ataba las muñecas.

-¿Qué pasa? -fue la primera pregunta de Jenny en cuanto ella le quitó la mordaza.

-El otro día, Angel me oyó expresar cierto deseo y decidió otorgármelo.

-No dará resultado, Cassie.

-Ojalá te equivoques. ¿Quieres oficiar de anfitriona? -agregó señalando a Dorothy con la cabeza.

-Será mejor. Lo más probable sería que te diera una bofetada en cuanto le soltaras las manos.

Dorothy no estaba tan enfurecida, pero la desconcertaba esta¡ allí. Sin embargo, el bochorno tenía mucho que ver, pues Angel lz había sacado de la cama en camison, con el rubio pelo suelto. En realidad, parecía mucho más joven. Para una mujer como Dorothy, habituada a ejercer una autoridad total, eso era una desventaja. Pero existía otra consecuencia en la que aún no había reparado, R. J. parecía no poder quitarle los ojos de encima.

A él también lo habían sacado de la cama y estaba en calzoncillos largos rojos, pero eso no podía afligir a un hombre como R. J. Lo que lo enfurecía era que lo hubieran atrapado tan desprevenido y el estar sin armas mientras que Angel, de pie frente a la puerta cerrada, cruzado de brazos y muy tranquilo, mantenía su *colt* a la vista de todos.

Los únicos ausentes de ambas familias eran Buck y Richard, ambos inaccesibles por haber estado compartiendo el lecho de compañeras. a quienes Angel no quería comprometer. Frazer rió al verse libre. En realidad, fue el primero en hablar.

-Tengo que reconocerle algo, señorita Cassie. Las cosas son mucho más interesantes desde que apareció usted.

Su humor, como de costumbre, la irritó.

-No actúo con intención de entretenerlo, Frazer. -Supongo que no puede evitarlo, ¿eh?

Ella pasó el comentario por alto. R. J. no.

-Cierra el pico, Frazer -ordenó. Y preguntó a Cassie con toda la belicosidad de que era capaz-: ¿Qué demonios se trae ahora entre manos, niñita?

Catherine, que acababa de cortar las ataduras de Morgan, levantó la vista.

-Tenga cuidado con el tono que usa cuando hable con mi hija, señor.

-¿Su hija? Bueno, eso sí que está bueno. Llega un poquito tarde, señora, para poner a su hija en vereda. Debería haber...

R. J. no pudo continuar.

-Cuida tu tono cuando hables con mi esposa y con mi hija -le espetó Charles acercándose a R. J. para plantarle un puño en plena boca.

El hombre retrocedió dos pasos y sacudió la cabeza. Luego miro al padre de Cassie con sorprendido reproche.

-¿Por qué has hecho esto, Charley? ¿No somos amigos? -¿Desi)ués de lo que le hiciste a mi hija? Tendrás suerte de que' no te destroce.

-¿Qué he hecho yo, salvo apresurar lo que ella ya estaba planeando?

Al oír eso, Frazer cayó en un fardo de heno, vencido por una silenciosa carcajada. Sólo Cassie se dio cuenta, pero no tenía tiempo que malgastar en una mirada de disgusto. Creía haber convencido a su papá de que no se vengara de R. J.. al parecer no era as¡, pero no estaban allí para solucionar esas reyertas.

-Papá...

El no la escuchó porque al mismo tiempo estaba diciendo:

-Lo que ella planeara no viene al caso, R. J., y tú lo sabes muy bien.

R. J. levantó una mano al ver que su vecino daba otro paso hacia él.

-Vamos, Charley, vamos. No quiero tener que golpearte.

Ese modo de expresar las cosas era indicativo de la confianza que se tenían. El hecho de que a Charles no le importaba revelaba la intensidad de su enojo. Levantó el puño otra vez y R. J. se preparó para bloquearlo. Entonces Angel disparó hacia el techo.

Una nube de polvo y astillas cayó sobre los dos hombres en tanto los demás giraban hacia la entrada. Angel enfundó tranquilamente el arma.

-Lamento arruinarles la fiesta -dijo con su entonación arrastrada-, pero cualquier acto de violencia que haya aquí correrá por mi cuenta. -Y agregó, mirando directamente a Charles-- Si lo que MacKauley hizo valiera la pena para pelear, yo mismo ya lo habría matado. Deje usted, señor Stuart. Por el momento Cassie está bajo mi responsabilidad, no la suya, y ella sólo quiere decir algunas palabras a estas personas.

Charles bajó el puño y asintió a regañadientes, aunque no se volvió sin clavar en R. J. una mirada que decía: "Esto no ha terminado." Mientras tanto, Catherine se acercó a Cassie.

-Parece que se me invitó a participar en esta pequeña fiesta sin habérseme dicho algo importante -observó-. ¿Te molestaría explicarme por qué tu padre está tan enojado? ¿Y por qué ese pistolero a sueldo dice que tú estás bajo su responsabilidad?

-Porque es mi esposo -dijo Cassie en un susurro.

-¿Tu qué? -chilló Catherine.

-Por favor, mamá, no es buen momento para explicaciones.

-¡Cómo que no!

-¡Por favor, mamá!

Catherine hubiera dicho muchas cosas más, pero se lo impidió la expresión de Cassie. No era una mirada suplicante, sino de terca decisión que no estaba habituada a ver en su hija. Era obvio que Cassie no iba a hablar del tema.

Ella tampoco estaba habituada a ceder, pero en ese caso lo hizo... por el momento.

-Bien, pero hablaremos en cuanto hayas terminado con esto.

-De acuerdo. -Cassie se volvió a mirar a R. J. y a Dorothy. Aspiró muy hondo antes del decirles:- He tratado antes de pedir disculpas, pero no volveré a hacerlo porque mis intenciones eran buenas aunque ustedes piensen lo contrario. Se me ocurrió que un casamiento entre las dos familias pondría fin a la animosidad con la que habéis vivido por mucho tiempo. Así debería haber sido, pero no lo permitieron, ¿verdad? Lo irónico es que ambos han enseñando a los hijos a odiar sin que ellos sepan siquiera por qué. ¿Por qué no les explican las causas?

R. J. se puso rojo al encontrarse en semejante aprieto. Dorothy apartó la cara negándose de plano a hablar de la rencilla ni de cosa alguna.

Cassie suspiró.

-Son muy tercos los dos, pero ¿no comprenden que esa terquedad está haciendo sufrir a sus hijos? Por lo menos a Jenny y a Clayton. Si los dejaran en paz podrían ser una pareja muy feliz. ¿No se dan cuenta de que ambos son ahora desdichados?

-Mi muchacho no es desdichado -barbotó R. J.-. Y usted no tiene nada que decirme, niñita. Ordene a ese marido suyo que abra la puerta.

-Todavía no, señor MacKauley. Usted me obligó a una boda. Yo voy a obligarlo a una pequeña conversación.

La respuesta de R. J. fue volverle la espalda haciendo que la joven apretara los dientes de exasperación. Pero ya sabía a qué se en-

frentaba. Nunca había conocido a nadie tan empecinado, irrazonable y violento. Pero antes de que pudiera pensar una respuesta para quebrar su obstinación, Dorothy Catlin habló. No había dudas de que lo que acababa de oír la había tomado por sorpresa.

-No me digas que volviste a hacerlo. R. J. ¿Otra vez? ¿Otra vez cometiste ese estúpido error?

-Mira, Dotty... -comenzó R. J., obviamente tratando de aplacarla., Pero no llega tanto.

-No me vengas con 'mira Dotty', hijo de... Dime si volviste a organizar otra boda a punta de revólver. Anda, dímelo.

-No fue lo mismo, demonios -protestó R. J.-. Ella dijo que era su prometido.

-¿Y tú lo creíste? -exclamó Dorothy incrédula-. ¿Una inocente como ella con un pistolero implacable.

Angel hizo una mueca. Cassie encogió el cuerpo. Los muchachos MacKauley miraban a los dos que discutían con los ojos grandes de asombro. También Frazer, que no hallaba nada gracioso en aquello... todavía. Pero Jenny Catlin se estaba enfureciendo según varias cosas oídas a lo largo de años que comenzaban a ordenarse en su memoria.

-¿Cómo "otra vez', mamá? -preguntó apartándose de Clayton (como nadie lo desataba, lo había hecho ella). Se enfrentó a su madre-. ¿A quién más obligó este hombre a casarse?

La furia de Dorothy se transformó rápidamente en una actitud defensiva.

-Eso no tiene importancia.

-¿No? Fue a ti, ¿verdad?

-Jenny...

Pero por una vez Jenny no iba a ceder.

-Quiero saber por qué se me separa de mi esposo, mamá. Cada vez que te lo pregunté me respondiste con evasivas. Pero esta vez no será así. Fue a ti, ¿verdad? ¿Fue eso lo que inició esta rencilla

Dorothy buscó ayuda en R. J., nada menos. Al ver eso, Jenny estalló.

-¡Tengo derecho a saberlo, caramba! ¡Mi bebé tiene derecho a

saberlo!

-¿Tu bebé?

Lo dijeron tres personas. Clayton agregó un grito de alegría y corrió a alzar a Jenny para hacerla girar en el aire. Ella no había pensado decírselo de ese modo. En realidad, no esperaba tener la oportunidad de decírselo. Y la felicidad del joven disolvió en parte su enojo contra los padres.

-Un bebé -repitió R. J., sentándose en un cajón de madera para digerir la noticia-. Eso si que es grande. -Entonces sorprendió la expresión espantada de Dorothy y sonrió.- ¿Oíste eso, Dotty? Vamos a compartir un nieto.

Dorothy le clavó los ojos entornados.

-¿Quién habla de compartir? Tu hijo puede venir a vivir a casa. -¡Ni lo pienses! -R. J. volvió a levantarse como un rayo.- -Tu hija tendrá ese bebé en mi casa o... -Tuvo que interrumpirse, pues no había una amenaza adecuada a esa situación en especial.

Dorothy aprovechó la pausa para avanzar.

-¿Conque ahora sí estás dispuesto a recibirla?

R. J. pasó eso por alto e insistió terco:

-Una mujer debe estar junto a su marido.

Dorothy le hundió un dedo en el pecho con tanta fuerza que lo hizo caer otra vez al cajón de madera.

-Si está divorciada, no.

-Oh, Dotty, qué diablos, no puedes...

-¿Que no?

-¡Basta, ustedes dos! -dijo Jenny apartándose de Clayton, aunue él siguió ciñéndole la cintura con un brazo para indicar claramente formaban un frente común-. Seré yo quien decida dónde tener te bebé. Y tal vez no lo tenga en Texas siquiera si no se me dan algunas respuestas. La verdad, mamá, sin más rodeos.

Dorothy se había vuelto para enfrentarse a su hija. R. J. gruñó a sus espaldas.

-¿De dónde saca tantas agallas?

-¿Qué crees tú? -replicó Dorothy sólo para él antes de cuadrar os hombros para las explicaciones que su hija le exigía-. Estuvimos enamorados ese viejo patán y yo.

Eso fue demasiado para Frazer, cuyo humor volvió redoblado. Morgan se estiró para acallarlo con un puntapié. Como eso no dio resultado, Clayton se acercó para asestarle una buena.

Eso impuso el silencio suficiente para que Jenny expresara el asombro de todos:

-¡Tú y R. J.!

-Sí, yo y R. J. -dijo Dorothy enfurruñada-. Y ahora, ¿quieres saber el resto o no?

-No volveré a interrumpir -le aseguró Jenny.

-Ibamos a casarnos.

-¿Tú y R. J.?

-¡Jenny!

-Bueno, mamá, no puedo evitarlo. ¡Pero si odias a ese hombre! -No siempre fue así -dijo Dorothy a la defensiva-. Hubo un tiempo en que habría matado a ese cerdo si hubiera mirado a otra mujer. Por desgracia, sus celos eran aun más locos que los mí(m. Un día vino y me vio sentada en el porche con Ned Catlin, el capataz de mi padre. Yo le estaba dando palmaditas en la mano para consolarlo porque acababa de enterarse de que había muerto su madre y estaba destrozado.

-R. J. dedujo precipitadamente otra cosa. Se emborrachó hasta tal punto que, esa noche, volvió para llevamos a la iglesia, a mí y a Ned, y nos obligó a casamos. Tenía la descabellada idea de hacerme esposa y viuda en un mismo día, pero perdió la conciencia antes de Regar a la parte de la viudez. Y Ned no era justamente honrado como la luz de¡ día. No le molestó en absoluto casarse conmigo porque eso lo ascendía de capataz a patrón y le daba una participación en las ganancias de¡ rancho. No quiso concederme el divorcio, aun sabiendo que yo no lo amaba ni lo amaría jamás.

-Las cosas no terminaron allí. R. J. pasó borracho un par de meses y comenzó a disparar perdigonadas contra Ned cada vez que lo veía. Claro que, ebrio como estaba, no habría acertado ni a la pared de un granero. Pero Ned se enojó tanto que comenzó a devolver los disparos. Como tenía un poco más de suerte, una vez acertó.

-¿Te parece que perforarme el pie fue cuestión de suerte? -interpuso R. J.

Dorothy pasó eso por alto.

-Fue entonces cuando R. J. empezó a recuperar la sobriedad y a pensar seriamente en matar a mi esposo. Ned se dijo que, como yo no quería tenerlo cerca, lo más saludable sería cambiar de clima. Sólo que, antes de partir, enfureció a mi padre hasta tal punto que le hizo iniciar un pleito contra R. J. Con eso sólo consiguió abochornarlo y volverlo más maligno.

-Fue entonces cuando se casó con mi mejor amiga creyendo que eso me haría sufrir. Admito que así fue, sobre todo porque ella quedó inmediatamente embarazada. Yo estaba casada con un hombre del que no podía divorciarme y R. J. ya era hombre de familia. Entonces empecé a odiarlo.

-Ned sólo venía a casa cuando andaba escaso de dinero. Pero nunca se quedaba por mucho tiempo porque en cuanto R. J. se enteraba de su regreso recomenzaba otra vez con sus malditos disparos.

Librodot

-Sé que papá nunca estaba en casa -observó Jenny, hablando en voz baja-. Pero ¿por qué no nos dijiste nunca que era tan cerdo?

-Porque tenía motivos para estarle agradecida, Jen. No venía con frecuencia, pero cada vez que lo hacía me dejaba esperando un bebé. Y mis motivos para vivir eran el rancho y vosotros, los hijos. Además, lo que le despertó la codicia fue que R. J. le puso la tentación al paso. Hasta entonces Ned había sido muy trabajador y capataz responsable.

Siguió un denso silencio. Fue R. J. quien lo quebró.

-Cielos, no es as¡ como yo recuerdo las cosas, Dotty.

Ella se volvió para mirarlo sin alterarse.

-No me asombra. Ebrio como estabas siempre no puedes acordarte de mucho.

-Si las cosas ocurrieron así, creo que te debo una disculpa.

Ella no se dejó impresionar.

-¿De verdad?

Se le veía muy incómodo.

-¿Te parece que... eh... podríamos dejar todo eso atrás y comenzar de nuevo?

-No.

El suspiró.

-Ya me lo temía.

-Pero puedes invitarme a cenar en la ciudad mañana por la noche y lo discutiremos.

Frazer no podía dejar pasar eso por alto. Sus carcajadas volvieron. R. J. se quitó una bota para arrojarla contra su primogénito.

Dorothy comentó:

-Ese hijo tuyo sí que es raro, R. J.

-Ya lo sé -gruñó el hombrón-. Ese idiota sería capaz de reír en su propio funeral. Vamos, Dotty. Te acompañaré a tu casa, como antes... Es decir... -Se volvió hacia Cassie.- ¿Tiene que obligarnos a más conversación, niñita?

Cassie sonreía de oreja a oreja. No podía evitarlo.

-No, señor. Creo que ya no tengo por qué entrometerme en estos parajes.

Angel ya había abierto la puerta y estaba de pie a un lado. El a¡- re helado de la noche no inducía a demorarse. R. J. abrió la marcha con una bota de menos, pero -se detuvo junto a Angel para clavarle una mirada apreciativa.

-Creo que usted y yo estamos a mano -dijo.

-Me parece que usted lleva ventaja -replicó Angel. R. J. sonrió.

-Creo que sí. Pero no me deje con la curiosidad, hijo. ¿Por qué le llaman *ElAngel de la Muerte?*

-Probablemente porque nadie ha sobrevivido a un duelo conmigo.

R. J. salió riendo entre dientes, como si eso lo divirtiera. Sus hios, por el contrario, dieron un amplio rodeo al pasar ante, Angel.

Jenny se detuvo junto a Cassie para darle un abrazo.

-No puedo creer que esto haya terminado así, pero gracias -le dijo. -Ya sabes lo que se dice del amor y el odio. Muchas veces es difícil diferenciarlos.

-Lo sé, pero mamá y R. J...

Las dos muchachas sonrieron.

-Cuídate, Jenny, y a tu nueva familia.

-Lo haré. Y ahora que todo ha cambiado no tienes por qué irte. -En realidad, con mi madre aquí, no hay remedio. No imaginas lo desagradable que es vivir con ella y papá en la misma casa.

-Pero esta noche tienes el bolsillo lleno de milagros. ¿Por qué no haces otro?

-Ojalá pudiera. Es que no tengo coraje para entrometerme en los problemas de mis padres.

-Bueno, cuídate tú también y escríbeme. -De acuerdo.

Jenny corrió hacia Clayton, que la esperaba a la entrada del gran ero y partieron del brazo. Cassie suspiró al pensaren lo que le esperaba. Al mirar hacia atrás, vio que su madre se estaba levantando de un fardo de heno. El padre estaba reclinado contra la jaula de Marabelle, pero se apartó para acercarse.

-Me alegra saber que no sólo yo tengo algo que esconder -comentó Catherine sardónica acercándose también.

-Tu mamá no tiene sentido de la compasion. Puedes decírselo -exclamó Charles.

Cassie no obedeció. Sólo quería escapar para saborear su triunfo por un rato antes de verse obligada a aplacar el formidable temperamento de su madre. Con eso en la mente, corrió hacia Angel sin esperar a sus padres.

-Gracias -comenzó.

Pero él la interrumpió en seco.

-Todavía no has terminado.

-¿No?

-No -confirmó él, bloqueando la entrada justo cuando los padres llegaban hasta allí-. Ustedes declararon un alto el fuego en su guerra particular hace veinte años -les dijo-. Tal vez habría sido mejor que la libraran hasta el final. ¿Les gustaría permanecer un ratito más aquí?

_No, por Dios -replicó Catherine.

-Sí -dijo Charles provocando una exclamación horrorizada de su esposa y una sonrisa de Angel.

El pistolero empujó a Cassie hacia fuera y cerró tras ellos.

Inmediatamente Catherine empezó a gritar y golpear la puerta. La joven miró espantada a Angel que ponía la tranca en su sitio encerrándolos dentro.

-No puedes hacer eso -dijo.

-Ya lo hice.

-Pero...

-Calla, Cassie. Cuando se está encerrado sale a relucir lo peor y lo mejor de la gente. Deja que tus padres pasen por la experiencia. Podría hacerles muy bien.

-También podrían matarse.

El rió entre dientes y la abrazó.

-¿Dónde está ese optimismo que te permite entrometerte en la vida de todo el mundo.

Ella no pudo responder porque él la besó largamente y con fuerza. Al terminar estaba tan desconcertada que ni siquiera notó el silencio reinante dentro del granero.

-Ve a la casa, tesoro. -Angel la empujó en esa dirección.- Por la mañana podrás dejarlos salir.

Ella obedeció, pero sólo porque esperaba que él la siguiera. No fue así. Esa noche Angel desapareció de su vida.

27

Cassie no partió de Texas al día siguiente como tenía planeado. Pasó la noche en una silla de la sala donde se había quedado dormida esperando a Angel. Al despertar, con el sol entrando a raudales por las ventanas, comenzó por subir al cuarto de su marido. Allí descubrió que la cama estaba intacta; las alforjas habían desaparecido del rincón y no había en el cuarto señales de que él lo hubiera ocupado en ningún momento.

A continuación corrió al establo, pero allí encontró lo que ya esperaba. El caballo de Angel no estaba. El se había ido. Cassie se sentó en el suelo y se echó a llorar.

Después de enjugarse los ojos, decidió que no habría tenido el coraje de pedir a Angel que se quedara, aun si hubiera tenido la oportunidad. Después de todo, el rechazo era algo horrible. Tenía que dar las gracias por haberío evitado. En ese caso, ¿por qué no se sentía mejor?

Llegó al granero arrastrando los pies, aunque no le importaba mucho el estado de ánimo en que pudiera estar su madre. Simplemente, no quería hablar de Angel, por lo menos por el momento. Y tuvo un breve alivio, pero sólo porque sus padres aún dormían... juntos, en un lecho de heno.

Cassie no trató de interpretar esa proximidad. Se limitó a dejarles las puertas sin tranca y volvió a la casa. Pero cuando acabó de bañarse y ponerse ropa limpia la madre estaba llamando a su puerta.

-Lo que hiciste a tu mamá fue algo muy feo, Cassie -fueron sus, primeras palabras.

-Lo sé -replicó Cassie tranquilamente dejándose caer en la silla de lectura-. Habría sido preferible encerrarme allí con Angel.

-Oh, no. Tu padre tiene razón. No debes estar sola con ese hombre.

-No tienes por qué preocuparse -replicó Cassie en voz baja, levantando las rodillas para apoyar en ellas el mentón-. Ya se fue.

-Bien.

-¿Por qué "bien"? Ni siquiera lo conoces, mamá.

-Claro que sí -replicó Catherine-. En Wyoming no hay quien no lo conozca.

-Te refieres a su reputación. Pero no sabes cómo es en realidad. -Tampoco pienso averiguarlo. Tu padre me contó lo ocurrido. Y...

Cassie levantó la vista sorprendida. -¿Hablaste con papá?

-No cambies de tema -observó Catherine severa-. Sólo quiero hacerte una pregunta. ¿Por qué demonios dijiste a esa gente que era tu prometido?

-Porque él iba a decirles su verdadero nombre. Y por entonces los ánimos estaban demasiado caldeados. Tuve miedo de que se hicieran una idea equivocada y creyeran que yo lo había contratado para combatir contra ellos.

-Lo cual es lo que deberías haber hecho. Al fin y al cabo, a eso se dedica.

-Fue por mí que empezó todo esto, mamá -apuntó Cassie exasperada.

-Y por lo que supe anoche, lo compusiste perfectamente. Bueno, no importa cómo hayas acabado casada con él. Será muy fácil disolverlo. Antes de partir nos encargaremos de eso.

-No. -

Catherine se detuvo junto a su hija.

-¿Cómo que no?

Cassie dejó caer la cabeza en las rodillas.

-Prometí a Angel esperar hasta volver a casa... por si hubiera que pensar en un bebé.

-Un... ¡Oh, Dios!, ¿por qué pienso de pronto en esa pobre mujer de anoche? ¿Cómo se llamaba? ¿Dotty?

-Dorothy Catlin. Pero es sólo una posibilidad, mamá.

-¿Sólo? -Catherine se inclinó hasta que las cabezas quedaron juntas para rodear a Cassie con sus brazos, con rodillas y todo. Mi pobre pequeña. Has sido muy valiente al no llorar. ¿Y por qué tu padre no mencionó esa parte? ¿O no sabe que ese hombre te violó?

Cassie se irguió para decir con indignación: -No hubo nada de eso, mamá.

-¿No? -Catherine confundida cambió rápidamente de tono.Bueno, ¿por qué?

-Obviamente porque no fue necesario.

Catherine digirió eso junto con la sequedad de¡ tono con que fue pronunciado.

-Casandra Stuart, no te atrevas a decirme que...

-Es demasiado tarde para sermones, mamá, ¿no te parece?

Catherine tuvo que ceder en ese aspecto.

-Supongo que sí. -Luego suspiró.- Oh, pequeña, ¿cómo se te ocurrió cometer un error tan tonto?

-El me quería -respondió la joven simplemente-. Y por entonces era lo único que me importaba. Eso y un pequeño detalle, que yo también lo quería.

-Preferiría no enterarme de esto.

-Y yo preferiría no hablar -dijo Cassie fastidiada-. Ni siquiera me explico por qué me deseaba.

Catherine se ofendió.

-No digas tonterías. Eres una muchacha hermosa. ¿Cómo no iba a desearte?

Cassie descartó eso con un ademán de la mano.

-Es lógico que pienses así porque eres mi madre. Pero YO sé bien que los hombres no me ven muy atractiva.

Catherine sonrió.

-¿Y eso te molesta?

-No es divertido, mamá.

-En realidad sí, porque cuando yo tenía tu edad pensaba exactamente lo mismo. No tenía un solo pretendiente aunque no faltaban buenos partidos en mi ciudad. De pronto me encontré, no con uno, sino con tres pretendientes, tan empecinados en conquistarme que aquello se me hizo bochornoso. No podía ir a ninguna parte sin que aparecieran uno o dos; a veces, los tres.

-Había muchas riñas y celos, aunque esos hombres eran amigos de toda la vida. Aquello terminó en una verdadera pelea, en que uno de ellos desafió a los otros dos... al mismo tiempo. Ganó por muy poco, pero a mí me pareció tan romántico que ese mismo día lo acepté.

Era tu padre.

-No se parece en nada a mi caso, mamá. Tú eres una mujer hermosa.

-¿Y tú sigues pensando que no lo eres? Bueno, voy a decirte un secreto, pequeña, algo que tu padre me confesó cierta vez. Dijo que yo me había metido dentro de él poco a poco. Un día notó que yo era más bonita de lo que había pensado. Nos conocíamos desde hacía años, ¿sabes?, y él nunca me había prestado atención. También dijo que a partir de entonces, cada vez que me veía me encontraba más bonita. Por fin le parecí la mujer más hermosa de¡ mundo.

-¿Me estás tomando el pelo, mamá?

-Ni por asomo. Trato de decirte que tu belleza es algo fuera de lo común y requiere acostumbrarse, igual que en mi caso. Con la madurez se me rellenaron las facciones y adquirieron líneas más tradicionales. Supongo que lo mismo pasará contigo. No pasará mucho tiempo sin que los hombres te encuentren encantadora a primera vista, no

semanas después.

Cassíe no pudo dejar de reír.

-Es un bonito cuento, mamá, pero no me convences.

Librodot

-¿No? Bueno, supongo que ese pistolero estuvo aquí el tiempo suficiente para que empezaras a gustarle mucho. ¿No te das cuenta de por qué te quería? Creo que el hombre no pudo evitarlo.

Ante eso Cassíe enrojeció, pero sólo porque deseaba con toda su alma que fuera cierto. No lo era, desde luego, y de cualquier modo ya no importaba.

Así lo dijo.

-Ya no importa. Se ha ido y espera que yo pida el divorcio.

-Y no vamos a desencantarlo, por cierto -aseguró Catherine.

Era evidente que a su madre no le gustaba Angel, pero ese último comentario sentó mal a la joven. Quería cambiar de tema y sabía exactamente cómo hacerlo.

-Bueno, ¿y de qué hablaste con papá, después de estos veinte años?

-No es de tu incumbencia -replicó Catherine.

Y salió antes de que su hija pudiera seguir escarbando.

28

Cassie no llegó a averiguar qué había pasado esa noche entre sus padres en el granero... o si en verdad había pasado algo. Su madre no quería hablar del asunto. El padre se lhnitaba a bromear diciendo que habían dejado de actuar como niños fuera eso lo que fuere. Pero entre ellos parecía haber una especie de tregua. Por lo menos se dirigían la palabra. Nunca se decían cosas personales, hasta donde Cassie estaba enterada, pero había una comunicación, aunque cautelosa y vacilante, como si acabaran de conocerse, era decididamente una comunicación.

Catherine llegó a insistir en postergar la partida hasta después de las fiestas. De ese modo, por primera vez en diez años, Cassie pudo pasar la Navidad con ambos padres. Y en la iglesia vio una vez más a Jenny. Ya se había instalado en casa de su esposo -al respecto, R. J. se salió con la suya- y aseguraba que los MacKauley la trataban como a una reina. Como hacía varios años que en esa casa no mandaba una mujer, las cosas prometían ser interesantes por un tiempo.

Naturalmente, R. J. y Dorothy eran, por entonces, la comidilla de la ciudad. Mabel Koch pasó para decir a Cassie, por si no estaba enterada, que se los había visto cenando juntos hasta horas tan avanzadas que, esa noche, ninguno de los dos volvió a su casa. Habían ocupado dos cuartos en el hotel, pero Mabel insinuaba que sólo necesitaron uno.

Al oír eso Catherine rió por media hora. Cassie, después de todo lo que había pasado, no se divirtió tanto. Pero sus vecinos, irónicamente, ya no estaban furiosos con ella. R. J. llegó a enviarle una breve nota: 'Puede usted entrometerse en mi ciudad cuanto quiera.' A Cassie eso tampoco le pareció divertido. En verdad, últimamente eran Pocas las cosas que le hacían gracia.

Echaba de menos a Angel.

Cuando Catherine la sorprendió cavilando tristemente sobre eso, decidió que harían un paseo de compras en el este antes de volver a casa; bien podían llegar esta vez hasta Nueva York.

-Preferiría que fuéramos a San Luis -Sugirió Cassie impulsivamente.

-Como quieras, pequeña. Y allí podríamos consultar con un abogado para presentar la solicitud de divorcio. No tiene sentido enterar a todo Wyoming si no es necesario.

Cassie no dijo nada, pero tenía ganas de preguntar: "Si eres tan partidaria de¡ divorcio, ¿por qué nunca tramitaste el tuyo?'. Pero eso habría sido mala educación; a veces lamentaba ser tan educada. Un poquito de maldad venía bien para tratar con cierta gente autoritaria.

Su madre tenía buenas intenciones, por supuesto, pero estaba acostumbrada desde siempre a sobreproteger a Cassie y decidir por ella. La joven nunca había protestado porque Catherine era feliz cuando lo manejaba todo. Pero había llegado la hora de que ella comenzara a tomar algunas decisiones por su cuenta. Una fue la de ir a San Luis, aunque la hubiera tomado instantáneamente.

Otra decisión fue enviar un telegrama, algo que no se molestó en mencionar a su madre. Pero pensaba tanto en Angel que la idea surgió y se negó a desaparecer. Por eso envió una solicitud para que un detective de Pinkerton se entrevistara con ella en San Luis para ver si era posible localizar a los padres de Angel. Al fin y al cabo, era difícil que él volviera a intentarlo y a su temperamento entrometido le gustaba ese tipo de cosas, como lo de reunir a una familia perdida.

Cassie y Catherine salieron de Caully pocos días después de iniciado el año nuevo. Como todo estaba resultando tan asombrosamente bien entre los vecinos de Charlie, Cassie estaba segura de poder regresar en el otoño siguiente. Lo que no esperaba era el último comentario de su padre, que probablemente viajara al norte para visitarlas más o menos en el espacio de un mes, ni la secreta sonrisa de su madre al oírle decir eso.

Era obvio que algo había ocurrido en ese granero. Y desentrañar el misterio era exactamente lo que Cassie necesitaba para dejar de pensar en Angel. Hasta ese momento no había logrado extraer ninguna información de su madre. Tal vez lo intentaba de un modo erróneo.

Recordó su gran sorpresa al caer en la cuenta de que los hijos de Catlin y de MacKauley ignoraban cómo se había iniciado la guerra en la que estaban tan profundamente involucrados. Pero Cassie estaba tan habituada a no entrometerse en la vida de sus padres que, en ese momento, no se le había ocurrido pensar que ella permanecía en la misma ignorancia sobre lo que provocó la separación de sus padres. Decidió comenzar por allí.

Pero una diligencia atestada no era buen sitio para discutir temas íntimos. Por lo tanto, Cassie esperó a llegar al ferrocarril, que ofrecía mucha más comodidad para viajar y una intimidad relativa. De inició la conversación en el coche comedor en el primer día de viaje mientras se demoraba deliberadamente en el postre y el café, a la espera de que se desocuparan las mesas vecinas.

Por entonces hacía más de una semana que habían partido de Caully y Cassie estaba deseando probar su nueva estrategia. Con aire inocente, preguntó a su madre:

-¿Cómo fue que tú y papá dejaron de amarse?

Catherine estuvo a punto de atragantarse con el último bocado de budín de cerezas.

-¿Qué pregunta es esa?

Cassie se encogió de hombros.

-Una que debería haberte hecho mucho tiempo atrás posiblemente.

-Esa fiestecita en el granero de tu padre te ha vuelto audaz, Cassie. ¿O sería más correcto hablar de impertinencia?

-¿Te parece? La verdad es que me esfuerzo...

-No te hagas la astuta conmigo, jovencita.

-No te hagas tú la evasiva, mamá. La pregunta es sencilla y creo que tengo derecho a formularla.

-Es algo... demasiado personal.

Catherine seguía evadiendo la respuesta. Cassie reconoció los síntomas, pero esa vez no estaba dispuesta a ceder.

-Yo no soy una vecina entrometida. Soy tu hija. El.es mi padre. Deberíais haberme explicado hace mucho tiempo lo que ocurrió, mamá. ¿Por qué dejaste de amarlo?

Catherine contempló por la ventana el aburrido pasaje invernal.

Cassie sabía por experiencia que no le arrancaría una palabra más. Así era su madre. Si no podía intimidar a la gente para lograr que no la molestara, se limitaba a ignorarla.

Por eso la sorprendió oírle decir algunos segundos después:

-Nunca dejé de amarlo.

Cassie habría podido imaginar diez o doce respuestas, pero no ésa. En realidad quedó tan incrédula que no se le ocurrió una sola réplica.

Catherine seguía mirando por la ventanilla, pero bien podía imaginar la impresión provocada.

-Probablemente no lo parece, ya lo sé -agregó.

-Lo de "probablemente" sobra, mamá. Entre los que te conocen, todos están convencidos de que vosotros os odiabais. No comprendo.

-Ya lo sé. A decir verdad, yo tampoco. -Catherine suspiró.- El enojo puede ser algo muy fuerte. El miedo también. Los dos te llevan a hacer cosas que normalmente no harías. Y los dos me dominaron por mucho tiempo.

Cassie tampoco podía aceptar eso.

-¿Miedo, mamá? Estamos hablando de la mujer que en Cheyenne se irguió en medio de la calle, sin protección alguna, con las balas volando en todos los sentidos y derribó a dos de los cuatro asaltantes de banco, uno de los cuales llevaba el dinero recién robado. No me digas que no eres una de las mujeres más temerarias de cuantas conozco.

Por fin Catherine miró sobre la mesa con los labios curvados en una semisonrisa.

Librodot

-Yo tenía mucho dinero en ese banco. Si podía impedirlo, no iba a permitir que se lo llevaran fuera de la ciudad. Pero no me refería al miedo a la muerte.

-¿Y a qué le temes?

-Cassie...

Cassie, que conocía ese tono, se apresuró a decir:

-Ahora no puedes callarte, mamá. Si no me entero del resto acabaré por volverme loca.

Catherine le clavó una mirada de exasperación.

-Esa terquedad la has heredado de tu padre.

-La heredé de ti.

La madre volvió a suspirar.

-Está bien, pero primero debes saber que yo me moría por tener hijos. Cuando tu padre y yo nos casamos solía llorar todos los meses cuando... cuando comprobaba que no había quedado embarazada. Y cuando por fin ocurrió fui la mujer más feliz del mundo. Creo que pasé los nueve meses con una sonrisa en la cara.

Eso sí que era difícil de creer considerando que Catherine rara vez sonreía.

-¿En qué se relaciona eso con tu miedo?

-Eso vino después. Yo no sabía cómo era el parto, ¿comprendes? Perdí a mi madre siendo jovencita y ella nunca me explicó esas cosas. Y como tu padre y yo acabábamos de mudarnos a Wyoming no tenía muchas amigas que pudieran ponerme sobre aviso. Nunca había presenciado un parto. Era tan ignorante que, cuando rompí aguas, creí que te perdía. Pero entonces comenzó el dolor.

-Al verte ahora nadie lo diría, pero después el médico me comentó que pocas veces había visto bebés tan grandes. Tardaste casi dos días en nacer. En ese tiempo hubo diez o doce veces en que creí morir. En realidad, lo deseaba. Hasta el médico me dio por perdida en cierto momento por lo débil que estaba. Pero de algún modo naciste. No recuerdo exactamente cómo. Por entonces estaba enloquecida de dolor.

-Y posteriormente hubo complicaciones. Estaba casi desgarrada. La hemorragia no cesaba... No pongas esa cara. -Cassie se había puesto pálida.- No fue culpa tuya. Si quieres que te diga la verdad, a no ser por ti no habría luchado por recuperarme.

-Pero, mamá...

-Sin peros -la interrumpió Catherine severa-. Ya ves por qué no quería contártelo. Pero no fue culpa tuya, por cierto. Y tienes que creerme, pequeña, ni por un momento pensé que fuera culpa tuya. En cambio culpaba a tu padre. Sé que hice mal. Esas cosas pasan sin culpa de nadie. Pero por entonces mi mente no funcionaba bien.

Catherine se echó a reír bruscamente con un sonido amargo.

-Hasta el día de hoy me pregunto cómo habrían sido las cosas si me hubiera informado un poco antes. Caramba, qué pronto termina la ignorancia, lo quieras o no.

-Es asombroso. Una mujer te ve con un bebé, aunque no te conozca, y comienza a contarte todo lo que te pasó en el parto. Si yo hubiera sabido antes todas esas cosas, tal vez habría estado mejor preparada. Pero me las contaron después, que el primer parto es siempre el más difícil, que el dolor se olvida muy pronto, que las mujeres de caderas estrechas, como yo, suelen tener más dificultades... cosas como esas... y siempre que vale la pena.

-Estoy plenamente de acuerdo con eso último. Nunca lamenté haberte tenido ni por un momento, Cassie. Pero después de lo sufrido decidí no tener más hijos siempre que pudiera

Librodot

evitarlo. Y podía. Dije a tu padre que, si llegaba a meterse otra vez en mi cama, lo mataría de un disparo.

Cassie dilató los ojos.

-No creo que él lo tomara muy bien. -Creo que no.

-¿Y ese fue el fin?

-Sólo el principio. Mira, no le pedí que me diera tiempo. Le dije, directamente, que nunca más. En un principio él tuvo muchísima paciencia pensando que yo cambiaría de idea. Podría haber sido as¡, porque el recuerdo de ese dolor se va borrando, en verdad. Pero pasaron ocho meses y por fin él estalló.

-Ahora supongo que no se le puede reprochar, aunque en ese momento pensaba de manera muy distinta. No sé. Por entonces me dije que, si yo podía pasarme sin hacer nunca más el amor, él también podía abstenerse. Comprendo que no era una postura muy realista, pero yo era joven y emotiva; además, como te he dicho, por entonces la mente no me funcionaba bien.

-¿Y entonces fue que él se enojó?

-No. La ruptura se produjo al enterarme de que iba a casa de Gladis.

Cassie sabía qué era la casa de Gladis. Siete años atrás, al quemarse el establecimiento, la mujer se había mudado a otra ciudad. Pero en sus tiempos era uno de los prostíbulos más prósperos de Wyoniing. Aún se hablaba de la casa de Gladis... y Cassie no logró imaginarse allí a su padre.

-¿Estás segura? -preguntó.

-Por supuesto. ¿O crees que puse fin a un matrimonio por meras sospechas? En esa época había en Cheyenne un hombre, cuyo apellido ya no recuerdo, que se encaprichó conmigo. Vivía preguntándome cuándo pensaba abandonar a tu padre por él. Me importunaba aun durante los últimos tiempos de¡ embarazo. Y el hombre creyó hacerme un favor al decirme que media ciudad había visto a Charles en ese burdel.

-Bonito favor -comentó Cassie secamente.

-Estoy de acuerdo. Si mal no recuerdo creo que me rompí dos nudillos contra su mandíbula al darle las gracias. Y jamás volví a verlo. De cualquier modo, estaba furiosa. Cuando enfrenté a tu papá y él admitió todo, le dije que se fuera. El no quiso. Entonces le dije que no volviera a dirigirme la palabra.

-Y jamás volvisteis a hablaros.

-No puedo con mi genio, Cassie -dijo Catherine a la defensiva-. No sé perdonar, lo reconozco. Lo que dijo esa tal Dotty es muy cierto, tu padre tuvo suerte de que no lo matara por lo que hizo. Una noche fui a casa de Gladis para averiguar a quién visitaba allí. A ella la habría matado. Pero Gladis protegía muy bien a sus muchachas y no quiso decírmelo.

-Sin embargo, dices que jamás dejaste de amarlo -le recordó Cassie.

-Eso tampoco podía evitarlo. Sé que yo lo impulsé a obrar de ese modo, pero no podía perdonar algo así, el miedo y el enojo hacen una combinación terrible. Cuida de que no se apoderen de ti como lo hicieron conmigo.

Cassie meneó la cabeza extrañada. ¡Que hubiera sido por algo tan simple corno los celos! Habría preferido no simpatizar con ambas partes, pero así era. En ese tipo de situaciones nadie ganaba. Pero recordó que ellos habían vuelto a hablarse. De algún modo habían dejado atrás aquel largo ataque de ira.

-¿Qué pasó esa noche en el granero, mamá?

-Eso no es de tu incumbencia.

Después de todo lo revelado, Cassie no pudo sino reír ante esa respuesta. Y retuvo ese buen humor varias horas más.

Fue esa noche cuando descubrió que no tenía motivos para negar el divorcio a Angel. No estaba embarazada.

29

San Luis, con una población que superaba las trescientas mil almas, ocupaba el sitio intermedio entre Filadelfia y Nueva York. Aunque Catherine prefería ir a Chicago para las compras anuales, en el curso de los años habían ido dos veces a San Luis.

La última visita databa de 1875, poco después de terminada la construcción de¡ Puente del Este que cruzaba el Mississippi. Desde entonces los suburbios se habían extendido mucho. En realidad, lo mismo podía decirse de toda la ciudad. Pero Catherine era apegada a las costumbres dondequiera que fuesen, elegía siempre los mismos hoteles, que solían ser lo mejor de la ciudad, si no necesariamente lo más nuevo.

Por eso Cassie había dado por seguro que se hospedarían en el mismo hotel que las dos veces anteriores y pidió al detective de la renombrada agencia Pinkerton que la visitara allí. Sólo cabía esperar que pudiera hacerlo sin que su madre se enterara.

Catherine no había vuelto a sugerirle consultar con un abogado, pero Cassie estaba segura de que lo haría en cuanto se aburriera de hacer compras. Contaba con una semana, quizá dos, para decidir qué haría con el asunto de¡ divorcio. En realidad, no había nada que decidir. Era preciso tramitarlo. Ya no tenía razones ara no hacerlo. Si ella deseaba continuar casada con el marido que le había caído inesperadamente, eso no significaba que fuera posible.

El tenía derecho a opinar, y sin duda, sus opiniones no serían simpáticas. También a su madre le daría un ataque si Cagsie insinuaba, siquiera, que deseaba conservar al pistolero. Sacaría a relucir todos los. motivos por los que él no resultaba un esposo adecuado. Y Cassie no quería escucharlos. Ya los conocía. Y no tenían nada que ver con sus sentimientos.

Los veteranos de la ciudad presagiaban que en cualquier momento habría nieve, pero mientras tanto había sol, aunque no calentara mucho el ambiente, el invierno de San Luis se parecía más que el de Texas a los que ella conocía tan bien, pero caminar por una ciudad sin nieve era mucho más agradable. Y no necesitaban ir muy lejos. No les costó averiguar quién era la modista más recomendada de la ciudad, Madame Cecilia, la misma que las había atendido anteriormente. Y su taller de costura estaba situado a pocas calles de¡ hotel. Hasta podían ir caminando cuando no arreciaba el viento.

Esa tarde, la de la cuarta y última prueba de ropas, Catherine pidió un coche. Cassie habría preferido ir caminando, pues no tenía deseos de participar en la cháchara de su madre. Estaba otra vez melancólica. Llevaban cinco días en la ciudad, pero el agente de Pinkerton no aparecía. Cassie ya estaba ideando excusas para demorar la partida por si él no se presentaba en la semana siguiente.

Buscar a los padres de Angel ya no era un simple capricho. Se había convertido en algo importante, por el sencillo motivo de que, si tenía éxito, contaría con una excusa válida para ver a Angel y hablar con él, algo que deseaba mucho. Se imaginaba yendo a Cheyenne con mucha más frecuencia que antes, sólo para verlo desde lejos. Pero él no le hablaría sino en caso de necesidad, ya porque no quería ser molestado, ya por proteger la reputación de Cassie. Los dos eran muy conocidos en la ciudad y correrían rumores escandalosos si se la veía acompañada por el notorio Angel de Cheyenne.

-Estás otra vez llorosa -apuntó Catherine a poca distancia del taller.

-No es cierto.

-Claro que sí.

-Está bien. Es que extraño a Marabelle.

Los peones que habían acompañado a Catherine hasta Texas, por si hiciera falta una demostración de fuerza, habían vuelto a Wyoming llevando a Marabelle, puesto que los hoteles finos no se prestaban a recibir ese tipo de mascotas. Lo que Cassie acababa de decir era sólo mentira a medias. En verdad echaba de menos a su felino. Pero más aun extrañaba a Angel.

-Telegrafié para que envíen a San Luis nuestro coche cama -recordó Catherine-, pero no tenemos por qué esperarlo, si quieres volver ya a casa.

-¡No! -Cassie lo dijo con demasiada energía. Se apresuró a corregir la respuesta negativa.- Es decir, puedo arreglármelas sin ella por unas pocas semanas y viceversa.

-Sobre el viceversa no estoy tan segura -comentó su madre-. Tú no tuviste que perseguirla hasta Denver durante tu primera visita a tu padre, ni explicar a todo el mundo en el trayecto que no se trataba de cazar una pantera salvaje, sino a la mascota de mi hija que no podía quedarse en casa donde no matara a la gente de miedo.

Cassíe sonrió al recordar la vituperante carta que acompañó a Marabelle hasta Texas en la enorme jaula que Catherine le había mandado hacer para poder enviarla a Cassie. Marabelle había tratado de seguir a su ama, pero perdió su rastro en la primera parada de¡ tren, mucho antes de lo que su madre decía. Aquello había irritado decididamente a Catheríne contra su hija y la pantera.

-El verano pasado, cuando fuimos a Chicago, se quedó en casa sin problemas -le recordó Cassie.

-Porque el viaje duró sólo diez días. Y estaba encerrada en el granero en compañía del viejo Mac para que no desgarrara los tabiques.

Cassie se ofendió.

-No desgarra los tabiques, mamá. Pero si quieres hablar de paredes y de mascotas, hablemos de Rabo Corto, tu dulce elefante. ¿Te parece que el granero estará en pie cuando lleguemos a casa?

Catherine le dedicó una mirada agria.

-Empiezo a pensar que ese hombre ha sido una mala influencia para ti.

-¿Qué hombre? -preguntó Cassie inocente.

-Ya sabes cuál -la amonestó la madre-. Tu impertinencia empeora.

-Yo creía que estaba mejorando.

-¿Ves lo que te digo?

Cassie puso los ojos en blanco.

-Por si no te has dado cuenta, mamá, ya estoy muy crecida. ¿Cuándo vas a dejar de tratarme como a una criatura?

-Cuando tengas sesenta y cinco años y yo haya muerto. Ni un minuto antes.

Si Catherine no lo hubiera dicho con tanta seriedad Cassie no se habría echado a reír.

-De acuerdo, mamá. Tú ganas. Disimularé, mi impertinencia. Pero al menos ¿podrías no decirme 'pequeña' en público?

Catherine contrajo apenas los labios.

-Ya que estás dispuesta a hacer concesiones supongo que puedo intentarlo...

No llegó a terminar la frase. De pronto el cochero tiró de las riendas deteniendo el carruaje, con lo cual ambas estuvieron a punto de caer de los asientos. Un gran carro de repartos había salido de una calle lateral frente a ellos, al parecer con intenciones de girar en dirección

Librodot

opuesta a la que ellas llevaban. Pero por la vía opuesta el tránsito era denso; como el cochero no pudo girar, el vehículo quedó atascado allí, bloqueándoles el paso.

El cochero estaba tan furioso que comenzó a chillar. El otro conductor le echó un vistazo y le hizo un gesto grosero, ante lo cual el primero contestó con una sarta de imprecaciones a todo pulmón.

Catherine se puso roja ante algunas de esas imprecaciones, audibles a cincuenta metros de distancia.

-Tápate los oídos, Cassie -indicó mientras arrojaba un dólar al asiento de¡ conductor-. Iremos caminando.

-¡Pero si esto se está poniendo interesante! -protestó Cassie.

-Iremos caminando -repitió Catherine con más energía.

Estaba realmente azorada. A Cassie le pareció divertido, sobre todo porque había oído cosas peores entre los vaqueros de¡ Lazy S y cosas parecidas en boca de su madre cuando regañaba a sus peones. Pero esa era sólo una entre las excentricidades de Catherine. A diferencia de Cassie, que sólo usaba el *colt* en el rancho, la madre nunca salía sin el suyo... salvo cuando viajaba al Este. Entonces se convertía en un modelo de etiqueta y elegancia, como corresponde a una matrona de la alta sociedad.

Aquello justificaba algunas bromas.

-¿Sabes que esto no habría ocurrido si Angel estuviera aquí? -¿Te actas de que ese hombre asuste a la gente con sólo mirar? -se extrañó Catherine.

-Creo que sí. Esa característica suya resulta útil en algunas ocasiones. Imagina con qué facilidad te librarías de las señoritas Potter si Angel entrara en la sala.

Su madre resopló.

-No te engañes. Sería él quien se asustaría de esas dos parlanchinas.

-¿Y Willy Gate, que te arenga todos los domingos con sus anécdotas de la Guerra Civil sin que tengas el coraje de ignorarlo?

-Fue un héroe... ¿Y no estarás insinuando que sería agradable tener a ese Angel aquí?

Su expresión era tan severa que Cassie prefirió no responder.

-Si no nos damos prisa llegaremos tarde -dijo adelantándose por la transitada acera sin dejar oportunidades de nuevas bromas... ni de más indirectas.

Pocos minutos después llegaron al taller de la modista, justo a tiempo para que la llegada de otros clientes les impidiera entrar de *in*mediato. Se trataba de un joven caballero, muy elegante, y de su amiga, que vestía con lujo exagerado. El hombre era tan apuesto que Cassie no pudo dejar de mirarlo. Catherine no reparó en eso, pero sí vio que, después de echarles un breve vistazo, el hombre las apartó de su mente al punto de seguir a su compañera al interior de la tienda sin molestarse en sostenerles la puerta.

-Hay gente que no tiene educación.

Catherine lo dijo antes de que la puerta se cerrara detrás de¡ hombre. El se volvió a echarle una mirada tan desdeñosa que a la mujer le ardieron las mejillas. Cassie prefirió no mencionar que la presencia de Angel hubiera impedido también eso.

Pero el tema estaba fresco aún. Catherine le clavó una mirada fulminante advirtiéndole:

-No se te ocurra decirlo.

-No pensaba hacerlo.

-Estoy casi decidida a quejarme a Madame Cecilia -continuó Catherine- y a encargar nuestra ropa a otra modista.

-No es culpa de ella -protestó Cassie.

-¿Te parece que no? ¿Cómo se le ocurre citarnos para las pruebas a la misma hora que a esa perdida?

-¿Cómo sabes que no es una señora decente?

-Me basta una mirada para reconocer a una mantenida -replicó Catherine enfurruñada.

Cassie puso los ojos en blanco.

-Te estás alterando por nada, mamá.

-¿Ah, sí? -contraatacó Catherine-. ¡Por nada, cuando tú sigues pensando en ese pistolero!

Conque eso era todo. Cassie habría debido comprender que su madre no iba a acalorarse así por una pequeña descortesía, cuando en las grandes ciudades solían sufrir cosas peores. Prefirió ceder para evitar la discusión.

-Bueno, no volveré a mencionarlo.

-Bien. Y ahora voy a demostrar a ese maleducado que yo también puedo ser grosera... al estilo de Wyoming.

Al entrar en el taller de la modista, Cassie oyó que su madre agregaba:

-¡Cómo me arrepiento de haber prescindido de mi Colt!

Cassie, a su vez, lamentaba que hubieran prescindido también de Angel.

30

Esa noche, mientras su madre se demoraba en el comedor para felicitar al personal por lo excelente de la cena, Cassie salió al vestíbulo de¡ hotel hasta donde Catherine no pudiera verla y corrió al escritorio de recepción para preguntar si había algún mensaje para ella.

Todos los días se las arreglaba para escapar de su madre un par de veces y preguntaba en ese escritorio, aunque fuera necesario esperar a que Catherine se acostara. Como tenían cuartos separados, aunque intercomunicados, eso resultaba fácil, pero no le gustaba bajar sola al vestíbulo a esas horas.

Esa noche no sería necesario; al menos, eso esperaba. Pero cuando estaba a metro y medio del escritorio alguien la detuvo.

-¿No nos conocemos, señorita?

Cassie no pudo evitar clavarle la vista... otra vez. Era el joven del taller de costura. Cuando ellas entraron el mozo y su amiga ya habían sido llevados a un cuarto de trastienda, de modo que Catherine no pudo cobrarse la grosería. Cassie, a su vez, se estaba mostrando grosera al mirarlo así. Pero él la hipnotizaba con su hermosura, pelo rubio con tintes rojizos, ojos verde esmeralda, rostro bien afeitado sin una sola imperfección y mucha elegancia en su impecable traje oscuro de tres piezas.

-¿Señorita? -repitió él.

-No -replicó Cassie abruptamente.

Logró dominar su bochorno ante su demora en responder y se consoló pensando que él debía de estar acostumbrado a que lo miraran de ese modo las mujeres de cualquier edad. Se preguntó dónde habría dejado a su amiga y si en verdad era su mantenida.

-¿Está usted segura de que no nos conocemos? -Muy segura. Sólo concurrimos a la misma modista. Entonces él sonrió.

-Ah, sí, la damisela acompañada por esa bruja formidable.

Ella enarcó una ceja. Por lo visto, el hombre insistía en mostrarse insultante.

-Esa bruja formidable era mi madre. ¿Es por arrogancia que se muestra usted tan grosero, señor, o porque no le han dado una buena educación?

-En realidad es una forma de arte que entusiasma a las damas con quienes trato.

Cassie tuvo la sensación de que estaba convencido de eso. Estuvo a punto de reír pero se contuvo. En cambio le hizo una advertencia.

-Si continúa mondándome, señor, se encontrará en un verdadero aprieto porque es probable que mi madre retire su revólver de¡ equipaje.

Creyó que eso lo alejaría, pero él se limitó a poner cara de quién lo duda y le siguió la corriente:

-¿Su mamá lleva armas?

-Sólo cuando va a la ciudad.

-¡Pero si en San Luis no hay peligro!

-Por eso lo guarda en el equipaje. Generalmente lo lleva consigo, ¿sabe usted?

-No me diga que usted es del Oeste. Cassie se extrañó ante esa brusca sorpresa. -¿Por qué?

-Me parece fascinante. -Ella no dudó ni por un segundo que ese interés fuera sincero.- ¿Ha visto usted a indios de verdad? ¿Presenció alguno de esos duelos callejeros de que se habla?

Ella no pensaba responder. No era la primera vez que tropezaba con personas ávidas de saber sobre el "salvaje Oeste", aunque nunca trataban de conocerlo en persona. Pese al progreso de¡ ferrocarril, los hallazgos de oro y plata y el surgimiento de las ciudades ganaderas, los hombres como ese no abandonaban sus ciudades civilizadas y seguras para visitar aquello, aunque se morían por oír hablar de las fronteras primitivas y sus sangrientos detalles.

Ella decidió ser audaz y responder al fin y al cabo.

-De vez en cuando detectamos pequeños grupos de indios renegados, pero sólo molestan a algún colono aislado y, ocasionalmente, a las diligencias. Ya no son tan peligrosos como antes. Pero yo misma estuve en un duelo callejero apenas el mes pasado. Terminó tan pronto que a usted no lo hubiera entusiasmado y no fue mi proyectil el que le puso fin. Ese honor

correspondió a un pistolero llamado Angel. En realidad, lo llaman *El Angel de la Muerte.* ¿No lo ha oído nombrar?

-Creo que no -respondió el hombre-¿Por qué lo llaman así?

-Porque nunca falla un disparo y porque siempre dispara a matar. -Ya había malgastado tiempo suficiente.- Y ahora, si me disculpa, señor...

-Bartholomew Lawrence. Pero mis amigos me llaman Bart. ¿Y

usted es ... ?

-Cassandra... Angel.

Se había demorado mucho antes de decir Angel. La expresión del hombre decía que no acababa de creerle. A ella le importó poco. Le estaba impidiendo cumplir con su objetivo. Y ya no había tiempo. Catherine acababa de aparecer en la entrada del comedor y la estaba buscando con la mirada.

-Para usted, señora Angel -agregó Cassie, ya cortante, fastidiada consigo misma por ' haberle dirigido la palabra.

Se alejó sin decir más. Tenía unos diez segundos para preguntar en el escritorio si había algún mensaje para ella. Al hacerlo se llevó la sorpresa de que le entregaran una nota. Apenas logró esconderla en la palma de la mano antes de que Catherine apareciera tras ella. Había pasado ante Bartholomew Lawrence sin reconocerlo.

-¿Qué haces, Cassie?

La muchacha se volvió. Lawrence aún estaba donde ella lo había dejado y podía oírla. Pero su especialidad era idear excusas ridículas en el acto.

-Quería averiguar si Angel ya se había reunido con nosotras, mamá. -Luego agregó significativamente:- Este es uno de esos momentos en que nos sería útil.

Catherine siguió la dirección de su mirada y al ver a Lawrence comprendió de inmediato. El hombre, que había oído a Cassie, se echó a reír, pero se retiró inmediatamente.

Por entonces Catherine estaba visiblemente encrespada. -¿Te estuvo molestando?

-No fue nada. Me reconoció y quiso entrar en conversación para presentarse.

-¿Se disculpó?

-Le insinué que debía hacerlo, pero él dice que su grosería es una forma artística, que obviamente trata de perfeccionarla. De cualquier modo, me resultó tan desagradable que traté de inculcarle el temor de Angel. No me creyó.

-Hace falta ver a ese pistolero tuyo para creer que pueda matar a sangre fría.

-El no...

-No importa -la interrumpió Catherine mientras la llevaba hacia la escalera-. Pero he decidido que voy a sacar el revólver de la maleta.

31

El detective se llamaba Phineas Kirby y había pedido un cuarto en el mismo hotel, incluso en el mismo piso. Pero Cassie no corrió a su habitación en cuanto hubo leído su nota. Por mucho que deplorara la necesidad de verse obligada a perturbar su sueño, mucho más detestable era la perspectiva de explicar a su madre por qué había contratado a un detective.

Por eso esperó a que Catherine se acostara. No quería correr ningún riesgo. Hasta se desvistió también para acostarse y pasó varias horas en la cama por si su madre se desvelaba y quería venir a conversar con ella; lo había hecho otras veces anteriormente.

Poco después de medianoche volvió a vestirse y salió cautelosamente de la habitación. Encontró el cuarto del señor Kirby en el extremo opuesto del pasillo. Llamó a la puerta con tanta suavidad que pasó un rato antes de que, por fin, se oyeran gruñidos al otro lado de la puerta. Pocos momentos después se abrió de par en par por obra de un hombre muy irritado que vestía una abultada bata amarilla bajo la cual asomaban los calcetines. Era de edad madura y más bien corpulento; sus facciones no llamaban la atención; los ojos azules tenían una mirada penetrante.

Al echarle un buen vistazo calló la protesta que estaba a punto de espetarle.

-Disculpe, señorita. Creí que era el personal de¡ hotel. ¿Se ha perdido?

-No, señor. Soy Cassie Stuart, la persona que lo hizo venir.

El había vuelto a fruncir el entrecejo.

-¿Sabe usted qué hora es, señorita Stuart?

Ella hizo una mueca.

-Lo sé, sí, pero no podía esperar a la mañana. Estoy aquí con mi madre y prefiero que ella no se entere de esto. No siente ninguna simpatía por mi esposo, ¿comprende usted?, y esto se relaciona con él.

Phineas suspiró. '

-En ese caso, será mejor que entre usted y tome asiento.

Ante el hogar había dos sillas. El echó otro leño al fuego y ocupó la silla en la que había dejado sus ropas. Descolgó una chaqueta de¡ respaldo y lo revisó hasta sacar una libreta del bolsillo interior.

-¿Qué puedo hacer por usted, señorita Stuart? -preguntó garabateando en el papel.

Cassie se sentó enfrente.

-Me gustaría localizar a los padres de mi esposo. -¿Han desaparecido?

-No exactamente. Y él no es del todo mi esposo. Bueno, lo es, pero pronto nos divorciaremos. -Al ver que el detective enarcaba una ceja le aseguró: -Pero eso no tiene nada que ver. Sólo quiero reunirlo con su familia como un presente de despedida.

-Muy ponderable -comentó él-. ¿Y cómo se llaman esas personas?

-Esa será la parte difícil. El era demasiado pequeno para recordar nombres. Verá usted, fue secuestrado por un montañés en esta núsma ciudad hace unos veinte años y pasó los nueve

Librodot

siguientes en una cabaña aislada de las montañas Rocosas. El cree que, en el momento del secuestro, tenía cinco o seis años, pero no está seguro. Y sus padres no vivían aquí. Recuerda haber llegado en tren, de modo que se habrían detenido aquí en medio de un viaje o estaban visitando a alguien.

-¿Estaba con ambos padres?

-Es probable que no. No recuerda haber visto mucho al padre. -Bueno, por lo menos tenemos el nombre del niño -dijo Phineas, como si fuera cosa segura.

Cassie lo miró con una sonrisa indefensa.

-En realidad, no. Se hace llamar Angel porque recuerda que así le llamaba su madre, pero eso es todo.

El detective pareció sorprendido.

-Eso es extraño -dijo casi para sus -adentros. Al cabo de cierta reflexión preguntó-: ¿Está segura de que no prefiere buscarlo a él?

-No. Sé dónde puedo verlo. Sólo quiero hallar a sus padres, a ambos, si aún están con vida. Supuse que alguien de esta ciudad debía de recordar una tragedia como ésa, un niñito desaparecido que nunca fue hallado. Por mi parte, no sabría cómo localizar a alguien que pudiera saber algo. Creo que Angel tampoco pues volvió aquí al morir el montañés que lo había secuestrado, pero no pudo avenguar nada. -Suspiró.- Sé, que los datos no son muchos.

-Por el contrario. Quizá conozca los nombres dentro de uno o dos días. Conseguir la dirección de esas personas puede requerir más tiempo, pero mi agencia tiene excelentes recursos en casi todos los Estados y el telégrafo me simplifica mucho el trabajo. Es un invento asombroso, sí. Ha ayudado a capturar a muchos criminales. -Luego volvió a musitar pensativo: -Angel, ¿eh? ¿Cuántos habrá que se llamen a este lado de¡ Missíssippi?

-¿Cómo dice usted?

-Nada, señora. -Phineas se levantó para acompañarla a la puerta. -A usted no le molesta que comience a trabajar por la mañana, ¿verdad?

Ella enrojeció.

-No, por cierto. Lamento mucho haberío despertado a esta hora, pero no es fácil escapar de mi madre durante el día. Y si ella descubre lo que estoy haciendo no me dejará en paz. Mi esposo le gusta muy poco.

-¿Es ella quien está impulsando el divorcio?

-sí, pero ya había una decisión mutua puesto que nos casamos por accidente.

-¿Eso es algo nuevo?

-¿Se le ocurre un término mejor para una boda a punta de pistola?

El sonrió.

-Supongo que no. Y comprendo que quiera divorciarse. No puede ser fácil ser la esposa de un pistolero, ni siquiera por poco tiempo.

-¿Cómo sabe usted que él es pistolero?

-Con un nombre como Angel... había pocas posibilidades.

Cassie quedó impresionada. Obviamente el hombre era un genio y su dinero estaba bien gastado.

Phineas no era ningún genio. Simplemente, al regresar en tren desde Denver, donde había cumplido con su último trabajo, se encontró sentado junto a un pistolero llamado Angel. Pasó una hora agradable importunándole con preguntas, pues la intuición le decía que un hombre de ese aspecto debía de estar en alguna lista de personas buscadas. En eso se equivocaba; en realidad, había estado muy cerca de hacerse matar por su insistencia, pero le gustaba vivir peligrosamente; de lo contrario no se habría dedicado a ese oficio.

Y no volvió a acostarse. Una hora después, tras haber visitado tres hoteles y tenido suerte en el cuarto, él mismo estaba llamando a una puerta. En cuanto ésta se abrió se encontró con un revólver apuntando a la cara. Miró a lo largo del cañón antes de fijarse en el hombre que lo sostenía.

-Acabo de conocer a su esposa -dijo Phineas cordialmente. -¿Mi qué?

-Está aquí, en San Luis.

-No diga estupideces. Va rumbo a Wyoming. Phineas sonrió.

-¿No es una damisela menuda de grandes ojos plateados?

Angel apartó el revólver acompañando el gesto con una sucia palabrota. Estando a medio camino de Wyoming había decidido que prefería no estar en Cheyenne cuando Cassie llegara. El poner distancia entre ambos no había servido aún para quitársela de la mente. Por eso viajó a San Luis, para intentar una vez más hallar a su madre. Sólo estaba allí por eso... y para alejarse en lo posible de su esposa y de su maldita solicitud de divorcio.

-Parece que usted decía la verdad al afirmar que no tenía otro nombre, aparte de Angel -estaba diciendo Phineas-. Por lo menos usted no conoce otro. Lamento haberío importunado tanto.

-Sigue importunándome -dijo Angel bastante enfurruñado-. ¿Qué quiere ahora, Kirby?

-Sólo un poco de información. Su esposa me ha contratado para que busque a sus padres. Me sería muy útil que...

-¿Lo contrató para qué? -estalló Angel-. ¡Diablos, no puedo creer que esta mujer vuelva a entrometerse tan pronto! Ni siquiera esperó a llegar a su casa. ¡Y esta vez se entromete en mis propios asuntos!

Phineas se meció sobre la punta de los pies. Le encantaba observar las reacciones humanas. Dejando caer la frase correcta, la gente se comportaba de maneras fascinantes. Pero nunca había esperado que ese hombre perdiera el control. Eso demostraba que todo el mundo tenía alguna debilidad. Phineas volvió a intentarlo.

-Me sería muy útil que usted me suministrara una descripción de sus padres y cualquier otro dato que recordara sobre ellos.

Los ojos negros, cargados de emoción, volvieron al detective.

-Ella lo contrató, Kirby. Que ella le dé información.

-Ya sabía yo que no podía esperar mucha colaboración de usted -replicó Phineas-. Es a sus padres a quienes busco pero parece que esa damisela con quien usted se ha casado es la única que quiere hallarlos.

-Está bien, Kirby -dijo Angel de mala gana-. A mi padre no lo recuerdo, pero mi madre tenía pelo negro, rizado, y ojos oscuros'.

Phineas abrió su libreta antes de preguntar: -¿Tan oscuros como los suyos?

-No, creo que los de ella eran pardos. -¿Cicatrices o marcas distintivas? -No, que yo recuerde.

-¿Edad, nacionalidad?

-Era joven y bonita.

-La madre siempre es bonita cuando uno tiene cinco años. ¿Hablaba con algún acento?

-Si lo hacía, yo hablaba igual que ella, así que no habría notado ninguna diferencia, ¿verdad? -Angel hizo una pausa algo sorprendido.- Ahora que usted lo menciona, cuando Oso Viejo me secuestró dijo que yo hablaba raro. Claro que él destrozaba el idioma. Tal vez mi modo de hablar era normal.

-En esa época -agregó Phineas, haciendo que el entrecejo de Angel volviera a fruncirse-. Pero usted, naturalmente, es producto de su crianza, que debe de haber sido bastante primitiva.

-Me hago entender sin ninguna dificultad -aseguró Angel con un claro tono de advertencia.

Phineas rió entre dientes.

-Supongo que sí. Los revólveres siempre son más expresivos que las palabras. -Luego volvió al tema.- Ahora bien, en un principio, por el color de su tez yo habría pensado que usted descendía de indios, pero en realidad la estructura ósea no corresponde. Y si usted hablaba un dialecto indio, ese montañés debía dominarlo lo suficiente como para no extrañarse. Ahora pienso que usted puede ser de ascendencia española, posiblemente pura. De cualquier modo, la probabilidad de que su madre fuera extranjera servirá para estrechar las averiguaciones, si no puedo localizar ningún periódico viejo.

-¿Le parece que, en una ciudad tan grande, la desaparición de un niño puede haber sido mencionada por los periódicos?

-Sin duda. Lo difícil será hallar uno que guarde los ejemplares viejos. Son pocos los que tienen tanto espacio para archivos, aunque algunos conservan siquiera la primera plana. Por otra parte, los periódicos surgen y desaparecen como cualquier otro negocio. Pero como usted dijo, esta ciudad es grande y está en pie desde hace mucho tiempo. Con un poco de suerte, hallaremos por lo menos un periódico que se publique desde hace veinte años o más.

-Y con la suerte que yo tengo, ese será el que no conserve los números viejos -gruñó Angel haciendo reír a Phineas.

-Bueno, su suerte está por dar un vuelco. Esta es una de las misiones más fáciles que me han encargado. Lo que lleva tiempo es buscar a la gente que tiene motivos legales para no dejarse hallar. Este caso se resolverá enseguida.

Angel no se hacía demasiadas ilusiones.

-Si los encuentra preséntememe la factura a mí. No quiero estar otra vez en deuda con esa mujer.

-Dudo que ella se lo agradezca. Parecía muy ansiosa de hallarlos por usted.

-Lástima.

-Pero existe una cuestión de ética. Ella me contrató primero.

-En ese caso, yo lo despido por cuenta de ella y lo contrato por mi cuenta. A menos que las cosas hayan cambiado, eso es atribución delesposo.

-Mientras no sea un esposo divorciado. -Lárguese, Kirby.

Phineas salió riendo entre dientes; Angel cerró la puerta con un golpe. Pocos momentos después se impuso en él la idea de que Cassie estaba allí, en la ciudad, quizás a pocas calles de distancia. Y su maldito cuerpo reaccionó con toda la potencia.

32

-¿Ya estamos divorciados?

Cassie despertó sobresaltada con esa suave entonación resonándole en los oídos.

-¿Qué?

-Que si ya estamos divorciados.

Supo inmediatamente quién era, pero no podía creer que estuviera allí.

-¿Angel?

El le deslizó la mano en la cabellera cubriéndola con el cuerpo. -Responde, Cassie.

-No.

-¿Estás ... ?

-¡No! -aseguró ella rápidamente-. Es que no he tenido tiempo de...

La boca de Angel descendió para cortar el resto de la explicación. Era obvio que, por el momento, no le interesaban sus excusas. Lo que le interesaba venía envuelto en franela abrigada.

-¿Por qué no duermes desnuda?

Era una pregunta que nacía de la frustración que ninguna dama habría tomado en serio. De cualquier modo, Cassie respondió.

-En verano sí.

El gruñó quejumbrosamente sabiendo que, en adelante, lo perseguiría una imagen de su desnudez. Y deslizó profundamente la lengua provocando otro gruñido quejumbroso en Cassie. Pasó un rato antes de que tomaran aliento.

-Tienes los labios más dulces y suaves que he probado en mi vida -dijo, contra ellos.

-Tu voz me hace vibrar, Angel.

-Y mi boca ¿qué te hace?

-Me deja débil.

El movió la boca para chuparle un lóbulo. -¿Y qué más?

-Y caliente -susurró ella.

-Oh, Dios, Cassie, si no puedo poseerte ahora mismo voy a reventar.

-¿Y qué estás esperando?

El rió y volvió a besarla. Luego se hizo a un lado para apartar las mantas. Ella se abrió el cuello de¡ camisón haciendo saltar tres botones en su impaciencia por quitárselo. El sacó la camisa de los pantalones haciendo que sus propios botones fueran a reunirse con los otros. Volvió en pocos segundos para apretarla contra el colchón. Ella lo envolvió con sus brazos y piernas para sujetarlo en el sitio debido. Un momento después lo tenía dentro de sí, muy dentro; ese latido familiar se presentó muy pronto, estallando en sus sentidos, palpitando alrededor de él, impulsándolo a la culminación para que se fundiera con la de ella.

Cassie bajó poco a poco las piernas, sus dedos tocaron cuero, Angel aún tenía puestas las botas y los pantalones. Tuvo ganas de reír, pero también de llorar.

Dios, cuánto detestaba la realidad que emergía una vez agotada la pasión. Por una vez habría querido mantenerla a distancia por un tiempo. Pero eso era como pedir que fuera verano en pleno invierno.

Eso la resintió. También se resintió contra Angel en ese momento. Sobre todo por el hecho de que él no se hubiera quitado las botas.

Se lo dijo secamente.

-La próxima vez, quítate las botas.

-¿Marabelle está aquí?

-No.

-En ese caso me las quito ahora mismo.

-No lo hagas. No puedes quedarte.

-Todavía no estoy listo para irme, Cassie. Esto fue demasiado intenso. Lo vamos a intentar otra vez con lentitud y suavidad.

A Cassie se le agitó el estómago en respuesta a esas palabras, pero se reprimió.

-Nada de eso -aseguró severa-. Tienes que salir de aquí antes de que mi madre te oiga y entre disparando su revólver.

-¿Dónde está?

-En el cuarto vecino.

-Habrá que estarse callado, ¿no? -Angel...

Su boca había vuelto a pegarse a la de ella con provocativa habilidad. Pero Cassie no podía permitir que eso surtiera efecto. No podía.

Librodot

Lo permitió. Lo había extrañado mucho, lo deseaba demasiado como para actuar con sensatez. Desde la separación la perseguía la idea de que jamás volvería a sentir sus manos.

Pero sus manos estaban quebrando el resto de su resistencia al deslizarse sobre los pechos y el vientre. Dejaban una estela de piel erizada; los pezones se endurecieron cosquilleantes. Acababa de experimentar una increíble explosión de placer pero su cuerpo se preparaba para otra. Y Angel no la apresuraba en modo alguno. "Con lentitud y suavidad", había dicho. Y así estaba procediendo exactamente.

Antes de que él terminara Cassie tuvo la certeza de que conocía su cuerpo mejor que ella misma. No le había dejado un centímetro sin tocar. Hasta la dio la vuelta para lamerle la columna a lo largo. Frotó los dientes contra sus nalgas provocándole una risita sobresaltada, pues aquello le recordaba el hábito de Marabelle. Su lengua trazó círculos en el dorso de las rodillas. Cassie nunca habría imaginado cuántos puntos sensibles tenía en el cuerpo. El los halló todos guiado por sus gemidos y sus estremecimientos de placer mientras deslizaba las manos bajo ella para incitar las zonas sensibles más comunes.

Casi amanecía cuando Angel se dio por satisfecho. Cassie estaba tan saciada que ya no sentía resentimiento. Y él tenía razón, la primera vez había sido demasiado rápida. El resto... Dios, ese hombre era tan diestro en el amor como con el arma.

Por el momento ella sólo quería dejarse caer en un sueño bendito, pero no se atrevía a hacerlo mientras Angel estuviera allí.

Y él no parecía tener prisa por irse. A ella no le quedaban fuerzas para urgirlo.

Estirado junto a ella, con los brazos cruzados bajo la nuca, cerró los ojos. Cassie estaba segura de que no dormía. En sus labios había un levísimo dejo de sonrisa. Eso le extrañó, pero sólo por un momento. Si era la imagen viva de¡ hombre satisfecho, ¿por qué no sonreír? Se había salido con la suya... en todo. Y no había nada que reprocharle. Ella también tenía ganas de sonreír. Hasta que se interpuso la realidad. Otra vez.

Se enfrentaba nuevamente a la posibilidad de¡ embarazo y a otra demora en la tramitación del divorcio. Eso no le molestaba tanto como la necesidad de explicarlo a su madre. Eso no iba a ser fácil. La sola idea le estropeó el agradable letargo. Y como la angustia quiere compañía, se apresuró a echar por tierra también el de Angel.

-Ahora tendré que esperar otra vez antes de tramitar el divorcio.

El movió los hombros en un leve encogimiento.

-¿Qué importa un mes más?

Era él quien quería el divorcio. ¿Cómo osaba mostrarse indiferente?

Pero Angel no había terminado.

-¿Por qué no presentaste todavía la demanda?

-Porque estuve muy ocupada.

El se volvió para mirarla.

-¿Demasiado ocupada para cortar nuestros vínculos? Deberías haberte hecho de tiempo, tesoro. Así tengo derechos que no resisto la tentación de ejercer. Y eso no nos hace ningún bien. '

Ahora parecía fastidiado. Cassie se puso a la defensiva. -¿Qué haces aquí, Angel?

-Eso era lo que yo iba a preguntarte -replicó él- ¿Cómo es que no estás en tu casa, bien guardada en tu rancho, donde yo no pueda llegar?

Esa noche había logrado llegar, lo cual hizo que Cassie recordara algo.

-A propósito, ¿Cómo hiciste para entrar en mi cuarto?

-Primero respondes tú.

-¿Por qué?

-Porque, si no me equivoco, yo soy más grande y más fuerte. Y al esposo siempre se le responde primero.

Parecía tan ufano que ella no pudo soportar aquello sin reaccionar.

-¿De dónde sacaste esa tontería?

-¿Quieres decir que no es cierto?

-En ninguna de las familias que conozco. Mucho menos, en la mía.

-Si estás hablando de tu madre, tú no eres como ella.

-Puedo serlo, si me empeño.

La respuesta de Angel fue una sonrisa dubitativo y un dedo que fue a tocarle la nariz.

-No has aprendido a mentir, ¿eh?

Cassie apretó los dientes.

-Sólo me has visto tratar con gente a la que había ofendido. No sabes cómo soy con los que me ofenden a mí.

-¿Como yo, Cassie? -preguntó él suavemente.

Ella sintió que el calor le subía a las mejillas.

-Si me sintiera ofendida por ti, Angel, habría hecho a go. -¿Qué, por ejemplo?

-La respuesta que me surge a la mente no te gustaría, así que dame un minuto para pensar.

El se echó a reír.

-Reconozco que crees poder ser tan formidable como tu madre, pero hablemos en cambio de empecinamiento. Yo puedo esperar hasta que te cans es, tesoro; hasta que tu mamá venga a golpear a la puerta. .

Ella abrió la boca para denunciar lo falso de esa amenaza, pero lo pensó mejor. No quería verlo enfrentado con, su madre si podía evitarlo.

-¿Qué pregunta era la tuya? -preguntó con mala voluntad.

El cambió abruptamente de expresión olvidado el aire juguetón.

-¿Por qué no estás en tu casa como deberías?

-Cuando mi madre quiere salir de compras, salimos de compras -explicó ella encogiéndose de hombros.

-¿En pleno invierno?

-Ella supuso que, siendo tan largo el viaje a casa, un pequeño desvío no nos perjudicaría.

-¿Y fue ella quien eligió San Luis?

-No. Fui yo.

-Ya lo imaginaba. Lo que quiero saber es cómo llegué al primer puesto en tu lista de entrometimientos.

-¿Qué quieres decir con eso? -preguntó Cassie cautelosa.

-Sabes exactamente lo que quiero decir.

Ella se incorporó con los ojos ensanchados por la incredulidad. No era posible que él lo supiera.

-¿Cómo te enteraste?

-Tu detective decidió que yo podía darle más datos que tú y me

hizo una visita.

-Ese hombre es asombroso -comentó ella-. ¡Localizarte en una ciudad de este tamaño sin saber siquiera que estabas aquí!

-Lo sabía -intervino Angel agrio-. Vinimos en el mismo tren. -¡Ah! -Exclamó ella algo desencantada.- Bueno, aun así... -Para qué lo contrastaste, Cassie.

-Porque pensaba que tú no harías más intentos de buscar a tus

padres.

-No me debes ningún favor.

-A mí me parece que sí.

-¿Cómo es eso? -acusó él-. ¿Olvidas lo que te quité?

-No -replicó ella con suavidad. Le quemaban otra vez las mejillas. -Pero no sabes lo que hiciste por mis padres. La noche en que los encerraste en el granero llegaron a una especie de tregua. Al menos han vuelto a hablarse.

Angel resopló. No tenía sentido discutir quién estaba en deuda con quién.

-Aclaremos esto, Cassie. No quiero que contrates a ningún detective por mí. Me tomé, la libertad de despedir a Kirby en tu nombre.

Eso la ofendió.

-¿Por qué hiciste eso? ¿No quieres hallar a tus padres? -Sólo quiero saber quiénes eran. Para eso vine. Pero seré yo quien lo averigüe. ¿Entendido?

-Pero el señor Kirby puede ayudar.

-Eso es cierto. Y por eso ahora trabaja para mí. Cassie entornó los ojos.

-No me gusta nada tu prepotencia, Angel. -Lástima grande.

-¿Y cómo es que sólo quieres saber quiénes eran? ¿No irás a verlos cuando lo sepas?

-No.

Esa respuesta la sorprendió tanto que su irritación se disolvió de inmediato.

-¿Por qué?

-Porque sólo somos desconocidos. No me acuerdo de mi padre. De mi madre, apenas. Dudo de que me reconociera. Y no se puede decir que ella me crió.

-Te alimentó y te educó durante cinco o seis años.

-Y luego me perdió.

Ella percibió con claridad su amargura.

-¿Y la culpas a ella por eso? Ese viejo te llevó a las montañas donde nadie podía hallarte. Probablemente tu madre estaba loca de pena...

-Tú no lo sabes.

-Tú tampoco -interrumpió ella a su vez-. Averigua. ¿Qué puedes perder? Al *menos, hazle saber que no estás muerto.* Probablemente acabó por creer que sí.

-Te estás entrometiendo otra vez, Cassie -dijo él en áspera advertencia-. Esto no es asunto tuyo.

-Tienes toda la razón -replicó ella rígida y nuevamente irritada-. Y este no es tu dormitorio. ¿Por qué no te vas?

-¡Por fin una idea que me gusta! -contraatacó él, furioso, mientras arrojaba las mantas y recogía sus pantalones-. A cambio voy a ofrecerte otra. Vuelve a tu casa si no quieres que vuelva a usar la llave de este cuarto.

-Me iré por la mañana -le aseguró Cassie. -Ya es de mañana.

-Por la tarde, entonces.

-¡Bien! -dijo él.

Y se inclinó para plantarle un beso inesperado antes de recoger el resto de sus cosas. Luego desapareció.

Cassie se quedó n-úrando el pañuelo negro que había olvidado con su prisa. Finalmente se lo llevó a los labios, aún húmedos de los suyos.

Lo había enojado otra vez, aunque eso no fuera ninguna novedad. Por algún motivo, parecían destinados a separarse enojados. Y si así era, ¿por qué ese beso en medio de tanto enfado? Se lo había dado sin pensar, como por vieja costumbre, como si no pudiera evitarlo. Por mucho que se esforzara, Cassie no podía comprenderlo.

33

El equipaje fue bajado primero y llevado al coche que esperaba para llevarlas a la estación. Angel sólo tomó nota de eso porque estaba esperando verlas partir. Cinco minutos después, Cassie y su madre bajaban la escalera e iban directamente al escritorio de recepción para saldar la cuenta. La madre parecía capaz de arrancar la cabeza a quien la mirara con mala cara. La misma Cassie no parecía muy cordial. Pero Angel no pensaba abordarlas. Sólo quería asegurarse de que se fueran.

Había esperado casi ocho horas para averiguarlo. Era obvio que Cassie se había quedado dormida al salir él. Angel pasó el día sentado en un sofá del vestíbulo vigilando la escalera, cansado y hambriento, pues la noche anterior había utilizado cuanto dinero llevaba para sobornar al recepcionista para que le proporcionara aquella copia de la llave.

Apenas había podido dormir algunas horas antes de que Kjrby se presentara en su cuarto. Desde entonces no había vuelto a la cama... por lo menos para dormir.. Y como tampoco

había pasado por su cuarto, tenía las mejillas sombreadas pro la barba crecida, el pelo enredado por los dedos de Cassie y varios botones menos en la camisa.

Dos veces el personal del hotel le había pedido que se retirara porque estaba asustando a los huéspedes. Primero fueron dos hombres, de trajes muy elegantes. La segunda vez, cuatro. El les dijo a todos lo mismo, que no se retiraría hasta que lo hiciera su esposa. Al parecer decidieron no insistir, aunque revisaron los registros para verificar que él tuviera a su esposa allí. De cualquier modo, a Angel no le habría molestado que insistieran un poco. Tal era su estado de ánimo.

Contradictorio, en verdad. Quería que Cassie se fuera, pero sabía que esa misma noche desearía tenerla aún al alcance de la mano. Todavía estaba irritado con ella por su entrometimiento, pero lamentaba que ambos se hubieran separado enojados. Habría podido rectificar eso inmediatamente, antes de que ella se fuera, pero no lo hacía; para ella sería más conveniente seguir enojada con él. De ese modo tramitaría el divorcio sin perder más tiempo.

Mientras no fuera así él no podría volver a Cheyenne. No quería estar tan cerca de ella, pues en la noche anterior había quedado demostrado que no podía estar cerca sin hacer algo. De ese modo jamás se tramitaría el divorcio y ella acabaría por tener un bebé suyo.

El pensamiento lo atravesó con una sacudida; peor aún fue caer

en la cuenta de que deseaba ese bebé. Sólo de esa manera podría quedarse con ella para siempre, sin que se volviera a hablar de divorcio, y era preferible reconocerlo de una vez, quería a esa entrometida como no había querido ninguna otra cosa en la vida.

Pero no era eso lo que ella deseaba. Y habría sido innoble desearle ese embarazo. Bueno, ¿quién quería dárselas de noble?

En ese momento salieron dos hombres del comedor rumbo a la entrada del hotel. Angel no hubiera reparado en ellos a no ser porque se detuvieron bien frente a él ocultándole el escritorio de recepción. No se opuso. De cualquier modo, había pensado cambiar de sitio por si Cassie miraba casualmente hacia allí. De ese modo no sería necesario, pero... ¡al diablo con todo! No iba a privarse de verla por algunos instantes. Pasaría mucho tiempo antes de que pudiera hacerlo otra vez.

Se levantó para trasladarse a un nuevo punto de observación tras una de las altas columnas griegas que sostenían el techo del vestíbulo. Para eso tuvo que pasar detrás de los dos hombres, y al hacerlo oyó que el carilindo decía:

-Se hace llamar señora Angel. Al principio apenas reparé en ella, pero ahora... no sé, hay algo en ella que me intriga.

-Yo no lo veo -dijo su amigo sinceramente extrañado mientras los dos observaban a Cassie.

-Me alegro, porque no tengo intenciones de compartirla con nadie.

Angel se obligó a recordar que Cassie estaba a punto de abandonar la ciudad. No hacía falta que dijera nada. De cualquier modo tenía ganas de hacerlo.

-Yo tampoco -aseveró haciendo que ambos se volvieran hacia él. En un gesto automático su mano echó el impermeable amarillo ha-' cia atrás, descubriendo el arma.

-¿Cómo dice usted? -inquirió Bartholomew Lawrence. Luego dio un paso atrás para ver mejor al hombre que los había interrumpido.

-La señora está casada -dijo Angel con voz cansina.

-Es que a Bart le gustan las casadas -aclaró su amigo, con una risita burlona, pues "Bart' miraba fijamente a Angel como si hubiera perdido el habla.

Librodot

-Que no le guste esta o es hombre muerto.

Con sólo ver el revólver que Angel llevaba a la cadera, Bartholomew había comprendido que se trataba del hombre a quien Cassie llamara *El Angel de la Muerte.* Después de ese último comentario, cayó redondo al suelo.

-Oh, demonios -dijo Angel disgustado.

La caída de un hombre en el vestíbulo no dejaría de atraer la atención de Cassie y su madre, pero bastó una mirada en esa dirección para comprobar que ya no estaban allí. Angel se volvió a tiempo de verlas cruza el umbral para perderse de vista.

-¿Hace usted esto para divertirse tan sólo? -preguntó Phineas a su espalda-. ¿O no puede evitarlo?

Angel echó otra mirada de disgusto al hombre tendido antes de volverse hacia el detective.

-¿Qué desea, Kirby?

Phineas se echó a reír.

-Creo que no puede evitarlo. Pero le convendría cubrir su revólver. Aunque usted no lo sepa, la gente de ciudad se pone nerviosa cuando ve a una persona armada si no es policía.

-Estoy habituado a poner nerviosa a la gente -replicó Angel con indiferencia-. Si sólo ha venido para decirme eso...

--Podría mencionar también que usted tiene muy mal aspecto.

-Eso también podría habérselo guardado.

Angel se volvió para salir. Phineas acomodó su paso al de él.

-Está de muy malhumor, ¿verdad? -Angel no le prestó atención. -Quizás esto lo anime.

Ante la cara de Angel relumbró un trozo de papel. Se detuvo, pero no trató de tomarlo. Phineas lo retiró pensando que tal vez el hombre no sabía leer; dada su crianza era muy posible. Decidió no preguntar.

-¿Halló algún periódico viejo? -adivinó el pistolero.

Phineas asintió.

-Y en él trabajaba un periodista muy concienzudo en esa época. El artículo salió en primera plana y la llenó casi entera.

-¿Los nombres?

-Cawlin y Anna O'Rourke.

-iO'Rourke!

-Yo también reaccioné así. Nunca habría imaginado que usted era de estirpe irlandesa. Todos los irlandeses que conozco, aun americanos de segunda o tercera generación, retienen algo de¡ acento gaélico. Pero usted ha perdido el suyo por completo.

-O'Rourke -dijo Angel. Y lo repitió para saborearlo en la lengua.

Podía habituarse muy pronto a un apellido así. Y eso era todo lo que deseaba, un apellido para agregar a su nombre porque estaba harto de decir a la gente: 'Angel, nada más". Pero cuando el detective empezó a hacerle un resumen de lo publicado por el periódico, él no se alejó.

-Anna O'Rourke vino con su hijo para visitar a una amiga de la infancia. Lamento decir que había enviudado recientemente. Su padre de usted, Cawlin O'Rourke, era un americano de segunda generación que trabajaba para los ferrocarriles; tal vez por eso usted no lo recuerda. En ese tipo de trabajos se viaja por todo el país.

-Su madre había inmigrado desde Irlanda; se casó con su padre en cuanto llegó a América, pero al parecer sentía nostalgias de la patria. Al morir él decidió volver con usted a su tierra natal. Pero antes quería despedirse de su amiga.

-El periodista informaba que Angel, su hijo de cuatro años, desapareció cuando ambos llevaban apenas una semana aquí. Estaba en el jardín delantero de la casa Dora Carmine y desapareció en un minuto.

-¿Eso significa que Angel era mi verdadero nombre?

-Así parece.

-Y si yo tenía sólo cuatro años en ese entonces, ahora tengo veinticinco y no veintiséis, como pensaba.

Phineas'sonrió.

-Es la primera vez que veo a alguien rejuvenecer en vez de hacerse más viejo. Pero bien, el artículo mencionaba que equipos de búsqueda estaban revisando toda la ciudad y que se habían pegado carteles ofreciendo una recompensa. En un principio se supuso que usted se había alejado caminando y estaba extraviado; eso explicaría por qué a nadie se le ocurrió buscar fuera de la ciudad. Varias semanas después, el periódico mencionaba que usted seguía desaparecido y que cualquier información sobre su paradero sería pagada con una sustanciosa recompensa. Media ciudad debió de estar buscándolo.

-¿Cómo se llamaba la amiga de mi madre? -Dora Carmine.

-¿Aún vive aquí?

Phineas asintió.

-Acabo de hacerle una visita para confirmar el relato del periódico.

-No le habló de mí, ¿verdad?

-No, le dije que me enviaba la oficina del alcalde para recopilar un informe oficial sobre el aumento proporcional de delitos en los últimos veinticinco años.

Angel bajó la vista.

-¿Dijo ella si mi madre aún vive? -Aún vive.

-Supongo que volvió a Irlanda, como pensaba.

-Según la señora Carmine, Anna O'Rourke jamás salió de San Luis. Se negó a perder las esperanzas de que usted apareciera algún día sano y salvo. Vive a unas nueve calles de aquí, en una de las mansiones más antiguas de la ciudad. Hace unos dieciocho años se casó con un banquero adinerado. Era viudo, con dos hijos, y con ella tuvo varios más. De modo que tiene usted unos cuantos medio hermanos. Y hasta el día de hoy ella sigue ofreciendo una recompensa por cualquier información sobre usted.

Angel lo miró serenamente,

-¿No estará pensando en cobrarla?

-En este caso ya falté una vez a mis principios; no pensaba hacerlo de nuevo.

-Bien.

Phineas frunció el entrecejo.

-Tengo la impresión de que usted no tiene intenciones de visitar a su madre.

-En efecto. Ella tiene una familia nueva. No veo motivos para importunaría.

Phineas lo miró fijamente un momento. Luego se encogió de hombros.

-Tal vez tenga razón. Al fin y al cabo ella no es más que su madre. ¿A quién le importa si jamás descubre qué fue de su primogénito?

-No es bonito lo que fue de él.

-La verdad rara vez es tan fea como lo que una persona puede imaginar. Probablemente ella imagina cosas peores.

Angel arrugó la frente.

-¿Peor de lo que soy yo? Lo dudo.

-¿No es demasiado duro consigo mismo? Comparado con algunos de los criminales que rastreo, usted es un santo. Si fue a parar al Oeste no fue por culpa suya, pero se adaptó bien. Yo diría que se ha desempeñado perfectamente.

-¿Y quién le pidió opinión?

Phineas, dándose por vencido, le entregó la hoja de papel.

-Aquí tiene la dirección por si cambia de idea. Le dejaré, la factura de la agencia en el hotel. Ha sido interesante, don Angel O'Rourke.

34

-¿Podemos hablar ahora del asunto?

Cassie apoyó la cabeza en el lujoso respaldo en tanto el tren abandonaba la estación. Cabía agradecer que el coche pullman particular de su madre hubiera llegado esa mañana a la estación; de lo contrario Catherine habría tenido otro motivo para quejarse en los días siguientes. También había que agradecer que su madre hubiera guardado silencio hasta entonces, después de entrar por la mañana en su cuarto cuando Cassie estaba demasiado fatigada para levantarse, con el camisón todavía en el suelo y botones por todas partes... botones que no eran iguales entre sí.

Ella sólo había podido decir:

-Quiero volver a casa hoy mismo, mamá, pero primero necesito dormir un rato más.

-¿Te gustaría contarme por qué?

Catherine se mostraba muy sarcástica. Esperaba una buena explicación. La respuesta de Cassie la tomó por sorpresa.

-No quiero hablar de eso.

Lo asombroso fue que la madre la dejó seguir durmiendo. Más tarde tampoco dijo nada, salvo:

-Ya he ordenado que nos envíen la ropa nueva a casa cuando esté terminada.

Pero Cassie sabía que no llegaría el fin de¡ día sin satisfacer su curiosidad. Habría que evitar la verdad hasta donde fuera posible.

-¿De qué quieres hablar, mamá?

-Para comenzar, me gustaría saber por qué estamos viajando ahora, si habíamos decidido hacerlo la semana que viene.

-La ropa ya estaba elegida y habíamos terminado con las pruebas. ¿Valía la pena esperar sólo para llevarnos la ropa? Haciendo tanto frío no se puede salir a disfrutar de la ciudad. Tú misma te habrías aburrido antes de mañana.

-Nunca me aburro en la ciudad, con calor o con frío, y tú tampoco. ¿Por qué no haces otro intento? ¿O será mejor no agotar tu provisión de excusas y limitarnos a la verdad?

-¿Por qué piensas que...?

-Porque tengo ojos, pequeña. Vi a tu pistolero en el vestíbulo del hotel.

Cassíe también lo había visto. Desde que conocía a Angel el amarillo intenso le llamaba la atención dondequiera que estuviera. Pero supo disimular; ni siquiera lo miró directamente. Sabía por qué estaba allí, para asegurarse de que ella abandonara la ciudad. Eso la enojó otra vez.

-¿Por qué te siguió a San Luis? -preguntó Catherine.

-No me siguió. Vino por motivos que no tenían nada que ver conmigo.

-¿Sabías que vendría?

-No.

-Detesto las coincidencias como esta -dijo Catherine con un suspiro-. No son naturales.

-¿Como la fatalidad?

La madre le clavó una mirada áspera, negándose a admitir que la fatalidad tuviera algo que ver.

-Anoche subió a tu cuarto, ¿no?

-Sí.

-¿Y ... ?

Adios las esperanzas de ocultar la verdad.

-Angel tiene dificultades para olvidarse de sus derechos maritales cuando yo estoy cerca. Al parecer, le es imposible.

-¡Pero qué libidinoso ... !

-Y a mí me es imposible negarle esos derechos. -¡Cassie!

-Por lo tanto, me sugirió que volviera a casa. Eso dejó muda a Catherine por un momento.

-¿El? ¿De veras? Parece que el hombre tiene sentido común después de todo.

-No le veo la gracia, mamá.

-No lo dije para que te hiciera gracia, pequeña.

-De cualquier modo, se mostró muy autoritario. Cree poder darme órdenes.

-Como todos los maridos. Nunca he comprendido por qué. En Wyoming las mujeres tenemos derecho al voto, podemos ser miembros de jurados y hasta nos jactamos de tener la primera jueza de paz de todo el país, pero nuestros maridos siguen opinando que su palabra es ley.

-Papá nunca fue así

-Tu padre era una excepción. Catherine se echó a reír.- Los Summers son otra. Ya sabemos quién lleva los pantalones en esa familia. Y le sientan muy bien.

-Eso no es justo, mamá. Ni cierto. Yo diría que los mismos pantalones les sientan bien a ambos. Si tienen diferencias de opinión, discuten hasta ponerse de acuerdo. Nunca hay uno de ellos que diga arbitrariamente al otro: 'Haz lo que te digo', como si ese fuera el fin de la cuestión.

-Chase Summers no es tan estúpido -dijo Catherine muy sonriente-. Reconozco que a veces Jessie anda de puntillas a su alrededor, pero generalmente pisa bien fuerte.

-Sólo porque él se lo permite -insistió Cassie-. Allí está la diferencia.

De pronto Catheríne volvió a arrugar el entrecejo. -¿Cómo nos apartamos tanto del tema?

La joven habría preferido que su madre no se diera cuenta.

-Hablando de los hombres arbitrarios. Y antes de que preguntes, para bochorno de las dos, te lo confirmo, habrá que esperar otra vez para presentar la demanda de divorcio.

Angel llamó a la puerta principal de la enorme casa de piedra. Sabía que hacía mal en presentarse. Se había acicalado. Estaba tan pulcro como era posible sin cortarse el pelo, cosa

que no haría hasta la primavera. De cualquier modo hacía mal en presentarse. Sólo que era presentarse o embriagarse como una cuba para quitarse de la mente a su menuda esposa. Y no tenía ganas de embriagarse.

Se abrió la puerta. Apareció un hombre de blanco pelo rizado y patillas vestido con rígida formalidad. Su piel era tan oscura que parecía negra.

-¿En qué puedo servirlo, señor?

-Me gustaría hablar con la señora de la casa -dijo Angel. -¿Quién es, Jefferson? -preguntó otra voz seguida por la aparición de un caballero maduro, alto, de pelo rubio y ojos verdes.

-No sabría decirle, señor Winston. El caballero pide hablar con la señora Anna.

Los ojos verdes se entornaron para observar a Angel con más atención.

-¿Puedo preguntarle para qué necesita a mi esposa? -¿Usted es el banquero?

Los ojos se entornaron todavía más. -Sí.

-Esta mañana descubrí que su esposa es mi madre. Me llamo Angel... O'Rourke.

Era la primera vez que lo decía. Sonaba bien... y provocó un suspiro en el esposo de Anna.

-Comprendo -dijo el hombre en tono resignado-. Usted es el decimoquinto Angel que llama a mi puerta para cobrar la recompensa. -Y agregó, con desprecio en la voz:- Por lo menos los otros eran irlandeses o se esforzaban en parecerlo. ¿Puede usted demostrar que es el hijo desaparecido de mi esposa?

Lo último que Angel esperaba era esa duda. Estuvo a punto de echarse a reír.

-No necesito demostrarlo, señor.

-En ese caso no recibirá un centavo...

-No quiero su dinero -lo interrumpió él-. Sólo he venido para echar un vistazo a mi madre antes de volver al Oeste.

-Bueno, esa es una variante nueva -comentó Winston, aunque su expresión seguía siendo escéptica-. Sólo por curiosidad, ¿qué historia tiene preparada para explicar su desaparición de tantos años?

-Si ella quiere saberlo se lo contaré, -fue cuanto Angel dijo. Y bastante generoso se mostraba considerando que el hombre comenzaba a irritarlo.

El banquero vaciló un momento ante.% de ceder:

-Por el bien de mi esposa, me veo obligado a concederle el beneficio de la duda. Pero le advierto que ella sabrá a primera vista si usted dice la verdad o no. Si ella no lo reconoce, le agradecería que se fuera sin mencionar sus pretensiones. Mi esposa ya ha sufrido demasiado por este asunto. No quiero que se le revuelvan otra vez los recuerdos sin motivo alguno.

Angel hizo un gesto afirmativo sin poder discutir. No necesitaba hablar con esa mujer. Sólo quería verla para que la imagen que guardaba de ella fuera menos vaga. Y probablemente no lograría otra cosa, pues no podía imaginar cómo haria una mujer, aunque fuera madre, para reconocer al niño de cuatro años en un hombre hecho y derecho.

El sirviente abrió la puerta un poco más para que Angel pasara.

_¿Me permite su abrigo, señor?

En la casa hacía demasiado'calor como para no quitárselo. Angel no quería cubrirse de sudor; ellos pensarían que era por nerviosismo. Pero en cuanto hubo entregado el impermeable, los ojos de¡ banquero fueron directamente a su revólver. Por mucho que se hubiera acicalado, Angel no pensaba ocultar su oficio ni su origen. Vestía de negro, como de costumbre; negro era también el pañuelo nuevo atado al cuello.

-¿Usted es policía? -se le preguntó.

Volvió el ceño.

-Preferiría que no se presentara con eso en mi casa.

Angel no hizo ademán alguno de quitárselo.

-Si usted trata bien a mi madre, no tiene nada que temer.

El banquero enrojeció, pero se limitó a decir rígidamente al criado:

-Informe a mi esposa que tenemos visita. Puede reunirse con nosotros en la sala este.

El sirviente salió. Angel siguió a su anfitrión hasta una puerta que abría a la derecha. El cuarto era amplio y de muebles tan elegantes que él se sentó con desconfianza. Estaba nervioso, sí. Mejor dicho, tenía miedo. Nunca en su vida había tenido tanto miedo. No tenía nada que hacer allí. Habría sido mejor embriagarse.

-No puedo hacer esto -dijo súbitamente-. Creía poder, pero... Dígale... no, no le diga nada. Es mejor que no sepa lo que ha sido de mí.

-Tal como yo pensaba -comentó el esposo de Anna con tanto desprecio que un hombre inferior se habría achicharrado-. Este es el punto en que casi todos se echan atrás.

-No voy a ofenderme por esto, señor, porque usted actúa en bien de ella. Me alegro de que mi madre tenga a alguien que la cuide.

En verdad, Angel se estaba mostrando muy generoso porque tenía ganas de decir algo muy distinto, que por menos provocación había matado a más de un hombre. No era cierto, pero solía decirlo para poner fin a las provocaciones. De cualquier modo, también en este caso les puso fin pues el banquero asintió, ya porque aceptaba el comentario o porque no tenía nada más que decir.

Angel se dirigió hacia la puerta. Ya comenzaba a perder la tensión, pero volvió de inmediato, pues una jovencita le bloqueó súbitamente el paso. Era hermosa, pelo negro flotando alrededor de su cintura y grandes ojos verdes, como los de su padre. No podía tener más de trece años. "Varios medio hermanos", había dicho Kirby, y Angel supo por instinto que tenía ante sí a su hermana.

Se le hizo un nudo en la garganta. No podía moverse ni apartar de ella los ojos.

Ella también lo observaba con curiosidad. No apartó la vista ni siquiera para decir a su padre:

-Dice mamá que baja enseguida y ¿quién es usted?

Lo dijo todo en un mismo aliento.

-Angel -respondió él sin pensar.

Librodot

-¿De veras? Tengo un hermano que se llama Angel aunque no lo conozco. Tengo muchos hermanos varones, pero mamá dice que nunca son demasiados para que cuiden de una.

Angel no se imaginaba cuidando de una hermana. Acabaría sembrando la calle de cadáveres en cuanto alguien la mirara con malas intenciones. Y difícilmente esa gente de ciudad supiera agradecérselo.

-Me llamo Katey -continuó. Y en la misma pausa: -¿Eres mi hermano?

La pregunta atravesó a Angel como si fuera de plomo, aguda y dolorosa. No supo qué responder. Con la verdad no saldría de allí muy pronto. Además, era probable que el banquero la refutara. Y así se comprometía. Bastaba una pequeña palabra para que una parte vacía de su vida quedara colmada.

El esposo de Anna no le dio oportunidad de decirla.

-Ya has entregado tu mensaje, Katey; ahora vuelve a tu cuarto. -Pero...

-Sabes que no debes molestar cuando tenemos visitas.

Su voz no era severa. En todo caso, demasiado tierna; Angel comprendió que se la amaba mucho. Y ella se fue diciendo: "Sí, señor" con sólo un mohín en los labios.

-Gracias por no responder a mi hija -oyó Angel a su espalda-. Es una niña impresionable y le habría creído.

¿Creer la verdad? ¡Nada menos! Pero Angel no lo dijo; no dijo nada. Se encaminó nuevamente hacia la puerta. Si ese condenado cuarto no hubiera sido tan grande, ya habría estado en la calle.

No llegó. Chocaron ante la puerta, pues ambos corrían hacia ella. El tuvo que sostenerla para que no cayera hacia atrás. La oyó ahogar una exclamación y una risa, pero ella aún no había levantado la vista. En realidad, era menuda; apenas le llegaba al mentón. Pero no necesitaba verle la cara. Reconoció su risa; le era tan familiar como si la hubiera escuchado apenas el día anterior.

Era ella, y los recuerdos volvieron con ella, suaves regaños, abrazos y besos, cuentos a la hora de dormir; lágrimas, cuando tuvo que decirle que su padre había muerto, y amor, mucho amor. No podía respirar, pues el nudo le crecía y crecía en la garganta. Las manos que sostenían los brazos de la mujer se ciñeron con fuerza. Ante eso ella levantó la vista. Angel se alegró de no haberla soltado, pues la vio ponerse tan pálida como si estuviera por desmayarse.

-¿Cawlin? -dijo en un chillido temeroso.

Angel comprendió que creía estar viendo a un fantasma.

No respondió. No podía pronunciar una palabra con ese nudo en la garganta. Ella aún no se había dado cuenta de que estaba ante el hijo y no ante el padre. Era me or irse antes de que lo comprendiera, pero no podía moverse. Ni siquiera podía soltarla. Habría querido estrujarla entre sus brazos, pero tuvo miedo, miedo de asustarla, de no

poder soltarla nunca más.

Se ahogaba con las cosas que sentía. De pronto lamentó que Cassie no estuviera allí para entrometerse y arreglarlo todo, indómita como siempre, porque nunca se había sentido tan indefenso y fuera de su ambiente como en ese momento. El que estaba allí era el banquero, que se aproximó para separarlos y llevó a Anna hasta una silla. Angel seguía sin moverse. Tenía que salir volando de allí, pero los pies no le obedecían y no podía apartar los ojos de su madre.

Librodot

Aunque la imagen que de ella tenía se hubiera esfumado con el correr de veintiún años, ahora volvía con toda su fuerza, pues ella había cambiado muy poco entretanto. ¡Las cosas que recordaba ahora, las pequeñas cosas que había olvidado! Ella no lo había perdido por descuido; en todo caso, lo protegía en exceso, pues no tenía más familia que él... por entonces. Ahora había formado otra familia. Y él no tenía nada que hacer allí.

Por fin el miedo hizo que sus pies se movieran. Miedo al rechazo y al dolor que lo acompañaría. Era lo único que nunca había podido soportar bien y no pensaba intentarlo en ese momento.

Dio varios pasos largos por el vestíbulo antes de reparar en la barricada que se levantaba ante la puerta de la calle con la forma de su hermanita. Katey, con la espalda apoyada contra la madera y los brazos cruzados lo miró meneando la cabeza. No había subido a su cuarto, como se le ordenó. Lo esperaba en una emboscada. Y él sintió exactamente eso, que había caído en una emboscada.

La jovencita le dedicó una gran sonrisa al recordarle: -Todavía no me has respondido.

-¿Qué preguntaste?

-Si eres mi hermano.

-Y si lo soy, ¿qué?

-Sé que lo eres.

-¿Por qué?

-Porque quiero que lo seas -dijo ella simplemente-. Por eso no puedo dejar que te vayas. Mamá se alteraría.

-Ya está alterada.

-Eso no es nada. Si te vas, derribará la casa a gritos. -No grita.

Katey volvió a sonreír.

-Sean y Patrick dicen que sí. Son mis hermanos... y hermanos tuyos, también. Ellos tampoco me perdonarían que te dejara ir sin que ellos te vieran.

-¿De veras crees poder detenerme, tesoro? -Yo, tal vez no, pero ella sí.

Señalaba -hacia atrás con la cabeza. Al volverse, Angel vio a su madre ante la puerta de la sala sosteniéndose de¡ marco con una mano y apretándose el corazón con la otra. Aún estaba pálida como un pergamino. El esposo, de pie tras ella, estaba preparado para sujetarla si volvía a desmayarse.

Se la veía muy frágil, pero su voz sonó potente, casi acusadora, al decir:

-Creo en los duendes y en los fantasmas, pero tú no eres el fantasma de Cawlin, ¿verdad?

-No.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. -Oh, Dios... ¿Angel?

El no tuvo tiempo siquiera de respirar. La mujer se acercó sin esperar su respuesta, a paso muy lento, devorándolo con los ojos centímetro a centímetro, a través de las lágrimas que ahora caían sin pausa. Le tocó la cara, los hombros, los brazos, para asegurarse d e que fuera de carne y hueso; por fin le deslizó las manos alrededor de la cintura y las cruzó allí mientras dejaba caer la cabeza contra el pecho de Angel para llorar de verdad.

El quedó tan desconcertado como cuando Cassie había hecho lo mismo, pero esta vez tenía que luchar contra la humedad que se estaba amontonando en sus propios ojos. Vaciló por

unos segundos insoportables antes de rodearla con los brazos; quizá lo hizo con demasiada fuerza, pero ella no se quejó.

Angel miró al esposo sobre su cabeza. En ese momento el hombre estaba muy abochornado, pero no por el espectáculo emotivo de su esposa.

-Lo siento -comenzó Winston.

-No se disculpe -dijo Angel-. No me habría gustado. que alguno de los *otros angeles* les hubiera persuadido.

-Anna dijo que, como te parecías tanto a tu padre siendo niño, cuando crecieras serías su viva imagen.

-No lo recuerdo -admitió Angel.

Al oír eso Anna lloró aun más. Winston, con una sonrisa, se acercó y le puso las manos en los hombros sugiriendo:

-Suéltalo ya, Anna.

-¡Jamás! -exclarmó ella, con fiereza, abrazando a Angel con más fuerza- Y ahora quiero saber por qué tardaste tanto en volver a casa, jovencito.

-La historia es larga.

Ella levantó la vista.

-Bueno, como no saldrás de aquí, tienes tiempo para contarla.

Así era, probablemente, aunque él jamás lo contaría todo. Y ahora que estaba perdiendo la tensión tenía ganas de reír. Un hogar. Por fin tenía un hogar. Y una familia. Cedió al impulso y se echó a reír.

35

Catherine y Cassie llegaron a tiempo para que se las invitara a la boda de Colt Thunder, que se iba a casar a fin de mes. Jessie, su hermana, llevaba varias semanas planeando los festejos. Según los rumores divulgados por Louella, el ama de llaves, Colt había protestado mucho. Sólo quería terminar con el asunto antes de que la novia cambiara de idea. Pero su hermana estaba decidida a organizar la fiesta más grande que se hubiera visto en Wyoming. Al fin y al cabo, él se casaba con una duquesa de carne y hueso.

Catherine se mostró impresionada. Cassie no mencionó que Angel ya le había hablado de la duquesa en cuestión. Tenía muchos deseos de conocer a la dama por la que Colt había cambiado la opinión que tenía de las mujeres blancas. Angel se sorprendería mucho cuando se

enterara, puesto que, según él, a Colt no te gustaba nada verse obligado a acompañar a la duquesa.

Cassie averiguó algo más sobre aquello cuando ella y Marabelle se cruzaron con Jessie en la pradera al día siguiente de su llegada. La vecina buscaba un temero extraviado y Cassie disfrutaba, simplemente, con el placer de pasear nuevamente con su pantera. Pusieron los caballos a la par para conversar.

-El mes,pasado nos habría venido bien tu habilidad para arreglar las cosas -dijo Jessie de inmediato. Era la única que se mostraba generosa al referirse a los entrometimientos de Cassie-. Nunca se vieron dos personas tan desdichadas como Colt y Jocelyn cuando vinieron. Estaban enamorados, lo comprendí de inmediato, pero ninguno de los dos se decidía a declararse.

-¿Por qué?

-El pensaba que ella jamás se casaría con un mestizo. Ella creía que Colt no la amaba. ¡Qué tontos ambos, callarse así lo que sentían!

Cassie se retorció en la silla de montar. ¿Acaso ella no era culpable de lo mismo? Claro que su caso era algo diferente. Ella sabía con certeza que Angel no correspondía a sus sentimientos. Pero en ese caso, ¿por qué en San Luis se había mostrado tan indiferente al divorcio? Se retorció un poco más. Tendría que pensarlo bien. Si e7dstía la más remota posibilidad...

-¿A que no adivinas dónde se hospeda Colt? -continuó Jessie-. En el viejo rancho de los Callan.

Eso tomó a Cassie por sorpresa.

-Yo habría dicho que no volvería a pisar esa casa después de lo que le ocurrió allí.

-Lo sé, pero la duquesa compró la propiedad para vivir allí hasta que se terminara la mansión que está construyendo en las colinas. Y cuando él se decidió a proponerle matrimonio, ella no quiso perderlo de vista nunca más.

-A mí me habían dicho lo contrario, que él temía que ella se echara atrás con respecto al casamiento.

-En realidad, ninguno de los dos dejará de preocuparse hasta que el hecho esté consumado. No me preguntes cómo hice para persuadirlos de posponer la boda un mes para que mi hermano tuviera una boda como Dios manda. No fue fácil.

Por un momento se detuvieron a observar a Marabelle que se revolcaba en un montón de nieve dejado por la tormenta desatada algunas semanas atrás. Esa mañana hacía mucho frío, pero ambas estaban habituadas.

Cassie decidió pedir consejo a su amiga, ya que se le presentaba la oportunidad.

-¿Alguna vez te encontraste en la necesidad de tomar una decisión sin saber cómo actuar, Jessie?

-Claro, muchas veces. Es entonces cuando Chase me es muy útil.

Si a mí no se me ocurre la solución, él siempre me la ofrece.

Cassie se tomó un instante para provocarla:

-Seguramente te es útil también para otras cosas.

-Para una o dos más, sí. -Jessie sonreía abiertamente.- Dime, ¿cuál es esa difícil decisión a la que te enfrentas?

A Jessie no le costaba ir al grano. Cassie lo intentó. -Pues mira, mientras estaba en Texas me casé. Jessie se echó a reír.

-Caramba, esta temporada se da mucho. ¿Cómo hiciste para no reventar con semejante noticia? ¿Cuándo nos lo presentarás?

-Ya lo conocéis. Me casé con Angel. -¿Con Angel? No... no, no puede ser... -Ese es, el amigo de Colt.

Jessie la miró fijamente un momento. Luego estalló:

-¡Tú y Angel!

Cassie hizo una mueca dolorida ante su incredulidad.

-Sé que suena ridículo pero en realidad no fue idea nuestra. ¿Recuerdas cómo os casasteis tú y Chase?

-¡Como para olvidarlo! ¡Con su revólver clavado en mi espalda! -replicó Jessie. Sus ojos turquesa se ensancharon-. ¡No me digas que Angel te obligó.

-El no. Fueron algunos vecinos de mi padre que se oponían a mi entrometimiento.

-¿Y Angel lo permitió?

El asombro de Jessie era bastante comprensible. Quien conociera a Angel sabía que no era capaz de soportar algo así cruzado de brazos; en caso necesario, derramaría sangre para impedirlo.

-Lo desarmaron antes de que pudiera adivinarles las intenciones.

-Debe de haberse puesto furioso.

-Eso temía YO. Hice todo lo posible para disuadirles pensando que él los mataría a todos. Pero en realidad sólo se enojó conmigo. Al fin y al cabo, todo eso sucedía por mi entrometimiento.

-¿Y aún sigues con vida?

Cassie sonrió comprendiendo que ese comentario no iba en serio. -Creo que Angel no se rebaja a disparar contra las mujeres. -¿Es por eso que tu madre viajó tan súbitamente a Texas? -No. Pensó que yo necesitaba ayuda contra esos vecinos de papá -explicó Cassie-. Pero Angel ya había resuelto esa situación.

-¿Y qué estaba haciendo allá?

-Lo mío vino a ser un favor que él debía a alguien.

-Así es Angel. Toma sus deudas muy en serio. Hace años que trata de pagar a mi hermano el que le haya salvado la vida. En realidad, Colt mencionó que Angel lo había ayudado con la duquesa, allá en Nuevo México, así que esa deuda ya está saldada.

-Sí, Angel me habló de eso.

Entonces Jessie le echó una mirada de preocupación.

-Tu madre no debe de haberse alegrado mucho de que te casaras con Angel, aunque no fuera intencionalmente.

-Eso es poco decir. Desde entonces le tiene una gran antipatía. -Bueno, no te preocupes. Se le pasará en cuanto hagas anular el casamiento. Me asombra que no se haya encargado ya de eso.

Cassie no pudo evitar el rubor que esa réplica le provocaba. -No puede. La anulación no es factible puesto que Angel insistió en tener su noche de bodas.

Los ojos de Jessie se dilataron.

-Demonios, ¿desde cuándo se ha vuelto tan loco?

-Desde que me conoció, posiblemente. No nos llevamos demasiado bien... constantemente.

-Como todo el mundo. Pero ¿no sabía que de ese modo te obligaba al divorcio?

-Lo sabía, sí.

-Pues no entiendo. ¿En qué estaba pensando?

El rubor de Cassie subió varios tonos. Jessie se dio cuenta.

-Oh -murmuró, enrojeciendo a su vez-. ¿Te molestó ... ? No, no me respondas. -Había enrojecido un poco más.- Eso es demasiado personal.

-No importa, Jessie -la interrumpió Cassie-. Eso es parte del problema, que no me molestó en absoluto.

-¿Quieres decir que sientes algo especial por Angel? -preguntó Jessie cautelosa.

-Creo que sí.

-¿Y no vas a pedir el divorcio?

-Ese es el resto del problema. El espera que lo pida. Mi madre también.

-¿Y quién diablos ha dicho que debes hacer lo que los demás esperan? -preguntó Jessie.

-¡Pero si Angel no quiere estar casado!

Jessie resopló.

-Debió haberío pensado antes de exigir su noche de bodas.

Cassie irguió la espalda extrañada. ¿Por qué no podía adoptar ella la misma actitud? Lo sabía, claro. Jessie no era de las que se dejan pisotear sin represalias; Cassie, en cambio, tenía que enojarse mucho antes de -pensar siquiera en pisotear a alguien.

En realidad, había tratado de enojarse nuevamente con Angel recordando todas las cosas que la irritaban de él, su último encuentro y cómo había terminado. Si se enojaba podía mostrarse arbitraria y hacerlo esperar un tiempo más por el divorcio. Pero no se le había ocurrido negárselo directamente.

Miró a Jessie indefensa.

-Creo que no podría hacerle eso.

-El consumó el matrimonio sin ningún reparo. Yo no tendría reparos en mantenerlo vigente... si ese fuera mi deseo. Si no es lo que deseas, Cassie, divórciate.

Pero era lo que Cassie deseaba, sí. Ya no lo dudaba. Lo que sí dudaba era que fuera prudente tratar de hacer su voluntad con un hombre como Angel.

36

Librodot

Jocelyn Fleming, duquesa viuda de Eaton, no estaba prestando la menor atención a la cabellera reluciente que cepillaba. Observaba por el espejo de su tocador a su amante; sentado en la cama en la que acababan de pasar una agradable hora jugaba con una hoja de papel. Ya estaba vestido con su habitual atuendo de pantalones negros ceñidos, camisa azul, pañuelo rojo... y mocasines hasta la rodilla. La chaqueta de venado con flecos pendía del poste de la cama. Por esa noche no le haría falta, pues su hermana y su cuñado vendrían a cenar. En realidad, no podían tardar en llegar.

No por primera vez ella se preguntó si podría hacerle poner un traje para la boda. En realidad lo dudaba. Dudaba también que fuera a cortarse el pelo negro, que otra vez le llegaba hasta debajo de los hombros. No lo llevaba corto desde que había estado a punto de morir bajo el látigo en el porche del mismo rancho en que se encontraban.

Aún sufría por él cada vez que veía esas cicatrices. El ya no se las ocultaba. Jocelyn había decidido no pedirle jamás que se cortara el pelo, pues lo llevaba largo deliberadamente para que nadie dudara de su condición de mestizo. La decisión debía ser sólo de él si alguna vez lograba terminar con sus viejos rencores.

Le gustaba pensar que lo estaba ayudando en ese sentido. Por lo menos ahora se le veía más similar al hombre feliz y satisfecho que la hermana le había descrito, en vez de¡ semisalvaje agrio que ella había obligado a acompañarla hasta Wyoming. No olvidaría hasta su muerte la expresión de Colt cuando ella accedió a pagarle los cincuenta mil dólares que él pedía para servirle de guía. El dinero de su querido Edward nunca había servido para darle tanto placer como ese día.

-Está bien, Colt. Renuncio -dijo, atrayendo hacia el espejo la mirada de aquellos ojos azul celeste-. Ya no soporto la curiosidad. Dime, ¿qué es lo que te hace fruncir el entrecejo?

-Esta condenada carta de Angel. -¿Cuándo llegó?

-Estaba en la ciudad esta mañana cuando fui. Y ni siquiera puedo decir que sea una carta. Son dos frases nada más, pero no puedo quejarme. Probablemente tuvo que pedir a alguien que se las escribiera. Y él nunca ha sido muy expresivo.

Ella enarcó levemente las cejas.

-¿Tratas de que compadezca a ese despreciable amigo tuyo sólo porque no sabe leer ni escribir?

-Nunca le pregunté si sabía, pero lo dudo mucho dada su crianza. Y no puedes estar todavía enojada con él por esa-treta que te jugó en Nuevo México.

-¿Que no puedo? Ese día creí que iba morir. El podría haberme dicho que estaba de mi parte, en vez de dejarme pensar lo peor.

-Si tú hubieras creído otra cosa, Longnose habría sospechado algo y ¿quién sabe si tú y Angel habriais podido salir con vida? No digo que haya actuado bien pero sí que tenía las mejores intenciones. Tú llevabas tres años huyendo de ese hombre sin saber siquiera cómo era. Te convenía saberlo de una vez.

-Debo reconocer que en eso tienes razón -concedió ella.

-Y algo más. Si cuando Longnose apareció aquí, en tu dormitorio, tú no hubieras sabido de inmediato quién era, no habrías podido actuar con la celeridad con que lo hiciste. Y quizá te habría matado antes de que yo llegara a liquidarlo.

Jocelyn no había pensado en eso, pero aún detestaba la idea de tener algo que agradecer a Angel. Dijo deliberadamente:

-Me estabas hablando de esa carta. ¿Qué es lo que te preocupa? -No me preocupa -gruñó Colt-. Me desconcierta.

-Lo disimulas bien.

El le clavó una mirada penetrante.

-Dice que vendrá dentro de una semana.

-Estupendo. -Jocelyn suspiró -. A tiempo para la boda. Justo lo que yo deseaba. ¿Tiene algún traje por lo menos?

-Vas a pagar por eso, duquesa.

Ella le sonrió con dulzura.

-¿Prometido?

El se puso detrás de ella.

-Mi cuñado tiene razón. A las mujeres hay que retorcerles el cuello de vez en cuando.

-Si me pones una mano encima, Colt Thunder, no puedo prometerte que estemos disponibles cuando llegue tu hermana.

El se inclinó para lamer la piel desnuda junto al tirante de la camisola.

-Jessie sabrá comprender.

-Pero Philippe no.

-No importa -le aseguró él-. De cualquier modo, tengo ganas de liquidar a ese temperamental cocinero francés. Podría ser hoy, si cedo a...

-¡Basta! -Ella rió entre dientes.- ¿Qué más dice tu condenado Angel?

Colt volvió la vista al papel con el entrecejo fruncido.

-Me pide que vigile a su entrometida esposa hasta que él llegue. -No sabía que fuera casado -comentó Jocelyn-. ¿La conozco?

-¿Cómo quieres que lo sepa? -inquirió él-. A mí tampoco me la ha presentado.

El entrecejo de la joven imitó al suyo.

-¿Y cómo quiere que la vigiles?

-Que me maten si lo sé -replicó Colt exasperado-. Angel no acostumbra ser críptico. Bueno, lo es, pero no tanto. Debe de pensar que yo sé a quién se refiere, pero no hay nada de eso.

-¿La describe?

-Acabo de decirte, palabra por palabra, todo el contenido de la carta. Dos malditas frases.

-Bueno, en realidad la describe... como entrometida. ¿Conoces a alguien así?

-En estos parajes hay una sola mujer que todos consideran entrometida, pero no puede tratarse de ella. Estaba de visita en casa de su padre que vive en... Texas.

-¿No iba Angel hacia allá cuando se separó de nosotros en Nuevo México?

El meneó la cabeza, no como negativa sino como expresión de asombro.

-Me niego a creer que ... Angel se haya casado con Cassie Stuart. -Ya ves que sabías a quién se refería él después de todo.

-Cassie Stuart es una señorita muy correcta y bien educada, Jocelyn. Ella y Angel formarían una pareja tan desigual que darían risa. La gente como ella lo asusta a muerte.

-Eso podría ser muy interesante. -Lo miró por el espejo.- Espero que se trate de ella, aunque tendré que empezar a compadecerla de inmediato.

El le rodeó lentamente el cuello con las manos.

-¿Cómo que lo sabes? -preguntó Jessie ceñuda. Detestaba que le arruinaran una buena sorpresa-. ¡Cassie me lo ha dicho apenas hoy! ¿Cuándo te lo contó a ti?

-No me lo contó ella -replicó Colt otra vez desconcertado-. Me enteré, por una carta de Angel. Pero aún no puedo creerlo. ¿Angel y Cassie?

-Lo mismo dije yo. Pero es muy cierto aunque no vaya a durar mucho tiempo. No se casaron por propia voluntad. Los ayudaron algunos texanos furiosos.

-Bueno, eso es -un poco más creíble -reconoció Colt-. Aunque no me explico que Angel lo haya permitido.

-Tal vez porque deseaba que así fuera.

Colt, Jessie y Chase miraron a Jocelyn sorprendidos. Fue Colt quien le preguntó:

-¿De dónde sacas esa loca idea?

La duquesa se encogió de hombros.

-Si no quería casarse ¿se refería a ella diciéndole "mi esposa" en vez de llamarla por su nombre? Un hombre que detesta estar en deuda, como tú aseguras, ¿te pediría que la vigilaras cuando él mismo llegará muy pronto? Y ahora que lo pienso, ¿por qué se preocupa tanto por ella? ("La muchacha está en algún tipo de problemas?

Fue Chase quien respondió, pues Jessie y Colt aún estaban masticando la desconcertante lógica de Jocelyn.

-Si conocieras a la damisela no harías esa pregunta. Cassie Stuart tiene por costumbre meterse en problemas de todo tipo porque es muy entrometida.

-No me gusta esa palabra, Chase -se quejó Jessie en defensa de su amiga-. Cassie tiene un gran corazón y le gusta ayudar a la gente.

-Aunque la gente no quiera ayuda.

Jessie le clavó una mirada sombría por esa interrupción. Típicamente, él se limitó a sonreírle.

Y para poner en duda parte de la lógica de su novia, Colt agregó: -La madre de Cassie es perfectamente capaz de cuidarla. Hace años que se encarga de sus problemas.

Ante lo cual la duquesa se limitó a arrojar otro bocadillo de lógica para que masculllaran.

-Tal vez Angel considere que ahora ella está bajo su responsabilidad.

-Eso puede ser cierto, Colt -reconoció Jessie-. A fin de cuentas, Angel insistió en consumar el casamiento cuando podría haberío hecho anular si no la tocaba.

-Bueno, qué conversación interesante habéis tenido las dos esta mañana -comentó Chase, riendo entre dientes.

-¿Eso,te dijo Cassie? -preguntó Colt a su hermana algo abochornado.

Jocelyn, al ver que se ruborizaba, se echó a reír.

-Los hombres perecen tener ese problema de vez en cuando.

-Es muy probable que a mí me ataque esta misma noche -dijo Chase.

Su esposa le arrojó una servilleta por encima de la mesa... pero no le apartó el pie que él había deslizado bajo su falda y con el cual le estaba frotando la pantorrilla. Disimuló una sonrisa secreta que sólo él captó.

-Bueno, no me importa lo que digáis -dijo Coft a los presentes-. Conozco a Angel como nadie y no voy a aceptar nada de todo esto mientras no lo sepa de sus propios labios. Pero mientras tanto, será mejor que vaya mañana al Lazy S para asegurarme de que la supuesta esposa de Angel se está comportando bien.

-Iré contigo -se ofreció Jocelyn-. Me gustaría conocer a esa pobre e infortunada muchacha.

-Duquesa... -comenzó Colt, sólo para verse interrumpido.

-No importa lo que digas, Colt Thunder. Ese amigo tuyo no me gustará nunca.

-No pensarás decírselo a la esposa, ¿verdad?

-No, por cierto. Creo tener buenos modales... aunque alguien debería instarla a divorciarse ahora que puede.

-No serás tú, duquesa -dijo Colt inexpresivo-. Al fin y al cabo, sólo se permite un entrometido por distrito. A los demás se los fusila. -¿Más costumbres del Oeste? -preguntó ella en un tono tan seco como el habitual de su amiga Vanessa-. Qué bonito.

37

Angel no esperaba llegar a Cheyenne antes de fin de mes. Pero lo cierto era que no podía mantenerse lejos. El breve tiempo pasado con su familia le había dado un nuevo sentido de su propio valer. Ellos lo aceptaban tal como era, sin despreciarlo por el oficio en que había caído. Eso le hizo considerar su situación con Cassie. Y después de pensarlo no pudo seguir demorando el hacer algo al respecto.

Eso era lo que pensaba al salir de San Luis. Pero cuando sólo faltaron algunas horas para llegar hasta ella, las dudas volvieron a emerger. No tanto como para hacerle cambiar de decisión, pero sí para aplicar frenos a la urgencia que lo impulsaba.

Diría a Cassie que no iba a concederle el divorcio. No, tal vez debía preguntarle antes si no le molestaría seguir casada con él. Si ella decía que sí, él le respondería: "Peor para ti" y la retendría indefinidamente en la cama, si era preciso, hasta hacerla cambiar de idea. En la cama eran absolutamente compatibles. Sólo fuera de ella podía Cassie encontrar cien motivos por los que jamás se entenderían. Y él quería convencerla de lo contrario.

Ahora era cuestión de reunir coraje para hacerlo. No lo ayudó ver a Catherine Stuart en cuanto llegó. Ella iba camino al banco y lo vio también, pero no hizo más gesto de saludo que acariciar el revólver que llevaba a la cadera.

Esa señora iba a ser un problema decididamente. No valía la pena tratar de conquistarla. Era imposible. Lo mejor sería no meterse con ella. Al fin y al cabo, no necesitaba su aprobación para quedarse con Cassie. Bastaba con la de Cassie.

Esa decisión acabó con una de sus preocupaciones, pero fue por poco tiempo. Antes de que pudiera deshacer el equipaje oyó un golpe en su puepta.:,Creyó que era Agnes, la dueña de la pensión en donde se alojaba cuando venía a la ciudad, pero al abrir la puerta se encontró con la madre de Cassie, que lucía su aspecto más formidable.

La mujer no perdió tiempo.

-En este saco hay veinticinco mil dólares. Búsquese otra ciudad donde vivir.

El bajó la vista al saco negro que ella tenía en la mano; apreció la tiesa postura de la mujer y lo decidido de su expresión. No le cerró la puerta en la cara, aunque era lo que más deseaba. Tampoco la invitó a entrar.

-Me gusta esta -se limitó a decir.

-Pues búsquese otra que le guste.

Angel siguió hablando con cortesía -a duras penas y sólo por Cassie.

-Guarde su dinero, señora Stuart. De nada me sirve.

-¿No es suficiente? ¿Quiere más?

-Gano cinco mil por trabajo, señora; a veces, diez, sólo por algunos días de trabajo. No quiero su dinero.

Ella no esperaba oír eso. Su expresión se tornó aun más agria. -Si es tan rico, ¿por qué no se retira, diablos? -En eso estoy pensando.

Catherine resopló burionamente.

-No lo hará. No sirve para otra cosa.

-Eso es lo que siempre pensé. Pero ahora hay otra cosa para lo que sirvo -dijo, con su voz cansina-. Sirvo para esposo de su hija. Evitar que se meta en dificultades será trabajo de jornada completa.

Lo había dicho para irritarla. Porque ella lo había enfurecido al pensar que podría comprarlo. Y dio resultado. Ella dijo casi chillando:

-¡Haga el favor de no acercarse a mi hija si no quiere que...

No terminó con la amenaza. Angel sonrió al adivinar su dificultad. -¿No conoce a nadie lo bastante rápido como para matarme? Ella giró para alejarse sin darle la satisfacción de una respuesta. -¿Señora Stuart? -llamó Angel.

Ella no se detuvo.

-Puede decir a Cassie que pronto iré a verla. -Si llega a pisar mi...

-Sí, ya sé, me matará personalmente. A la gente le encanta decirme eso.

Pero Angel dijo eso sólo para sí porque Catherine ya se había ido.

Su madre se estaba demorando. Cassie se había hecho cargo de las pocas compras que necesitaban hacer mientras Catherine iba al banco y a la estación de diligencias para ver si ya habían llegado los vestidos de madame Cecilia. Antes habían almorzado en uno de los varios restaurantes de que Cheyenne se ufanaba; luego ambas fueron en direcciones diferentes para terminar con sus recados.

No le molestaba esperar en el carruaje cuando estaba nublado, pues esa tarde el cielo parecía amenazador. Era de esperar que no nevara hasta después de la boda de Colt.

¡Quién habría imaginado que se presentaría en el rancho sólo para presentarles a su duquesa! Cassie le había agradecido la sorpresa, pues le daba la oportunidad de mencionarle que Angel estaba en San Luis, con la esperanza de que él supiera cómo comunicarse con él para invitarlo a la boda. Pero Colt no recogió la indirecta y ella no se atrevió a sugerírselo personalmente.

Trató de hablarle de Angel en ausencia de su madre, pero él insistía en cambiar de tema. En realidad, pensándolo bien, sólo parecía interesarse por saber si ella había encontrado en quién aplicar sus habilidades de "componedora' desde su regreso.

-Creo que deberíamos ir ahora mismo a la oficina de¡ seíior T'hornley si aún está abierta. Si no lo está lo buscaremos -dijo Catherine subiendo al coche con tanta brusquedad que uejo a

uassie sin aliento-' Es mi abogado desde hace años. Probablemente puede hacer un milagro y lograr que hoy mismo entreguen la demanda de divorcio a Angel.

-Todavía no puedo, mamá -dijo Cassie agregando un recordatorio intencionado-. Por lo del bebé.

-Caramba, me había olvidado. Bueno, en cuanto estemos seguras de que no...

-¿Por qué dijiste "hoy mismo"? ¿Angel ha vuelto? ¿Lo viste?

Catherine tomó las riendas con un suspiro.

-Lo vi -murmuró con los dientes apretados.

El corazón de Cassie tomó el ritmo de los cascos al saber que él estaba allí nuevamente a su alcance.

-¿Discutiste con él?

-Nada que valga la pena mencionar -dijo Catherine evasiva. Mantenía la vista fija hacia adelante, señal evidente de que no daría más explicaciones.

Cassie frunció la frente pensativa. Tal vez no valiera la pena mencionar la conversación, pero algo había irritado obviamente a su madre puesto que volvía a insistir en el divorcio. Cassie se preguntó si debía decirle de inmediato que no quería divorciarse, con bebé o sin él. No, esas cosas desagradables podían esperar.

De cualquier modo, primero debía decírselo a Angel. Y eso tampoco sería agradable. Desde luego, podía demorarlo hasta saber lo del bebé. De ese modo tendría otra semana para buscar el modo de informarle que no iba a dejarlo en libertad.

Cuando estaban casi fuera de la ciudad, Cassie reparó en un hombre, de pie frente a una de las tabernas peor afamadas de Cheyenne en compañía de dos hombres más. Lo miró con atención frotándose los ojos. Aún no podía creerlo.

-Estoy viendo un fantasma, mamá.

Catherine se volvió en esa dirección, pero no vio nada fuera de lo común.

-No hay nada de eso -dijo con firmeza.

-Pero ese hombre, el alto -dijo Cassie con voz trémula-. Murió. Angel lo mató en Texas. Yo misma le disparé una bala.

-Es probable que no haya muerto. -¡Pero si lo enterraron!

-Debe de ser alguien que se le parece -dijo Catherine razonable.

-¿Como dos gotas de agua?

-Lo estás viendo a distancia, pequeña -señaló Catherine-. Si lo vieras desde cerca te darías cuenta de que estás equivocada. Los muertos no se levantan.

El corazón de Cassie dio un vuelco al ver que uno de los hombres la señalaba con brusquedad. Lo reconoció, lo había visto con frecuencia en la ciudad aunque no sabía su nombre. Después de señalarla, el hombre se fue. Los otros dos se volvieron a observarla.

Cassie podía estar equivocada en cuanto a lo que acababa de ver, pero no se equivocaba con respecto al hombre. Le costó responder:

-Ya sé que los muertos no se levantan, pero... es el mismo, mamá ' No es una cara que yo pueda olvidar. Una noche, en.Caully, irrumpió en mi dormitorio. Iba a violarme, pero Marabelle fue en busca de Angel. Por eso Angel lo desafió a duelo y lo mató.

Catherine estuvo a punto de sofrenar el carruaje. -¿Cómo es que tu padre nunca me habló de eso? -Porque yo no se lo conté.

-¿Y qué otra cosa le ocultaste?

Como su madre estaba decididamente irritada, Cassie también hizo una maniobra evasiva.

-Nada que pueda recordar.

Catherine resopló.

-Bueno, no te preocupes por ese tipo. No está muerto, por cierto. En todo caso, ha de ser un hermano gemelo de¡ otro.

-¿Otro Siater? -dijo Cassie con un gemido-. Uno ya era demasiado.

38

Cuando llegaron a casa el cielo estaba encapotado, pero eso no impidió que Cassie ensillara para salir. Lo hizo sin que lo supiera su madre, por supuesto. Sólo la vio el viejo Mac, que estaba a cargo de los caballos en la casa de las Stuart. Ella le encargó decir a su madre que había sentido necesidad montar a caballo antes de cenar, pero sólo en el caso de que la señora preguntara. Si se daba prisa, quizá pudiera volver antes de que a Catherine se le ocurriera preguntar.

Pensaba volver a Cheyenne.

Ver a ese hombre, imagen viva de Rafferty Slater, no sólo la espantaba, sino que la tenía muy inquieta. Sin duda su madre tenía razón. Debía de ser un hermano de Slater, probablemente su hermano gemelo. Y su aparición en Cheyenne, donde vivían tanto ella como Angel, era demasiada coincidencia para su paz mental.

Aunque no hubiera venido para vengar la muerte de su hermano, era preciso advertir a Angel. Rafferty había tratado de matarlo por la espalda y las tácticas sucias tienden a ser hereditarias. Fuera como fuese, estaba decidida a no correr ningún peligro en lo que a Angel concernía. No quería perderlo por culpa de un cobarde traidor justamente cuando había decidido quedarse con él.

Llegó a Cheyenne en menos tiempo que nunca, pero el cielo seguía oscuro; como las nubes ocultarían la luna, no podría darse la misma prisa en el trayecto de regreso. Quizá no llegara a casa a tiempo para la cena después de todo, pero no pensaría en las explicaciones a su madre hasta que llegara el momento.

Librodot

Sabía dónde hallar a Angel. Era de conocimiento común que residía en la pensión de Agnes, pues la anciana le tenía mucho cariño y nunca alquilaba su cuarto a otras personas aun cuando él desaparecía por meses enteros. Si estaría allí a esas horas era otra cuestión. Ella tenía la esperanza de no verse obligada a esperarlo ni a buscarlo por la ciudad, pero si era preciso, lo haría.

a Ató a su yegua frente a la pensión. El porche sólo estaba iluminado por la luz mortecina que brotaba por la ventana de la sala, pero eso bastaba para no tropezar en los escalones que conducían a la puerta. Cassie no llegó tan lejos.

-No se mueva a menos que yo lo diga, señorita, y no haga el menor ruido.

Un revólver clavado contra su espalda reforzó la orden. Cassie lo sintió sin dificultad, pese a lo grueso de su chaqueta. Y ella no iba armada. Nunca iba armada a Cheyenne y no había perdido el tiempo en buscar su col£ antes de volver a la ciudad.

Obviamente había sido un error, pero no había pensado en el peligro, sólo en poner a Angel sobre aviso. También era demasiado tarde para reprocharse el no haber examinado el porche con más atención. Esos descuidos podían costar fácilmente la vida. Y ella quizás iba a descubrirlo en persona.

Una mano la asió por el hombro para hacerla girar; ahora el revólver se le clavaba en el vientre. Tuvo la sensación de que reconocería a su atacante y así fue.

-¡Qué gentil ha sido usted! ¡Volver a la ciudad para Facilitarme las cosas!

Ella pasó por alto el comentario. Conocía al hombre, pero tuvo que preguntar:

-¿Quién es usted?

-Me llaman Gaylen -dijo él-. Pero usted ya conoce mi apellido, ¿verdad? La gente no suele olvidar a una persona cuando ayudó a matarla.

Cassie se puso pál ' ¡da, pero el sentido común la obligó a insistir. -Usted no es Rafferty.

-Claro que no, pero como nadie pudo nunca distinguirnos, da igual, ¿no? Mirarme es como mirar al hombre que usted mató.

De nada serviría señalar que Rafferty se lo había buscado. -¿Qué, quiere?

-Iba a encargarme primero de ese tal Angel y luego de usted, pero ya que la tengo aquí, tendré, que cambiar de planes. Venga. Mi cabailo está atado atrás.

Cassie no tenía mucha alternativa, con esa mano aserrándola por la nuca y el revólver moviéndose a su costado. Pensó en gritar, pero no quería recibir un disparo como premio. Y ese hombre no vacilaría en disparar. Estaba oscuro, no había luna y detrás de la pensión sólo se veía la extensa planicie. El desaparecería antes de que se despejara el humo; ella, en cambio, no estaría viva para contar quién lo había hecho.

El hombre la subió al caballo que tenía delante. Como no enfundó su arma, Cassie no podía pensar en largarse. Cabalgaron hacia la llanura para que él pudiera rodear la ciudad sin ser visto; luego se dirigieron hacia las lomas que se elevaban por el este.

Pasaron casi cinco horas antes de que él hallara la pequeña cabaña de una única habitación. Cassie tuvo la sensación de que estaba perdida desde hacía dos horas. En la chimenea se rizaba el humo. Vio otro caballo en el cobertizo cercano. Entonces recordó, por fin, que había visto a ese hombre con un amigo.

El amigo dormía acurrucado en sus mantas junto al fuego. Gaylen la empujó hacia el interior de la cabaña sin molestarse en despertarlo. El único mobiliario de la habitación era una mesa con una sola silla. Ninguna de las dos parecía muy resistente.

El le echó una breve mirada en tanto dejaba sus alforjas en la mesa y comenzaba a revolver en ellas.

-Su familia tiene dinero, ¿no? A montones. -Sí. ¿Por qué?

-Con un poco podría superar mi pérdida. -¿Así no trataría de matar a Angel? -Yo no dije eso.

El hombre sacó un pañuelo y una soga de cuero, indicando a Cassie que caminara hacia el rincón más alejado. El pañuelo acabó atándole las muñecas y la soga, los tobillos; primero él le arrancó las botas y las arrojó al otro lado de la habitación.

-He decidido enviar a Harry con mis exigencias -le dijo al terminar-. Esto va resultando mejor de lo que había imaginado.

-¿Por qué?

-Aquí será más fácil matar a ese pistolero. No tendré que huir después ni preocuparme por la justicia. Su rancho no está lejos de aquí, ¿verdad?

-¿Cómo quiere que lo sepa? -dijo ella con mala voluntad-. Vine sin saber por dónde iba.

-Creo que no está lejos.

Ni una sola vez había levantado su voz; no parecía enfurecido por la muerte de su hermano. Aunque su actitud no era natural, a Cassie le inspiró algunas -esperanzas. Tal vez no fuera tan malo como Rafferty. Tal vez no lo hacía muy feliz sentirse obligado a matar. Y tal vez no sabía siquiera en qué clase de hombre se había convertido el hermano. Decidió esclarecerlo, sólo por si acaso.

-Sabrá usted que su hermano no era buena persona. Provocaba estampidas. Trató de...

-No hable mal de mi hermano -fue cuanto él dijo y hasta lo dijo con suavidad.

Luego la ignoró para despertar a Harry con un puntapié. Por un rato discutieron en voz baja junto al fuego; de vez en cuando Harry desviaba la vista hacia ella. No era tan alto como Gaylen; tenía los ojos grises y opacos; el pelo era castaño, largo y fibroso; la ropa estaba manchada y le sentaba mal. En resumen, era un hombre de baja estatura, feo, de los que se dejan mandar por otros.

Cassie agudizó el oído, pero no pudo captar más de una o dos palabras. Después ambos garabatearon algo en un periódico viejo usando hollín sacado del hogar. Harry se puso la chaqueta y partió. Gaylen se acomodó junto al fuego, en las mantas desocupadas.

Cassie aguardó algunos minutos, pero el hombre parecía dispuesto a dormir sin preocuparse por darle de comer, sin ofrecerle una manta ni siquiera un sitio más próximo al fuego. De cualquier modo, no era el frío lo que más la preocupaba.

-¿Cómo piensa atraer a Angel hasta aquí?

-Me traerá el dinero de su madre.

-¿Por qué está usted tan seguro? Lo más probable es que mi madre envíe...

-Enviará a Angel. De lo contrario no hay trato'

-Tal vez se lo pida, pero eso no significa que él acepte venir -señaló Cassie.

-¿No es un pistolero a sueldo? Su madre puede contratarlo si él no quiere hacerlo gratis. El no sabe con quién está usted ni sospecha que yo quiero matarlo. ¿Por qué va a negarse? Además, dicen que usted se casó con él allá en Texas. Quedaría muy mal, que el hombre no

viniera en busca de su esposa, ¿no?

Cassie sólo oyó que Angel se presentaría sin saber lo que le esperaba. Eso no se le había ocurrido. Lamentó saberlo, porque la idea le provocaba un miedo enfermizo. ¿Recordaría su madre que ella había visto al hermano de Rafferty en la ciudad y llegaría a la conclusión correcta? Y en ese caso, ¿lo mencionaría a Angel?

Cassie tenía que hacer algo, escapar o buscar el modo de advertir a Angel. Si Gaylen no le hubiera atado las manos a la espalda podría haberse escurrido hasta él para golpearlo con uno de los leños amontonados junto al fuego. Si no le hubiera quitado las botas, habría tratado de desmayarlo a puntapiés. En el hogar sólo había dos, leños, de modo que no podía siquiera sacar un palo encendido para quemar el pañuelo de algodón. Y no le gustaba la idea de meter las manos en el fuego por completo hasta que la tela se quemara; por otra parte ' en ese caso no habría tenido seguridad de

quedar con vida para hacer algo.

Por el momento, su única posibilidad parecía ser inducir a Gay¡en a pensarlo mejor. Pero al verlo tendido allí, con los brazos cruzados bajo la nuca, tan apacible como si no estuviera pensando en asesinar, no sintió ninguna confianza.

Aun así debía intentarlo.

-¿Mataría usted a un hombre que hubiera tratado de dispararle por la espalda, Siater?

-Por supuesto.

-Bueno, por eso mató Angel a su hermano.

-Se muy bien lo que pasó allá, señorita. Ese hombre suyo estaba buscando a mi hermano para matarlo y se sabe que, es veloz como el rayo. De un modo u otro, Rafe iba a morir; a mi modo de ver, lo que hizo- era su única posibilidad ¿O va usted a decirme que ese- *de la Muerte* no quería matarlo?

No podía decirlo en realidad.

-Su hermano trató de violarme. Por eso lo buscaba.

Entonces él la miré con la primera muestra de emoción, era sor-

presa.

-¿Violarla para qué? Usted no es ninguna maravilla.

El calor invadió las mejillas de Cassie.

-Eso no quita que...

-Y aunque la haya violado -interrumpió él-, ese no era motivo para matarlo.

Con esa actitud jamás admitiría que su hermano había caído merecidamente. Por ende, Cassie cambió de táctica.

-No se saldrá con la suya. Si logra matar a Mgel, yo misma lo perseguiré. No habrá un sitio...

El volvió a interrumpirla con resoplido.

-¿Y quién le ha dicho que usted saldrá de aquí con vida? Si no ha muerto todavía es porque ese pistolero puede pedir verla ántes'de acercarse lo suficiente para que yo lo mate. Por usted mataron a Rafe.Tendrá que morir tanto como él.

Probablemente pensó que eso la haría callar. Casi fue así.

-De cualquier modo... no se saldrá con la suya. Hoy lo vi en la ciudad y se lo dije a mi madre. Ella es inteligente y adivinará enseguida que ha sido usted. Habrá carteles en todos los Estados y en todo el territorio de] Oeste pidiendo la captura de Siater. Si nos asesina no tendrá un momento de paz.

-Puedo abandonar el país -replicó él encogiéndose de hombros-. Eso no me molesta en absoluto. La que me molesta es usted, señorita. Cállese si no quiere que le meta algo en la boca. No podrán conseguir el dinero hasta que abra el banco por la mañana, de modo que ese pistolero no vendrá hasta el mediodía. Necesito dormir un poco.

Cassie decidió no decirle que su madre lo haría perseguir donde fuera. Probablemente habría respondido que, en ese caso, la mataría también a ella.

Momentáneamente se dio por vencida. Por la mañana tendría tiempo para ablandarlo un poco más y también a su amigo Harry. El hombrecito sería más fácil de asustar. Quizás él pudiera hacer entrar en razones a Siater.

Pero no quería dejar que él dijera la última palabra.

-Tengo hambre -se quejó.

-No voy a malgastar comida con una muerta.

Al fin y al cabo había dicho la última palabra.

39

A las dos de la mañana Catherine aporreó la puerta de Angel. Parecía decidida a derribarla. Cuando Angel abrió, los otros huéspedes de la pensión habían salido ya al pasillo para echar un vistazo a lo que

los despertaba.

Ella iba acompañada por dos de sus vaqueros más recios. Angel no vestía más que sus pantalones... y su revólver. Su primera idea fue que ella pensaba hacerlo sacar de la ciudad, sobre todo porque llevaba otra vez esa maldita bolsa negra. Pero en ese caso habría debido ser

más discreta. El revólver con que apuntó a sus visitantes decía bien a las claras que no pensaba moverse de allí. Y como lo habían despertado de un sueño muy agradable sobre la hija de esa señora, no estaba de humor para oír más insultos.

-Si trata de darme ese dinero otra vez, lo quemaré -le advirtió.

-No es para usted. He venido a contratarlo.

-¿Para que abandone el país? -se burló él.

-No, para que vaya en busca de Cassie. ¿Estuvo aquí? Su caballo aún está atado al porche.

- No la he visto. Pero ¿qué significa eso de ir a buscarla? ¿Dónde está?

-La tienen secuestrada en una cabaña, al pie de las colinas. Por el tosco mapa que dibujaron, diría que es una vieja cabaña de cazadores, no lejos de mi rancho. No sé cuántos hombres son, pero quieren veinte mil dólares para no... para no matarla.

Angel bajó lentamente el arma. Sólo entonces vio lo pálida que estaba Catherine. Probablemente él tenía el mismo aspecto.

Ojalá estuviera mintiendo, ojalá fuera sólo una trampa para deshacerse de él. ¿Podía la mujer ser tan astuta? Probablemente sí, pero el miedo que vio en sus ojos le dijo que no se trataba de eso.

-¿Cómo ocurrió esto?

-Ella me acompañó hoy a la ciudad. Cuando volvimos a casa salió sola. Me dejó dicho que iba a dar un paseo, nada más, pero si su caballo está aquí supongo que venía a visitarlo. Si usted no la ha visto, deben de haberla apresado casi en cuanto llegó aquí.

-¿Y no piden más que veinte mil?

La sorpresa de¡ hombre era comprensible. Todo el mundo sabía que los Stuart eran ricos desde hacía varias generaciones.

-Al parecer, no saben cuánto dinero tengo -dijo Catherine-. Es una suerte, pero sólo en un aspecto, que tenga esa suma en la mano y no necesito esperar a la mañana para retirarlo de¡ banco.

Sólo porque había tratado de sobornarlo para que abandonara la ciudad. Su leve rubor d4o que ella también lo recordaba. Se acentuó al agregar: -Los otros cinco mil están todavía en la bolsa. Eso dijo usted que cobraba por cada trabajo, ¿no?

-Sáquelos.

-¿Cómo?

-Saque esos cinco mil. No voy a trabajar para usted, señora Stuart. Por ningún motivo.

Al decir eso le volvió la espalda. Catherine dio un paso adelante con lo que se encontró dentro de] cuarto.

-Es preciso -dijo, en tono suplicante-. No sé por qué, pero dicen que sólo aceptarán el dinero de sus manos. Si lo lleva cualquier otra persona...

Mientras se ponía la camisa, el interrumpió:

-No he dicho que no lo llevaré.

-En ese caso, permítame pagarle.

-¿Por rescatar a mi esposa? -Hizo una pausa para clavarle una mirada sombría.- Ella sigue siendo mi esposa, ¿no?

Catherine volvió a ponerse roja sospechando que él no se movería mientras no recibiera una respuesta.

-Sí -le espetó.

Angel continuó vistiéndose.

-¿Dónde está esa cabaña?

-He traído a Jim para que le indique dónde está, pero él no podrá servirle de apoyo. Dijeron específicamente que usted debía ir solo.

-Ya lo esperaba. ¿Tiene idea de quiénes pueden ser esos hombres? ¿Enemigos suyos, quizá?

-Míos, no. Pero de usted sí, posiblemente.

-¿Por qué,?

Ella se encogió de hombros insegura.

-Tal vez me equivoque, pero Cassie vio hoy en la ciudad a alguien que la impresionó mucho. Según afirmaba, era el hombre que

usted mató en Texas.

-Allá maté a más de uno.

-¿Que Cassie supiera?

-No. Tuvo que ser Rafferty Slater. Pero los muertos no se levantan.

-Es lo que dije -replicó Catherine-. Pero ella insistió en decir que el hombre era exactamente igual al que usted mató. La única explicación razonable es que tuviera un hermano, tal vez un gemelo.

-Y el hermano podría querer una pequeña venganza -concluyó Angel mientras se ponía el impermeable-. Gracias por la advertencia.

A Cassie le castañeteaban los dientes. La cabaña no estaba bien construida. El frío se había filtrado por las tablas de¡ suelo durante toda la noche. Por una grieta grande de la pared penetraba un viento helado que le daba en la espalda. El fuego se mantenía, pero Gaylen la había atado en el rincón opuesto donde el calor no le llegaba.

Habría podido arrastrarse por el suelo para acercarse al hogar, pero Gaylen ocupaba todo el espacio; Cassie no soportaba la idea de estar cerca de un hombre que iba a dispararle estando así, indefensa y atada de pies y manos. Por eso se quedó donde estaba. Probablernente a él no le molestaría al despertar descubrir que ella había muerto d frío. De ese modo se ahorraba una bala.

Por fin regresó Harry. La miró mucho antes de acomodarse para dormir, también frente al fuego. Hasta agregó otro leño, sin que el calor llegara hasta Cassie. Y después, de¡ modo en que la había estudiado, como si no le molestara calentarla personalmente, ella decidió no acercarse a ninguno de ellos aunque se congelara.

En algún momento debió de quedarse dormida, aunque no era su intención. No supo con certeza qué la despertó. Posiblemente el castañeteo de sus dientes. Pero aún era de noche. Aunque la cabaña no tenía una sola ventana, la luz de¡ sol se habría filtrado por las grietas.

Ahora tenía las manos completamente entumecidas. Había pasado una hora larga tratando de estirar el pañuelo a fin de sacar por lo menos una mano, pero Gaylen la había maniatado con tanta fuerza que sería preciso cortarlo. Dudaba de que él se molestara en hacerlo antes de matarla.

Pasó largo rato con la vista fija en la puerta preguntándose si valía la pena intentar la fuga. Sólo un lazo de soga enganchada a la pared impedía la entrada a los intrusos. Ella habría podido soltar el lazo con los dientes; con la barbilla se podía operar el pestillo. Pero la puerta estaba mucho más cerca de los dos hombres que de ella; temió que, si abría, la ráfaga fría despertara a los hombres, porque difícilmente podría cerrar tras ella contra la fuerza de¡ viento. Además, no llegaría muy lejos rodando y arrastrándose por las colinas. Y Gaylen podía decidirse a matarla si se veía obligado a perseguirla. Eso no serviría de nada a Angel cuando llegara. Mucho menos, a ella.

Trató de mover las piernas y descubrió que estaba completamente acalambrada. Se golpeó la cabeza contra la pared y dejó escapar un gemido. No recordaba haber tenido nunca tanto frío, tanta angustia... tanto miedo. No quería morir. Se preguntó si Gaylen lo pensaría mejor si ella se lo decía. Estuvo a punto de reír. Era tan inconsciente como ella había creído a Angel en otros tiempos. Pero Angel tenía un sentido de la justicia profundamente arraigado. La justicia de Gaylen era el asesinato a sangre fría.

-¿Cassie?

Era el viento que le hacía oír cosas. No podía ser...

-Despierta, Cassie, maldición.

Se inclinó hacia adelante para girar hacia la pared mirándola con los ojos dilatados.

-Estoy despierta -susurró excitada-. ¿Angel?

-¿Puedes abrir la puerta?

-Lo intentaré, pero tal vez tarde un rato. Me tienen atada.

-No importa. La derribaré.

-No -dijo en voz queda-. Si la derribas no conseguiras más que despertarlos. Deja que yo lo intente primero.

-Está bien, pero darte prisa.

¿Darse prisa, cuando el cuerpo le dolía tanto que apenas podía moverse? En realidad, ante la inminencia del rescate los músculos acalambrados parecían doler mucho menos que antes.

Como no había muebles que le bloquearan el paso, tenderse y rodar por el suelo era más rápido que avanzar a rastras. Lo que no resultó fácil fue erguirse sobre las rodillas, pero tras varios intentos lo consiguió.

La verdadera dificultad la presentó el lazo de soga. Aunque desde lejos no parecía muy seguro, estaba mucho más estirado de lo que ella había supuesto y enganchado a un clavo curvo. Logró asir un lado de la soga con los dientes, pero por mucho que tiró no pudo deslizar el extremo sobre el gancho. Y tratar de ponerse de pie para utilizar las manos sería perder el tiempo, pues tenía los dedos demasiado entumecidos.

Por fin tuvo que acercar la boca a una rendija. -¿Angel?

El estaba allí, esperando.

-¿Qué?

-Tengo dificultades con la cerradura de soga. Tal vez, si abres la puerta y empujas un poco la soga se tense lo suficiente para que yo

pueda soltarla.

La respuesta fue hacer lo que ella había sugerido. Cassie observó la cuerda con atención, lista para detenerlo si la veía estirarse siquiera un poco. Habría sido mejor que vigilara el otro lado de la puerta. La presión aplicada por Angel hizo saltar los herrumbrados goznes y la puerta giró súbitamente hacia ella desde ese lado.

Su grito de sorpresa fue demasiado instintivo para silenciarlo. Casi de inmediato oyó exclamar detrás de ella:

-¿Qué diablos ... ?

Y de inmediato desde delante: -Hazlo, por favor.

Cassie se escurrió por debajo de la puerta, que ahora colgaba de ese maldito lazo de cuerda, y vio que Angel apuntaba el arma hacia Gaylen y Harry, ardiendo por apretar el gatillo a la menor excusa.

-Tú debes de ser Angel -dijo Gaylen.

-El Angel de la Muerte - replicó Angel por primera vez en su vida.

-¿No trajiste el dinero? -Aun en ese momento ante el abrupto fin de sus planes, Gaylen lucía una expresión casi indiferente, Harry, a su lado, parecía a punto de desmayarse -. Eso no lo había imaginado.

-El dinero está fuera. Por casualidad, la madre lo tenía a mano. Si lo quieres, desenfunda.

-Eso sería muy deportivo de tu parte, a no ser porque nunca fabas.

Angel se limitó a sonreír. Cassie se enfureció al escucharlos.. Tenía frío y hambre; le dolía todo y la puerta la había golpeado en la cabeza al caer de lado.

-Si no vas a dispararles, ¿te molestaría hacer otra cosa con ellos para que podamos irnos?

Librodot

Dio a su voz el tono más glacial que pudo, pero eso no atrajo la atención de Angel, que se limitó a asentir con la cabeza. Luego se adelantó e indicó por señas a Gaylen que se volviera. En cuanto él obedeció, la culata de¡ revólver crujió contra su:cránco.

Harry vio caer a su amigo con los ojos muy abiertos. Luego Angel se volvió hacia él.

-¿No podrías atarme, simplemente?

-Podría dispararte, simplemente.

Harry se apresuró a girar para recibir su golpe. Cassie lanzó una exclamación de disgusto. El hombre tenía razón.

-¿Por qué no los amarraste? -quiso saber.

Angel la miró por primera vez.

-Es más fácil hacerlo si están así. Ahora los ataré.

-¿Tienes un cuchillo para liberarme?

El sacó uno de la bota. A la madre no le habría gustado enterarse de que tenían la misma costumbre.

-¿Estás bien? -preguntó por fin mientras le cortaba las ataduras. -No podría estar mejor -respondió ella, seca.

No habría podido explicar por qué estaba tan enojada con él. Posiblemente porque había visto lo mucho que deseaba matar a Gaylen... o porque necesitaba que la consolaran con un abrazo y estaba segura de no recibirlo.

-En realidad, me asombra que lo hayas dejado vivir -comentó-. Es probable que lo condenen sólo a unos pocos años de cárcel por lo que trató de hacer aquí. ¿No te preocupa que vuelva a buscarte cuando salga?

-De Rafferty nunca supe nada, pero Gaylen es otro cantar. Es él, ¿no?

-Eso dijo.

-Bueno, lo buscan por asesinato en Colorado y en Nuevo México. Es seguro que uno de esos jurados lo mandará a la horca.

-Yo creía que no te molestaba matar a alguien que fuera a ser ahorcado.

-Me molesta cuando tú estás presente -dijo él. Luego preguntó: -¿Cómo te secuestraron?

-Porque anoche vine a la ciudad para verte.

-¿Sola? ¿Y desarmada? -observó él dando a entender que lo consideraba una gran estupidez-. ¿Para qué querías verme9

-Ahora no tengo por qué decírtelo -respondió ella muy rígida. -¿Querías prevenirme con respecto a Siater? -¿Y si así fuera?

-No pensé que te importara.

-Me importas.

-¿Cuánto?

-Demasiado, diablos -replicó ella en un tono áspero que contrastaba con el de Angel. Pero arruinó su confesión al agregar-: Como no somos enemigos, supongo que somos amigos. Y yo me preocupe por todos mis amigos.

La expresión sombría de¡ pistolero dijo que no soportaría más descaro. Luego la dejó para atar a los hombres inconscientes. Ella permaneció donde estaba, frotándose las manos para recobrar la circulación. Luego fue en busca de sus botas.

Se movía con dificultad pues aún le dolían los músculos. Y comenzaba a fastidiarse consigo misma. Habría debido sentirse aliviada. Ella estaba a salvo. Angel estaba a salvo. Habría debido darle las gracias en vez de protestar. Pero seguía sin recibir ese abrazo.

-Esto fue demasiado fácil -observó él acercándose por detrás. Ella giró para mirarlo.

-No te esperaban hasta mediodía; por eso no se molestaron en montar guardia.

El entornó súbitamente los ojos.

-¿Alguno de ellos te tocó, Cassie? Dime la verdad. -¿Ahora que todavía estás a tiempo de matarlos? -Sí.

No se podía decir que no fuera sincero, por cierto. -No, no me, encontraban atractiva.

-Deben de estar ciegos.

Las mejillas de la joven empezaron a arder agradablemente.

-¿Tú me encuentras atractiva, Angel?

-¿Qué demonios crees? -dijo él, antes de estrujarla entre sus

brazos.

40

En el trayecto de regreso Cassie logró dormir algunas horas, montada frente a Angel y con su pecho como almohada. El hizo que el viaje fuera lento y suave, pero no antes de ofrecerle - una confesión en voz baja y gruñona:

-Que me maten si quiero llevarte a casa. -Ambos estaban recordando el beso y el aplastante abrazo que él le había dado en aquella reliquia de cabaña.- Si tu madre no estuviera esperando...

No concluyó y Cassie no dijo nada. Pero se durmió sonriendo... y más decidida que nunca a quedarse con Angel.

Entraron en el patio del Lazy S cuando el sol comenzaba a asomar. Catherine esperaba en el porche para saludarlos. Esa noche no había dormido.

Después de un abrazo capaz de romper espaldas, Cassie impidió cualquier interrogatorio con un rápido:

-Después conversaremos, mamá. Primero tengo que acordar algo con Angel. -Y se volvió hacia él para agregar:- No te vayas. Vuelvo enseguida.

Entró corriendo mientras ambos la seguían con la vista. Por fin Catherine miró a Angel que no había subido sino la mitad de los peldaños para mantenerse a distancia de ella.

-¿Los mataste? -preguntó.

-¿Con ella presente? No.

-Yo lo habría hecho.

El no lo puso en duda.

-Cassie tiende a alterarse cuando me imagina matando a la gente. Hace locuras para impedirlo. Hasta quiso desafiar personalmente a Rafferty Slater para que no se midiera conmigo.

Catherine digirió eso con lentitud y mucho miedo aunque su expresión no cambió. Obviamente, su hija estaba dispuesta a todo para que él no resultara herido, pero no pensaba mencionarlo. Enarcó una ceja.

-¿Qué hizo por el que está vivo de los Siater?

-Comenzó a regañarme en vez de darme las gracias por sacarla de allí.

-Entonces debo ser yo quien te agradezca. -No hace falta.

Ella no lo había pensado.

-¿Sabes qué es lo que quiere acordar contigo? -No.

Catherine temía saberlo, pero no quiso prevenirlo. Un pistolero por yerno. Bueno, quizás había cosas peores.

Con un suspiro de resignación decidido:

-Haré avisar al comisario para que se encargue de esos hombres. Di a Cassie que tú ya me explicaste todo. Me voy a acostar.

Angel quedó ceñudo ante la puerta que se había cerrado tras ella. ¿Lo dejaba a solas con su hija? ¿La misma mujer que había querido alejarlo todo lo posible de Cassie?

Cuando la joven salió al porche encontró a Angel con un brazo enlazando el cuello de Marabelle mientras le rascaba las orejas con la otra mano.

-¿Cuándo ocurrió eso? -preguntó incrédula. -¿Qué cosa?

-Ese buen entendimiento entre tú y Marabelle.

-¿Y por qué no? -inquirió él, todo inocencia- No es más que un minino grande.

Cassie resopló para demostrar que no le creía. El se limitó a sonreírle, pero notó que ahora estaba armada. Entonces volvió a fruncir el entrecejo, rápido y furioso.

-¿Dónde piensas ir con eso? -acusó. -A ninguna parte.

-¿Y para qué te lo has puesto?

-Porque te desafío a desenfundar, Angel. -Ni pensarlo.

-¿Quieres ese divorcio o no?

La expresión de¡ pistolero se tornó más sombría.

-¿Qué tiene eso que ver con lo otro?

-Si ganas iré directamente al despacho de¡ abogado para iniciar los trámites.

-¿Y si ganas tú?

-No habrá divorcio.

Angel se quedó muy quieto, con los ojos clavados en los de ella. -¿Por qué quieres correr ese riesgo?

-Parece ser mi única oportunidad de... retenerte.

-¿Quieres seguir casada conmigo?

Tanto asombro hizo que ella demorara una respuesta decisiva. En cambio dijo:

-En cierto modo, me he acostumbrado.

-Está bien, desenfundaremos -dijo él subiendo lentamente al porche para ponerse a su lado-. Pero no puedes vencerme, tesoro.

Eso la hizo sonreír'

-A lo mejor te llevas una sorpresa, Angel.

Pocos segundos después él estaba bien sorprendido. Cassie era casi tan rápida como él. Pero la sorpresa fue aun mayor para ella, porque él había desenfundado con tanta lentitud que hasta un niño habría podido vencerlo. La dejaba ganar. Cuando se le ocurrió el porqué, corrió hacia él para echarle los brazos al cuello.

-¡Perdiste! -exclamó feliz.

-Eso es lo que tú crees -replicó él, antes de que su boca encontrara la de ella y la dejara sin aliento.

Largo rato después Cassie dijo: -No comprendo. ¿No querías el divorcio? -¿Por qué crees, tesoro mío, que no impedí la boda? -Porque no podías dominar a los MacKauley. -¿No?

Ella dilató los ojos. Lo había visto girar y desenfundar en un abrir y cerrar de ojos. Aquella vez habría podido evitar que Richard le quitara el arma. Y al caminar hacia la casa estaba tan cerca de Frazer que bien pudo desarmarlo y poner fin a todo allí mismo.

-¿Y por qué te enojaste tanto conmigo ese día? -quiso saber. -Porque prácticamente les suplicaste que no lo hicieran. -Eso fue porque me moría de miedo pensando que los ibas a matar a todos.

-¿Esa era la única razón?

-En realidad, sí -confesó ella algo ruborizado-. Por mi parte, no me molestaba mucho casarme contigo. Por supuesto, me preocupaba pensar en lo que diría mamá.

-¿Todavía te preocupa?

-En realidad, no. Aunque no lo creas, está mucho más blanda desde que ella y papá volvieron a hablarse.

-No, no lo creo.

Cassie se echó a reír.

-¿Te conté que él vendra a visitamos? No me sorprendería mucho que volvieran a unirse muy pronto.

-Y nosotros, Cassie, ¿volvemos a unirnos?

-Espero que hoy mismo recojas tus cosas y vengas a instalarte aquí. -No estoy seguro de que sea prudente.

-¿Por qué? Ya conoces la casa de punta a punta. Es una copia exacta de la de mi padre.

Pasaba deliberadamente por alto la verdadera objeción de Angel, era seguro que la madre se opondría. Por el momento-él se lo permitió.

-¿Llegaste a averiguar por qué la construyó así?

-No del todo. Supongo que fue para conservar vivos los recuerdos. -Por eso y porque todavía me ama -dijo Catherine tras la ventana más próxima a ellos.

Cassie y Angel se volvieron hacia allí sólo para ver que la madre abandonaba el puesto desde donde había estado escuchando para alejarse. Ambos estallaron en una carcajada.

-Dijo que iba a acostarse -contó Angel.

-¿Sin saber qué estaba pasando? Mi madre no es capaz de eso.

-Habrá ido a buscar su revólver.

Cassie le sonrió de oreja a oreja.

-Ya no tienes por qué preocuparse de eso. Por si no te has dado cuenta, acaba de darnos su bendición al no decir nada.

-No me di cuenta.

-Con el correr del tiempo llegarás a conocerla. No hay prisa.

El la estrechó contra sí.

-No imaginas lo agradable que me suena eso.

-Dime cuánto.

Lo estaba poniendo en aprietos. Las palabras no le surgían con facilidad.

-No sé cómo llegué a quererte tanto, Cassie. Diablos, no podía pasar un solo día sin pensar en ti, sin desear que fueras mía.

-¿Me estás diciendo que me amas, Angel?

-Creo que sí. Pero no vas a convertirme en ganadero.

Ella le besó la cara riendo.

-No pienso intentarlo. -Pero sus impulsos entrometidos la obligaron a agregar:- En el próximo comisario de Cheyenne, tal vez.

41

Librodot

-Si no me equivoco, es la primera vez que veo a Colt Thunder de traje -dijo Cassie a Angel mientras la pareja de recién casados circulaba entre los invitados-. ¿Y sabes cuánto tiempo hacía que no se cortaba el pelo?

-Lo sé -replicó Angel-. En la iglesia me costó reconocerlo. Por mi parte, habría esperado a la primavera, pero dudo de que haya pens,ado en las orejas frías al tomar la decisión. Yo diría que ha dejado el pasado atrás, por fin, gracias a la duquesa.

-Siempre hace falta una mujer... -No siempre.

-Casi siempre, para ser justos.

El bufó.

-Con una opinión como esa no me extraña que te entrometas. -Luego sus ojos negros tomaron un dejo de advertencia.- Pero te quitaremos ese hábito, ¿no?

-Lo intentaremos -corrigió ella, aunque no lo miraba: a los ojos.

-Cassie...

-Enseguida vuelvo.

El miró ceñudo la espalda que se alejaba poniendo fin a ese tema. Pero al cabo de un momento sonrió para sí. Ya había decidido tener paciencia. Cassie no sería Cassie si dejaba de entrometerse en los asuntos ajenos. De cualquier modo, ella no tenía por qué enterarse tan pronto. Angel quería algunas semanas de paz, por lo menos, antes de verse obligado a matar a alguien para defenderla.

Cassie se dirigió hacia su madre, segura de que Angel 'no la seguiría hasta allí para continuar con la conversación. Esa mañana lo había puesto nervioso encontrarse en el comedor de Catherine al entrar ella ante la clara indicación de que estaba instalado allí. Pero su suegra se había limitado a decir: "¿Quedan huevos revueltos?". Eso no logró tranquilizarlo. Haría falta tiempo.

-Mira, tendré que organizar también algo como esto -dijo Catherine a su hija.

-¿Qué cosa?

-Una boda. No estuve en la tuya y, puesto que no vas a deshacerte de ese pistolero, deberías casarte con él como Dios manda.

Cassie sonrió alegremente.

-¿Lo dices en serio, mamá?

Catherine suspiró.

-Por desgracia, sí. -Pero tuvo que agregar:- ¿Estás segura, pequeña?

No hacía falta aclarar a qué se refería.

-Lo amo, mamá. No puedo estar más segura.

-Está bien -dijo la madre. Luego le advirtió-: No podrás convertirlo en ganadero.

-No pensaba intentarlo.

-¿Por qué?

-Sería malgastar sus habilidades de pacificador.

-¿Pacificador, Angel? ¿Has estado bebiendo el ponche preparado por Chase?

Cassie se echó a reír.

-Yo tampoco lo habría creído, mamá, pero es cierto que Angel tiene esa habilidad. Mira lo que consiguió allá, en Texas. Yo no hice sino poner las cosas en movimiento; fue él quien posibilitó el fin de esa guerra familiar. Además, tú y papá habéis vuelto a hablaros ... y tal vez haya algo más. Eso también fue hechura de Angel.

Catherine no corrigió ese 'algo más'. En cambio dijo:

-Es una total contradicción asociar con la paz a un hombre que lleva una vida tan violenta.

Cassie se limitó a encogerse de hombros.

-Su modalidad es un poquito diferente de la de Lewis Pickens. -¿Un poquito?

-Bueno, bastante. El señor Pickens se esfuerza por pacificar mientras que Angel no lo hace intencionalmente. Pero básicamente logran lo mismo. Fíjate en el oficio de Angel. Resuelve los problemas de la gente, mamá. Donde había discordia deja la paz. Es un pacificador. Sólo que no lo sabe.

-Te aconsejo que no lo divulgues. El podría oponerse a que blanquearas su reputación.

Cassie sonrió abiertamente.

-Esperaré algunos años antes de indicárselo. -¡Sagaz, la niña!

-Bonito traje.

Colt apenas logró no fulminar a Angel con la vista. Ya le habían dicho eso muchas veces. Pero eso no le impidió satisfacer su curiosidad.

-Sé que hoy apareciste con ella colgada de¡ brazo, pero ¿vas a seguir casado con Cassie Stuart o la estás protegiendo de alguien?

-Ya no estoy tan seguro de que no sepa protegerse sola -dijo Angel-. ¿Sabías que es casi tan veloz como yo para desenfundar?

-¿Quién crees que le enseñó?

-¿Tú? -exclamó Angel asombrado.

-Le enseñé los rudimentos. Por entonces era apenas una criatura. Creo que ha estado practicando.

-Al parecer, sí.

-Pero su madre no le permite hacer mucho más que llevar la contabilidad del rancho. No me extraña que se entrometa en la vida ajena, con tanto tiempo libre entre las manos.

-Ya no tendrá tanto -prometió el pistolero. -¿Conque seguís casados? -Que alguien intente separarnos y veremos. Lo dijo con tanta energía que Colt se echó a reír. -Bueno, no me mires a mí. No pensaba intentarlo.

Angel sonrió mansamente. -Lo que me hace sentir... todavía no me he acostumbrado a eso.

-Estás cambiado, sí.

-¿En qué sentido?

-Nunca pensé que tú pudieras pedir un favor -comentó Colt.

-Yo tampoco, pero no te preocupes. Como no hiciste nada, seguimos en paz.

-¿Qué estás diciendo? -acusó Colt-. La estuve vigilando.

-No lo hiciste muy bien. Ayer estuvo a punto de hacerse matar. -¿Por entrometerse?

-Indirectamente. Fue el final de algo que había iniciado en Texas. Colt meneó la cabeza.

-Diablos, buen trabajo te has buscado al casarte con esa. Angel sonrió.

-Lo sé. Pero ¿qué ha sido de ti? Yo estaba convencido de que no te entendías con la duquesa.

Los ojos de Colt buscaron a su esposa al otro lado de la habitación. Sonrió.

-Me acostumbré a ella.

-Ha de ser contagioso -comentó Angel buscando a su vez a Cassie-. Yo acabé teniendo el mismo problema.

-¿Conque el señor Kirby resultó útil a fin de cuentas? -Preguntó Cassie.

Por fin se había decidido a preguntar a Angel si había descubierto quiénes eran sus padres. No esperaba que él respondiera afirmativamente tan pronto.

-¿Supongo que te vas a atribuir ese mérito?

-Por,cierto. -Ella esperó. Como no hubo respuesta le hundió un dedo en el pecho.- ¿Y bien? ¿Cómo te llamas?

-Angel.

Ella se echó a reír.

-¿0 sea que no era un apodo cariñoso?

El meneó la cabeza.

-El apellido es O'Rourke.

-¿Irlandés? Bueno eso sí que no lo esperaba. Pero me gusta cómo suena, Cassandra &Rourke. Suena mucho mejor que Cassandra Angel. ¿Averiguaste dónde están ahora?

-Mi padre murió antes de que mi madre y yo viajáramos a San Luis. Ella aún vive allí.

-Lamento lo de tu padre, pero has de saber que no te dejaré en paz hasta que vayas a visitar a tu madre.

El la estrechó por la cintura.

-Esta vez no puedes entrometerte, tesoro. Ya lo hice.

-Estaba segura -dijo Cassie muy ufana-. ¿Cómo es?

-Maravillosa. Toda.su familia es una maravilla... con una sola excepción. Pero ni siquiera él me desagrada.

-¿De qué familia hablas?

-Ella volvió a casarse. Tengo tres medio hermanos, dos varones y una niña, y hasta dos hermanastros. Katey, mi hermana, es una delicia. Te encantará, Cassie. No podrás evitarlo. Quiere ser vaquera. Se pasó todo el tiempo pidiéndome que le enseñara a dis-

parar.

_¿Lo hiciste?

-No. De nada le serviría.

-Cuando venga a visitamos le servirá. El le dedicó una ancha sonrisa.

-Le enseñarás tú.

-Por supuesto. ¿Y cuál es la excepción que mencionabas? -El mayor de mis hermanastros, Bartholomew.

Ella frunció el entrecejo pensativa.

-Ese nombre me suena muy conocido, no sé por qué. -Posiblemente porque lo conociste estando en San Luis. Ella ensanchó los ojos.

-¡Bartholomew Lawrence! ¿Es hermanastro tuyo?

-Los dos nos sorprendimos por igual cuando se incorporó a la reunión' Claro que yo ya había tenido un intercambio de palabras con él en tu hotel porque le oí hablar de ti. Me alegra decir que estuvo a punto de desmayarse... otra vez.

-¿Qué le dijiste la primera vez para que se desmayara? -No mucho -replicó él, inocente.

Ella resopló.

-Bueno, no se lo menciones a mi madre. Tuvo que soportar su grosería y estuvo a punto de enfrentarlo con su arma.

-Tu madre comienza a resultarme más simpática. -Eso mereció una mirada agria que lo llevó a agregar:- En realidad, estoy agradecido al viejo Bart.

-¿Por qué?

-Es muy grato saber que no soy la única manzana podrida de la familia.

Cassie se ofendió.

-No eres ninguna manzana podrida. Sé perfectamente que no puedes ser más dulce.

El le sonrió.

-No lo divulgues. Arruinarías mi reputación. -Hablaba de tu sabor, tesoro.

Los ojos se le encendieron inmediatamente.

-¿Por qué no vamos al granero de Jessie y Chase? La última vez que estuve allí tenían un henar estupendo.

-Pero hará frío.

-Prometo mantenerte abrigada.

Chase y Jessie tenían un hermoso henar ciertamente. Cassie no recordaba haber apreciado nunca un buen lecho de heno como en ese momento. Tendida en los brazos de su esposo no tenía prisa alguna por volver a la fiesta.

-Mira, Cassie, si no hubieras aceptado seguir casada conmigo, habría venido a ti una noche al mes hasta dejarte embarazada.

Ella se incorporó para mirarlo.

-¿Después de haber dicho que no tenías intenciones de hacerme un hijo?

-Por entonces no las tenía. Pero ahora es lo que más me gustaría. Además, había llegado a un punto en que hubiera hecho cualquier cosa por retenerte.

Ella le encerró la cara entre las manos para acercarle la boca.

-No tenías más que pedirlo, Angel -dijo contra sus labios-. Nunca hizo falta otra cosa.

Librodot